
Un Espíritu Rebelde
JANA WESTWOOD
Wharton & McEntrie - Libro 2

UN ESPÍRITU REBELDE

Saga Wharton & McEntrie - Libro 2

JANA WESTWOOD

© Jana Westwood. Agosto 2025

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

A las que no son dulces porque nadie las protegió.
A las que supieron marcharse sin mirar atrás.
Merecen ser amadas con pasión.
Katie Kerr

A los que no necesitan entenderla para saber que es suya.
La aman con cuidado y la protegerán siempre.
Daniel McEntrie

FAMILIA MCENTRIE



OLIVIA ❤ CRAIG

ELIZABETH WHARTON ❤ DOUGAL

DANIEL - NUNA

AUGUSTA O'SULLIVAN ❤ CAILLEN

CRAIG -CONSTANCE

ROWENA SINCLAIR ❤ KENNETH

CAILLEN - ALASDAIR - JOHN - EILIDH

ENID GREENWOOD ❤ LACHLAN

NESSA - ANTHONY - ALISON - BENJAMIN

LAVINIA WAINWRIGHT ❤ BRODIE

HEATHER - DAPHNE

BONNIE MACDONALD ❤ EWAN

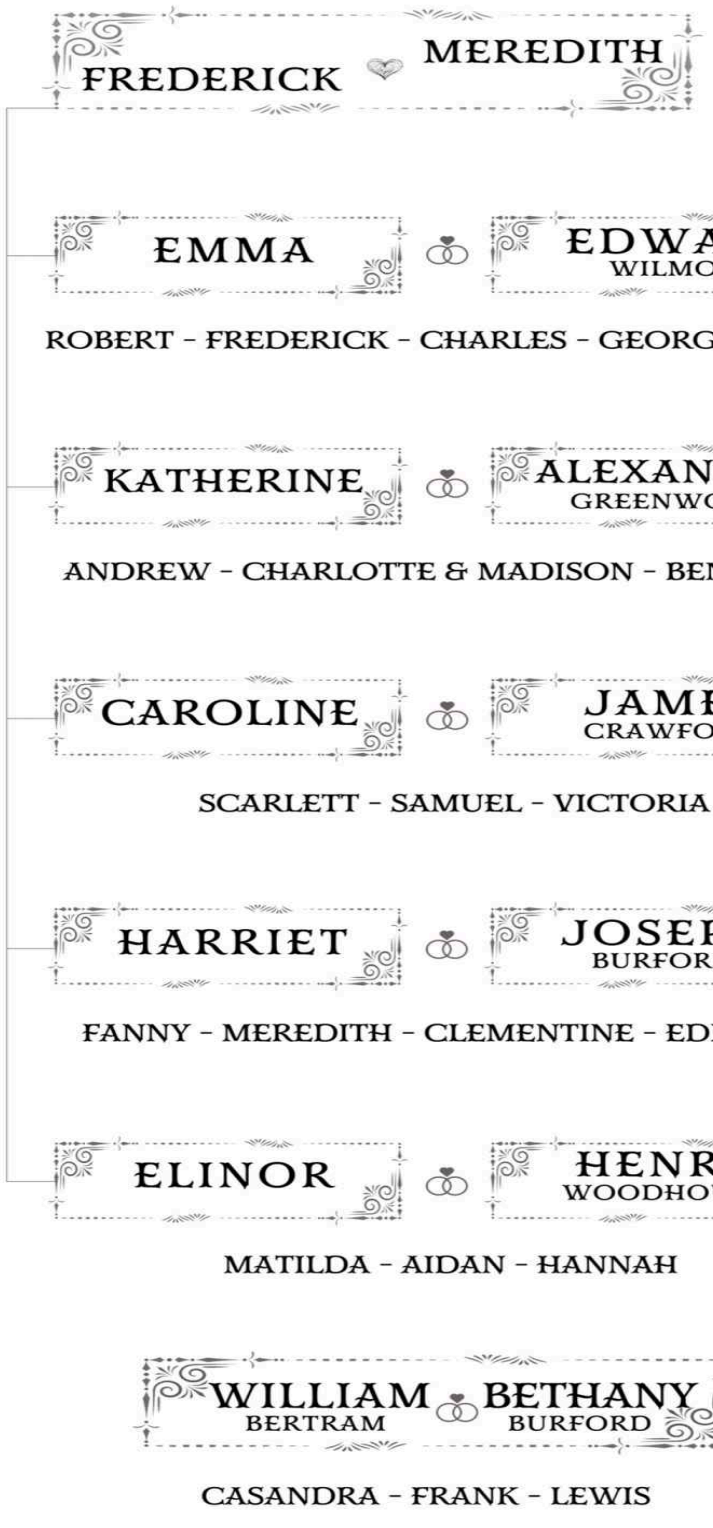
ADAM - ROSE -JANET

LIAM FRASER ❤ HANNAH WYNDHAM

MURCHADH

OBJ

FAMILIA WHARTON



OBJ

PRÓLOGO

Mi madre creía que yo era una princesa. Me vestía con telas preciosas y engarzaba mis rizos con tiaras dignas de la realeza. Para ella yo era un juguete que adornaba con ternura, poniendo en los detalles todo el amor que tenía. Si había una frase que escuché a diario hasta los siete años fue esta: «Cómo te pareces a tu padre». La decía sonriendo, con los ojos brillantes y un ligero temblor en los labios que demostraba lo mucho que aún lo amaba. Yo fui yo mientras ella me repitió esa frase. Después empecé a difuminarme. A convertirme en sombra. En gota de agua. De ser princesa pasé a ser criada. Ya no más vestidos con lazos ni pelo con guirnaldas. Ya no más sueños y fantasías. Solo realidad.

Me pongo de lado sobre el suelo y apoyo las manos juntas bajo las mejillas, usando mi hatillo como almohada. El cepillo de mi madre se me clava en la nuca y muevo la cabeza para sortearlo. Cierro los ojos. El aire de la noche en Lanerburgh es frío, y el viejo chal que me cubre no sirve de mucho.

A veces, cuando abro las compuertas de esos recuerdos felices y dejo que vengan a visitarme, con ellos llegan los duendes de uñas afiladas y sonrisa malévola que anticipan mi sufrimiento. ¡Oh, cuánto disfrutan de verme sufrir! ¡Cómo se frotan las manos sabiendo lo que viene!

Me incorporo de golpe, consciente de que no voy a poder dormir con esos pensamientos en mi cabeza. Cruzo las piernas y me dispongo a enfrentarlos.

—No os tengo miedo —digo sin voz en aquel rincón junto a la herrería—. Venid cuando queráis, no podréis quebrarme.

—No podemos quebrarte, no, pero podemos arañarte y hacerte sangrar igual —dicen mientras recorren mi espalda con sus garras, como si mis cicatrices fueran un sendero para sus uñas puntiagudas —. ¿Recuerdas los golpes? ¿El dolor? ¿El miedo?

—Recuerdo los días felices. Los recuerdo. Recuerdo el olor del pan recién salido del horno, y a mamá cortando una rebanada entre risas, mientras Beth se enredaba con sus faldas y yo iba en busca de la mermelada. Recuerdo cómo sonaba esa risa, como cascabeles bajo el agua. Recuerdo cómo se tocaba la punta de la oreja con ademán distraído, cuando estaba muy concentrada. Recuerdo cómo era pasear por el bosque escuchando sus interminables historias sobre papá. Ella y yo solas, porque nunca hablaba de él cuando había otras personas delante. Y yo podía preguntarle, y le preguntaba una y mil cosas sobre él. Porque yo lo amaba sin haberlo conocido.

—¿Y recuerdas los golpes? ¿El dolor? ¿El miedo?

Sacudo la cabeza, borrando esas palabras, y continúo centrada allí donde quiero estar.

—Recuerdo el columpio que mandó colgar entre los dos tilos de la entrada. Y que me dejaba balancear a Beth. Y cómo se reía mi hermana con esa inocencia dulce que tenía su risa. Y sus ojos mirándome como si yo fuese alguien muy grande. Muy alta. Muy sabia…

—¿Y los golpes? ¿El dolor? ¿El miedo?

—Recuerdo la primera vez que subí a un caballo. La calidez que me invadió allí arriba. De repente yo era enorme y nada podía tocarme. No hay compañero más leal que tu caballo si consigues crear una verdadera conexión. No todo el mundo lo consigue. Beth lo llamaba «el vínculo». Yo lo llamo amor.

Contengo mis lamentos al pensar en Aonach. Ese fue el único instante en el que mis fuerzas flaquearon. Pero no he perdido la esperanza de recuperarlo. Cazar a aquellos desgraciados que me lo robaron es una meta en sí misma, un objetivo a medio plazo. Justo después de encontrar un método más o menos consolidado de conseguir alimento y cobijo, y antes de regresar en busca de mis hermanos. Y para eso necesitaba a Aonach.

—¿Y recuerdas los golpes? ¿El dolor? ¿El miedo?

Esa maldita vocecilla dentro de mi cabeza. Nunca se cansa. Nunca cede por más que la ignore, hasta que…

—¡Sí! —grito furiosa allí dentro—. Sí, sí, sí. Lo recuerdo. Lo siento todo. Detente ya. ¿Quieres verme desmoronarme? ¿Por qué? ¿Qué placer encuentras en ello? ¿Qué pecado debo expiar? ¿No lo sufrí ya? ¿Por qué debo recordarlo una y otra y otra vez? Déjame que lo olvide. Déjame aquí, tirada en la calle como la basura. ¡Déjame en paz!

La vocecilla desapareció y la paz inundó mi pecho y mi alma, haciéndome sonreír. Saber que podía con ella, que era mucho más fuerte que mis circunstancias, me aliviaba el corazón. Dejé escapar el aire en un suspiro de alivio y miré a mi alrededor. Basta de lamentarse. Basta de resignarse. Me pongo de pie y me sacudo la ropa. Meto el chal ajado en el atillo y veo la ventana de la herrería.

Está un poco abierta.

Quizá se han olvidado de cerrarla.

O quizá…

El frío me atenaza las manos y tengo que frotármelas con firmeza para manipular la ventana. Tiro el hatillo y me cuelo por el pequeño hueco. Un nuevo jirón se lleva otra porción de mi ya desgastado vestido.

—Lo siento, mamá —musito para mí, poniéndome de pie para sacudirlo como si eso sirviera de algo.

Me muerdo el labio conteniendo las ganas de llorar y miro a mi alrededor. Camino hacia la piedra del horno y, al tocarla, noto que aún desprende algo de calor residual. Es tarde y hace horas que el fuego se ha apagado, pero todavía conserva la temperatura de las brasas. Me siento, apoyando la espalda en la pared, y dejo que la calidez me envuelva, además de la raída manta que me cubre los hombros. Deshago el hatillo y saco el pedazo de pan que guardo para cuando el hambre es insoportable. La luz de la luna entra por las ventanas y, poco a poco, mis ojos van distinguiendo con mayor nitidez todo lo que hay allí. Las herramientas desordenadas, los muebles… Frunzo el ceño. ¿Eso es…? El estómago me ruge como un tigre y me pongo de pie de un salto para dirigirme a la mesa de madera en la que hay un plato de comida. Muevo la cuchara que hay dentro y me inclino para percibir el olor.

—Cordero… patata… cebolla…

Cuando me llevo la cuchara a la boca, casi se me doblan las rodillas.

—¡Oh, Dios mío!

Me siento en la banqueta, cojo el pan y lo muerdo con desesperación. Hace mucho que no como pan que no esté duro. En diez minutos apuro el contenido del plato. Me he comido todo el pan entre gemidos y risas nerviosas. Pero es que nunca he pasado tanta hambre como estas últimas semanas. Siempre me ha gustado

comer, es divertido probar sabores y nuevos platos. Me encanta ser la primera en probar una nueva receta. Me agarro el vestido, que me queda grande por todas partes. A Beth no le gustaría nada verme así.

—Voy a reventar —digo con una enorme sonrisa y los ojos húmedos de alivio.

Me levanto de la silla y me paseo por la herrería toqueteando las herramientas y preguntándome para qué servirían. Las otras noches que dormí aquí no me moví del rincón del horno, temiendo que me descubrieran y me echaran. Pero está claro que mis esfuerzos por ocultar mi presencia no han servido de nada. Me han dejado un plato de comida deliciosa… Miro a mi alrededor, ceñuda. ¿Y si es una trampa? ¿Y si quieren algo de mí? Escucho con atención. No se oye el menor ruido. Niego con la cabeza. He observado a esos hermanos durante días antes de meterme aquí. Son buena gente. Se preocupan el uno del otro a su manera un tanto peculiar. Se insultan a menudo y se dan buenos pescozones, pero se nota que son cosas de hermanos. Hay mucho cariño entre ellos. Sonrío al pensar en lo mucho que disfrutaría Arthur con todas aquellas herramientas y que George querría saber cómo habían sido fabricadas con todo lujo de detalles. Pensar en ellos me llena de melancolía. Un profundo suspiro se arrastra por mi garganta y emerge sin que pueda contenerlo, y gruño molesta.

—Es la comida —susurro entre dientes—. Comer me debilita. Soy mejor cuando estoy hambrienta.

Me froto los ojos con rabia y paso las manos por el vestido. Vuelvo al horno y me siento junto al hatillo abierto. Cojo el envoltorio de batista que contiene el pañuelo de seda en tono marfil, lo acerco a mi nariz con delicadeza y aspiro su olor. Hace mucho tiempo que dejó de oler a ella, pero en mi imaginación sigue impregnado de su recuerdo. Lo observo, acariciándolo con dedos suaves. Los bordes cosidos a mano con hilo de seda rosa. En una esquina, las iniciales E.K. y, en la otra, un pequeño ramillete de brezo, ambos bordados con paciencia y cariño. Vuelvo a doblarlo con cuidado y lo protejo con la tela que cosí para ese fin. Es mi tesoro más preciado. Lo único que me queda de mi madre. Cierro el hatillo, apoyo la cabeza en la piedra del horno y cierro los ojos. Estoy tan cansada. Ese plato de comida se ha quedado con todas mis energías. Me imagino en mi cama, con la suave y fresca tela de mi almohada acariciándome la mejilla. Dejo que la bruma del sueño me invada.

CAPÍTULO 1



Lanerburgh, verano de 1838

Daniel observó con atención lo que su primo Craig le señalaba. Al ver los clavos que habían sido mezclados con el heno, lanzó un gruñido ronco entre los dientes.

—¿Quién ha sido el primero en llegar? —bramó.

—Hemos llegado todos a la vez y no hemos visto ni oído nada raro —dijo Cai muy serio—. Debieron hacerlo durante la noche.

—Tendremos que poner vigilancia por las noches —comentó Craig —. Al menos durante una temporada.

—He podido sacarle el clavo de la boca a Daire sin mucho estropicio —explicó Alasdair, que llegaba limpiándose la sangre de las manos.

—¿Crees que puede haberse tragado alguno? —preguntó Daniel con preocupación.

—No puedo saberlo sin abrirle el estómago, pero por el modo en que ha babeado, sacudía la cabeza y se negaba a tragar, yo diría

que no.

—Solo podemos esperar —dijo Cai visiblemente cabreado.

—¿Y qué es lo que esperamos? —Craig se puso las manos en la cintura, mirando con fijeza a Alasdair.

—Si se ha tragado alguno, puede causarle cólicos y perforación… No hay nada que podamos hacer aparte de vigilarlo hasta que pase el peligro. —Se giró hacia su primo John—. Hoy le prepararemos un *mash* suave con linaza y avena. Algo que pueda tragar sin hacerse más daño. Si come, será buena señal. Ahora iré a explicárselo al tío Ewan.

—Ven conmigo y se lo contamos a todos. Estarán desayunando —dijo Daniel, y Alasdair asintió.

—Creo que ha sido Fergus —dijo Daniel, de pie frente a su padre.

Nadie miró a Nuna, a pesar de los nerviosos golpecitos de sus dedos en la mesa. Fergus MacTavish era un dolor de muelas que duraba ya un año.

—La última vez amenazó con hacernos tragar mierda —añadió Alasdair—. Siempre fue un idiota, pero, como haya hecho esto, lo mato.

Dougal McEntrie era un hombre paciente. Su fuerza radicaba precisamente en eso, en ser capaz de mantener la calma en las situaciones más peligrosas. La rabieta de un despechado como Fergus MacTavish, incapaz de aceptar que su hija lo rechazase, no le había preocupado lo más mínimo. Pero atentar contra los caballos… eso era pasarse mucho de la raya.

Nuna se puso de pie con evidente furia y lanzó su servilleta al plato.

—Hablaré con él. Si ha hecho esto, lo sabré.

—De eso nada —dijo su hermano mirándola muy serio—. Si alguien va a hablar con él seré yo, tú ni te acerques.

—Daniel…

—Ya me has oído, Nuna —la cortó severo.

—Tu hermano tiene razón —intervino su madre con voz serena—. Si ha sido capaz de hacer algo tan horrible, no es el hombre que pensábamos que era.

—Yo siempre supe que era un imbécil —masculló Nuna.

Elizabeth la miró con ternura y le hizo un gesto para que volviese a sentarse. Sabía lo que estaba pasando por la cabeza de su hija, la conocía demasiado bien. Se sentía culpable por todos los problemas que ese MacTavish había provocado desde que lo rechazó por enésima vez.

—Si hubiera sido tajante desde el primer día… —musitó Nuna volviendo a sentarse.

—No habría cambiado nada. —Alasdair puso una mano en el hombro de su prima.

—¿Daire está bien? —preguntó el patriarca con expresión preocupada.

—De momento, sí —afirmó Alasdair acercándose a su abuelo.

—Iré a verlo. —Ewan se puso de pie terminándose el té, y se inclinó para darle un beso a Bonnie antes de acercarse a Alasdair e indicarle que lo siguiera.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Kenneth a Daniel.

—Me pasaré a hacerle una visita a Fergus y le preguntaré amablemente si ha tenido algo que ver con esto. Dependiendo de cómo me conteste…

Su tío se puso de pie.

—Iré contigo.

Daniel asintió.

—No es buena idea —intervino Augusta—. Si vais los dos, se sentirá intimidado y probablemente la cosa acabe a golpes.

—Augusta tiene razón —dijo Elizabeth—. Si quieres llevarte a alguien, que te acompañe Cai o Alasdair. Jugaron juntos de niños,

quizá así atienda a razones.

Daniel se acercó a su madre y la besó en la frente. Elizabeth le apretó el brazo con cariño y le sonrió también.

—No me casaré nunca por tu culpa —dijo sonriendo.

—No digas eso ni en broma. —Elizabeth le dio un pequeño empujón.

—Tienes demasiadas virtudes, mamá. —Miró a sus tías mientras se dirigía a la puerta—. Todas las tenéis y eso no es bueno para nosotros.

—En eso tiene razón —afirmó el patriarca mirando a su esposa al otro lado de la mesa.

Olivia sonrió y cogió la mano de Nuna, que seguía con expresión furiosa.

—Niña, no es culpa tuya. Ese botarate tendrá que aceptar que no le quieras.

—Me daba pena. Nunca volveré a compadecerme de nadie.

—No digas eso. La compasión es una gran virtud —dijo Olivia dándole palmaditas cariñosas en la mano—. Se le pasará. En cuanto tú te cases, todo eso quedará en el olvido.

Nuna miró a su abuela, ceñuda. Eso no la tranquilizaba en absoluto.

Alasdair miraba a su primo con una ceja levantada.

—¿Vas a darle una paliza?

—Ganas no me faltan, pero no lo haré si no me saca de mis casillas.

—Si quieres, se la doy yo, tú nos separas y me echas la bronca. Eso funcionaba cuando éramos críos.

—Vale. Pero primero dejemos que hable. —Daniel lo miraba burlón.

La paciencia no era una de las virtudes de Alasdair, y más cuando alguien hacía daño a un animal. En eso se parecía mucho a Lachlan.

Fergus los vio llegar desde las caballerizas y salió con paso tranquilo, sin soltar la horca con la que trabajaba.

—¿Qué os trae por aquí?

Daniel desmontó y le dio las riendas de Rionnag a Alasdair antes de acercarse.

—¿Clavos, Fergus?

El otro no movió un músculo y a Daniel se le tensaron los de la espalda.

—¿Es un acertijo? —preguntó clavando la horca en el suelo y apoyando el antebrazo en ella.

—Daire está herido.

—Ostras, ¿qué ha pasado? —Fergus tenía una expresión perversa en el rostro.

—¿Sabe tu padre que ahora te dedicas a maltratar animales?

—No sé de qué me hablas.

—Mira, Fergus. Supongo que es duro que una mujer te diga que no, pero Nuna no te quiere y, durante mucho tiempo, trató de que lo entendieras sin hacerte daño. Con esto has cruzado una línea de no retorno. Ahora no es que no te quiera, es que te desprecia profundamente. Estás a tiempo de parar y que las cosas vuelvan a su cauce. Podéis ser amigos…

—No quiero ser su amigo —lo cortó con total tranquilidad—. Y no me importa si me desprecia. No me importáis ninguno de vosotros. Os creéis más importantes que nadie y lo único que tenéis es más caballos que nadie.

Daniel frunció el ceño.

—Mi padre podría haber prosperado si le hubieseis dejado.

—¿De qué estás hablando?

—Tu familia ha acaparado la cría de caballos desde hace años. Mi abuelo le pidió al tuyo que dejase que mi padre se encargase de los caballos de tiro y de trabajo. ¿Sabes qué le dijo tu abuelo? Que no. Que eso era parte del negocio y que no podía prescindir de él. Pero luego llegaron las dos hermanas y a ellas las ayudó.

—Olivia es la mujer de mi abuelo.

—Ahora. Pero entonces no era más que una viuda que vino para criar ovejas. Tu abuelo la convenció de criar caballos y la ayudó para que se quedase con la venta de los caballos de tiro y de trabajo. Justamente lo que le había pedido mi abuelo para que mi padre pudiese prosperar.

Daniel inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Esto es por eso?

—Yo me enamoré de tu hermana y ella dejó que pasara. Nunca me dijo que no estuviese interesada.

—Me estás cabreando, Fergus.

Alasdair desmontó y se acercó a ellos.

—¿Reconoces, entonces, que has puesto clavos en el heno? —preguntó mirándolo con fijeza.

—Yo no reconozco nada. Lo que digo es que los McEntrie os creéis los dueños de Lanerburgh y sus alrededores, y que hay

mucha gente que puede no estar contenta con eso.

—¿Mucha gente? —Alasdair sonrió perverso—. Nunca fuiste muy valiente. Y, desde luego, no eres muy listo, pero hasta tú sabes que eso que has dicho es mentira. Nuestra familia es muy querida aquí y nadie intentaría dañar a uno solo de nuestros caballos que, te recuerdo, son purasangre. Daire ha mordido un clavo y te juro por Dios que, como se haya tragado alguno, te voy a sacar las tripas por la boca.

—Ya veo —se burló Fergus, mirándolos alternativamente—. Vais a hacer lo que hacíais cuando éramos niños. Tú me pegarás y Daniel fingirá defenderme.

Daniel y Alasdair se miraron. El mayor de los dos se encogió de hombros y dio un paso atrás. El veterinario agarró a Fergus de la pechera y le propinó un puñetazo en pleno rostro. Esquivó el golpe que el otro intentó darle y volvió a golpearlo en el mismo lugar. Fergus gritó y se llevó la mano a la mandíbula para asegurarse de que seguía en su sitio.

—¡Hijo de puta!

—¿Clavos, Fergus? ¿Haces daño a los caballos porque Nuna no te quiere?

—¡Es por vuestra culpa! Me habéis ridiculizado frente a ella desde siempre. Pero yo sé que sería un buen esposo y que ella…

—No. Te. Quiere.

Alasdair marcó cada palabra sin resentimiento, pero Fergus las sintió como un hierro candente en su pecho.

—Me querrá —afirmó rotundo—. Será mía o de nadie.

Alasdair se giró hacia Daniel, que se había movido. No le dio tiempo a detenerlo y su primo fue directo hacia Fergus y lo golpeó de lleno en pleno rostro. McTavish cayó de culo junto a la horca. Furioso, la agarró con las dos manos y levantó las puntas contra Daniel. El McEntrie se detuvo a escasos centímetros de la herramienta.

—¿Quieres matarme? —preguntó impasible.

Alasdair rodeó a McTavish, agarró el mango de la horca y se la quitó de las manos.

—Sois unos cabrones —gritó Fergus—. Os creéis mejor que yo, pero solo habéis tenido más suerte.

—Alguien capaz de hacer lo que tú has hecho no merece tener suerte —dijo Alasdair mordiendo las palabras—. Reza porque Daire se ponga bien. Y porque tu padre no se entere de lo que has hecho. No se merece semejante vergüenza.

Daniel se acuclilló delante de él y lo miró durante unos segundos a los ojos. Cuando habló, su voz gélida no dejaba lugar a dudas y,

aunque su pose no era amenazadora, a Fergus McTavish se le soltó la barriga.

—No volveré a tener esta conversación contigo, Fergus. Deja a mi hermana en paz. Nuna es una mujer sensible que nunca quiso hacerte daño. Si vuelvo a ver, aunque sea una arruga en su ceño que lleve tu nombre, vendré y te romperé todos los huesos del cuerpo. ¿Me has entendido?

El otro elevó el mentón con los ojos llenos de lágrimas.

—Necesito que respondas. ¿Me has entendido, Fergus?

—Sí.

—Bien.

Daniel se puso de pie y le tendió una mano para ayudarlo a levantarse. Fergus dejó que tirara de él mientras las tripas se retorcían en su vientre.

Alasdair se inclinó hacia McTavish cuando su primo se subía al caballo.

—Sabes que lo dice en serio —musitó antes de caminar hacia su montura.

Cuando se alejaron de allí, Fergus se agachó a coger la horca, con el cuerpo temblándole de rabia. Y de miedo.

CAPÍTULO 2



Se desperezó somnolienta.

—Ailis, ¿cuántas veces te he dicho que no abras las cortinas de golpe… —musitó intentando despegar los párpados que se negaban a abrirse.

Cuando por fin consiguió separarlos, se sentó con el corazón a punto de salírsele por la boca. Dos pares de ojos increíblemente idénticos la observaban desde una considerable altura.

—¿Te gustó la cena? —preguntó Josh con una sonrisa.

—Claro que le gustó, ¿no has visto cómo dejó el plato? —Connor miraba a su hermano como si pensara que era idiota.

—Yo me como todo lo que me pone Isla y a veces no me gusta.

—Como te oiga, vas listo —se burló Connor.

—Tu mujer me adora.

—Siempre dices eso. —El gesto huraño de Connor no auguraba un buen final para aquella historia.

—Porque es la verdad.

—Pero se casó conmigo.

—¿Y qué tiene eso que ver? Son cariños diferentes.

La joven se puso de pie, escabulléndose hacia la ventana.

—¡Oye! —le gritó Josh—. Al menos podrías darnos las gracias.

—Gracias —dijo ella antes de encaramarse sobre el alféizar.

—Puedes usar la puerta, muchacha —le señaló Connor—. Está abierta y será mucho más cómodo.

—¿Quieres que la vean salir de aquí? —Josh miró a su hermano como si ahora fuese él el tonto—. Van a creer que ha pasado aquí la noche.

—Es que ha pasado aquí la noche. —Connor se llevó una mano a la nuca con expresión burlona.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No tengo ni idea.

La joven saltó fuera y Josh corrió hacia ella.

—¿Has pasado frío?

Ella negó con la cabeza sin levantar la mirada del suelo.

—Puedes dormir aquí todas las noches, si quieres. Aunque deberías volver a tu casa.

—Gracias —repitió ella con voz suave y tono quedo.

—Me llamo Josh.

—Lo sé.

Él sonrió levemente.

—¿No vas a decirme tu nombre?

Ella dudó un momento.

—Katie.

—Bien, Katie. Encantado de conocerte. ¿Hay algo que sepas hacer?

Ella negó sin levantar la cabeza y Josh arrugó la frente.

—¿Adónde vas durante el día?

—Me… escondo.

—Ya.

—¿No sabes coser o lavar o cualquier cosa que hagan las mujeres? —Connor se había acercado y miraba por encima del hombro de su hermano.

Ella asintió.

—Entonces sí sabes hacer algo. —Josh sonrió—. Y sería agradable que me mirases cuando te hablo. No soy tan feo.

Katie levantó la mirada y posó sus ojos en él, analizándolo con atención. Tenía el pelo oscuro y sus rizos enmarcaban un rostro

simpático. Sus ojos eran brillantes y sus facciones afiladas. Los dos hermanos se parecían, aunque el pequeño era más agraciado.

—No eres… feo.

La sonrisa de Josh se ensanchó aún más e ignoró el codazo en los riñones que le dio su hermano.

—Preguntaré por ahí, a ver si alguien necesita una criada. Te iría bien tener un trabajo y un techo.

—Nadie decente dará trabajo a una mendiga. Pero gracias.

Se inclinó cortésmente y se alejó de allí con paso rápido.

—Ha dicho que no soy feo —dijo Josh, mirando a su hermano con cara de bobo.

—Pero de que no eres tonto no ha dicho nada. —Connor se dio la vuelta para ir a encender el horno.

Aquella noche, Katie se encontró con que, además de la cena, le habían dejado varias mantas. Se hizo una cama con ellas y durmió mejor que nunca. Esa mañana se despertó antes de que los hermanos llegaran y se marchó sin que la vieran.

—¿Qué narices ha hecho? —preguntó Josh, una semana después, al entrar en la herrería, mirándolo todo con ojos muy abiertos.

Deambularon por la sala observando cada detalle. Los martillos en el banco del fondo, uno grande, dos medianos y el del mango astillado. El grande tenía que haberle costado moverlo, ya que era muy pesado. Había colgado las tenazas en la pared, bien ordenadas, y, al imaginar sus pequeñas manos sosteniéndolas en alto, un escalofrío recorrió la espalda de Josh al darse cuenta de que podría haberse hecho daño.

—¡Ha limpiado el yunque! —exclamó Connor—. Creo que nunca lo había visto tan brillante. ¿Cómo lo habrá…? ¿Dónde están los clavos que había por todo el suelo? Espero que no se haya hecho ninguna herida, porque algunos estaban bien oxidados.

Josh cerró los puños y masculló algo ininteligible. Y, al girarse, vio las herraduras separadas por tamaño. Los cinceles y punzones para cortar el metal caliente, las pinzas, los alicates. Las limas y escofinas con las que daban el acabado a las piezas. Todo estaba perfectamente ordenado en diferentes mesas. Se acercó a los montones de clavos agrupados por tamaños.

—¿Quién coño quiere los clavos ordenados? —dijo confuso.

—También ha vaciado el cubo —dijo Connor señalando el objeto que usaban para templar el metal—. Supongo que debía oler mal. Se ha dado una buena paliza, no creo que haya dormido mucho esta noche.

—Tenemos que hablar con tu mujer. Ella sabrá qué hacer.

Isla McAllen era una mujer regordeta y con una energía desbordante que amaba a Connor sin medida y quería a Josh como al hermano que nunca tuvo. Estaba de pie en mitad de la herrería y lo miraba todo con una sonrisa satisfecha.

—Está claro que sabe limpiar —dijo con las manos en la cintura—. Y se las ha apañado con poca cosa, así que también es ingeniosa.

—¿No podrías encontrarle algún trabajo? —Connor sostenía un cepillo de alambre en la mano y enderezaba sus púas para entretenerse.

Isla lo miró enarcando una ceja.

—¿Trabajo? ¿A una mendiga zarrapastrosa? ¿Qué familia decente acogería a alguien así en su casa? Pensarán que va a robarles en plena noche, si no algo peor. Los únicos que la acogerían serían aquellos que quisieran algo indecente.

—Nosotros la dejamos dormir aquí y tú le preparas un plato de comida todas las noches.

—Esta no es nuestra casa. ¿Qué va a robar aquí?

—Algunas de estas herramientas podrían valer…

—No digas tonterías —lo calló su mujer y se volvió hacia Josh, que tenía cara de preocupación—. Tú no dices nada.

—He estado preguntando estos días por ahí y, tienes razón, los únicos que se han mostrado interesados en contratarla son los Shaw.

Isla miró a su cuñado, enarcando una ceja.

—Tranquila, no irá a esa casa.

—¿Quién es? —preguntó Isla—. ¿Habéis conseguido que os diga de dónde viene?

—Se marcha antes de que lleguemos por la mañana y no viene hasta que nos hemos ido —explicó Connor—. Nos evita para que no la interroguemos.

—A ti te lo contaría —dijo Josh mirándola convencido.

—No lo creo, pero puedo intentarlo. Esta noche vendré a verla y hablaré con ella.

Josh sonrió abiertamente y, agarrándola por la cintura, la levantó del suelo sin esfuerzo.

—¡Suéltame, gañán! —La mujer se rió a carcajadas fingiendo que trataba de zafarse.

—¿Por qué te casaste con el feo de los McAllen, pudiendo elegir al guapo?

—¿Quieres que te dé un sopapo? —dijo ella, y a continuación le dio uno bien sonoro.

Josh la besó en la mejilla y la dejó en el suelo sin dejar de sonreír. Cuando miró a su hermano, este sonreía burlón.

—Me da a mí que la mendiga esa puede conseguir lo que no ha conseguido ninguna otra. —Connor soltó el cepillo de alambre y se sentó en el banco para empezar a trabajar.

Josh se dispuso a encender el horno mientras Isla se acercaba a su marido.

—¿Qué? —espetó él frunciendo el ceño.

—Deja en paz al muchacho —le advirtió su mujer, con las manos en jarras.

—Yo solo digo que, a lo mejor, así se quita a Nuna de la cabeza.

—Nuna es su amiga, deja de decir estupideces.

Connor farfulló algo ininteligible y Josh se giró para mirarlos con expresión más que elocuente.

—No estoy sordo, os oigo perfectamente. Nuna es la hermana de mi mejor amigo, ni se me ocurriría pensar en ella de ese modo.

Connor se rascó la nuca e Isla resopló con cansancio.

—Realmente no sabemos nada de esta chica —dijo la mujer con cierto pesar—. Podría ser una ratera que está huyendo de la justicia.

Josh miró a su cuñada y se encogió de hombros. Podría ser cualquier cosa.

—No te prendes de ella —rogó Isla.

—No, mamá.

—¿Quieres que te dé un sopapo? —Repitió, y esperó unos segundos para que tuviera opción de responder—. Si vais a dejar que duerma aquí, deberías traer una cama. El suelo no es un lugar cómodo para dormir.

CAPÍTULO 3



A Daniel le gustaba el otoño, era su época preferida del año. El cambio de color en el paisaje, el frío que se iba intensificando un poco más día a día, la bruma de la mañana que dotaba al entorno de esa atmósfera mágica y fantasiosa… No era un hombre muy dado a la melancolía, pero el otoño provocaba que su introspección habitual se acrecentara un poquito más.

Mientras avanzaba hacia Lanerburgh a paso tranquilo, su cabeza fue deambulando de un tema a otro sin demasiado concierto. La conversación con su madre el día anterior había sido más intensa de lo normal. Sonrió levemente, estaba preocupada por él. «Quiero que mis hijos conozcan el amor», había dicho con esa dulzura que le calentaba los huesos. Adoraba a su madre, era la persona a la que más quería en el mundo. Cuando era niño, tenía épocas en las que se sentía aterrado al pensar que un día se moriría. Ahora tenía ya veinticuatro años, pero ese terror no se había disipado del todo. En eso era como su padre.

¿Cómo iba a casarse con nadie teniéndola a ella de ejemplo? No había conocido a ninguna mujer que se le pareciese, que tuviese su

bondad, su dulzura, su comprensión. Elisabeth se preocupaba por todos y sabía lo que necesitaban antes que ellos. Desde que Robert se había unido a la familia había empezado a envolverlo con su manto y ya los había visto pasear juntos en varias ocasiones. Tenía un don y todo el mundo lo sabía. Si estabas cerca de su influjo, no podrías resistirte.

La imagen de Arlene apareció en su mente y sus manos, que reposaban sobre el cuerno de la silla, se apretaron levemente. Pensó en la última conversación que mantuvieron antes de su viaje a París. Fue tan dulce y comprensiva… Él no estaba preparado para un compromiso y ella aceptó esperar. ¿Se veía casado con ella? Sí. Era la única mujer que conocía con la que podría dar el paso. No le gustaban las complicaciones, quería una vida tranquila, hijos y poder ocuparse de su pasión, que eran los caballos. Sentía atracción por Arlene, pero estaba seguro de que no era amor tal y como se lo habían descrito. Siempre tenía una sonrisa disponible para él y todo le parecía bien. Nunca discutía por nada. Nunca la había oído decir una palabra más alta que otra. Con ella, su vida sería… apacible.

—¡Daniel!

Oyó una voz a su espalda y vio la figura encorvada de Ceana Mackay haciéndole señas. Hizo girar a Rionnag y se dirigió hacia la puerta de su casa. Desmontó sin preguntar nada y ató el caballo a la anilla anclada en la pared antes de entrar en la casa. Los Mackay

eran un matrimonio al que conocía desde niño. Aaron había trabajado en las caballerizas de los McEntrie toda su vida y ahora, que era un anciano que no podía trabajar, su mujer era su único apoyo. No habían tenido hijos y siempre que Daniel iba al pueblo se pasaba por su casa a ayudarles. En esa ocasión pensaba hacerlo antes de regresar, pero Ceana se le había adelantado.

—Buenos días, Aaron, te veo estupendo —dijo cuando entró al pequeño salón.

—Y yo veo que sigues tan mentiroso como siempre.

—¿Mentiroso yo? Sabes que soy incapaz de mentir. —Se volvió hacia su esposa con una sonrisa—. ¿Qué necesita, señora Mackay?

—Se ha roto una teja y cae el agua sobre nuestra cama. ¿Podrías echarle un vistazo, Daniel?

Él asintió sin dejar de sonreír y salió de la casa para ir al cobertizo a buscar una escalera. El viento fresco del final del verano lo despeinó cuando estuvo sobre el tejado con el material que necesitaba para la reparación. Halló la teja desplazada junto a un viejo nido, probablemente de una urraca. La levantó con suavidad y descubrió la grieta por la que se colaba el agua. Recolocó la pieza y selló la unión con barro húmedo. Cuando acabó, se sacudió las manos pisando con cuidado sobre una viga.

Se quedó un momento allí, de pie, observando el paisaje. Desde esa posición tenía una visión parcial de Lanerburgh. Sus ojos se empequeñecieron al detectar una pequeña figura que atrajo su atención. Su larga melena negra ondeaba al viento con rebelde desparpajo. Iba envuelta en un tartán, y sintió una punzada en el costado al pensar que aquel ligero vestido que asomaba por debajo no la protegería del invierno.

¿Quién era? ¿De dónde había salido? ¿Dónde estaría durmiendo? ¿Acaso no sabía todos los peligros que acechaban a una joven sola y sin protección?

—¿Cómo va eso, Daniel? —gritó la señora Mackay despertándolo de su ensoñación.

—Ya he terminado —dijo caminando por la cumbrera hasta un vértice, para bajar luego hasta donde había dejado la escalera.

Saltó desde el tercer escalón y cayó delante de la buena mujer que lo esperaba con una enorme sonrisa.

—¡Qué haría yo sin ti, Daniel!

—Pues usar a otro McEntrie —dijo él riéndose—. Ya sabe que puede llamarnos siempre que lo necesite. No tiene por qué esperar a que vengamos. ¿Cuántos días llevaba con esa gotera?

—No quiero molestar.

—Usted no molesta —dijo cogiéndola con un brazo por los hombros, mientras con la otra mano levantaba la escalera para llevarla hasta el cobertizo.

—¿Te preparo un té? Empieza a hacer bastante fresco, ¿verdad?

—Voy a ver a los McAllen, en la herrería nunca hace frío con ese horno en marcha.

Daniel se despidió de Aaron y salió de la casa acompañado por su esposa.

—¿Cuándo te vas a casar, Daniel? —preguntó mientras lo observaba desatar a su caballo.

—¿Ya quiere que me case? Soy demasiado joven para escoger bien —se burló.

—¿Joven? A tu edad yo ya hacía tres años que estaba casada con Aaron. Tienes que buscar a una buena mujer y, cuando la encuentres, no dejarla escapar.

—Me pondré a ello enseguida —dijo tirando de Rionnag—. Y cuando la encuentre, se la traeré para que me dé su bendición.

—Se te van a llenar las botas de barro si vas caminando.

Daniel le hizo un gesto de despedida y se alejó hacia el taller de sus amigos, que estaba al final de la calle.

—¡Límpiate el barro de los pies! —gritó Connor al verlo frente a las puertas abiertas de par en par, extendiendo el brazo hacia él.

Daniel miró a su amigo con expresión incrédula. No debía haber oído bien. Entró golpeando las botas, soltando lo que llevaba incrustado en la suela.

—Eres imbécil. —Josh caminaba hacia él conteniendo la risa.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí? —Daniel observó la herrería como si no diera crédito—. ¿Habéis dejado que Isla meta las manos en vuestras cosas?

Se acercó a la mesa que contenía los clavos colocados por tamaño y se echó a reír a carcajadas, enfrentándose al pequeño de los McAllen. Josh cogió unas tenazas y las abrió y cerró como advertencia.

—Necesito herraduras y espuelas —dijo Daniel dejando de reír—. Y me llevaré hebillas para arneses y…

Se detuvo al ver el camastro colocado al fondo de la sala. Miró a su amigo con preocupación.

—Al final ha pasado, Isla te ha echado de su casa —dijo caminando hacia la cama.

Observó la lámpara de aceite sobre una pequeña banqueta. Las mantas bien colocadas… Se volvió hacia sus amigos con curiosidad.

Connor se rascaba la nuca en un gesto muy característico suyo y Josh tenía las manos en la cintura y una expresión indescifrable.

—¿Daire está bien? —preguntó Josh.

Daniel era consciente de que allí pasaba algo y que no querían hablar de ello.

—Sí, perfectamente.

—¿Habéis sabido algo de Fergus? —intervino Connor antes de volver al trabajo.

—No.

Daniel se paseó por la herrería. Nunca la había visto tan limpia y ordenada. Volvió a mirar a Josh entornando los ojos.

—Mientras me preparáis el pedido voy a ir a saludar a Isla —dijo caminando hacia la puerta.

Los dos hermanos se miraron y Josh corrió para cortarle el paso.

—Está ocupada.

—No creo que le importe que la interrumpa un momento.

—Daniel…

—¿A qué vienen esas caras? —se mofó—. ¿Habéis secuestrado a alguien?

Los hermanos se miraron de un modo que hizo que Daniel acabara riendo a carcajadas.

—¡Dios! Tendríais que veros las caras ahora mismo. —Se cruzó de brazos—. Dejaos de estupideces y contadme lo que sea.

Daniel escuchó la historia sin inmutarse y, cuando Josh acabó de hablar, volvió a mirar el camastro y frunció el entrecejo.

—¿Dejáis que se cuele aquí por la ventana todas las noches?

—Le hemos dicho que venga antes de que nos vayamos y que entre por la puerta, pero no quiere.

—Viene cuando ya nos hemos ido y se marcha antes de que lleguemos por la mañana —explicó Connor—. Está claro que no quiere vernos.

—Isla le ha dado un vestido, el suyo estaba hecho jirones. Y le deja un plato de comida todas las noches. Me temo que es lo único que come en todo el día.

—Al menos ahora come —afirmó Connor—. No sé cuánto tiempo más habría aguantado como estaba.

Daniel apretó los labios y dejó salir el aire por la nariz.

—¿Habéis conseguido que os diga de dónde viene?

Josh negó con la cabeza.

—Creo que por eso no quiere vernos, para que no la interroguemos. Ni siquiera Isla consiguió sonsacarla.

—Eso sí que no me lo creo —negó Daniel.

—Pues créetelo. —Isla había entrado sin que ninguno se percatase—. No suelta prenda, pero no es ninguna *tinker*. Esa muchacha es de buena familia. Habla como una señorita y es muy educada.

—Pero tiene callos en las manos —apuntó Connor.

Daniel se acercó a Isla, ignorando a su marido.

—No es de por aquí —afirmó rotundo, e Isla negó con la cabeza.

—Nadie va a contratarla. He hablado con todo el mundo. No se fían. He intentado que ella entienda que, si nos dice su nombre real, será más fácil.

—Debe haber hecho algo muy malo si prefiere vivir de la caridad antes que daros su nombre —dijo Daniel pensativo.

—No es mala chica, Daniel —dijo Josh—. Quizá podríais darle trabajo vosotros.

—¿Qué? No me metas en tus líos, Josh.

—*Slioscreige* es enorme y sois un montón de gente allí. Seguro que hay algo que ella puede hacer. —Señaló la herrería—. Mira cómo ha dejado esto.

—¿Ha sido ella? ¿Le habéis hecho limpiar por dejarla dormir?

—Nadie la obligó —dijo Connor—. Lo decidió ella solita.

—Lo hizo después de que le diésemos de comer —explicó Isla—. No está cómoda recibiendo limosna. Ya os digo yo que esa muchacha ha tenido que trabajar duro para sobrevivir. Es verdad que tiene callos en las palmas de las manos. Y sus brazos son fuertes. Pero ha recibido educación de algún tipo.

—Eso que dices es muy contradictorio —afirmó Daniel apoyando el trasero en una de las pesadas mesas—. Por un lado me dices que no es una zarrapastrosa y, por otro, que ha trabajado duro.

—Sí, es muy raro, pero es lo que yo he podido ver al hablar con ella. Usa palabras cultas, me recuerda a Nuna hablando. Pero tiene el físico de una mujer que ha tenido que trabajar.

Daniel cruzó los brazos pensativo.

—Quizá su padre se arruinó.

Los otros tres asintieron.

—Eso explicaría que no quiera hablar de ello —dijo Connor—. Probablemente alguien que lo ha tenido todo y lo pierde se sienta avergonzado por ello.

—No parece avergonzada —apuntó Josh—. Parece… asustada.

—Quizá podría hablar con los Mackay —dijo Daniel—. No les iría mal tener ayuda.

—Los Mackay no pueden permitirse pagar un sueldo.

—Pero quizá a ella le baste con alojamiento y comida.

—No es mala idea —dijo Isla.

—Pero no estoy seguro de fiarme de ella —dijo Daniel.

—Bueno, piénsatelo. Yo tengo cosas que hacer —dijo Isla caminando hacia la puerta—. He venido a deciros que voy a ver a mi madre. Os he dejado la comida hecha, solo tenéis que calentarla.

—No vuelvas tarde —pidió Connor con una sonrisa.

Isla salió de la herrería y Josh miró a Daniel, que continuaba meditabundo. Al cabo de un minuto, los gritos de Isla levantaron a su esposo de la banqueta. Los otros dos lo siguieron a la carrera.

CAPÍTULO 4



—¡Jason! —gritó Isla empujándolo para apartarlo de Katie.

La muchacha estaba abrazada al cuello del caballo y el hombre la miraba furibundo después de haberle soltado el pelo.

—¡Intenta robarme el caballo! ¡Dice que es suyo y acabo de pagar veinte libras por él!

—¡Es mío! —insistió Katie—. Se llama Aonach y vale por lo menos treinta.

El caballo relinchó y movió la cabeza hacia ella. Daniel frunció el ceño, consciente de que el animal la reconocía.

—Jason, cálmate —advirtió Josh, mientras Connor se acercaba a su esposa para evitar que hiciera algo de lo que él tuviese que arrepentirse.

—El maldito caballo ha intentado tirarme tres veces desde el mercado hasta aquí. Y esta loca casi me saca los ojos.

Katie comenzó a susurrarle al caballo y este se tranquilizó al instante. Daniel la observaba con mucha atención. Estaba claro que

entendía de caballos y apostaría a que, realmente, ese animal era suyo.

—¿Veinte libras, has dicho? —preguntó mirando a Jason. Sacó el dinero y se lo ofreció.

Jason puso mala cara.

—¿La conoces? —preguntó señalando a Katie.

—¿Quieres recuperar tu dinero o no? No tengo todo el día.

Jason se apresuró a cogerlo y miró con mala cara tanto al animal como a la mendiga.

—Quédatelo. No sé para qué va a querer un McEntrie un animal como ese, pero tú sabrás. —Se encogió de hombros y se dio la vuelta para marcharse.

—Vamos —ordenó Daniel a Katie antes de darse la vuelta.

—¿Qué? —Ella se separó del caballo y lo miró ceñuda.

Daniel se detuvo y suspiró. A continuación volvió a girarse para mirarla.

—Ahora ese caballo es mío y parece que le tienes bastante aprecio. Suponía que querrías ir con él, pero si no quieres, no hay problema. —Se acercó al animal y cogió las riendas para tirar de ellas.

Katie se mordió el labio y miró a Josh, Connor e Isla. Esta última asintió con la cabeza.

—¡Espere! —gritó antes de correr hacia él.

—¿Adónde se lo lleva?

—A *Slioscreige*, ¿adónde si no?

La joven se retorcía las manos, visiblemente nerviosa.

—¿Qué… qué quiere de… mí?

—¿Sabes de caballos? —preguntó impertérrito.

—No —respondió bajando la mirada.

—Mírame cuando te hablo.

Katie levantó la cabeza y posó sus brillantes ojos en él.

—Sabes de caballos. ¿Por qué mientes?

—No sé de caballos. Me gustan, que es distinto.

—¿Vas a robarnos? —Daniel inclinó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Qué?

—Si te llevo a mi casa, ¿vas a robarnos?

Ella frunció el ceño confusa.

—¿Cree que si fuera a robarles se lo diría? No soy estúpida, aunque a usted se lo parezca.

Daniel no pudo evitar una sonrisa.

—¿Eso es que piensas robarnos?

—Por supuesto que no. No he robado nada en mi vida.

—Excepto la hogaza de pan.

Katie sintió el calor que se extendía por sus mejillas hasta las orejas y se mordió el labio, visiblemente avergonzada.

—Y eso por no mencionar que te cuelas en la herrería de los McAllen todas las noches.

—Ellos… me dejan —susurró nerviosa.

—Daniel, no seas capullo —dijo Josh acercándose—. No le hagas caso, Katie, en el fondo es un buen tipo, aunque parezca gilipollas.

—¿De verdad te llamas Katie o es un nombre inventado?

Lo miró desafiante.

—Es el nombre que me puso mi madre.

—Bien, Katie. Te ofrezco venir a *Slioscreige*. Allí hay trabajo de sobra y seguro que encontraremos uno para ti. Me pagarás lo que ha costado ese caballo y, cuando lo hagas, será tuyo y podrás irte si así lo deseas.

Ella abrió mucho los ojos y miró al animal. Una sonrisa se dibujó en su rostro, en contraste con la congoja que mostraban sus ojos. Asintió repetidamente sin decir nada.

—Bien. —Daniel le entregó las riendas de Aonach y miró a sus amigos—. Es lo que querías, ¿no?

—¿Y qué pasa con los Mackay? —preguntó Josh algo confuso.

—¿Has visto cómo se ha enfrentado a Jason? —musitó su amigo acercándose a su oído—. No creo que sea buena idea dejarla con dos ancianos.

Josh sonrió divertido.

—Tienes razón.

—Si al final es una ladrona y nos roba, tú tendrás la culpa —sentenció Daniel y se dio la vuelta—. Vamos, no tengo todo el día.

Connor e Isla se despidieron y los dos hermanos regresaron con su amigo a la herrería. Isla se acercó a Katie, que abrazaba a su caballo con cariño.

—Los McEntrie son muy buena gente —le dijo con tono firme—. Pórtate bien con ellos, no nos dejes en mal lugar.

Katie la miró y asintió convencida.

—Crían caballos —explicó Isla—. Purasangre y de carreras. En ese castillo viven tres generaciones de McEntrie.

Katie se mostró confusa. Parecía que hablase de mucha gente.

—Pórtate bien —insistió Isla.

Las dos se despidieron.

Daniel la miraba de soslayo mientras salían de Lanerburgh. Estaba claro que no era una mendiga. El modo en el que hablaba denotaba que había recibido educación y su mirada desafiante le hacía pensar que había tenido que defenderse. Tenía unas facciones dulces, a pesar de mostrarse esquiva e incluso antipática. Lo que más llamaba la atención eran sus ojos, de un verde esmeralda que él no había visto nunca. Había ojos verdes entre los McEntrie, pero ningunos se parecían a esos.

¿Qué narices hacía sola y durmiendo en una herrería?

—¿Cuántos años tienes? —preguntó cuando habían recorrido algo más de una milla.

—Es de mala educación preguntar la edad a una… —Enmudeció al instante, consciente de que había contestado distraída.

Daniel torció la sonrisa.

—A una dama, ¿eso ibas a decir?

Ella se apartó un mechón de pelo con ademanes suaves. El escocés se fijó en que, a pesar de no tener dónde caerse muerta, lo

llevaba perfectamente peinado… y limpio.

—Diecinueve —murmuró contenida, al ver su insistente mirada.

—¿Te has bañado en el lago? —preguntó reprobador—. Es peligroso.

Katie elevó ligeramente el mentón.

—Sé nadar perfectamente.

—¿Quién te enseñó?

Ella apretó los labios antes de responder. Comprendió que debía tener mucho cuidado con él o acabaría contándole más de la cuenta.

—¿Estás huyendo? Si me respondes a lo que te pregunto, no trataré de averiguar tu identidad. Pero entiende que necesito asegurarme de que no estoy metiendo un lobo en el gallinero.

—No he cometido ningún delito. No soy una ladrona ni he hecho nada malo. —Hizo una pausa tensa—. Pero sí, estoy… huyendo de algo.

—¿De algo o de alguien?

Ella suspiró y dejó caer los hombros.

—De alguien —musitó en un tono tan bajo que Daniel lo adivinó más que lo escuchó.

Siguieron otro trecho en silencio, hasta que él pudo organizar sus pensamientos.

—¿Puedes contarme algo sobre ti? ¿Algo que me indique la clase de persona que eres?

—Me gustan los caballos —dijo ella con una sonrisa sincera, mientras acariciaba el cuello de Aonach e inclinándose hacia delante —. Mucho.

Daniel asintió observando el camino. Katie comprendió que aquello no era suficiente, pero si le hablaba de sus hermanos eso podría acabar desvelando, de algún modo, su identidad. Optó por dar una información reducida.

—Tengo una hermana. Acaba de cumplir dieciséis años.

Daniel giró la cabeza y posó sus ojos en ella.

—¿Y ella sabe que estás aquí?

Katie negó con la cabeza.

—¿Te estará buscando?

Katie volvió a negar.

—Entonces supo que te marchabas. ¿Estuvo de acuerdo?

Katie asintió, y Daniel comprendió que eso significaba que había un motivo para su huida que ambas conocían.

—¿Ella estará bien? —preguntó tratando de no mostrar preocupación.

Katie desvió la mirada después de asentir, para que no viese la angustia en sus ojos, pero no fue lo bastante rápida.

—Deduzco que Lanerburgh no era tu destino.

—No.

—¿Hay un destino?

—No. Pero de no haberme quedado sin caballo no me habría detenido.

—¿Te robaron? —Su expresión fue respuesta suficiente. Daniel apretó las riendas con fuerza—. ¿Te hicieron… daño?

—No. Solo querían mis cosas. Se llevaron mi dinero, un anillo, un colgante y mi caballo. Por eso…

—Ya.

Siguieron de nuevo en silencio, dándose espacio. Katie aprovechó para observarlo. Era un hombre imponente. Sus rizos ensortijados le daban un aspecto descuidado, pero eso no lo hacía menos atractivo. Tenía una mandíbula muy marcada y un hoyuelo en la barbilla que dotaba a su rostro de cierta simpatía. Tenía los ojos de un color verde hoja, más oscuros que los suyos. Pero lo que más había llamado su atención era la boca, sus labios la llamaban como el

canto de los pájaros a primera hora de la mañana. No podía dejar de mirarlos.

—Yo tengo una hermana. Se llama Nuna —dijo Daniel mirándola de nuevo y cazando al vuelo su escrutinio.

—Lo sé. —Katie fijó la vista en el camino—. La vi el día… ya sabe, el día del pan.

—Cierto. —Sonrió—. La usaste para escabullirte.

—Creí que iba a meterme en problemas. —Lo miró sin protección —. Nunca había robado nada en mi vida. Me moría de hambre. Llevaba cuatro días sin probar bocado. El día anterior le pedí un mendrugo, pero me echó de su tienda como si fuese… una rata. —Dejó escapar un suspiro—. No estoy diciendo que eso me diese derecho a… robar, pero era eso o morirme.

—Ahora entiendo por qué eres piel y huesos.

—¿Cuántos caballos tienen? —preguntó ella. No le gustaba hablar de sí misma.

—Cuarenta yeguas, quince sementales, treinta y uno en entrenamiento y cuarenta y siete potrillos. Actualmente hay unos veinticuatro caballos nuestros en competición activa, todos ellos con prestigio nacional. Además, todos tenemos caballos y somos muchos. Y luego están los que ya son demasiado viejos y que no vamos a vender porque son de la familia.

—Eso son muchos caballos.

—Los McEntrie llevamos criando caballos mucho tiempo.

—Oí a Josh decir que viven en un castillo.

—*Slioscreige*, sí.

—¿Son muchos?

—Mis tíos han vivido siempre allí, salvo una pequeña temporada en la que tío Kenneth y tía Rowena tuvieron su propia casa. Pero, por lo que sé, no duró mucho. Algunos de mis primos sí se han marchado. Nessa se casó y se fue a vivir a Turlom y Constance vive en Fort William con la familia de su marido. Algunos, como Cai o Adam, están decididos a tener su propia casa, pero los demás estamos muy cómodos en *Slioscreige*.

Katie sentía la curiosidad bailándole en la punta de la lengua.

—¿Te escapaste porque tu madre quiere casarte con alguien que no te gusta? —preguntó Daniel de pronto—. ¿O no deja que eches tu vida a perder con algún cazafortunas?

—Mi madre murió cuando yo tenía siete años —musitó entre dientes.

Daniel abrió un poco más los ojos, pero enseguida recuperó la expresión relajada.

—Lo lamento.

—Ya.

—¿Y tu padre?

—Murió poco antes de que yo naciera.

Silencio.

—Así que solo estáis tu hermana y tú —susurró él, preguntándose qué habría hecho que las dos se separaran—. Pero estás segura de que está bien.

Katie comprendió lo que él debía estar pensando, que ella huyó de algún peligro dejando atrás a su hermana, tres años menor. Se mordió el labio inquieta. Si hablaba más de la cuenta podría desvelar cosas que no quería que nadie supiera, y menos él. Parecía tener alguna clase de don para hacerla hablar.

—Si no estuviera segura, no la habría dejado. Beth no corre el menor peli… —Empalideció.

Daniel no movió un músculo y continuó mirando hacia el sendero como si no la hubiese oído. Pero había escuchado alto y claro el nombre de la joven. Beth. Beth y Katie. Era un buen lugar por dónde empezar a indagar.

—Por favor… —suplicó ella—. Por favor.

Daniel la miró sin pestañear.

—¿Por favor, qué?

—No… —casi gimió—. Olvide lo que he dicho. No me quedaré mucho. Tan solo hasta que consiga un poco de dinero… Trabajaré bien. No le daré ningún problema. Soy fuerte y no me canso fácilmente. Puedo trabajar en las cocinas o limpiando. Incluso puedo trabajar en las caballerizas, si quiere. Limpiaré el estiércol, no soy escrupulosa.

—He visto lo que has hecho en la herrería —dijo él con tono impasible—. Está claro que se te da bien limpiar y organizar, no será difícil que encontremos algo para ti. Tengo muchas primas y no todas tienen doncella. Quizá puedas quedarte con Eilidh, es tres años menor que tú.

—¿Doncella? Seguro que hay criadas en *Slioscreige* que están esperando que las asciendan. No estaría bien que me dieran un puesto así, recién llegada. No. Tienen que darme algo que las demás no harían, algo que no provoque el enfado de nadie.

Daniel entrecerró los ojos analizando su rostro. Estaba claro que estaba habituada a evitar conflictos y que sabía cómo funcionaba la jerarquía doméstica. Lo más probable es que viniera de una familia pudiente, con bastante servicio. Miró sus manos de nuevo. Se notaba que había tratado de cuidarlas, a pesar de los callos en sus palmas. Sin padres, ella y su hermana debieron quedar al cuidado de algún tío o pariente con posibles, que no la apreciaba demasiado. ¿La había hecho trabajar como criada? Había dicho que no era

escrupulosa y estaba dispuesta a limpiar las cuadras. Ninguna señorita bien se acercaría a una boñiga de caballo.

—Será mejor que aceleremos el paso o no llegaremos a tiempo para el almuerzo —dijo, y a continuación apretó los muslos y agitó las riendas, animando a Rionnag.

Katie lo imitó y enseguida una añorada euforia la invadió. Montar era su distracción favorita. La única, en realidad. Y reencontrarse con Aonach le había devuelto la alegría perdida.

CAPÍTULO 5



Elizabeth miraba a la joven con atención, mientras su hijo esperaba apoyado en el marco de la puerta del salón, observando a cierta distancia.

—¿Y no puedes decirnos nada de ti? —Miró a Daniel, dudosa.

—Sé cocinar, limpiar, lavar la ropa, coser, bordar, tejer. Puedo ocuparme de los niños, se me dan bien. Puedo limpiar las cuadras o cepillar a los caballos…

—Vaya —murmuró Elizabeth sorprendida—. Sabes hacer de todo, por lo que veo.

—Entiendo que, sin referencias, no pueden fiarse de mí. Puedo dormir en las caballerizas, lejos de la casa y de la familia. No me importa. Tan solo quiero ahorrar un poco de dinero y continuar mi viaje. No les daré problemas.

—¿Tu viaje? ¿Tienes que ir a alguna parte?

Katie negó con la cabeza y se retorció las manos. Daniel la observaba, aunque parecía aburrido.

—Mamá, no la interrogues más. Al final vas a darle trabajo y la estás poniendo nerviosa innecesariamente. Se quedará en la habitación de los mozos, no vamos a meterla en casa hasta que no estemos seguros de que no quiere desvalijarnos.

—¡Daniel! ¿Cómo va a dormir en ese cuchitril asqueroso?

—No me importa —se apresuró ella—. De verdad, lo prefiero. Me sentiré incómoda de otra forma. Deje que me quede con los caballos, solo díganme qué quieren que haga y yo no les daré ningún problema.

—Yo me encargo —dijo Daniel enderezándose. Le hizo un gesto con la mano—. Ven, Katie.

—De ningún modo —negó su madre agarrándola de la mano—. No va a dormir en las cuadras. Dormirá aquí. ¿Dónde está tu equipaje?

Katie bajó la cabeza y se mordió el labio, mortificada. La amabilidad y la ternura que desprendía Elizabeth eran demasiado para su ánimo.

—Mamá, la estás incomodando —dijo Daniel llegando hasta ellas —. Sé que tienes buenas intenciones, pero Katie no quiere eso.

Elizabeth la miró ceñuda.

—¿Te estoy incomodando?

La joven asintió sin levantar la vista.

—Pero yo… —Miró a su hijo, que le sonrió con cariño y soltó la mano de la muchacha—. ¿De verdad prefieres dormir en las cuadras?

—Por favor… —susurró ella.

—Oh. Entonces… —Hizo un gesto con las manos para indicar que siguiera a Daniel—. Ve con… él. Si es lo que quieres.

Katie la miró entonces y sus ojos brillaban acuosos cuando le cogió las manos y se inclinó como si estuviera ante la reina.

—Gracias, señora McEntrie, es usted una mujer maravillosa.

Daniel le indicó que lo siguiera y salieron de allí, dejando a Elizabeth perpleja.

—¿Cómo está Daire?

—Bien. No parece haber tragado ningún clavo —afirmó Alasdair, con una cabra rondándole las piernas como si fuese un perro—. No parece haber inflamación ni dolor, aparte del de la boca, claro.

—¿Clavos? —preguntó Katie sin poder contenerse.

Alasdair miró a Daniel interrogador.

—Esta es Katie —dijo por toda explicación—. Este es mi primo Alasdair, se ocupa de los caballos enfermos.

—En realidad me ocupo de que no enfermen —dijo el otro y se inclinó para saludarla.

Katie devolvió el saludo. Le sorprendió ver que, a pesar de lo diferentes que eran ambos primos, había algo en su mirada que era idéntico, aunque sus ojos fueran completamente distintos. Era realmente guapo, con una belleza salvaje. Debía tener unos veinte o veintiún años, nariz afilada, ojos del mismo tono oscuro que su pelo y labios que tendían a la sonrisa. Su mandíbula era tan rotunda como la de su primo, y también tenía el mismo hoyuelo en la barbilla.

Observó la cabra que se frotaba contra sus piernas y él sonrió, agachándose frente a ella para abrazarla.

—Es muy mimosa —dijo, y la besó, provocando que el animal hiciese lo propio con su cara.

—Es así con todos los animales, ya te acostumbrarás —dijo Daniel sin darle importancia—. Katie va a estar una temporada por aquí. Trabajará con nosotros.

—¿Con nosotros? —Se acercó John, y Katie no tuvo duda de que Alasdair y él eran hermanos y de que John era el pequeño—. ¿Aquí?

—Sí, aquí —dijo Daniel con impaciencia.

—¿Aquí en las caballerizas o aquí en *Slioscreige*? —se unió Cai.

La muchacha se preguntó cuántos hermanos serían. Cai tenía los mismos ojos que Alasdair y John, y la forma del rostro parecía haber sido cincelada por el mismo artista. Los observó a los tres y dedujo que era el mayor.

—Aquí en las caballerizas.

Cai puso mala cara.

—Es una mujer.

—¿En serio? —Daniel abrió los ojos como platos—. Ostras, Katie, deberías habérmelo dicho.

Cai ignoró a su primo, estaba demasiado ocupado mirándola a ella.

—¿Quieres trabajar aquí?

Katie asintió.

—¿Por qué?

—Necesito el trabajo y me gustan los caballos.

—A mí me gusta comer y no me dejan acercarme a la cocina —dijo John con una risita tonta.

Daniel dejó escapar un suspiro, consciente de que aquello iba a dar mucho de sí si no lo cortaba de raíz.

—¡A ver, acercaos! —llamó a los demás que estaban por allí, llegando hasta las cuadras para dar palmas—. ¡Venid los que me oigáis!

Aparte de los tres hermanos, Cai, Alasdair y John, acudieron el pequeño Benjamin, cuyo pelo rubio cobrizo destacaba en el grupo, y dos de los mozos. Luke, que debía rondar los cuarenta años, y Mike, que no pasaría de los veinte.

—¿Dónde están los tíos y mi padre? —preguntó.

—Tu padre y el mío han salido a revisar las cercas —respondió Alasdair y le dio una palmada a la cabra, que se alejó trotando hacia el sendero—. Lachlan y el abuelo han ido a ver al padre de Fergus, y Brodie y Ewan se han acercado al pueblo a por algunos suministros.

—Tío Caillen y Craig están en casa estudiando cómo actuar en caso de que Fergus vuelva a hacer algo parecido —añadió John.

—No creo que vuelva a hacer nada parecido —dijo Daniel—. Bien, escuchadme todos y así no tendré que ir respondiendo preguntas. Katie se ha escapado de casa, no tiene dónde vivir y no nos quiere contar de dónde viene ni sus motivos. Estará aquí de prueba. Necesita el dinero y este es su caballo, Aonach. Si trabaja bien, se quedará hasta que ella quiera. Si no… bueno, si no, ya veremos lo que hacemos. ¿Alguna pregunta?

Katie lo miraba con la boca y los ojos muy abiertos. ¿De verdad les había contado… todo? Daniel giró la cabeza y la miró enarcando una ceja.

—No habrían dejado de preguntar y, al final, habríamos tenido que contarlo igual.

Sus primos los observaban entre confusos y preocupados.

—¿Que se ha escapado? —preguntó Alasdair.

—¿Va a trabajar aquí? —Benjamin la miraba ceñudo—. Es una chica.

—Eso ya había quedado claro, Ben —dijo Daniel burlón—. Sí, Alasdair, se ha escapado. Tiene 19 años, así que, si le damos alojamiento y protección, es libre de estar aquí.

Katie entornó los ojos.

—¿Eso es cierto? —preguntó.

Daniel asintió sin dejar de mirar a sus primos.

—¿Por eso me preguntó… mi edad?

Daniel la miró entonces. Una cálida y desconocida sensación se extendió por su cuerpo. ¿Qué le pasaba a la gente de Lanerburgh? Josh, Connor y su esposa Isla, y ahora los McEntrie… Es cierto que la panadera no le había querido dar ni un mendrugo de pan, y que nadie había querido contratarla, pero ellos la estaban ayudando. Y

no le habían pedido nada a cambio. Tragó saliva tratando de ocultar sus emociones. El corazón le latía tan fuerte que temió que pudieran escucharlo y darse cuenta de lo mucho que ansiaba que la dejaran quedarse allí.

—Dormirá en la habitación de las cuadras —anunció Daniel.

—¿Qué? —John lo miró ceñudo.

—¿Cómo va a dormir ahí? —dijo Alasdair incrédulo—. Huele a mierda de caballo.

—No me importa —se apresuró a decir Katie—. Estaré bien.

Daniel le hizo un gesto para que lo siguiera y caminó tras él hacia las cuadras. Nunca había visto unos establos tan grandes. Aceleró el paso para colocarse a su lado.

—Me irían bien unos… pantalones —dijo con timidez.

Daniel echó una mirada detrás de ellos, sintiendo la reprobación de sus cuatro primos que, al parecer, no tenían nada mejor que hacer que seguirlos.

—Ya me darás una lista de todo lo que necesitas.

Katie sonrió, satisfecha de que no objetase nada a su petición. Se giró también y les sonrió, consciente de la tensión que provocaban los otros en su primo.

Se detuvieron frente a una puerta de madera y Daniel la abrió para mostrarle una habitación de unos seis metros cuadrados, con un camastro y un arcón de madera. Tenía un pequeño ventanuco y olía a boñiga de caballo, tal y como había dicho el veterinario.

Daniel tensó la mirada y se llevó las manos a la cintura. Luego la observó a ella y, por último, puso los ojos en sus primos, que esperaban cruzados de brazos. Iba a cerrar la puerta y a sacarla de allí, pero Katie se coló por debajo de su brazo y entró en la estancia con expresión sonriente.

—Es perfecto —dijo, mirándolo todo al tiempo que asentía—. Necesita un poco de limpieza, pero es perfecto.

—No —negó Daniel—. Es horrible, no puedes dormir aquí.

Katie destapó la cama y tiró las cobijas al suelo.

—Lavaré toda esta ropa y limpiaré a fondo. Si me dejan el día libre, mañana todo estará impecable. —Se giró hacia los cinco jóvenes que se apiñaban frente a la puerta.

Ben, John, Alasdair y Cai miraron a Daniel a la espera de su respuesta. Pero este último no sabía qué decir. Aquel cuarto era realmente horrible y olía fatal. Era donde los mozos se echaban una siesta cuando estaban muy cansados y fuera hacía demasiado frío, pero estaba claro que lo consideraban una cuadra más.

—Puedes dormir en la casa —dijo Daniel muy serio—. Tenemos habitaciones de sobra.

—Prefiero dormir aquí —dijo ella, aún con la sonrisa en los labios.

—No.

—De verdad que estaré bien.

—Pero yo no —Daniel hizo un gesto para que saliera y torció el geso cuando ella no obedeció.

—Me sentiré incómoda en la casa. No puedo decir quién soy y es una falta de respeto para su familia.

—Pues dinos quién eres —apuntó Benjamin.

Las manos de Katie se retorcieron y se mordió el labio, pero acabó por volver a posar sus ojos en Daniel con una clara súplica en ellos.

—He estado durmiendo a la intemperie durante semanas. Hasta que me colé en la herrería. Dormir aquí será una mejora considerable. No pasaré frío y tendré un trabajo que me proporcionará todo lo que necesito. Por favor, deje que me quede aquí. Yo lo limpiaré y lo dejaré presentable. Y, por los mozos, no se preocupe, durante el día podrán seguir usándolo sin problema.

—¿Y por la noche? —Ben miró a sus primos con curiosidad—. El tío Dougal ha ordenado que se hagan turnos para vigilar por la

noche. Por lo de Fergus…

—Ostras, es cierto —afirmó Alasdair.

Katie empalideció, pero no se rindió aún.

—Habrá algún otro cuarto aquí. Puedo limpiarlo también. Soy muy hacendosa y…

—Sal —ordenó Daniel, que empezaba a perder la paciencia.

Katie dio un paso atrás y chocó contra la cama. Daniel enarcó una ceja por toda respuesta, sintiendo la mirada de sus primos clavada en él. Suspiró y, al ver que ella no se movía, entró en el cuchitril, la agarró del brazo y la sacó sin contemplaciones.

Katie se libró de su agarre antes de que salieran al exterior y se apartó de él, mirándolo furibunda.

—¡No vuelva a tocarme! —dijo con rabia contenida.

Daniel frunció el ceño y le mostró el camino, pero ella apretó los labios un momento antes de responder.

—Quiero quedarme aquí. Por favor.

Los cuatro McEntrie observaban la escena con ojos bien abiertos y pasaban sus miradas de la muchacha a Daniel, expectantes. Y, de pronto, Daniel recorrió los pasos que los separaban, se inclinó, la agarró por las piernas y se la echó al hombro mientras ella pataleaba

y le golpeaba la espalda con los puños. Ben soltó una carcajada y Cai movió la cabeza, convencido de que eso iba a traer problemas.

CAPÍTULO 6



La señora Munro, jefa de doncellas, miraba a la joven con expresión severa, mientras Katie trataba de contener la rabia que sentía dentro de sus puños por cómo la habían llevado hasta allí. Nunca en su vida había pasado tanta vergüenza.

—¿Va a trabajar en las caballerizas?

—Así es, señora Munro —dijo Daniel rotundo—. Necesitará ropa y un lugar donde dormir. También estaría bien que le dieran un buen plato de comida y que descansase. No empezará hasta mañana.

La mujer la miró de arriba abajo como si estuviera tomándole las medidas.

—Quiero pantalones —pidió Katie.

—¿Cómo dice? —La señora Munro arrugó un poco más el ceño. Era una mujer paciente, pero no toleraba bien nada que se saliese de la norma.

—Voy a trabajar con caballos, necesito moverme con soltura y las faldas no son buenas para eso. Además, se llenarán de excrementos.

La mujer abrió los ojos como platos y miró a Daniel interrogadora. El McEntrie asintió levemente.

—Pantalones —afirmó tajante—. Pueden coger alguno mío y arreglárselo.

La señora Munro lo conocía desde que era un niño y sabía que, cuando decía algo, no valía la pena discutírselo. Hizo un gesto de aceptación.

—Un baño caliente tampoco le vendría mal —añadió Daniel sin mostrar la menor hilaridad en su voz.

Katie abrió la boca incrédula, y luego apretó los dientes para no responderle. Daniel se giró a mirarla y su expresión era fría e indiferente.

—Descansa todo lo que puedas y aliméntate bien. Mañana tendrás que trabajar duro. Como todos.

—No necesito descanso —dijo ella sin poder contenerse—. Y estoy perfectamente limpia.

—El baño es para que te relajes y puedas dormir —dijo él igual de impasible, mientras se dirigía a la puerta para salir del salón—. La dejo en sus manos, señora Munro.

No se había dado cuenta de lo terriblemente cansada que estaba hasta que se metió entre las sábanas frescas y limpias. El olor a jabón hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas, pero, como siempre, consiguió tragárselas sin que cayeran. Jamás lloraba, había aprendido a golpes que eso solo lo empeoraba todo. Sintió a Beth abrazada a su espalda, desprendía un olor muy parecido al de sus sábanas.

—Son buenas personas —dijo Beth con una risita contagiosa.

—Sí, lo son —respondió ella con un murmullo.

—Esta habitación no está mal. Es más grande que las que tienen nuestras criadas. Y no está llena de cachivaches, como la buhardilla. Y, desde luego, es mejor que dormir al raso o en una herrería.

—La herrería no estaba mal. Tenía hasta un camastro. Y la señora McAllen cocina muy bien. Aunque debo reconocer que no tan bien como la señora MacKinnon, la cocinera de los McEntrie.

—Y has recuperado a Aonach.

—¿Estás bien, Beth?

—Claro que estoy bien. Y Arthur y George también, no tienes que preocuparte por nosotros.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas dentro del sueño, y la almohada no tardaría en quedar empapada. Maisie, que era su compañera de cuarto, la observaba de pie junto a su cama,

preguntándose por qué lloraría. Pensó en despertarla, pero tampoco sabría qué decirle, así que, finalmente, decidió no meterse donde no la llamaban y comenzó a desvestirse.

Fue la primera en despertarse y en bajar a las cocinas. La primera después de la señora MacKinnon, que siempre era la más madrugadora.

—Buenos días —dijo con timidez.

La cocinera la miró un instante y enseguida le hizo un gesto para que se acercase. A pesar de su oronda figura, se movía con una agilidad que resultaba sorprendente.

—Mira qué bien, hasta que a Elspeth le dé la real gana de venir a cumplir con sus obligaciones, me ayudarás tú.

Y, sin más preámbulos, la puso a trabajar preparando el desayuno del servicio hasta que llegaron Ailsa y Elspeth para sustituirla. Entonces le pusieron delante un plato de gachas y una taza de té, y Katie se sentó en uno de los taburetes y se lo comió, distrayéndose con el trajín.

—¿Cómo acabó la discusión de anoche? —preguntó la cocinera cuando entró en la cocina una de las doncellas, a la que llamaron Jean.

—Como acaban siempre las discusiones entre esos dos —dijo la joven pelirroja, sentándose a la mesa después de saludar a todos—.

En el dormitorio.

—Señorita Ferguson —la nombró el mayordomo, y así supo Katie su nombre completo—, le recuerdo que el señor Wilmot y su esposa son sus señores también.

—Lo sé, lo sé, señor Ewing, y les tengo el mayor respeto, pero no me negará usted que parece que disfruten discutiendo por todo.

—En estas dependencias tenemos libertad para hablar, señor Ewing —intervino Jamie Muir, su ayudante, un hombre de unos cuarenta años y aspecto sobrio—. Sin faltar al respeto, por supuesto.

El mayordomo cogió el diario que le entregaba Duncan, uno de los lacayos, y lo abrió dispuesto a ignorar los comentarios de sus subordinados.

—Yo soy Duncan —dijo el joven presentándose a Katie.

—Encantada. Soy Katie —respondió ella inclinando la cabeza.

—Ese de ahí es Callum, y el que llega el último es Angus. ¿Se te han pegado las sábanas?

—Sabes que hoy me tocaba a mí revisar el calzado.

—¡Oh, sí, se me había olvidado! —exclamó el otro riendo.

—¿No podrían desayunar con un poco de silencio, para variar? —pidió el mayordomo.

Todos se sentaron a la mesa y, durante unos segundos, solo se escuchó el ruido de los platos y los cubiertos.

—¿A qué hora te vas, Maisie? —preguntó Agnes, la jefa de doncellas.

—En cuanto acabe de desayunar, señorita Munro, si a usted le parece bien.

—Cuanto antes te vayas, antes regresarás.

—La señora Elizabeth le ha dicho a Angus que me acompañe con el Tilbury y que me espere hasta que haya hablado con el doctor para traerme.

—Por eso no quiero desayunar mucho —dijo Angus—. La madre de Maisie siempre me ceba cuando me ve. Dice que estoy demasiado flaco y que así no encontraré esposa.

Katie observaba a todas aquellas personas preguntándose si, de verdad, eran tan felices trabajando allí. Maisie la miró y le dedicó una dulce sonrisa.

—No se preocupe, se acostumbrará a vivir aquí. Yo estuve llorando una semana. ¿Se acuerda, señora MacKinnon?

—Ya lo creo que me acuerdo —dijo la cocinera sonriendo—. Bajaba la primera a desayunar, como hoy usted, y tenía los ojos tan rojos que parecía que se los hubiesen frotado con arena.

—¿Por qué dices eso, Maisie? —preguntó Fionna, tercera doncella.

—Cuando me fui a dormir anoche, estaba llorando dormida —respondió su compañera.

Katie bajó la mirada a su plato y no dijo nada. Sabía que lloraba en sueños, su control no era capaz de mantenerse despierto, y no tenía sentido negarlo. Sobre todo porque ahora dormía en el cuarto de Maisie, la doncella la vería llorar más veces.

—Tengo… pesadillas.

—¡Ah! —exclamó la señora MacKinnon—. Tomarás una infusión de manzanilla y lavanda antes de irte a dormir. Verás qué bien duermes.

Katie sonrió con timidez y se terminó las gachas antes de ponerse de pie.

—Debo ir a… trabajar —dijo mirando al mayordomo para pedir su permiso.

—Es pronto. Los señoritos aún tienen que desayunar.

Katie volvió a sentarse.

—¿Te vas a comer otro? —Alasdair miraba a su hermano pequeño con expresión incrédula—. ¿Nunca te sacias?

John se encogió de hombros.

—Aún estoy creciendo —dijo riendo.

—¿Entrenas tú a Meallan o lo hago yo? —preguntó Cai mirando a Daniel.

—Me encargo yo.

—¿Cuándo regresa Arlene? —De nuevo Cai.

Daniel frunció ligeramente el ceño.

—¿Por qué me lo preguntas siempre a mí?

—A ti te escribe.

—¿Quieres su dirección en París? —preguntó burlón—. Puedo dártela.

Su primo arrugó la nariz moviendo la cabeza.

—Arlene ya ha elegido, Cai, deberías buscar en otro lado —dijo su hermano John.

—No sé si hice bien al traer a Meallan. —A Alasdair no parecía interesarle el tema de Arlene Barclay—. Es un cabrón hijo de puta. Te reventará la cabeza como te pongas a tiro.

Meallan se escapó cuando no había cumplido ni los dos años y había vivido salvaje hasta que Alasdair lo encontró dos meses atrás. Tuvieron que aislarlo del resto para que no creara problemas. No dejaba que nadie se le acercara, ni siquiera otros caballos.

—Pertenece a la estirpe de Strathspey, no voy a dejar que se malogre —aclaró Daniel.

—Quizá deberíamos dejar que se encargue mi padre —apuntó Cai.

—Tío Kenneth fue el que dijo que debía entrenarlo yo.

Alasdair asintió, él estaba delante cuando mantuvieron esa conversación.

—Buenos días —saludó Robert entrando en el comedor.

El lacayo se acercó cuando estuvo sentado y vertió café en su taza.

—Hoy tomaré huevos y salchichas. Tengo un camino largo por delante —pidió.

—¿Vas a ir a Edimburgo? —preguntó Cai, sentado frente a él.

—Sí. Voy a reunirme con el editor.

—En Londres se van a tirar de los pelos cuando vean tu libro publicado en Escocia. —Daniel torció una sonrisa.

—Verás a Anthony —dijo su hermano Benjamin—. El muy desgraciado no vino a pasar las vacaciones de verano. Prefirió quedarse para resolver sus estúpidos misterios.

—Es historiador, lo suyo es investigar —dijo Craig dándole una palmadita a su primo—. En Edimburgo hay muchos más hilos de los

que tirar que en Lanerburgh. ¿Qué quieres que investigue aquí? Todo el mundo conoce las historias de todos.

—¿Al final vas solo o te llevas a Heather? —preguntó Daniel recordando la pelea de la noche anterior.

—Voy solo —dijo Robert escueto, y por su rostro cruzó una clara sombra de descontento.

—Vaya… —comentó Craig—. Van a ser unos días complicados para nosotros.

Robert levantó la mirada y la posó en su primo con una clara advertencia, pero el otro ni se inmutó.

—Te recuerdo que Heather ya vivía aquí antes de que os casarais. Es mi prima y la conozco bien. ¿O debería decir que la he sufrido bien? Si te vas dejándola enfadada, va a arrasar con todo.

La mandíbula de Robert se marcó bajo la piel de su cara, pero no dijo nada.

—¿No podéis arreglaros? —pidió Daniel.

—Todos te lo agradeceremos —añadió Cai.

Robert respiró hondo por la nariz y, finalmente, tiró la servilleta en la mesa y se puso de pie.

—Ponedme comida para llevar —dijo mirando al lacayo antes de salir del comedor.

—Menos mal —dijo Craig.

—Suponiendo que lo solucione —musitó Daniel.

—¿Creéis que estaría mal que escribiese a Arlene? —preguntó Cai, y sus primos se levantaron para salir del comedor.

CAPÍTULO 7



Cuando entró en el cuarto, la encontró sentada en la cama. Acababa de despertarse y tenía el pelo revuelto y el camisón mal puesto. Había dormido agitada, como siempre que no dejaba que la abrazara. Ella se giró un momento y apretó los labios al verlo, antes de darle de nuevo la espalda.

—Tenemos que hablar —dijo Robert, quedándose al otro lado de la cama.

—Ya hablamos suficiente anoche.

—Eso no fue hablar.

Heather dejó escapar un suspiro y finalmente se levantó y se dio la vuelta para enfrentarlo. Robert sintió que se quedaba sin aliento. Recortada contra la ventana, la luz del exterior dejaba ver su cuerpo bajo la fina tela del camisón.

—¿De verdad vas a firmar un contrato con Argyle & Sons?

—Sí.

—¡Es una editorial demasiado humilde para ti!

Robert sintió que la calidez lo envolvía. En el fondo sabía que era su amor por él lo que hacía que fuese tan irracional.

—Es la única que está dispuesta a…

—No es cierto. Harrington te pidió disculpas y te ofreció un nuevo contrato muy ventajoso.

—No voy a publicar con él. Ya no.

—Eso es cabezonería. Todos podemos equivocarnos.

—Eso no fue una equivocación. Fue cobardía, y si me ha escrito ahora es porque Sir Ashcroft ha caído en desgracia con la reina. ¿Qué crees que pasaría si volviese a ser el de antes? ¿O si mis obras incomodan a otro miembro destacado de su adorada sociedad? No puedo confiar en una persona así. Y tú no deberías pedirme que lo haga —dijo esto último con dureza.

Heather rodeó la cama y se colocó frente a él con la misma determinación en su mirada.

—¿Dejarás que tu libro pase sin pena ni gloria? ¿Que no le den la atención que merece? ¿Acaso lo que cuentas no es digno de interés? ¿Estás pensando en esa pobre gente de las *workhouses* o en ti?

Robert respiró hondo por la nariz.

—Si el libro merece…

—Ni se te ocurra hacer esto conmigo —lo cortó—. Sabes muy bien cómo funciona el mundo. Si quieres que te presten atención, debes presentar bien tus cartas. Edmund Harrington tiene un prestigio que lo avala. Y está en Londres. Si publicas con él, tu novela estará en boca de todos y esos pobres desahuciados podrán…

—¿Podrán qué? —Ahora fue él el que la cortó con rudeza—. ¿Qué crees que voy a conseguir con un libro? ¡Nada, Heather! ¿Te crees que no saben lo que pasa? ¿De verdad crees que escribir un libro cambiará algo? No puedes ser tan ingenua.

—Pues lo soy.

—No, no lo eres. Eres la mujer más lúcida e inteligente que conozco y sé que sabes igual que yo que mi libro no marcará ninguna diferencia. Las leyes, sí. Pero mientras esos que pueden dictarlas tengan intereses en esas casas, nada cambiará.

—Si piensas así, ¿por qué escribes? —espetó furiosa—. ¿Por qué renunciaste al título? Podrías haber tenido una vida cómoda. Podrías…

Sus ojos se llenaron de lágrimas y apretó los labios para tratar de contener los sollozos. Robert cerró los ojos un instante, confuso.

—¿Crees que me importa algo de eso? ¿Crees que escribo para conseguir algo? Creía que me conocías mejor, Heather.

—¿Por qué renunciaste al título? Dime la verdad, Robert —suplicó —. ¿Fue por mí?

Él respiró hondo y después soltó el aire muy despacio. Se metió las manos en los bolsillos en una actitud muy poco elegante y le sostuvo la mirada.

—En parte, sí.

Heather dio un paso atrás y luego otro, chocando contra la cama. Su marido la siguió y se detuvo a corta distancia de ella.

—Yo no quería ser conde. Quería poder escribir lo que quisiera sin tener que preocuparme por mi familia. Pero siempre pululaba sobre mí la sensación de que estaba dejando a mi padre en la estacada. Que él confiaba en mí y que yo le estaba fallando. Cuando me di cuenta de que te amaba, todo lo demás desapareció. Ya no tuve la menor duda de que no quería ser conde.

—¿Por mi… culpa?

—No. Aquí no hay culpa, amor mío. Tú mereces ser libre, mereces poder hacer todo aquello que deseas sin que nadie te juzgue. Yo quería darte eso, igual que quería tenerlo para mí. Ni siquiera sabía si habría un nosotros cuando mi padre dio el paso definitivo y fue a ver a la reina, pero esa posibilidad me dio la seguridad que necesitaba.

Sacó las manos de los bolsillos, la agarró por la cintura y la atrajo de golpe.

—Renunciaría a todo por ti. ¿Acaso no lo sabes? A todo.

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Diría que yo también, pero en mi caso no significaría mucho, porque no tengo nada a lo que renunciar —dijo, y una lágrima se deslizó por su mejilla.

Robert la atrapó con un dedo, la observó a la luz y luego la depositó en su labio inferior. Paseó la lengua por él y cerró los ojos un instante antes de inclinarse para besarla. Después le quitó el camisón, sacándoselo por encima de la cabeza.

—Maisie… —musitó ella señalando hacia la puerta.

—Me la he cruzado en el pasillo, puedes estar segura de que no entrará hasta que me vea marcharme —dijo quitándose las botas y lanzándolas lejos.

—No has tenido tiempo ni de desayunar —dijo observando cómo se libraba de los pantalones.

Robert sonrió inclinando la cabeza, y después se sacó la camisa con urgencia.

—Tú vas a ser mi desayuno.

La empujó a la cama, disfrutando de su risa. Heather agarró con sus manos el duro miembro y a él se le secó la boca cuando las movió perversa.

—¿Por qué te excitas tanto cuando discutimos? —preguntó burlona.

Su marido metió una mano entre sus piernas y sintió la humedad en sus dedos antes de responder.

—Dímelo tú —dijo, mostrando el brillo en esos dedos.

Heather se sonrojó tanto que su cara compitió con su pelo. Para vengarse, movió la mano a lo largo de su envergadura y él gimió entre dientes entrecerrando los ojos. Aprisionó su mano sin dejar de mirarla y la guio sabiamente. Su esposa jadeaba al ver el placer en sus ojos y entreabrió los labios. Robert aceptó la invitación al instante y cubrió su boca con avidez. Su lengua se deslizó hambrienta, y la de Heather se enredó con ella en una discusión silenciosa y provocadora sin dejar de mover su mano para torturarlo.

Robert se apartó y arrastró su boca por el cuello, bajó por su clavícula, siguió hasta sus pechos y atrapó uno de sus pezones en el recorrido. Lo succionó con fuerza y ella gimió, apretó lo que tenía en las manos y después lo soltó. Él siguió bajando y se instaló entre sus

piernas. Estaba muy excitada y sonrió divertido, antes de abrirla para usar su lengua.

En el pasillo, Katie se detuvo perpleja al escuchar el grito de Heather. Maisie la agarró del brazo y tiró de ella, alejándola de allí.

—¿Qué le…? ¿No deberíamos…? —preguntó mirando hacia atrás.

—Oh, no. Ni te acerques a los dormitorios cuando ellos estén dentro —advirtió la doncella.

Katie seguía con la misma expresión cuando entraron en su cuarto. Maisie le entregó los pantalones y, cuando ella los cogió, apoyó las manos en la cintura y la miró interrogadora.

—¿Qué sabes de la intimidad entre un hombre y una mujer? —preguntó la doncella.

Katie se sonrojó al instante y bajó la mirada hacia los pantalones como si aquello fuera lo único interesante.

—Bueno, no importa —dijo la otra sacudiendo la cabeza—. Lo único que tienes que saber es que no debes entrar en los dormitorios cuando estén los dos cónyuges dentro. Grábatelo bien en esa cabecita tuya. Si lo haces, verás cosas que te aseguro que no quieres ver.

Katie no tenía muy claro de qué se trataba. Había visto a caballos montando yeguas. Y a otros animales haciendo lo propio. Pero lo que ocurría en un dormitorio no podía parecerse a eso. Entre un

hombre y una mujer… había una cama. Fuese lo que fuese, sucedía cómodamente tumbados. Aunque no tenía ni idea de cómo, exactamente. Y no quería imaginar a nadie… ¿Cómo podría mirarlos a la cara si pensaba en esas cosas?

—¿Tú has…?

Maisie frunció el ceño.

—No estoy casada —dijo visiblemente molesta.

—¡Oh! No preguntaba eso. Me refería a si tú… lo sabes.

—¿Si sé lo que pasa entre un hombre y una mujer? ¡Oh, sí, lo sé bien! ¿Quieres que te lo cuente?

Katie asintió.

—Vale. Supongo que has visto lo que tienen los caballos entre las patas.

Katie abrió mucho los ojos.

—He visto a caballos montar yeguas, pero eso no puede tener nada que ver. Son animales.

—Se parece bastante. En los hombres no es tan descomunal, claro. Pero para que te hagas una idea, sirve.

—¿Qué? ¡No! —Se tapó la boca, horrorizada.

—¿No te ha explicado nada tu madre?

—Murió cuando yo tenía siete años.

—Ah, vale. ¿Y no tienes una hermana mayor?

Katie negó con la cabeza.

—¿Una tía?

—A nadie.

—Ya veo. Mmmm… —Maisie se retorció las manos—. Supongo que no querrás hablar con la señorita Munro. Ya, es un poco arisca. No se lo tengas en cuenta, es buena persona, pero la vida no la ha tratado muy bien.

Katie se mordía el labio sin poder quitarse la imagen de un caballo montando una yegua, cosa que a las yeguas no parecía gustarles nada, por cierto. Maisie bufó decidida, y asintió.

—Vale, tú abre la mente y trata de entenderlo para que no tenga que repetirlo. Las mujeres tenemos un… Una… una puerta, eso es. Y ellos tienen la llave. Y ya sabes lo que se hace con la llave, se mete en la cerradura, se abre la puerta y así pueden entrar… las visitas.

Katie la miraba ceñuda.

—¿Las visitas?

Maisie se mordió el labio y miró hacia otro lado, como si en la pared del fondo hubiese un cuadro que lo explicase mejor que ella.

Cualquiera lo explicaría mejor que ella. Estaba claro que era mucho más difícil explicarlo que hacerlo, pero eso no se lo iba a decir.

—El hombre tiene una semilla que ha de dejar en la mujer, eso lo sabes, ¿verdad? —Esperó a que Katie asintiera—. Pues las visitas son la semilla.

—¡Ah! —exclamó, como si lo entendiera.

—No hay mucho más. Cuando el hombre mete la llave, no suelta la semilla al instante, tarda un rato y, en ese rato, la mujer suele… hacer ruido. Como los que has oído en el dormitorio de la señora Heather y el señor Robert.

—Porque le hace daño —dijo convencida.

—No. Más bien lo contrario. Sobre todo si es un McEntrie. —La doncella se abanicó con la mano, con las mejillas arreboladas.

Katie la miraba ceñuda y confusa.

—¿Lo… contrario?

—Eso que has oído no era un quejido, eran gemidos de placer.

Katie abrió los ojos como platos. ¿Qué estaba diciendo? ¿Que le gustaba? ¿Cómo iba a gustarle que él…? De pronto, su expresión cambió y cierto alivio se instaló en su rostro.

—Pero no todas las mujeres tienen esa puerta, ¿verdad?

—¿Qué?

—No todas las mujeres se casan. Y yo no tengo ninguna puerta, eso seguro. Ni puerta ni cerradura ni nada de nada.

Maisie dudaba si echarse a reír o contenerse.

—Todas la tenemos.

—Yo no.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has mirado ahí abajo? —La señaló, provocando que sus mejillas volviesen a sonrojarse—. ¿Te has tocado alguna vez?

—¿Qué? ¿Tocarme? ¡No!

—Hazlo y verás que sí hay puerta y cerradura y…

—Ya basta —la cortó nerviosa—. Debería ponerme estos pantalones y bajar a las caballerizas. Tengo que trabajar. Gracias, Maisie.

La doncella se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se giró a mirarla.

—Pruébalo alguna vez. Es agradable. —Y salió.

Katie se quedó mirando aquella puerta un buen rato. Ni loca haría semejante cosa. Ni en mil años. De ningún modo. Sacudió la cabeza y comenzó a desabrocharse el vestido.

CAPÍTULO 8



Daniel desmontó junto a sus primos, que observaban atentamente cómo Katie limpiaba los cascos de Eógan con la cuchilla.

—¿Qué miráis? —preguntó mientras desataba la silla.

—Solo lleva dos semanas aquí —dijo Cai— y ya lo hace mejor que nosotros.

—Os dije que no era neófita en esto.

—Ya, ya. Pero ¿has visto sus manos? Son tan pequeñas como las de Eilidh. Mi hermana no sería capaz ni de levantarle la pata al caballo.

—A tu hermana no le entusiasman los caballos.

—Y ayer el de Anthony empujó a Mike en el hombro cuando regañó a Katie por meter las manos en el heno sin cuidado —explicó Benjamin.

Daniel endureció su expresión.

—¿Metió las manos en el heno? ¿No le habéis explicado lo que pasó con Fergus?

—Vamos, Daniel, fue lo primero que le dijimos cuando pisó las caballerizas.

Daniel movió la cabeza con los labios apretados. Colocó la silla en su lugar y se dispuso a cepillar a Rionnag.

—¿Queréis que os dé trabajo?

Todos se dispersaron sin responder y lo dejaron solo. Cuando Katie llegó hasta él con una brillante sonrisa, la miró con semblante serio.

—¿Cuántas veces hay que decirte las cosas? No vuelvas a meter las manos en el heno.

—Lo hice con cuidado.

—He dicho…

—Te he oído —lo cortó—. No estoy sorda.

—Si quieres asegurarte de que no hay nada, usa una horca.

Sabía que tenía razón, pero a veces no pensaba las cosas que hacía.

—Lo haré.

—Bien.

—Quería pedirte algo.

Daniel hizo un leve gesto para que hablase sin dejar de cepillar.

—¿Me dejarías entrar en la cerca de Meallan?

—¿Qué? —El cepillo detuvo su movimiento cuando él se volvió a mirarla.

—Creo que puedo ayudarte.

—No.

—He hablado con él desde la cerca y parece que mi voz…

—He dicho que no.

—Te lo pregunto a ti porque eres el que lo está entrenando.

—Realmente debes tener problemas de oído.

—Podría habérselo pedido a tu padre cuando me vio hablando con él y me dijo que parecía que yo le caía bien.

Daniel apretó los dientes y cepilló con más brío.

—O a tu tío Kenneth. Me dijo que tengo un don, como tu padre.

—Veo que has hablado con toda mi familia.

—Son todos muy amables conmigo.

Usó un tono que no dejaba lugar a dudas.

—¿No como yo?

—Yo no he dicho eso.

Él dejó el cepillo en su lugar y la miró con una pose relajada.

—Llevas dos semanas aquí y no has soltado prenda.

—Creí que habíamos llegado a un acuerdo.

—Pues creíste mal.

Katie frunció el ceño.

—¿Estás diciéndome que si te cuento quién soy me dejarás hablar con Meallan? Eso es muy feo.

Daniel colocó las manos en la cintura e inclinó levemente la cabeza. ¿Estaba jugando con él? Porque esa sonrisilla que trataba de esconder parecía corroborarlo.

—Vamos a hacer una cosa. Tú me cuentas algo sobre ti, lo que sea, tú decides. Y yo te dejo hablar con Meallan desde la cerca.

Ella se balanceó sobre los pies, adelante y atrás, mientras sopesaba la oferta. Daniel llevó a Rionnag hacia el cercado, abrió la puerta, le dio una suave palmada y el caballo trotó hacia los demás. Cuando se volvió, Katie ya se había decidido.

—Mi habitación está en una buhardilla. Entre cachivaches y viejos recuerdos que ya a nadie le importan. Hace frío, tiene goteras y los techos son bajos. —Se llevó la mano a la cabeza al recordar las veces que se había golpeado en las zonas más bajas.

Él arqueó una ceja entre molesto y confuso, pero no dijo nada al respecto.

—Está bien. Aceptaré eso como «algo». —Le hizo un gesto para que lo siguiera.

El escocés era mucho más grande que ella y sus zancadas también, así que Katie tuvo que ir dando saltitos para mantener el paso. Se quedaron fuera del cercado y Daniel llamó al caballo con voz potente, pero sin agresividad. Meallan caminó hacia ellos aparentemente tranquilo.

—Muéstramelo —ordenó Daniel, señalando a Katie, mientras trataba de ocultar su sorpresa.

Ella no se hizo de rogar y se subió de pie en el travesaño. Suavemente, comenzó a hablarle en gaélico. Su voz pareció transformarse al usar esa lengua. El caballo relinchó, un poco agitado al principio, pero enseguida se fue tranquilizando. Daniel sabía que el animal había acudido porque ella estaba a su lado. Nunca obedecía cuando él lo llamaba.

Cuando Katie extendió la mano, no pudo contener el impulso irrefrenable de detenerla y la agarró con firmeza, provocando que Katie lo mirase ceñuda. El caballo relinchó amenazador y Daniel frunció el ceño.

—No me hará daño —dijo rotunda mientras tiraba suavemente para soltarse.

Daniel retuvo su mano.

—Podría morderte.

—No lo hará —insistió, pero dejó la mano quieta, consciente de que solo la soltaría si él quería—. Por favor, confía en mí.

Daniel miró al poderoso animal y luego a ella. La soltó despacio, pero mantuvo su mano lo bastante cerca como para actuar si detectaba el menor signo de peligro. Katie acarició el cuello de Meallan y el caballo se dejó hacer con la cabeza gacha. Ella no dejó de hablarle y Daniel bajó las manos completamente perplejo.

—Eres una susurradora de caballos —dijo en tono quedo.

Katie lo miró sin comprender.

—¿Que soy qué?

—Te entiende. Eres capaz de transmitirle que está seguro contigo.

—Ah, eso. —Se encogió de hombros—. Sí.

—¿Sí? —Daniel sonrió ampliamente mientras le indicaba que bajase del travesaño, apartándose él de la cerca.

Katie se despidió de Meallan y el caballo se alejó de ellos con el elegante porte que lo caracterizaba. Daniel lo observó un momento

antes de volver a poner sus ojos en ella.

—Vamos a dar un paseo —dijo de pronto.

—¿Qué?

—¿Quieres caminar o prefieres que ensillemos los caballos?

Los ojos de Katie se abrieron con entusiasmo.

—Vale, caballos.

—Decidido —dijo él sin borrar su sonrisa, y volvieron a las caballerizas.

—¿Adónde vamos?

—A Monadhachan Aodh.

—¿Las piedras sagradas? —Sus ojos brillaron anticipándose.

—¿Quieres galopar? —preguntó él sabiendo la respuesta de antemano.

En cuanto Katie asintió, Daniel azuzó a Rionnag y ella lo siguió riendo.

El aroma del mar le llegó con el viento. Casi podía notar el sabor salado en su lengua después de la carrera. Era la primera vez que se alejaba tanto de *Slioscreige* y Katie tenía muchas ganas de ver ese

lugar del que tanto le habían hablado. Colocó su caballo al lado del de Daniel y lo miró curiosa.

—¿Es cierta esa historia que me ha contado Nuna?

—¿Qué historia?

—La de Duncan MacDonald y Malcolm McEntrie.

Daniel soltó una carcajada y luego siguió riéndose unos cuantos pasos.

—Ya veo que no —dijo Katie sonriendo.

—Sospechamos que no es cierta, pero el abuelo la cuenta como si lo fuese.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Adelante —dijo él, con las manos cómodamente apoyadas en el cuerno de la silla.

—Tu abuelo… sus esposas…

Daniel vio que le costaba lanzarse y mantuvo su sonrisa.

—¿Quieres saber si es cierto lo de la maldición?

Katie frunció el ceño. Ella no creía en maldiciones.

—Fue viudo durante muchos años. ¿Por qué… se casó con… Olivia? Quiero decir, no es que me parezca mal ni nada de eso, pero ya eran mayores, ¿no? O sea…

—Podrías preguntárselo a ellos —dijo para provocarla.

Katie movió la cabeza disgustada y apartó la mirada como si pensara que era estúpido.

—La abuela Olivia lo quería desde mucho antes, cuando los dos aún estaban casados, ella con su único marido y él con la madre de Brodie y Ewan, Daphne.

Katie lo miró con ojos muy abiertos.

—Tranquila, nunca se lo dijo a nadie. Mi abuela quería mucho a Daphne, eran amigas. La cuestión es que, cuando el marido de mi abuela Olivia murió, ella se marchó a Londres y no volvió hasta muchos años después. Ahí fue cuando el amor surgió entre ellos y acabaron casándose.

Katie escuchó el rugido del océano y miró el cielo cubierto de nubes.

—Va a llover —dijo como si comentara que el horno estaba encendido o que había leña junto a la chimenea—. A mi madre le gustaba la lluvia más que ninguna otra cosa. Si llovía en mi cumpleaños, dejaba que corriera por el jardín mojándome unos minutos y luego me daba un baño caliente. No podía dejar de reír mientras sentía la lluvia cayéndome encima.

Daniel la observaba con una mirada indescifrable.

—A mí también me gusta la lluvia —dijo al fin—. Me gustan las tormentas. Que el cielo cruja y se retuerza. Creo que lo heredé de mi padre. Fue pi… marinero —corrigió rápidamente—. Pasó varios años surcando los mares y vio muchas tormentas. Cuando era niño me fascinaban sus historias, aún me fascinan, pero mis preferidas son siempre las que incluyen una tormenta.

—En el mar deben de ser aterradoras.

Daniel asintió.

—Tu padre da un poco de miedo —reconoció avergonzada—. Es tan imponente y tiene esa voz tan profunda… Cuando la eleva me vibra aquí.

Daniel sonrió al ver que se señalaba el esternón.

—Mi madre dice que es como un oso. —Detuvo el caballo y desmontó—. Los dejaremos aquí abajo, no hace falta que suban la colina.

Katie lo imitó y lo siguió por el sendero empedrado que serpenteaba hasta lo alto de la montaña. Daniel sintió el aire fresco en el rostro y respiró hondo. La vegetación se volvía menos densa a medida que ascendían, anticipando lo que encontrarían arriba. Se giró a mirarla cuando ella llegó y sonrió al ver el efecto que las piedras sagradas causaban en ella. Sorpresa, misterio y trascendencia.

Los enormes bloques se alzaban majestuosos recortados contra el horizonte marino. Antiguas y desgastadas por el viento, las piedras habían sido testigo de un sinfín de momentos en la vida de los McEntrie.

—Es mi lugar favorito en el mundo —susurró él.

Katie avanzó despacio hasta ellas y en su rostro se reflejaba a las claras su turbación por estar allí. Llegó hasta una de las piedras y colocó sus manos en ella con suavidad. Quería notar el tacto frío y rugoso en la yema de los dedos. Se giró hacia él y sonrió.

—Es exactamente como lo había imaginado.

Daniel la observó, con las manos en los bolsillos y a cierta distancia. La vio deambular entre los monolitos y tocarlos, como si necesitara confirmar que estaban allí. Su pelo, agitado por el viento, dejó escapar mechones rebeldes. Iba vestida con unos pantalones y llevaba una chaqueta demasiado grande que cubría hasta la mitad de sus muslos. Tenía un aspecto entre vulnerable y desastroso. Trató de imaginarla con un vestido bonito en mitad de un salón de baile. Sus movimientos eran tan suaves y delicados que parecía que estuviese bailando en ese mismo momento.

Verla en aquel lugar que era especial para él le resultó un poco perturbador. Su corazón se aceleró y su respiración se volvió agitada. Las nubes se apartaron lentamente y los rayos del sol emergieron entre ellas, cayendo sobre las piedras y sobre Katie. Su pelo brilló y

su sonrisa se vio aún más resplandeciente que antes. No había visto esa expresión en su rostro. ¿Deleite? ¿Alegría?

Al ver que caminaba hacia el borde del acantilado, se sacó las manos de los bolsillos y la siguió. Se detuvo a su lado contemplando el mar y permanecieron un rato en silencio.

—Gracias por traerme aquí —dijo ella con una voz tan dulce que Daniel la sintió colándose por todos los resquicios de su ser.

Él no dijo nada, siguió firme y sereno como siempre. Ella lo miró de soslayo y suspiró bajito, como si no quisiera que él lo notara.

—Desde que cumplí los siete años no vi más allá del jardín de nuestra casa —confesó con la mirada fija en las agitadas aguas—. El mundo se reducía a lo que podía vislumbrar desde mi ventana. Por eso me gustaba imaginar historias que le contaba a mi… hermana. Beth es incansable, siempre quiere más y más. Si creaba una historia en la que aparecía un carpintero, quería saber qué le pasaría una vez terminada la narración principal. —Se rió a carcajadas al recordarlo.

Daniel giró la cabeza para mirarla, sorprendido por su risa. Era el sonido más delicioso que había escuchado nunca. Lo sintió reverberar en su abdomen y deseó poder reírse con ella.

—¿No piensas volver nunca? —preguntó al fin.

Ella lo miró sin aparente enfado por ello y negó con la cabeza.

—¿Tan terrible es?

Ella asintió.

—¿Y no quieres contármelo?

—No.

—¿Por qué? ¿Qué crees que voy a hacer con lo que me cuentes?

—No lo sé. No estoy en tu cabeza.

—Nada. No haré nada, Katie. Puedes contarme lo que sea y te doy mi palabra de que no haré nada.

Ella volvió a contemplar el mar agitado, sintiendo que su corazón se agitaba también.

—¿Alguna vez has sentido que te quitaban tu vida? No todo lo que tienes… —Lo miró de frente—. Tu vida.

Daniel negó lentamente.

—A mí me la quitaron. Me despojaron de lo que yo era. Y luego trataron de que lo olvidara. Pero no lo hice. Todo habría sido mucho más fácil para mí si lo hubiese hecho, pero entonces la hubiera tenido que olvidar a ella. Y jamás podría hacer semejante cosa.

—¿A ella?

—A mi madre.

Él asintió como si entendiera lo que decía, porque curiosa e inexplicablemente lo entendía.

—¿Y qué cambió? ¿Por qué decidiste huir?

Katie aspiró aire profundamente y volvió a mirar hacia el horizonte con mirada pensativa.

—Iban a quitarme lo que hay de ella en mí —musitó.

Daniel la observaba expectante y, cuando ella lo miró, vio en sus ojos una firmeza y determinación que le admiró.

—Mi fe en el amor.

Posó los ojos en sus labios. Había curiosidad y anhelo en ella. Daniel sentía un cosquilleo extraño en la punta de los dedos. Necesitaba tocarla, era vital que la tocara. Levantó una mano y apartó suavemente un mechón de pelo que revoloteaba delante de su cara. Lo llevó detrás de su oreja y sus dedos se arrastraron lentamente por su mejilla hasta allí. Quería besarla.

Katie se mordió el labio y se giró bruscamente para volver a los caballos. Daniel la observó alejarse con el corazón latiendo como un tambor y una certeza abriéndose paso en su cerebro.

CAPÍTULO 9



Lachlan la miraba con fijeza y una expresión serena.

—¿Desde cuándo lo haces? —preguntó después de que Daniel se lo contara.

—¿El qué? —preguntó ella conteniendo una sonrisa burlona—. No hago nada. No soy eso que ha dicho. No sé ni lo que es eso.

Señalaba a Daniel, que contemplaba la escena con los brazos cruzados delante del pecho y una expresión incrédula.

—¿Desde cuándo hablas con los caballos? —Lachlan reformuló la pregunta.

—Desde siempre. Desde que era niña. Hablo con todos los animales que veo. Es una tontería.

—No lo es si ellos te entienden —dijo Daniel.

—¡No me entienden! —Se echó a reír—. Mi voz les resulta agradable y se quedan quietos, pero no me entienden.

Lachlan apoyó el trasero en la valla y se cruzó de brazos, pensativo. Daniel sabía demasiado de caballos y tenía a su padre

como ejemplo. Si él decía que era una susurradora, es que lo era.

—Vamos —dijo apartándose de la valla y pasando junto a ella—. Ven conmigo.

Los tres caminaron hasta el cercado en el que mantenían aislado a Meallan, y Lachlan se detuvo junto a la puerta.

—Tú quédate fuera, Daniel.

—No puedes meterla ahí. Es muy peligroso, aún no he conseguido que el…

Su tío lo miró con elocuencia, que pretendiese enseñarle algo sobre caballos sería divertido en otro contexto. Daniel cerró la boca y se colocó frente a la valla mientras Katie seguía a su tío. El corazón de Daniel latía desbocado cuando los vio acercarse al caballo. Lachlan le dijo algo a Katie y ella le habló al animal, manteniéndose a una prudencial distancia. Al principio cabeceó inquieto y lanzó unos cuantos relinchos de advertencia, pero enseguida se quedó quieto, como si la estuviese escuchando mientras ella le susurraba palabras en gaélico y se acercaba lentamente a su oído.

—¿Qué hacen? —preguntó Nuna llegando junto a su hermano.

—Katie es una susurradora.

Nuna lo miró incrédula.

—¿Alguna vez ha habido mujeres susurradoras?

—Yo no conocía ninguna.

Su hermana miró a Katie con interés.

—Lo cierto es que tiene una voz muy especial. Me gusta oírla hablar, aunque lo hace menos de lo que me gustaría.

Daniel la miró burlón.

—¿Desde cuándo hablas tú con ella?

—Me la encontré en la biblioteca cuando llevaba aquí dos días. Mamá le dio permiso para coger todos los libros que quisiera y estaba sentada en un rincón leyendo. Sentada en el suelo. Medio escondida, como si temiera que la echaran de allí en cualquier momento. Fue demasiado irresistible para mí.

Daniel torció el gesto, pero no dijo nada.

—Le pregunté que por qué no se lo llevaba para leerlo donde quisiera y me dijo que no le parecía bien sacarlo de la biblioteca. Creo que pensó que la acusaríamos de robar o algo así. Es muy raro, ¿verdad? Quiero decir, se nota que es de buena familia. Solo hay que escucharla hablar y se percibe que ha recibido educación y que tiene buenos modales.

—Sí.

—¿Te ha contado algo de su familia?

—Muy poco. Tiene una hermana. Y creo que huyó porque la acechaba algún peligro.

—¿Qué clase de peligro?

—No lo sé —dijo muy serio.

—¿Un peligro que solo la amenazaba a ella? No habría dejado a su hermana de no ser así, ¿o crees que sí?

—No. —Miró a Nuna con una sonrisa—. ¿Vas a empezar a interrogarla? Porque no quiere hablar de ello.

Nuna le pellizcó con fuerza en el brazo, pero él ni se inmutó.

—Maisie me ha dicho que llora todas las noches.

Daniel la miró de nuevo como si esperase contexto para aquella afirmación. Su hermana se encogió de hombros.

—Dormida. Llora dormida. Lo que le ha pasado debe haber sido algo muy desagradable si la persigue en sueños.

Katie se giró un momento hacia ellos y Nuna la saludó con la mano, devolviéndole la sonrisa.

—Seré amiga suya —dijo rotunda.

—Nuna…

—¿Qué? —Se colgó de la valla dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Katie no es un animalito perdido, como esos que recogías de niña. —La miró con cariño.

—Mamá me ha pedido que viniese a buscarla, quiere hablar con ella. Está preocupada.

—Mamá se preocupa por todo el mundo. Si la dejaran, intentaría solucionar los problemas de todo el planeta.

Nuna se rió divertida. Adoraba a su madre, pero Daniel tenía razón.

—Tío Frederick dice que en eso se parece a su madre.

Permanecieron en silencio durante unos minutos observando cómo Katie y Lachlan trabajaban con Meallan.

—¿Por qué no me dejas ir a hablar con Fergus? —pidió mirándolo de nuevo—. Estoy segura de que lograré que me entienda si puedo explicarle…

—No.

—Daniel…

—He dicho que no.

—Eres un mandón, igual que papá. Pero tú no eres mi padre.

—No. Soy tu hermano mayor y te daré una zurra delante de todos si te atreves a acercarte a ese desgraciado.

Su hermana se movió hacia él sin bajar del travesaño para estar a su altura.

—Nunca me has pegado, ni cuando éramos niños. Si te atreves a ponerme una mano encima, te mato.

—Uy, qué miedo —dijo sin mirarla.

—Puedo ser muy peligrosa si me lo propongo. Llevo el nombre de una india creek, soy capaz de arrancarte la piel a tiras.

Daniel la miró a punto de echarse a reír a carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Sabes que no hay una gota de sangre india en ti, ¿verdad? Te pusieron ese nombre como homenaje a la primera esposa de padre. No tiene nada que ver contigo.

—Claro que lo sé, pero los indios creen que los nombres tienen poder.

—Pero tú no eres india.

—Aun así… Deberías tener cuidado conmigo. Lo que sí tengo es sangre Wharton, y mira lo que fue capaz de hacer tía Harriet. Incluso derribó a padre teniendo la mitad de su envergadura.

Daniel se rió a carcajadas.

—Eso es cierto —reconoció entre risas.

—Deberías utilizar otra amenaza si quieres asustarme, los dos sabemos que nunca me pondrías la mano encima.

Su hermano dejó de reírse y la miró molesto porque lo conociese tan bien. Nuna se balanceó sobre el travesaño.

—¿De verdad no me dejas…?

—No —dijo Daniel dándose la vuelta para alejarse de allí.

Nuna suspiró y fijó sus ojos de nuevo en Katie y en Lachlan. Ser una McEntrie no era nada fácil.

Cuando Katie acabó, Nuna le dijo que su madre quería verla y caminaron juntas hacia la casa.

—Así que eres una susurradora, ¿por qué no me lo dijiste?

—No sabía lo que era eso hasta que tu hermano me lo dijo.

Nuna la miró sorprendida.

—¿De verdad? ¿No te dabas cuenta de que los caballos te entienden?

—No me entienden —se rió—. Solo les gusta mi voz. Les relaja. También les ocurre a otros animales. No me entienden —siguió riendo.

Nuna pensó que tenía una risa muy bonita y se alegró de que ahora se riese más a menudo.

—¿Sabes de qué quiere hablarme tu madre?

La otra la agarró del brazo y la zarandeó con cariño.

—No temas nada, mi madre es incapaz de hacer daño a una mosca.

Katie suspiró, sin poder de relajarse, y dejó que Nuna hablase por las dos.

Elizabeth estaba de pie junto a la ventana cuando entraron en el salón.

—Aquí está, mamá. ¿Quieres que os deje solas?

—Sí, por favor, hija.

Elizabeth se acercó a Katie y su hija salió del salón y cerró la puerta tras ella.

—Sentémonos, ¿te parece?

Katie esperó a que ella tomase asiento en el sofá y luego hizo lo propio junto a ella, tal y como le había indicado. Elizabeth la miraba con fijeza a los ojos, y su mirada transparente tuvo un efecto extraño en la joven. Solo Beth la miraba así, como si pudiera verla por dentro.

—¿Estás cómoda con nosotros, Katie?

Ella asintió, confusa porque le interesara eso.

—Muy cómoda.

—¿Duermes bien en el cuarto de Maisie?

Katie volvió a asentir. Elizabeth extendió la mano y la posó sobre las suyas, que descansaban en su regazo.

—Puedes hablar conmigo si algo te preocupa. Maisie me ha dicho que… lloras en sueños.

La sangre abandonó sus mejillas y Katie bajó la mirada, incapaz de sostenérsela cuando mintiera.

—A veces tengo pesadillas. Me pasa desde hace mucho —musitó.

Elizabeth retiró la mano con suavidad.

—No quiero que te sientas obligada a decirme nada, Katie. Respeto tu silencio y no voy a molestarme por ello. Solo quiero que sepas que estoy aquí si quieres hablar conmigo. Y estoy segura de que Nuna te haría el mismo ofrecimiento. Si te sientes más cómoda con ella, lo entenderé.

—Es… complicado —susurró.

—Mi padre nunca me reconoció como su hija —dijo Elizabeth.

Katie levantó la mirada y posó sus ojos asombrados en ella.

—Cuando mi abuelo y mi madre murieron, me quedé sola. Era una niña y el mundo se me cayó encima. Pero Frederick, mi hermanastro, vino a buscarme y me llevó con él a su casa. Durante

los primeros meses de vivir con ellos, me dormí todas las noches llorando. Echaba de menos a mi madre y me sentía una intrusa. Meredith, su esposa, se quedaba conmigo hasta que me dormía. Todas las noches. Al principio se sentaba en la cama y me cogía de la mano. Pero un día trajo un libro y empezó a leerme. Llenó mi cabeza de historias y, poco a poco, esas historias ocuparon tanto espacio que no dejaron hueco para la tristeza. Meredith me enseñó a confiar y me hizo entender que hay personas que pueden quererte, aunque no lleven tu sangre.

Katie se limpió una lágrima con gesto rápido, antes de que cayera por su mejilla.

—¿Pensarás en esto que te he dicho? —Elizabeth sonrió con cariño.

Katie asintió.

—Bien, pues solo era esto. Ya puedes volver con los caballos.

Las dos se pusieron de pie y Katie permaneció un momento frente a ella, con la mirada clavada en sus manos y las palabras atascadas en su garganta.

—Me siento bien aquí —dijo al fin—. No quiero… irme.

Elizabeth sonrió abiertamente.

—Pues entonces, no te vayas.

CAPÍTULO 10



Heather terminó de tocar y bajó la tapa del piano con más ímpetu del que pretendía. Al girarse en la banqueta miró a su abuelo, que la escuchaba sentado en su sillón mientras disfrutaba de su pipa.

—Estoy perdiendo mi chispa —dijo mortificada.

—¿Qué te pasa, Heather?

—No sabía que Robert pasaría tantos días en Edimburgo. De haberlo sabido, habría ido con él —dijo levantándose—. No volverá hasta final de mes.

Cogió un cojín del sofá y lo tiró junto al sillón de su abuelo. Se sentó, puso una mano en su pierna y apoyó en ella la mejilla.

—No puedo estar sin él, abuelo.

—Ya veo —dijo Craig acariciándole el pelo mientras disfrutaba de su pipa—. ¿Y cuál es el problema? Tenemos caballos y carruajes de sobra. Elizabeth puede organizarlo todo para prescindir de una doncella.

Heather levantó la cabeza y lo miró sorprendida.

—¿Quieres que vaya con él?

Craig sonrió divertido.

—Yo solo quiero verte contenta. Y no escucharte aporrear al pobre piano.

Su nieta se puso de pie de un salto.

—Podría visitar al señor McKinnon, de McKinnon & Wallace, Edinburgh Music Press. Hace tiempo que recibí su carta y no me decidía a…

Craig soltó una carcajada, si había algo que le gustaba de su nieta, era su capacidad para ilusionarse y poner pasión a cualquier pequeño detalle. Heather lo abrazó entusiasmada y corrió hacia la puerta.

—Voy a prepararlo todo. Y hablaré con tía Elizabeth. Y con mamá. Y con Daphne…

Salió de allí, dejándolo solo con su pipa y una amplia sonrisa.

Heather entró en el vestíbulo y se encontró con Katie, que intentaba colocarse el pelo en su sitio frente al espejo de la entrada. Sus ojos brillaron. Se acercó a ella y le arregló el estropicio que debía haberle causado su trabajo en las caballerizas.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó una vez terminó de ajustar las horquillas.

—Nuna quiere que la acompañe al pueblo.

Heather sonrió.

—Ya veo. Katie, ¿has estado alguna vez en Edimburgo?

La joven negó con la cabeza.

—¿Te gustaría venir conmigo? Me iré en un par de días, en cuanto lo arregle todo. Necesitaré una acompañante. ¿Te gustaría venir?

Katie abrió los ojos sorprendida. Por un lado, le encantaría ver Edimburgo y estar en una gran ciudad, pero por otro, no quería alejarse de *Slioscreige*. Claro que eso no podía decirlo en voz alta.

—Piénsatelo —dijo Heather al ver que no respondía de inmediato —. Te lo volveré a preguntar mañana y, si no quieres…

—Sí —dijo enseguida—. La acompañaré.

Heather sonrió abiertamente.

—¿De verdad? —Le puso una mano en el brazo y la miró con cariño—. Lo pasaremos muy bien, ya lo verás.

Katie asintió y la voz de Nuna las hizo mirar hacia las escaleras.

—¿Adónde vais a ir sin mí? —preguntó la joven acercándose con pasos rápidos.

—A Edimburgo —le respondió su prima—. Me voy a buscar a Robert.

—¡Dios! ¿En serio? ¿No puedes estar separada de él ni un mísero mes?

—No. ¿Te importa?

—Lo más mínimo —dijo Nuna agarrando a Katie del brazo—, pero no quiero que me quites a Katie. Es mi amiga.

—Ven tú también, si quieres.

—¿Y tener que aguantaros todo el día a Robert y a ti haciéndoos arrumacos? No, gracias.

Empujó a Katie hacia la puerta para salir del castillo y dejaron que Heather siguiera con sus planes.

Daniel jugueteaba con los clavos, lanzándolos al aire y cogiéndolos sin pincharse con ellos. Connor levantó el martillo y lo dejó caer con precisión sobre el hierro al rojo. El yunque vibraba con cada golpe y llenaba la herrería de ese eco metálico tan característico. Una voluta de humo blanco se alzó desde la fragua y el olor a metal caliente, carbón y cuero impregnó el aire.

—¿Entonces va bien? —preguntó Josh mirándolo de frente.

Daniel asintió sin responder.

—¿Sigue integrándose sin problemas?

Daniel volvió a asentir.

—¿Quieres hacer el puñetero favor de hablar?

Su amigo sonrió burlón.

—¿Te hago un relato detallado de la vida de Katie en *Slioscreige*? ¿Qué pasa, Josh? ¿Te interesa?

—¿Qué dices?

—No sé, pareces más obcecado de lo normal.

—¿Lo normal? ¿Qué es lo normal?

—Pues la verdad es que no lo sé. Nunca hablamos de estas cosas —dijo Daniel cruzándose de brazos.

—¿De qué cosas?

—De mujeres.

El otro se llevó la mano a la nuca y frunció el ceño visiblemente turbado. Daniel soltó una carcajada.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo que no me hayas contado? ¿Te interesa Katie de verdad?

—¡No! —exclamó rotundo.

Su firmeza hizo que su amigo entrecerrase los ojos con curiosidad.

—Aquí hay algo raro —dijo pensativo—. ¿Qué me estás ocultando, Josh?

—¿Y tú? —La mejor defensa es un ataque, pensó el herrero—. Estás muy raro desde que te llevaste a Katie contigo a *Slioscreige*.

—¿Qué?

Ahora fue él el turbado y eso envalentonó a su amigo.

—Alasdair estuvo aquí antes de ayer y dijo que pasáis bastante tiempo juntos.

—Eso es una estupidez. Nos vemos en las caballerizas. Igual que él.

—Ya.

—¿Ya? Estás diciendo tonterías.

—¡Katie! —exclamó Connor al ver entrar a Nuna y a Katie a la herrería—. Hola, Nuna.

—Buenos días a todos —dijo la hermana de Daniel, sonriendo al ver la alegría en el rostro de los dos hermanos por ver a Katie.

La joven tenía una sonrisa tan amplia que sus ojos brillaban con alegría. Connor dejó lo que estaba haciendo y fue a saludarla también. Durante varios minutos la bombardearon a preguntas y Katie acabó riendo a carcajadas por no poder responderlas todas.

—Tienes que ir a casa para que Isla te vea —dijo Connor cuando la curiosidad quedó saciada—. Se enfadará si sabe que has venido y no has ido.

—Yo he venido a comprar telas y otras cosas, así que os dejo a Katie para que la entretengáis.

—No te preocupes por ella —dijo Josh mirándola burlón—. Y si te olvidas y vuelves a *Slioscreige*, tu hermano la llevará.

—No voy a olvidarme de ella.

—Eso mismo dijiste de Alison hace dos años —le espetó Josh.

—Eso es distinto.

—No —dijo el otro sin borrar su sonrisa.

Nuna lo miró como si quisiera arrancarle el pelo uno a uno y luego salió de allí con paso rápido.

—Si querías que no te hablase durante un mes, buen trabajo —advirtió Daniel—. Se llevó un buen disgusto con eso.

A Josh se le crispó la expresión y corrió tras ella.

—¡Nuna! —la llamó para que se detuviera.

Ella se giró y sus ojos fríos lo miraron como si fuese una boñiga de caballo.

—Lo siento —dijo con expresión amable—. Era una broma.

—No ha tenido gracia.

—Lo siento. ¿Quieres que me arrodille?

Ella curvó una ceja como si lo estuviera sopesando, pero abrió los ojos asustada cuando vio que hacía ademán de hincar la rodilla en tierra.

—¿Estás loco? —Lo detuvo con un gesto mientras sus ojos miraban alrededor, asegurándose de que nadie los observaba.

—Alison lo tomó como una aventura.

—Pero no lo fue. Podría haberle ocurrido algo. Fui una estúpida y no he podido perdonármelo. ¿Y si hubiera caído al lago?

—Alison sabe nadar mejor que tú.

—Igualmente. Hay un millón de cosas terribles que podrían haberle pasado.

—¿Solo un millón? Estoy seguro de que se te ocurrirían unas cuantas más si lo pensaras unos minutos.

—¿Te estás burlando de mí, Josh McAllen?

—Siempre, Nuna McEntrie. Es lo que tiene haberte visto en pañales.

—Tú no me has visto nunca en pañales —le espetó ella, aunque su furia hacia él se había disipado por completo.

Josh sonrió abiertamente.

—Cierto. La primera vez que te vi ya llevabas trenzas.

—No te acuerdas de la primera vez que me viste, embustero.

—No, pero seguro que llevabas trenzas.

—Cuidad de Katie. Que no se pasee por el pueblo con esos pantalones. Ya bastante llamó la atención comportándose como una mendiga.

—Descuida —dijo él, viendo cómo se daba la vuelta para marcharse. La observó durante unos segundos y sus ojos mostraron durante uno de ellos un claro descontento.

CAPÍTULO 11



Daniel no había visto a Katie tan cómoda y con tanto desparpajo como con los hermanos McAllen y, sobre todo, con Isla. La observó con disimulo mientras ella estaba completamente imbuida en la conversación con ellos. Se reía a carcajadas con las tonterías de Josh como si tuvieran gracia. No la tenían.

—¿Vamos a buscar un par de jarras de cerveza? —preguntó su amigo, dándole un golpe en el brazo.

—¿Quieres emborracharla para que no se dé cuenta de las estupideces que dices?

Josh frunció el ceño.

—¡Oye! Que mis chistes tienen mucha gracia —dijo caminando hacia la puerta—. Ya voy yo a por la cerveza, aguafiestas.

—Yo traeré algo de comer —dijo Isla marchándose con él.

Katie miró a Daniel. La sonrisa y los ojos brillantes por la alegría de la joven contrastaban con el gesto malhumorado del escocés. Connor volvió al yunque para acabar las herraduras y ellos se

apartaron un poco, alejándose de las chispas que provocaban los golpes del martillo sobre el hierro al rojo.

—Veo que hoy te has librado del trabajo —dijo serio.

—Me diste permiso ayer, ¿ya no lo recuerdas?

—Sí.

—De hecho, dijiste que considerara mis atenciones hacia Nuna como parte de mi trabajo.

—Y tú dijiste que no harías eso jamás —dijo él.

—Nuna me ha concedido el honor de ser mi amiga, no voy a utilizarla. —Se apoyó en la misma mesa que él y cruzó los brazos frente al pecho.

—¿Me estás imitando? —dijo él al ver la pose.

Katie soltó una carcajada.

—¿Por qué estás de tan mal humor? —preguntó al ver su expresión huraña.

—No estoy de mal humor.

—¿Entonces este es tu estado natural? Normalmente pareces alguien agradable.

La miró de soslayo y con el ceño un poco más fruncido. ¿Se estaba mofando de él? Pero Katie observaba a Connor trabajar con

evidente fascinación.

—Tiene algo mágico ver cómo golpea el hierro y este se transforma en otra cosa —musitó ella—. Hay quien piensa que se puede hacer lo mismo con las personas.

Daniel sintió un estremecimiento al oírla hablar así, pero Isla entró en ese momento con la comida y Katie corrió a ayudarla, por lo que el tema se diluyó con las risas y la conversación de todos.

—Las carreras de los McEntrie son sonadas —explicó Josh después de dar un trago—. Alasdair es el más rápido, pero no siempre gana. Craig tiene golpes escondidos y Daniel es muy paciente, a veces encuentra el modo de provocarlo y hacer que cometa errores.

—Alasdair es el mejor con diferencia —dijo Daniel sin un ápice de orgullo mal entendido—. Su padre le ha enseñado todo lo que sabe y tío Kenneth siempre fue el mejor en carrera.

—También es el padre de Cai… —dijo Nuna.

—A Cai no le va competir —dijo su hermano—. Es un hombre tranquilo, solo quiere paz.

—Cierto —afirmó Josh.

—Me gustaría probarlo —dijo Katie de pronto.

—¿El qué? —preguntó Josh.

—Correr una carrera. Dejar que el caballo dé todo lo que tiene, que no haya que frenarlo. Me gustaría mucho.

Josh miró a su amigo.

—Daniel puede organizarlo, ¿verdad? Una carrera entre ellas dos —dijo señalando a Nuna y a Katie—. Sería divertido.

—Aonach no tiene nada que hacer frente a Pòg —dijo Nuna.

—Daniel puede dejarle a Rionnag —propuso Josh.

—¿Estás loco? —Su amigo no daba crédito—. ¿Quieres que se rompa la crisma? Además, Pòg no puede competir contra Rionnag, el único que puede es Tórradh, y Alasdair no deja que nadie lo monte.

—Excepto tú —apuntó Nuna—. Puedes competir tú con ella. Le dejas a Rionnag y tú montas a Tórradh.

Daniel arrugó la frente, a punto de decir que no, pero entonces vio la expresión de Katie. El brillo en sus ojos, los labios entreabiertos de expectación y una emoción casi infantil emanando de todo su cuerpo. Habría maldecido, pero en lugar de eso se encogió de hombros.

Alasdair lo miraba con expresión ceñuda y un gato sentado cómodamente en su hombro.

—¿Quieres correr una carrera con Katie y que yo te deje a Tórradh para eso? ¿Por qué no puedo correr yo?

—Porque quiero hacerlo yo.

—¿Por qué? —insistió el otro.

Daniel se encogió de hombros con las manos en los bolsillos y su primo se cruzó de brazos sin apartar la mirada de su rostro. ¿Qué narices estaba pasando allí?

—Yo soy el único al que le dejas montar a Tórradh.

—Mmmm.

—A Katie le hace ilusión —insistió Daniel.

—¿A Katie le hace ilusión? —Alasdair no sabía si echarse a reír o preocuparse. Giró la cara ante el ronroneo del gato—. ¿Tú tampoco te lo crees?

—Vamos, Alasdair. Solo será una carrera hasta el cerro. A los caballos les irá bien, a los dos les gusta correr.

—Daniel, ¿hay algo que quieras decirnos? ¿Pasa algo con Katie que no me hayas contado? Ni Chispas ni yo vamos a decir nada, ¿verdad, Chispas?

—No.

—Somos familia.

—Ya.

—No vamos a juzgarte.

El otro entornó ligeramente los ojos con una clara advertencia en ellos.

—Según yo lo veo —dijo Daniel cambiando de táctica—, tienes dos opciones, me dejas a Tórradh o no me lo dejas. No es tan difícil, Alasdair, di sí o no.

—¿Me patearás el culo si insisto?

—Probablemente haga algo más que patearte el culo.

—Eso pensaba —aceptó Alasdair—. De acuerdo, pero…

—Gracias —dijo Daniel, y sin darle opción a seguir por ahí, se alejó de él.

Volvió adonde Katie y Nuna esperaban el veredicto, tal y como él les había pedido que hicieran.

Katie miró al enorme animal con cierta aprensión.

—¿De verdad quieres que monte a Rionnag? ¿Yo?

Daniel asintió despacio.

—Háblale un poco primero.

Alasdair soltó una risita por lo bajo, convencido de que Tórradh ganaría a Rionnag sin problemas.

Katie habló con Rionnag y Daniel la observaba con disimulo, mientras acariciaba el cuello de Tórradh antes de montarlo. Su voz era tan dulce que hasta él se sintió hipnotizado por ella.

Cuando estuvo lista, la ayudó a montar en el enorme animal y luego hizo lo propio con su montura. Katie estaba entusiasmada y su corazón latía tan rápido que golpeaba contra su pecho como un tambor. Pero también había un temor sordo que trataba de expulsar a modo de pequeños soplidos que dejaba salir entre sus labios.

Daniel la observó entre divertido y preocupado.

—¿Podrás con ello?

Katie tardó unos segundos en responder, pero finalmente movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Lo más importante es que no te asustes. Rionnag es el mejor caballo que tenemos…

—Y una mierda —lo interrumpió Alasdair.

Daniel enarcó una ceja, ignorándolo.

—Piensa solo en correr…

—Y tú, cuidado con Tórradh —volvió a interrumpirlo su primo—. No lo frenes para que gane Rionnag. Si le haces daño, te mato.

—Tranquilo —dijo Katie sonriendo—. Es imposible que pueda ganar esta carrera conmigo como jinete, pero gracias por dejar que lo hagamos, Alasdair.

Apretó las piernas al tiempo que sacudía las riendas, sin esperar a que dieran la orden de salida. Daniel soltó una carcajada y se lanzó tras ella.

—¡Vaya con Katie! —se mofó Alasdair.

Nuna lanzó un grito en gaélico para animarla, sin perderlos de vista.

—No tiene nada que hacer contra Daniel —dijo cuando acabó de gritar.

—Nada —afirmó su primo—, pero creo que le da igual.

Tórradh era más pesado que Rionnag, pero igual de veloz. Daniel inclinó el cuerpo buscando la postura exacta para encajar con el animal. Absorbió con sus caderas la energía que desplegaba el caballo, manteniendo las rodillas flexibles. No perdía de vista el camino con su visión periférica mientras observaba a Katie. Ella también se había inclinado y Daniel sintió una punzada en la entrepierna al ver lo perfecta que era su postura sobre su animal.

—Maldita sea —masculló, a punto de perder la concentración.

Verla montada sobre su caballo, dominante y fiera, le aceleró el corazón y la sangre bombeó en la dirección incorrecta. Ni siquiera se

fijó en los postes, iba tras ella sin decidirse a atraparla. Katie apretó los codos contra su cuerpo y se inclinó un poco más mientras su trasero se levantaba y volvía a caer con una cadencia irresistible para él.

Tórradh bufó como si supiera que él no estaba donde debía estar. Daniel mordió el deseo con los dientes, se sacudió aquellos pensamientos de la cabeza y recuperó el control de sus emociones.

—¡Siuthad! —gritó al tiempo que apretaba los muslos contra su montura.

El cambio de posiciones fue rápido y elegante. Katie mantuvo la postura impertérrita cuando lo vio rebasar su posición y adelantarla. La tierra voló bajo los cascos de ambos caballos. Daniel llegaba a la meta cuando escuchó un grito de alegría y se giró para mirarla. Katie reía a carcajadas y su rostro era la viva imagen de la felicidad. Justo cuando atravesaba el quinto poste, lamentó profundamente no haberla dejado ganar.

—Ha sido maravilloso —dijo ella, ajena a la vorágine de emociones que se habían desatado en el pecho de Daniel—. Gracias, Daniel, no lo olvidaré nunca.

Él movía a Tórradh alrededor de Rionnag sin dejar de mirarla.

—Eres buena —dijo con voz profunda.

Katie acarició el cuello de Rionnag sin dejar de sonreír.

—Creo que nunca en mi vida había sido tan feliz —dijo sin esconderse.

Aquella frase hizo que el corazón de Daniel temblara de nuevo. ¿De verdad aquello era lo bastante importante como para provocar esa confesión? Pero ¿qué mierda de vida había tenido hasta entonces para pensar así?

—Vamos —dijo él.

Katie miró hacia atrás, adonde esperaban Nuna y Alasdair.

—¿No volvemos?

—Sígueme —ordenó él con voz potente antes de arrear a su caballo.

CAPÍTULO 12



El aroma fresco de la tierra húmeda se mezclaba con el olor de los árboles y el resto de plantas que encontraron por el camino. Los altos helechos y matorrales de brezo que flanqueaban el ascenso dieron paso a riscos cubiertos de musgo y robles centenarios. A medida que ascendían, la vegetación se tornaba más salvaje, los arbustos, con sus ramas retorcidas, alimentaron las fantasías de Katie. Y, de pronto, imperturbable y ajena a su presencia, apareció ante ellos la antigua y quebrada ermita. La piedra, ennegrecida por el paso del tiempo y el implacable clima de las Highlands, mantenía aún una silueta digna.

La fachada oeste seguía en pie, con su arco de entrada casi intacto, coronado por tallas rudimentarias de cruces celtas y símbolos olvidados. La espadaña aún sobresalía al fondo, aunque el hueco de la campana estaba ahora vacío. El techo, en su mayor parte, había desaparecido, permitiendo que la luz y la lluvia entraran en la nave principal.

Daniel desmontó y ató a Tórradh a un árbol donde pudiese pastar, y Katie lo imitó sin decir una palabra. Cuando él le tendió una mano,

la miró ceñuda, pero finalmente, y en vista del ruinoso estado de la ermita, aceptó el gesto. No llevaba guantes y él tampoco, por lo que el contacto fue directo y muy perturbador. El escocés la miró a los ojos, después a su mano y, de nuevo, sus miradas se cruzaron. Katie sintió el calor en sus mejillas cuando él sonrió ligeramente y estuvo tentada de retirar la mano al instante. Quizá, previendo que ese sería su impulso, él apretó la suya, dándole a entender que no lo intentase siquiera.

Entraron.

Matas de ortigas y flores silvestres cubrían los suelos de losas rotas. En uno de los laterales, los muros se habían desplomado casi por completo y, en el otro, en cambio, parecía no haber el menor daño.

—Así que esta es la ermita de San Columba de la que tanto hablan los McEntrie —musitó Katie, soltándose de su agarre mientras observaba a su alrededor.

Llevaba un mes viviendo en *Slioscreige* y había escuchado muchas historias sobre aquella ermita. Daniel no disimuló una sonrisa burlona, pero no dijo nada de lo que se le pasó por la cabeza. Dejó que ella vagara por la zona mientras él se apoyaba en una pared estable con los brazos cruzados delante del pecho. Katie lo miraba todo como si aquellas piedras pudiesen contarle alguna historia de esas que alimentan el misterio.

—¿Desde cuándo está así? —preguntó girando la cabeza para mirarlo sin dejar de moverse.

—No hay nadie vivo que la haya visto entera. ¿Quieres que te cuente la leyenda que me contó mi abuelo?

Katie asintió y Daniel carraspeó para aclararse la voz.

—La ermita está construida sobre un asentamiento mucho más antiguo levantado por druidas. Hay quien cree que las piedras aún guardan esa energía. Nuna, por ejemplo. —Observó la enredadera que trepaba por los muros como dedos verdes queriendo ocultar las cicatrices que le habían dejado los años—. ¿Tú la notas?

Katie arrugó levemente el ceño.

—Hoy en día es habitual que los enamorados busquen refugio entre estas ruinas, porque creen que si se besan aquí dentro, su amor resistirá cualquier adversidad.

La joven le dio la espalda rápidamente, pero el escocés atisbó el rubor que teñía sus mejillas antes de que se lo ocultara.

—Pero, en realidad, la única historia de amor vinculada a este templo es una historia trágica.

Katie se volvió de nuevo, curiosa. Daniel tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír. Era sorprendentemente expresiva para ser alguien que quiere vivir ocultándose de todos.

—Veo que las historias trágicas despiertan tu curiosidad.

Ella se acercó hasta quedar frente a él. Daniel descruzó los brazos e inclinó ligeramente la cabeza antes de empezar a caminar hacia el lugar donde una vez hubo un altar de piedra.

—Moira MacCoinnich era hija de un humilde pastor, y Ewan Fraser, el primogénito del clan Fraser de Lanerburgh…

—¿Fraser? —lo interrumpió—. ¿Murchadh…?

—Sí, Ewan fue un antepasado suyo.

Katie se sentó en una de las piedras sin dejar de mirarlo.

—Se enamoraron, claro, esto es una tragedia. Se encontraban aquí arriba y, aprovechando que él tenía llave de la ermita, se ocultaban a los ojos de cualquier curioso que pudiera subir hasta aquí.

La sonrisa se le congeló en los labios. De pronto, la atención de Katie sobre él estaba provocándole sentimientos inquietantes.

—Ewan era el heredero del clan y su padre tenía un matrimonio ya pactado para él. Le prohibió terminantemente que siguiera viendo a Moira. Pero pronto descubrió que no había obedecido su orden y supo que debía darle un escarmiento, si no quería que ese asunto llegase a oídos de su futura esposa. Envió a dos de sus hombres a la ermita con órdenes de matar a Moira si los encontraban juntos.

Katie enderezó la espalda, adelantándose a los acontecimientos.

—En la refriega, el soldado mató a Ewan cuando este se interpuso entre la espada y su amada. Al ver lo que había hecho y seguro de que su señor lo mataría, ensartó a Moira y luego atacó a su compañero. Ambos lucharon mientras Moira y Ewan morían uno en los brazos del otro ahí mismo —señaló una losa de piedra frente a él —. El asesino, seguramente con la intención de ocultar su fechoría, una vez acabó con su compañero, prendió fuego a la ermita. Pero algo impidió que él saliera antes de que las llamas lo atraparan.

Katie tenía el corazón acelerado y sus labios se habían separado sin que ella se percatase, dándole un aspecto dulce y deliciosamente vulnerable. Daniel continuó narrando con voz profunda.

—Cuando el padre de Ewan se presentó aquí, se encontró con la ermita en ruinas y los cuatro cadáveres. Dicen que cayó de rodillas frente al altar en el que dos esqueletos ennegrecidos por el fuego permanecían estrechamente abrazados. —Inclinó la cabeza con una mirada entre divertida y provocadora—. De ahí que se extendiera la leyenda de que los que se declaran aquí su amor sellan su unión con la misma muerte.

—Es una tontería —dijo ella, desprendiéndose de aquella sensación de trascendencia.

Se puso de pie y sacudió su ropa como si aquello no le importase.

—Nadie sabe lo que pasó aquí en realidad. Suponiendo que algo de esa historia sea cierto, no quedó nadie para contarlo.

—Así es.

—Son tonterías, cuentos que se inventa la gente.

—Desde luego —afirmó él sin borrar su sonrisa.

Ella levantó la mirada y la clavó en sus ojos.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—Se te han humedecido los ojos.

—Por supuesto que no.

Daniel soltó una carcajada.

—Ese Ewan fue un tonto.

—¿Un tonto? —Eso no se lo esperaba—. ¿No te parece heroico lo que hizo?

—¿Heroico? Sabía cómo era su padre y le había prohibido verla, si quería protegerla, debería haberla dejado en paz.

Se dirigió a la puerta para salir de allí. Esa ermita era un lugar ruinoso y sin el menor interés. Cuando estuvieron fuera, Daniel siguió preguntándole.

—¿Entonces tú crees que él debió dejarla y casarse con la mujer que su padre había elegido para él?

—Por supuesto.

—¿Aunque amase a otra?

—Seguro que conocía a su padre y sabía que no cedería. ¿Amarla? ¡La mataron por su culpa!

Daniel frunció el ceño.

—Eres un poco cruel, ¿no crees?

—No, no lo soy. Él es el que fue cruel. Si ese soldado no hubiese acabado también con su vida, Moira habría tenido que vivir sabiendo que él estaba muerto por salvarla. Todo lo que hizo Ewan estaba mal. Todo.

Daniel no podía rebatir su argumento porque estaba cargado de verdad, pero, aun así, le sorprendía aquella vehemencia y la fiereza en su mirada.

—Él sabía quién era, el destino no se elige. Y Moira… ella confió en él, creyó que estaba a salvo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por qué supones que él no se lo contó todo?

—Aunque lo hiciera. Si él desobedecía a su padre, ella pensaría que lo hacía porque sabía que no era un hombre capaz de hacer lo que hizo. Así que, de un modo u otro, él la engañó.

—¿Crees que él debería haber renunciado a la mujer que amaba?

Sus mejillas se sonrojaron de nuevo, pero la fiereza de su mirada no se desvaneció.

—Precisamente porque la amaba, debería haber renunciado a ella.

—Resulta sorprendente ver a una persona tan frágil mostrarse tan fría y dura —dijo él sin disimular su sorpresa.

—Mi aspecto físico no tiene nada que ver con mis argumentos. No soy ninguna fantasiosa. Sé muy bien que los sueños son solo humo y que las leyendas son cuentos que se inventan para manipular nuestras emociones. Probablemente Ewan no quiso protegerla, quizá ese soldado y él tenían una animadversión previa. Quizá solo quería robarle el sitio, y los mató a todos para que no hubiese testigos.

—Katie…

—Hay personas malas y perversas que se esconden delante de todos, pero muestran su verdadero rostro cuando se saben a salvo.

—Katie…

—¡Qué! —exclamó furiosa.

—Estás llorando.

Ella se limpió el rostro con las manos y las miró asombrada. Masculló algo solo para sí y sacó un pañuelo del bolsillo de sus

pantalones para limpiarse los ojos.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó, y sin esperar respuesta le dio la espalda y se dirigió hacia los caballos.

CAPÍTULO 13



Después de un suceso con una de las vallas, que provocó que se escaparan varios caballos y que todos los McEntrie tuvieran que salir a buscarlos, Nuna tomó una decisión.

—¿Ahora? —Katie elevó las cejas sosteniendo la horca a poca altura del suelo—. Estoy limpiando la…

—Eso puede esperar —dijo la otra cogiéndole la herramienta de las manos—. Y si no, puede hacerlo Mike. O Luke.

—Es la cuadra de Aonach.

—¿Y eso qué importa? No querrás que les pida a ellos que me acompañen.

—¿Por qué no? —preguntó Katie mientras Nuna cogía dos ronzales.

Le entregó uno a ella y la arrastró fuera para ir en busca de Aonach y de Pòg, que disfrutaban de aquel precioso día de otoño al aire libre.

—Entre otras cosas, porque están bajo las órdenes de mi hermano.

—Yo también.

Nuna se detuvo frente a la puerta de la cerca y la miró ceñuda.

—Tú no. Mi hermano no manda en ti.

—Pues es el que me da las órdenes todos los días. Y diría que disfruta al hacerlo.

Nuna le quitó el ronzal de la mano y entró a por los dos caballos.

—A Daniel le gusta mandar —dijo elevando la voz, sin importarle quién la escuchara—, es como un deporte para él. Manda a todo el mundo. Estén bajo su mando o no. Si lo dejaran, le mandaría hasta a mi abuelo.

Salió con los caballos y cerró el cercado. Después se acercó a ella y bajó el tono mirándola a los ojos.

—Katie, por favor, te necesito. No puedo ir sola y tengo que verle. Solo yo puedo solucionar esto.

La otra contuvo la respiración, pensaba que se trataba de salir a montar, nada más.

—¿A quién…?

—A Fergus MacTavish. Te lo explicaré todo durante el trayecto, te lo prometo.

—¿Te refieres al que…? —Señaló a Daire, que estaba en el cercado.

Nuna asintió.

—Pero tu hermano te prohibió que fueses a verlo —dijo Katie en el mismo tono bajo—. Se enfadará si vas a…

—Es culpa mía, Katie. Lo que hizo Fergus es culpa mía. Está enamorado de mí desde que éramos unos críos. Soy idiota, debería haber acabado con esto hace mucho, pero… me daba pena.

—No es culpa tuya. Somos responsables de nuestras acciones. Eso lo hizo él, no tú.

Nuna no disimuló su sorpresa.

—Vaya —dijo sonriendo—, resulta que Daniel tiene razón, sí tienes carácter.

Katie enarcó una ceja. Agarró a Aonach del ronzal y las dos llevaron a sus monturas hacia las caballerizas. Al mirar hacia el patio de entrenamiento, vio que Daniel las observaba desde lejos y apresuró el paso.

Mientras Nuna iba a por la silla, Katie limpió con una esponja húmeda las partes más sensibles de Aonach. Después colocó la manta que absorbería el sudor y protegería su piel de roces, y la estiró con cuidado. Nuna llegó con la silla y, entre las dos, la subieron al caballo. El olor a cuero inundó las fosas nasales de Katie

y sonrió con gusto. Ajustó las cinchas sin apretar excesivamente y luego colocó las bridas, poniendo mucho cuidado en que el bocado no le golpease los dientes.

Cuando Nuna ya estaba sobre su montura, Katie revisó una vez más las cinchas por si Aonach hubiese inflado el vientre cuando las abrochaba. Puso el taburete en su lugar y subió al caballo.

—Fergus es un… pusilánime —explicó Nuna cuando se hubieron alejado de *Slioscreige*—. Nunca podría enamorarme de él. Me gustan los hombres fuertes y decididos, pero, sobre todo, los que saben quiénes son y no necesitan que una mujer los descubra. Un hombre como mi hermano o como Alasdair, Craig o cualquiera de mis primos. Los tengo en un pedestal, lo sé, pero es que se lo han ganado con creces. Quiero un hombre como mi padre, esa es la verdad. Alguien a quien pueda admirar y respetar.

Katie la escuchaba con la mirada fija en el sendero, pero la mente perdida en unos ojos verdes de mirada intensa y expresión burlona. Nuna entornó los ojos, observándola con atención.

—¿A ti cómo te gustaría que fuese tu futuro esposo?

—Nunca he pensado en ello —dijo Katie con voz queda—. En realidad, no creo que me case.

—¿Y eso por qué?

—Los hombres que tenía a mi alcance no eran…

Enmudeció al darse cuenta de lo que estaba diciendo. Nuna movió la cabeza.

—En serio, Katie, ¿no puedes dejar de ser tan cuidadosa conmigo? Somos amigas. Yo te lo he contado todo. Te he hablado de la primera mujer de mi padre, por la que llevo este nombre. Te he contado toda su historia. Te he hablado de Frank Bertram y de sus cartas. Te he hablado de mi familia inglesa y de lo mucho que los quiero, de todo, no te he ocultado nada.

Katie se mordió el labio, mortificada. Tenía razón. Nuna se había abierto a ella casi desde el primer día y la había tratado con tanta familiaridad que Beth la regañaría si viera lo poco que ella le daba a cambio. Todos los McEntrie la habían tratado con respeto y cariño. ¿De qué tenía miedo?

—No quieres que te encuentren, pero yo no voy a decir nada. Solo quiero que seamos amigas.

Katie lo pensó un momento y finalmente se decidió a hablar.

—Mi padre quería que me casara con uno de sus conocidos.

—Creía que tu padre había muerto.

—Mi padrastro, quería decir.

Nuna abrió la boca, pero volvió a cerrarla, tragándose su pregunta.

—Era un hombre de su misma edad. Respetable, eso sí, pero… muy mayor. Intenté aceptarlo. Me dije que era mi obligación, que no podía contravenir sus deseos. —Negó con la cabeza—. Pero no pude.

—Tienes diecinueve años, no puede obligarte —dijo la otra ceñuda—. No tenías por qué huir.

—Ya. —Katie bajó el tono—. Pero es muy creativo a la hora de conseguir lo que quiere. Sabía que no cejaría en su empeño.

Avanzaron en silencio un trecho, hasta que Nuna desvió el tema.

—¿Alguna vez… te has enamorado?

Katie sintió una punzada en el estómago, pero negó con la cabeza.

—No. Creo —puntualizó.

Nuna entornó los ojos, confusa. ¿A qué se refería con ese «creo»? Si había algo que se le daba bien era captar las sutilezas en las palabras de los demás. Y en su tono.

—En realidad, no sé cómo es estar enamorada —aclaró Katie—. Nadie me lo ha explicado. Quizá lo he sentido, pero no he sabido catalogarlo. Tú tienes a tu madre y a tus tías. Incluso a tus primas casadas. Seguro que ellas te han contado todo lo que necesitas saber sobre el amor. Pero yo no tengo a nadie. Así que, aunque ahora mismo estuviese… enamorada, no lo sabría con certeza.

—Yo seré esa persona para ti. Somos amigas y las amigas hacen eso. Nos lo contaremos todo. Te explicaré lo que sé y, cuando te enamores, lo sabrás. Las dos lo sabremos. Yo tampoco me he enamorado nunca.

Katie no pudo evitar una sonrisa y asintió sin disimular su entusiasmo. Quería saber, quería que le contara, pero, sobre todo, quería formar parte de algo, que la tuvieran en cuenta. Saber que a alguien le interesaba lo suficiente como para querer oír su opinión sobre cualquier tema.

—¿Y ese… Fergus?

Nuna soltó una carcajada.

—Si fuese el único hombre sobre la tierra, nuestra especie se extinguiría si dependiera de mí —dijo sin dejar de reír—. Es todo lo que no quiero que sea mi marido: ruin, débil, malpensado, no tiene espíritu para luchar por lo que cree… De hecho, no cree en nada, que yo sepa.

—No estás hablando de la fe que profesa, ¿verdad?

Nuna negó con la cabeza.

—Reconozco que cualquier hombre lo tendría muy difícil. Ya conoces a los McEntrie, son hombres de honor, con palabra, con agallas y que no se escudan en nada ni en nadie a la hora de enfrentarse a las consecuencias de sus actos. Ninguno de mis

primos haría algo tan vil como poner clavos en el heno. No hablo ya de algo contra los caballos, contra nadie. Ni siquiera contra un enemigo. Si vieras las historias que cuentan mis tíos, lo entenderías. Algún día te las contaré todas.

—Sí, por favor —pidió Katie, sincera—. Me encantan las historias que me cuentas sobre tu familia.

—Pero otro día. Hoy tengo que estar enfadada para enfrentarme a Fergus, así que mejor que no hablemos de cosas que me pondrían tierna. ¿Cabalgamos?

Katie agitó las riendas para seguirla.

CAPÍTULO 14



Fergus MacTavish las miraba alternativamente y Katie se preguntó si el sudor en su frente se debía al trabajo o a la presencia de Nuna. Después de todo lo que le había contado, su mente era ahora un pozo de información mal ordenada y con muchas dudas flotando alrededor. Su aspecto físico era el de un chico normal, no había nada destacable en él, pero no era mal parecido. Su pelo castaño se arremolinaba en desordenados rizos y tenía unos ojos pequeños e inquisitivos.

—Hola, Nuna —musitó con la cabeza baja.

—Hola, Fergus, ¿podemos hablar un momento?

Él les hizo un gesto para que lo siguieran. Estaba claro que no quería que nadie los escuchara porque las hizo caminar bastante, alejándolas de la casa familiar. Katie tropezó un par de veces con varias piedras, hasta que Nuna se plantó en seco y dijo que allí ya estaban bien.

—¿De verdad fuiste tú el que puso esos clavos en el heno, Fergus? —preguntó—. Y no me mientas, sabes que no puedes

engañarme.

El otro se llevó una mano a la nuca y, finalmente, asintió. Nuna bufó y Katie fingió observar las hojas de un árbol cercano, girándose de medio lado.

—¡Fergus!

Esperaba escuchar alguna explicación, una disculpa, algo, pero Fergus mantenía la cabeza baja en silencio.

—No me lo puedo creer. De verdad que no puedo. —Nuna se movía inquieta—. Daire se hizo una herida en la boca. ¡Podría habérselo tragado! ¿Querías matarlo?

El escocés seguía sin decir nada y Nuna estaba cada vez más nerviosa.

—¿Y lo de la cerca? ¿Has sido tú también? ¿Qué pretendías? ¿Te crees que si nuestros caballos se escapan a ti te irá mejor?

—Tu hermano se piensa que manda en Lanerburgh. Todos los McEntrie lo piensan. Pero, ¿sabes qué…?

—¡Por esto te rechacé! —lo cortó elevando la voz—. ¡Por esto, Fergus! Eres un hombre ruin y mezquino. No eres capaz de afrontar tus actos con valentía. Lanzas la piedra escondido detrás de un árbol y no te importa si equivocas el tiro y haces daño a un inocente. ¡Oh, Dios! ¡Asume tus carencias sin echarle la culpa a los demás! Ni mis primos ni Daniel tienen la culpa de tus meteduras de pata. Que

invirtieras tu dinero en comprar caballos sin tener ni la menor idea en…

—Si me hubieras aceptado, ellos me habrían ayudado.

—¿Qué? —No daba crédito—. ¿Me cortejabas para acercarte a mi hermano? ¡No se puede ser más patético! ¡Gracias! Gracias por mostrármelo con tanta claridad. No entendía por qué jamás podría amar a alguien como tú. Ahora lo sé bien.

Fergus levantó la cabeza y su mirada refulgía de odio.

—No puedes amarme porque no tengo el aspecto que tú esperas, no tengo los músculos ni el dinero, de ser así, te tendría comiendo de mi mano. ¡Cásate con Alasdair! ¡O con Craig! ¡Ah, que no puedes porque son tus primos! Las mujeres como tú solo quieren a un purasangre como semental, pero no te va a ser tan fácil que alguien que no sea de tu familia te escoja. ¿O te crees que tú eres un regalo? Ningún hombre podrá formar parte de eso si no es un McEntrie. A ver si encuentras a uno que cumpla tus expectativas y que se atreva a tocarte siquiera…

Nuna le cruzó la cara de una bofetada y Katie corrió hacia ellos cuando vio que Fergus levantaba la mano para devolvérsela. Lo agarró del brazo y tiró de él con todas sus fuerzas. Su pie se torció sobre una piedra, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, llevándolo con ella. El peso de él hizo que el golpe fuese mucho más fuerte y el dolor irradió desde su trasero bajando por toda la pierna. Apretó los

labios para no gritar y su gruñido quedó apagado por los gritos de Nuna, que trataba de quitarle a Fergus de encima.

Se levantó con dificultad, apoyándose en el brazo de su amiga. Nuna ahogó un gemido al ver el pantalón roto y la sangre que se iba extendiendo a lo largo de su pernera.

—Estás sangrando mucho —dijo, y miró a Fergus con una advertencia cuando lo vio hacer amago de mirar—. Ni se te ocurra acercarte. Quítate la camisa.

—¿Qué?

—¡Que te quites la camisa! —gritó y, bajando el tono, añadió para Katie—. La chaqueta es demasiado corta y tu pantalón se ha roto.

La joven sentía el dolor lacerante en su nalga y se mordió el labio para contener un lamento. El frío que entraba por el roto de sus ropas la aliviaba, pero también la dejaba demasiado expuesta a miradas indiscretas.

Fergus hizo lo que le había ordenado y Nuna ató la prenda alrededor de la cintura de su amiga. Después la agarró del brazo para volver a sus caballos.

—No te acerques a *Slioscreige*. Si vuelves a hacer daño a uno de nuestros caballos o a cualquiera de nosotros, no volveré a inmiscuirme y dejaré que mi hermano y mis primos te den tu merecido. Estás advertido.

Las dos mujeres se alejaron de allí y Katie se mordió el labio, preguntándose cómo iba a sentarse en el caballo.

Daniel la miró sin expresión al ver que no desmontaba.

—¿Te vas a quedar ahí? —preguntó, y Nuna se acercó a él con expresión atribulada.

—Hemos tenido un… accidente —dijo en tono quedo—. Katie… se ha hecho daño.

Daniel arrugó el ceño y se acercó mirando sus piernas.

—¿No puedes bajar? —Rodeó el caballo y se colocó a su izquierda para cogerla.

Katie lo miró asustada.

—¡No! —Enseguida se dio cuenta de que había elevado demasiado la voz y trató de sonreír incómoda—. Lo siento, pero me harás daño… Es mejor que yo… Si te apartas…

Daniel miró a su hermana y luego a Katie de nuevo, pero se apartó. Katie desmontó y sus dientes estaban tan apretados que esperó escuchar el crujido de una pieza rompiéndose en cualquier momento.

—¿Por qué llevas esa camisa atada a la cintura? —preguntó él, empezando a cabrearse—. ¿Qué ha pasado? ¿De quién es esa prenda?

—Te lo explicaré luego —dijo Nuna agarrándola de la cintura para ayudarla a caminar.

Katie avanzó cojeando y se alegró de no tener que ver la cara de Daniel mientras las observaba. El escocés tenía los ojos muy abiertos. La camisa tenía una mancha de sangre donde Katie tenía el…

—Ocúpate de nuestros caballos —dijo Nuna sin volverse.

Katie se tragó su vergüenza cuando Elizabeth la ayudó a quitarse la ropa y le hizo meter los pies en un barreño. Tenían que lavarla bien antes que nada. Aguantó el dolor, más preocupada por las miradas que madre e hija habían cruzado al verla sin ropa interior. Cerró los ojos maldiciendo su mala suerte. Ninguna de las dos dijo nada de las cicatrices que cruzaban sus nalgas y que tanto la humillaban. Elizabeth procedió a limpiar su herida con agua y jabón, provocándole náuseas a causa del dolor.

Cuando terminaron, Katie se tumbó boca abajo en la cama. Nuna se puso delante de ella para taparla cuando la puerta del dormitorio se abrió. Augusta entró con expresión preocupada.

—¿Qué ha pasado?

Nuna se apartó lo suficiente y su tía se tapó la boca con la mano para ahogar una exclamación. Katie cerró los ojos, preguntándose cuánto rato iba a durar eso, pero antes de que Augusta dijera nada, la puerta volvió a abrirse y entraron Rowena y Enid.

—¿Quién está herida? —preguntó Enid, y enseguida salió de dudas—. ¡Pero bueno! ¡Katie! ¿Qué ha pasado! ¡Oh! ¿Y esas cica…?

Rowena le pellizcó en el brazo y su cuñada enmudeció de golpe al ver la expresión severa en el rostro de Elizabeth.

Durante unos interminables segundos nadie dijo nada. Se quedaron mirando fijamente, mientras buscaban una explicación para lo que veían.

—Se puede infectar —dijo Rowena moviendo la cabeza.

—Es demasiado profunda —asintió Augusta—. Con lavarla no va a ser suficiente.

—Hay que coserla —apuntó Enid.

—¿Qué? —Katie levantó la cabeza que tenía enterrada en la almohada.

—He mandado llamar al doctor Boyd, pero no sé cuánto tardará en venir. Es posible que esté haciendo alguna de sus visitas a domicilio —dijo Elizabeth mirándola a ella—. ¿Quieres esperar hasta entonces?

—¿Puedo escoger? —preguntó Katie tratando de ocultar lo avergonzada que se sentía con la situación.

—Podríamos vendar la herida hasta que llegue el doctor —dijo Augusta—, pero no creo que puedas sentarte.

—Desde luego que no —afirmó Enid.

—Y se le infectará —repitió Rowena—. Es muy peligroso. Mi hijo podría coserte. Lo ha hecho muchas veces.

Katie la miró horrorizada. ¿Que Alasdair McEntrie la viera con el culo al aire? No podía estar hablando en serio.

—Es veterinario y te aseguro que no se escandalizará por ver un…

—¡No! —exclamó ella, y se tapó los oídos volviendo a esconder la cara en la almohada. ¿Podía alguien morir de vergüenza?

—La herida es muy profunda. Rowena tiene razón, tienen que cosértela o se infectará —dijo Elizabeth inclinándose hacia ella—. Alasdair sutura mejor que el doctor Boyd. Ha cosido a sus tíos y a sus primos siempre que se han hecho heridas importantes. No tienes nada de lo que preocuparte.

—Podríamos cubrirte con una sábana —dijo Nuna poniendo una mano en su espalda y hablándole con dulzura—. Haremos un cuadrado en la zona de la herida y te coserá por ahí. Por favor, Katie, me moriría si te pasara algo malo, todo esto es por mi culpa.

Como no decía nada, todas miraron a Elizabeth, que lo pensó un momento y finalmente dejó escapar el aire de un soplido mirando a Rowena.

—Estás bajo mi responsabilidad y no dejaré que la vergüenza te provoque un daño irreparable. Rowena, ve a buscar a tu hijo y explícale lo que sucede.

Katie levantó la cabeza, apoyándose sobre los codos, y vio salir a Rowena. Miró a Nuna con mirada asesina. Sí, ella tenía la culpa de todo. ¿Por qué tuvo que pedirle que la acompañase?

—Venga, cortemos esa sábana para cubrirla —dijo Augusta, y se pusieron manos a la obra.

CAPÍTULO 15



Alasdair observó la herida con atención. Nuna trató de leer en su rostro y supo que la herida era tan fea como a ella le parecía.

—Habéis limpiado la zona a fondo, supongo —afirmó mirando a sus tías.

—Sí —respondió Elizabeth—. Con agua hervida a la que le hemos puesto caléndula y manzanilla, y también jabón.

—Vale —dijo arremangándose—. Necesito alcohol medicinal, una aguja curva, hilo y vendas de lino.

Augusta salió del dormitorio para traer todo lo que había pedido, y Alasdair miró hacia la zona de la sábana bajo la que Katie ocultaba su cabeza. La imaginaba con la cara pegada al colchón y deseó que tuviera espacio para respirar.

—Puedes estar tranquila, he visto unos cuantos traseros. El de Nuna, por ejemplo.

—¡Oye! —exclamó su prima—. Entonces tenía diez años. ¿Qué va a pensar Katie?

Augusta regresó con todo lo que le había pedido y lo hizo acompañada de Olivia.

—Acabo de llegar de casa de los O'Sullivan. ¿Qué ha pasado? ¡Oh, Dios mío! Pobrecita —dijo poniendo una mano a la altura de su hombro cubierto—. Debe de dolerte mucho.

Katie se mordió el labio para no decir una impertinencia. Podían cobrar entrada. ¡Vengan todos a ver las posaderas de nuestra invitada!

Alasdair vertió alcohol en sus manos y las frotó, apartado de la cama para no salpicarla.

—Discúlpame, Katie, pero así no puedo trabajar.

Sin más preámbulo, agarró la sábana y la retiró, dejándola expuesta. Nuna se tapó la boca para no emitir el menor sonido, pero la paciente mordió un gruñido rabioso contra la almohada. Alasdair tuvo una visión clara de lo que su madre le había advertido. Pequeñas cicatrices surcaban la superficie de la piel de sus nalgas. Sin decir una palabra, se inclinó y presionó suavemente algunas de ellas alrededor del desgarro.

—¿Te duele?

—Tengo una herida abierta —respondió enfadada—. Claro que me duele.

—De acuerdo. Si necesitas gritar, no te contengas, nadie va a juzgarte por ello.

Usó un paño limpio para colocarlo entre sus piernas y proteger su zona más sensible y, a continuación, vertió el alcohol medicinal sobre la carne desgarrada. Katie, que iba a protestar por aquel contacto íntimo, se vio arrollada por un intenso dolor y soltó un alarido que habría resucitado a un muerto, de tener uno cerca. Fue como si le clavaran un hierro al rojo vivo directamente en el hueso. El ardor la abrasó como fuego líquido, punzante, traicionero e implacable. Sintió que se le disparaba el corazón, se le cortaba el aliento, y las lágrimas acudieron a sus ojos por puro reflejo, pero, a pesar del caos en su cabeza, logró contenerlas. Pataleó con sus torneadas y esbeltas piernas, y golpeó la almohada con los dientes apretados. Nuna se apresuró a cogerla de la mano, y Alasdair respiró hondo manteniendo la pose de firmeza e indiferencia que se esperaba de él.

Una vez la fiera se calmó, el veterinario cogió la aguja y el hilo y se dispuso a coserla. Nuna puso un paño sobre sus muslos para tapar de nuevo su zona íntima antes de que su primo empezara. Alasdair la miró enarcando una ceja, pero no protestó.

—Esto va a doler, Katie, pero necesito que te estés quieta. —Al ver que no decía nada, insistió con tono firme—: ¿Me estás escuchando?

Emitió un sonido gutural, claramente hostil y más parecido a un gruñido que a una afirmación.

—¿Es absolutamente necesario? —preguntó Nuna—. Podría curarse sin que lo cosieras.

—Claro. Y luego me cuentas qué tal la septicemia.

Augusta se acercó a la cama.

—He traído una zanahoria para que la muerdas —dijo ofreciéndosela.

—Y, ya puestos, me iría bien que te colocaras de lado, Katie —dijo Alasdair—. Me resultaría más cómodo y…

—No pienso moverme —masculló ella con voz ronca.

—Muerde la zanahoria, Katie —musitó Augusta—. No sé si te han cosido alguna vez una herida como esa, pero si no es así, va a doler mucho.

Katie aceptó la zanahoria y la colocó horizontal entre sus dientes. Era muy gruesa y no la partiría fácilmente.

Alasdair dejó a un lado la contención. Agarró la carne con una mano, provocando un respingo en Katie.

—Respira hondo —advirtió el veterinario, y clavó la aguja atravesando la herida de parte a parte.

Esperó un momento para ver la reacción de la joven, que no emitió el menor sonido. Deslizó el hilo con un sonido áspero y húmedo. Repitió el proceso una y otra, y otra vez, hasta que el sudor los empapó a los dos. Ató el último nudo, cortó el hilo y se apartó con expresión preocupada y rabia contenida. Aquellas viejas heridas habían dibujado muchos escenarios en su mente, y no poder preguntarle lo estaba matando. Se limpió el sudor con el dorso de la mano y dejó el material en la mesilla.

—¿Estás bien, niña? —preguntó Olivia inclinándose sobre la sábana.

Katie se quitó la zanahoria de la boca y se la entregó, después respondió con un sonido que se parecía más a un gemido que a un «sí», aunque esa fuese la palabra que pronunció.

—Ahora habrá que vendarla —dijo Alasdair mirando a su madre—. Supongo que preferirá que lo hagáis vosotras.

—¿Podríais… cubrirme, por favor? —pidió la joven, y su voz sonó fría como el hielo.

Nuna se apresuró a hacerlo y Katie se cubrió la cabeza, agarrando la sábana con una mano y desapareciendo bajo la tela.

—Hasta que la herida se cierre y esté bien curada, nada de montar, y nada de usar pantalones ni ropa interior —dijo Alasdair tajante, hablándole a la sábana que la cubría—. Si se inflama o

tienes fiebre, no te lo calles. Es lo que te dirá el doctor Boyd cuando te vea.

—Gracias, hijo. Del resto nos ocupamos nosotras —dijo Rowena acompañándolo hasta la puerta.

En cuanto Alasdair hubo salido del cuarto, Elizabeth apartó la sábana con delicadeza y colocó un apósito sobre la sutura. Luego cogió la tira de lino que le ofrecía Olivia y comenzó a desplegarla alrededor de su cintura. Cruzó por su cadera y siguió con otra vuelta hasta acabar anudándola en el lateral contrario a la herida.

—Ya está —dijo poniendo una mano suavemente en su hombro—. ¿Quieres que te ayudemos a ponerte una falda? Ya has oído a Alasdair, nada de ropa interior durante unos días.

—¿Podría…? —Katie seguía con la cara escondida bajo la sábana y su voz era sombría—. ¿Podría quedarme sola, por favor? Les agradezco mucho sus cuidados, pero es lo que necesito ahora.

Nuna miró a su madre.

—Claro que sí. Descansa. —Elizabeth hizo una señal a todas y salieron sin protestar.

Cuando estuvo segura de que habían salido, se libró de la sábana que la cubría e intentó incorporarse. El dolor irradió por toda su pierna, trayéndole viejos recuerdos que la debilitaban. Cuando

estuvo de pie en el suelo, caminó hasta el espejo y trató de verse la zona de la herida. Las líneas blancas de sus viejas cicatrices asomaban por debajo del vendaje, avergonzándola. Gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas y los sollozos la sacudieron sin que hiciera nada por evitarlo. No quería evitarlo. Quería llorar. Llorar como una persona normal. Por alguna extraña razón que no alcanzaba a entender, el hecho de que aquellas personas hubiesen descubierto esa parte de su vida era mucho más doloroso que cualquier herida. Miraba su cuerpo en el espejo, pero su mente ya no estaba allí.

—¿Adónde va la gente cuando se muere, mamá?

—Al cielo, hija.

El día estaba despejado y no había nubes en el firmamento. Estaban sentadas en una manta en el jardín y Katie permanecía tumbada con la cabeza apoyada en el regazo de su madre. Era la primera vez que salían al jardín juntas desde que enfermó tras el parto de George. Beth y Arthur no tardarían en aparecer, en cuanto se diesen cuenta de que se había levantado de la cama.

—¿Nos convertimos en nubes? —siguió preguntando la niña mientras hacía dibujos con los dedos usando las nubes como lienzo.

—Y en lluvia. Y en relámpagos. Y en copos de nieve…

—Yo seré lluvia o nieve. —Giró la cabeza para mirarla—. Así podré tocarte. Te llenaré el pelo de copos y parecerá que se te ha puesto el pelo blanco.

Su madre se tocó un mechón de ese color. Le había aparecido hacía tres meses, cuando empeoró su estado físico.

—Katie…

—¿Sí, mamá?

—Prométeme que siempre cuidarás de tus hermanos.

Ella la miró confusa.

—¿Quieres que yo cuide de ellos? ¿Por qué? Soy una niña. Las niñas no saben cuidar a otros niños.

—Tendrás que aprender.

La pequeña, que tenía poco más de cinco años, se incorporó y se puso de rodillas mirando a su madre con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—Porque eres la mayor. Y eres… especial.

—¿Yo soy especial? —se rió como se ríen los niños que no tienen miedo de nada—. ¿Qué es ser especial?

Su madre lo pensó un momento antes de responder. Apartó un mechón de pelo de su rostro. Acarició su pequeña barbilla y la niña

se revolvió por las cosquillas. Enseguida se abrazó a su madre, tan delgada que podía rodearla con sus pequeños bracitos.

—Ser especial es hacer que las personas sean mejores cuando tú estás cerca. Que tu risa suene como cascabeles en los oídos de quienes la escuchan. Pero ser especial no siempre es fácil. Te encontrarás con personas que querrán quitarte esa risa, porque están podridos por dentro, aunque no se les note. —Cogió el rostro de su hija entre las manos y la pequeña se preguntó por qué tenía lágrimas en los ojos—. No dejes que te la quiten nunca, hija mía. Aférrate a ella, aférrate a tu risa como si fuera una cuerda. Agárrala con todas tus fuerzas, porque al final de esa cuerda estoy yo. ¿Lo harás, amor mío? ¿Lo harás?

La niña asintió sin entender lo que su madre le decía. No quería verla llorar. Dejó que la abrazara, y su boca comenzó a temblar cuando percibió los sollozos que la sacudían.

—Mamá, no llores —dijo haciendo pucheros—. Haré lo que has dicho, lo haré, te lo prometo. Me agarraré a esa cuerda y no dejaré que te vayas nunca.

Y en esa habitación, frente al espejo que le mostraba su escuálido cuerpo, dolorida y sintiéndose más tonta y ridícula que nunca, Katie empezó a reírse entre lágrimas. Los sollozos se mezclaron con unas agotadas carcajadas y caminó hasta la cama para aferrarse a algo. Sus manos agarraron la colcha como si se estuviese aferrando a las

faldas de su madre muerta. Una madre que se marchó sin que pudiera despedirse. Su padrastro no la dejó entrar en el cuarto sus últimos días. Los sollozos arreciaron, anegando la risa de lágrimas.

¿Lo sabía? ¿Su madre sabía lo que le esperaba? No podía saberlo. De ser así, se habría aferrado a la vida con tanta violencia que la muerte no habría sido capaz de llevársela.

—Mamá… —susurró con la cabeza inclinada y el pelo, que se había soltado por completo, cayendo en cascada sobre la cama—. Estoy bien. No sufras por mí. Estoy bien.

CAPÍTULO 16



—¿Cicatrices?

Daniel miraba a su primo con fijeza, y el otro asentía con vehemencia mientras acariciaba a Moss, su *border collie*.

—Son antiguas. Apenas unas líneas blancas ya, pero hay… bastantes.

Los dos jóvenes estaban visiblemente incómodos y tensos, y el perro lo notaba. El cerebro de Daniel no dejaba de repasar lo poco que sabía sobre Katie, tratando de buscar una explicación que no fuese…

—Está claro por qué huyó —siguió Alasdair.

—¿Tú crees que aún…?

—No, ya te he dicho que son viejas heridas. No he visto ninguna reciente. Pero alguien le ha estado haciendo daño durante mucho tiempo. —Se irguió, pero el perro no se apartó de sus piernas—. Maldita sea, Daniel, la he cosido y no ha emitido ni una leve queja.

—¿Es grave?

—No, pero deberá tener mucho cuidado para que no se le infecte. Le he dicho que nada de montar, nada de usar pantalones y no puede llevar ropa interior.

Daniel asintió con aquella expresión suya tan característica, que provocó una ligera sonrisa en su primo.

—No hace falta que tú te encargues de que cumpla esos preceptos. Deja que sean las mujeres las que la vigilen.

—Tampoco trabajará —añadió Daniel, ignorando su puntualización —. El doctor Boyd vendrá en cuanto acabe sus visitas del día. Espero que hayas hecho un buen trabajo con esos puntos.

—Creo que la herida ha sido más profunda, porque la zona está más sensible de lo normal.

—Espero que no la hayas hecho sentir aún más incómoda con tus bromitas.

—¿Por quién me tomas? Me he comportado como un médico serio.

—Tú no eres médico.

—He dicho que me he comportado.

Daniel se apartó el pelo de la frente con visible rabia.

—¿Dónde han ido? —preguntó Alasdair.

La mirada de su primo fue más que elocuente, y el otro ya sabía la respuesta antes de hacer la pregunta.

—¿Fergus?

—No creo que él tuviera nada que ver. Nuna dice que Katie se cayó sobre una piedra.

—Pues era una piedra con un cuchillo en la punta —dijo el veterinario.

Daniel se dio la vuelta para tomar el sendero hacia la casa.

—¿Adónde vas? Daniel…

—Tengo que hacer algo.

—¡Daniel! —lo llamó, pero su primo echó a correr.

Los golpes en la puerta tensaron su espalda. Estaba de pie frente a la ventana y agradeció que las lágrimas hubiesen dejado de caer. Sus ojos estaban hinchados de tanto llorar y no le apetecía que nadie la viese así, pero la insistencia en los golpes hizo que no pudiera ignorarlos. Estiró la falda y respiró hondo varias veces antes de cruzar la habitación.

Abrió la puerta esperando ver a alguna de las mujeres McEntrie, pero se encontró con un Daniel apoyado en el marco y con una

expresión que era una mezcla de preocupación y enfado.

—¿Ha sido Fergus MacTavish?

—¿Qué?

—El culpable de… eso —señaló su falda—. ¿Ha sido él?

—Nnnnno… —titubeó—. Me caí.

—¿Cómo te caíste?

La imagen de lo sucedido apareció en su mente y se mordió el labio.

—Yo… retrocedí… con un poco de… violencia.

—¿Por qué? —dijo entrando en el cuarto.

Katie caminó hacia atrás retorciéndose las manos, mientras él avanzaba hacia ella sin detenerse. No quería poner a Nuna en una situación incómoda. Daniel parecía muy enfadado y no sabía de lo que era capaz.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó enfrentándolo.

Daniel se detuvo ante su visible cambio de actitud.

—¿Por qué quieres saberlo? —insistió ella.

—¿Que por qué quiero saberlo? ¿Hace falta que te lo explique?

—Hemos salido a cabalgar, me he caído sobre una piedra. Esas cosas pasan. Tu hermana no ha tenido nada que ver.

—No hace falta que me defiendas —la voz de Nuna hizo que los dos miraran hacia la puerta—. Sí, Daniel, la convencí para que me acompañase a ver a Fergus. El accidente ha sido por mi culpa.

Su hermano apretó los dientes, respirando con dificultad.

—Te dije… —masculló.

—Lo sé, me prohibiste que fuese a verle —dijo Nuna caminando hasta él—. Y no sabes cuánto me arrepiento de haberme llevado a Katie. Pero no me arrepiento de hablar con él, tenía que hacerlo, todo lo que ha hecho es por mí y…

—Luego hablaremos tú y yo. Ahora déjanos solos.

—Daniel, Katie no ha tenido nada que ver, he sido yo.

—Lo sé. Vete, Nuna. —Al ver que dudaba, respiró hondo y dijo con un tono que no admitía respuesta—. Ahora.

Antes de marcharse, Nuna miró a Katie con una clara disculpa en los ojos.

—¿Qué vas a hacerle? —preguntó Katie cuando estuvieron solos de nuevo.

Daniel se giró hacia ella, pero sus ojos estaban clavados en la pared.

—Eso no es cosa tuya.

Katie estaba tan pálida que sus ojos parecían aún más brillantes y enrojecidos. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que había llorado. Mucho. Recordó las palabras de Alasdair y su incredulidad porque no se hubiese quejado por el dolor que le infligía. No era que no lo sintiera, simplemente estaba acostumbrada a ocultarlo. A llorar en soledad.

—Katie… —susurró al tiempo que su mano hacía ademán de tocarle un brazo.

Ella se apartó dando un respingo y el corazón de Daniel se aceleró al ver que le tenía miedo.

—Los golpes no enseñan nada —dijo ella con voz gélida y mirada intensa.

—Jamás he pegado a una mujer —dijo calmado.

—¿A Nuna tampoco?

Él negó con la cabeza antes de responder.

—De hecho, he recibido muchos golpes suyos y no se los he devuelto jamás. Katie, mírame —esperó hasta que ella volvió a posar sus ojos en él—. Te juro por Dios que no he pegado a una mujer en mi vida. Me educaron bien.

Ella soltó el aire que había estado reteniendo y, con él, pareció perder las fuerzas. Daniel tuvo que sostenerla para que no se

desplomase. La acompañó hasta la cama, pero ella solo se apoyó ligeramente, sin sentarse.

—¿Estás bien así? —preguntó solícito.

Katie contuvo una mueca de dolor.

—Debería estar en mi cuarto.

—Este será tu cuarto desde ahora.

—¡No! —dijo sorprendida y, enseguida, su expresión dio paso a una decepcionada—. Debería irme por la mañana, no puedo trabajar y no voy a ser una carga. Necesitaré que confíes en mí. Te pagaré lo que gastaste en Aonach, pero necesitaré tiempo…

Daniel se cruzó de brazos y la miró con fijeza.

—No sabía que también te habías golpeado la cabeza. ¿Crees que voy a dejar que te vayas estando herida?

—Pero…

—Además —la cortó—, ¿por qué iba a confiar en ti? ¿Quién me dice que no estás buscando largarte sin pagar lo que me debes?

—Puedo irme sin el caballo —dijo orgullosa.

—¿Adónde?

—Adonde sea.

—¿Tan mal te hemos tratado?

Las lágrimas inundaron sus ojos. No quería irse. Nunca en su vida había sido tan feliz como en ese tiempo viviendo allí. Todos la trataban con cariño. Le habían dado amistad, complicidad y respeto. Adoraba el trabajo con los caballos…

—Lo siento —sollozó y ocultó la cara entre las manos.

—No tienes que irte a ninguna parte, Katie —dijo él con voz ronca —. Aquí estás a salvo.

Los sollozos arreciaron y Daniel sintió una tensión desconocida. No sabía qué hacer con las manos, que se empeñaban en querer abrazarla.

—Iré a buscar a Nuna —dijo dándose la vuelta.

—¡No! —lo detuvo—. Espera.

Se limpió las lágrimas, consciente de que lo incomodaban.

—Me llamo Catriona Kerr.

Daniel se giró despacio.

—Soy la hijastra del juez Hugh Ramsey. —Volvió a limpiar las lágrimas que seguían deslizándose, silenciosas, por sus mejillas—. Lo que te conté sobre mi madre y mi padre es cierto. Mi padre murió cuando yo aún no había nacido, pero lo que no te dije fue que mi madre volvió a casarse.

Daniel entornó ligeramente los ojos.

—¿Con el juez Ramsey?

Había oído hablar de él a su tío Caillen. Lo tenía por un hombre cruel y despiadado.

—¿Él te hizo… eso? —Su voz era puro hielo.

—Sí —dijo sin apartar la mirada.

—¿Por eso huiste?

Katie negó con la cabeza.

—Hace años que no me… —Se mordió el labio avergonzada.

La respiración del escocés era agitada, y sus puños cerrados mostraban que estaba tratando de contener sus emociones. Katie miraba esos puños con temor y él abrió lentamente las manos con el corazón latiendo desbocado.

—No hay ningún escenario posible en el que un McEntrie golpee a una mujer, ¿me entiendes, Katie? Jamás, pase lo que pase. No importa si es una de las nuestras o una desconocida, ningún McEntrie sería capaz de hacer algo tan vil. Lo juro por Dios.

Katie asintió despacio.

—Yo puedo enfadarme —siguió hablando—. Mucho. De hecho, ahora mismo estoy tan furioso que me resulta muy difícil hablarte con tanta suavidad. Pero, por muy enfadado que me veas, aunque

grite y golpee las paredes, debes saber que conmigo estás a salvo. Siempre.

El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho y no entendía por qué era tan importante para él que ella lo supiera, que supiera que estaba segura a su lado, que él jamás le haría daño. Sentía una furia desmesurada hacia el hombre que le había hecho aquello, pero no estaba en su naturaleza resolver sus enfados a golpes. Solo usaba la fuerza cuando era absolutamente necesario.

—Mi madre se casó con él porque era una mujer débil que no se sentía capaz de llevar la propiedad ella sola —dijo Katie con voz tranquila y sin lágrimas—. También porque temía por mí, por mi futuro. Creyó que tener un padre me protegería de los peligros de la vida. Mientras mi madre vivió todo fue bastante bien. Nació Arthur, luego Beth y, finalmente, George. Pero cuando ella no estaba, todo cambió. Él cambió.

Un silencio espeso los envolvió.

—No quiero volver —musitó.

—No vas a ir a ninguna parte —dijo con voz profunda—. No quiero que te vayas, Katie.

Lo miraba con tanta emoción que Daniel tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no tomarla entre sus brazos. Lo último que necesitaba ella ahora era tener que lidiar con eso.

—No seguirás trabajando en las caballerizas. A partir de ahora serás nuestra invitada.

—No soy nada. No soy nadie. Jamás volveré a esa casa. Nunca. Así que no tengo nada y debo trabajar. Quiero ser Katie, solo Katie. Desde que estoy aquí no he vuelto a despertarme en plena noche temblando. Sigo llorando en sueños, es cierto, pero ya no me despierto aterrada. Por favor, por favor, Daniel, no me obligues a irme. Si les cuentas lo que te he dicho, si empiezas a tratarme como a su hija… tendré que marcharme.

—No le diré nada a nadie. Cuando llegue el momento, lo harás tú. Puedes confiar en ellos igual que en mí, pero no voy a obligarte.

—No es porque no confíe en ellos. En el tiempo que llevo aquí he visto cómo os queréis, os cuidáis y confiáis los unos en los otros. Me siento honrada porque me trajeras aquí, no sabes cuánto te lo agradezco, Daniel. Que me dejes estar con los caballos, que me permitas formar parte de… tu vida. —Desvió la mirada, consciente de que sus ojos estaban hablando por ella de cosas que no quería decir—. Pero si les cuentas quién soy, todo cambiará, me verán de un modo distinto. Sabrán…

—Ya lo saben —la cortó con suavidad—. Lo imaginan. Y solo quieren ayudarte.

—Él lo descubrirá. Sabrá que estoy aquí.

—No, no lo sabrá. Pero, aunque lo descubra, no podrá hacerte nada. —Daniel sonrió con tal ternura que a Katie le temblaron las piernas—. Somos demasiados.

—Tú no lo conoces —musitó ella—. Es un hombre implacable, rencoroso y vil. Hallará el modo de doblegarme.

—Todo se hará como tú digas, Katie. Pero dormirás aquí. Si quieres, diré que es hasta que te cures, pero desde hoy te trataré como a una invitada, no como a una empleada. Y como no podrás trabajar en las caballerizas, puedes ayudar a mi madre, ser su asistente. Tiene demasiado trabajo.

—Quiero estar con los caballos —dijo bajando la mirada a sus manos—. Quiero estar conti… vosotros.

Daniel sintió que una desconocida calidez lo envolvía y no pudo esconder una sonrisa de satisfacción.

—Lo estarás —dijo con voz suave—. Y puedes venir a ver… a los caballos, cuando quieras. Pero no limpiarás las cuadras. Ni siquiera la de Aonach. Yo lo haré por ti.

Durante unos segundos ella permaneció callada y pensativa, valorando sus opciones. Finalmente lo miró con expresión resuelta.

—Puedes decirles la verdad, que tú sabes quién soy, pero que te he pedido que no lo digas aún. Que sepan que soy una persona de

fiar y que no me persiguen las autoridades. —Trató de sonreír, aunque lo que le salió fue más una mueca triste.

—Gracias, no me gusta mentirles.

—Lo sé.

—Tendrás problemas con Nuna —le advirtió él—. En cuanto sepa que yo lo sé, no te dejará en paz.

—Me las arreglaré.

—Bien. ¿Puedo hacerte unas preguntas antes de irme? Son muy personales, puedes decirme que no.

Ella asintió con la cabeza y entrecruzó los dedos en actitud reflexiva.

—¿Cuánto hace que dejó de hacerlo?

Ella inhaló un par de veces antes de responder.

—Hace… cinco años.

—¿Por qué paró?

—Arthur le quitó la vara de la mano. Solo tenía doce años, pero miró a su padre de un modo que hizo que parara.

El pecho de Daniel subía y bajaba con evidente tensión.

—Te has escapado ahora. ¿Por qué?

—Quería que me casara con alguien, y no pude soportar la idea.

Daniel no mostró emoción alguna.

—¿A tus hermanos no los maltrató nunca?

Katie negó con la cabeza. Daniel apretó los dientes, no solo fue maltratada, además ese hombre hizo evidente el motivo de su distinción.

—¿Ellos te trataron bien?

Katie sonrió con cariño.

—Mis hermanos me adoran.

Aquella afirmación aligeró el peso de su pecho y él dejó escapar el aire con un suspiro de alivio.

—Bien. Se acabaron las preguntas. ¿Quieres decirme algo más antes de que dejemos este tema a un lado? No volveré a preguntarte al respecto, solo hablaremos de ello si tú quieres.

—¿Podrías fingir que no lo sabes?

—Puedo intentarlo.

Katie sonrió de nuevo.

—No me mentirías ni aunque te lo pidiera.

—No. Pero puedo quedarme callado.

—Haces que me sienta a salvo.

El corazón del McEntrie se removió dentro de la mano que ella había metido en su pecho para agarrarlo.

—Nada de hacer esfuerzos hasta que esa herida se cure —dijo con voz ronca.

—Sí, señor.

—Puedes visitar a los caballos, pero llevarás vestido y no entrarás a las cuadras ni te arriesgarás a una caída o un golpe.

—Sí, señor.

—¿Podré verte entrenar con Meallan?

Se moría por besarla.

—Puedes verme siempre que quieras —dijo con una voz que sonó a caricia.

—Usaré el de mi madre, si no te importa. Katie MacQuarrie.

—Encantado de conocerla, señorita MacQuarrie. Y ahora… —dijo caminando hacia atrás en dirección a la puerta abierta—, no te asustes si me escuchas gritar. Tengo una voz muy potente y una hermana a la que echar una buena bronca. Pero no tienes nada que temer, ¿de acuerdo?

Katie asintió y lo vio sonreír antes de desaparecer en el pasillo. Su corazón latía desbocado y un anhelo insoportable se había alojado en el centro de su cuerpo.

CAPÍTULO 17



—¿Por qué nunca haces caso de lo que te digo?

—Lo hizo por mi culpa, tenía que pararlo, si no…

—¡No tenías que hacer nada! —gritó Daniel con las manos en la cintura y los hombros tensos—. ¿Qué ha pasado exactamente? ¿Cómo se hirió Katie?

Alasdair llegó hasta ellos acompañado de Moss y de Owen Reid, su mejor amigo. El perro se enredó en las piernas de Daniel, que no estaba para juegos.

—Moss… —lo llamó Alasdair, y el perro obedeció al instante—. Daniel, estáis delante de la entrada…

—Cállate —le advirtió su primo, a lo que el otro respondió mostrando las palmas de las manos y dando un paso atrás sin alejarse demasiado.

Nuna dejó escapar un suspiro.

—Fue un accidente. Katie pensó que él iba a hacerme daño y lo agarró del brazo. Perdieron el equilibrio y Fergus cayó sobre ella.

—¿A hacerte daño? —preguntó Alasdair volviendo a acercarse—. ¿Cómo?

—Le di una bofetada y pareció que iba a…

Los dos primos abrieron los ojos como platos y Owen movió la cabeza al tiempo que se giraba para que no vieran su expresión.

—¿Iba a devolvértela? —Daniel apretaba los puños con los brazos tan tensos que parecían los troncos de un árbol.

—Daniel, tranquilízate.

—¿Que me tranquilice? Voy a meterle la cabeza dentro de un agujero y le patearé el culo hasta cansarme.

—Yo te ayudo —dijo Alasdair asintiendo.

—¡Parad los dos! —Ella miró a Owen al ver que sacaba pecho—. Los tres. No vais a ir a ninguna parte. Esto ya ha llegado demasiado lejos. Fergus ya sabe que no tiene nada que hacer y que, si vuelve a molestarnos, tendrá que atenerse a las consecuencias. Lo de Katie ha sido un desgraciado accidente. Por favor, dejad las cosas como están y no lo estropeéis más.

—¿Te atreves a decir eso? —le espetó Alasdair—. ¡Tú la has liado más yendo a verle! Te dijimos que le dejaras las cosas claras hace tiempo. Fergus no está bien de la cabeza.

El Border Collie ladró como si quisiera dejar claro que apoyaba completamente a su amo.

—Es un pobre chico —dijo Nuna pesarosa—. Siempre ha tenido envidia de vosotros.

—¿Y qué culpa tenemos de eso? ¿Qué culpa tienen los caballos?

—Lo sé.

—No se trata con gente descerebrada. Todo el mundo en Lanerburgh sabe que Fergus está mal de la cabeza. Pero siempre tienes que comportarte como una tonta. De niña recogías cachorros abandonados, gatos heridos y toda clase de criaturas. Si por ti fuera, este castillo estaría lleno de animalillos heridos. No tienes remedio, Nuna.

—¿Que no tengo remedio? Que lo digas tú suena a chiste, Alasdair.

—Lo mío es diferente.

—No, no lo es. Tú fuiste el que me enseñó a hacer eso. Me transmitiste ese afán por proteger a todo el que no podía defenderse, ahora no me critiques por eso.

—No te estoy criticando, solo digo que no puedes tratar a las personas como a animales desvalidos.

—Es por mi nombre —musitó ella bajando la cabeza—. Hace que me comporte de manera… extraña.

—¿De qué está hablando? —preguntó Owen, sin dar crédito.

—Nuna significa tierra firme —dijo ella—. Necesito que todo esté bien a mi alrededor. Sé que no lo entendéis, pero es así.

Daniel era el que estaba más tranquilo. De repente, ya no parecía furioso.

—Soy una tonta. Y Katie lo ha pasado muy mal por mi culpa. Ha sido horrible.

Su hermano la agarró de la nuca y la atrajo hacia su pecho. Ella gimió, a punto de echarse a llorar.

—Todo está bien, hermanita. Katie se recuperará y Fergus dejará de hacer el imbécil.

—No se lo cuentes a mamá. Ni a papá. Sobre todo, no se lo cuentes a papá. Mataría a Fergus. No quiero cargar con esa muerte en mi conciencia.

—Por supuesto que no, tenemos un código, ¿recuerdas? —Miró entonces a su primo y a Owen—. Y vosotros tampoco diréis nada.

—Suponiendo que no nos hayan oído, por mí vale —dijo Alasdair encogiéndose de hombros.

—Yo me largo, que tengo cosas que hacer —dijo Owen—. Ya tengo bastante con mi hermana, como para meterme en los problemas con las vuestras.

—¿Adónde vas? —preguntó Nuna.

—A Lanerburgh. Voy a ver al señor Stewart para firmar unos papeles.

—Espérame, voy contigo. Quiero ver si ha llegado carta de Frank.

Los dos caminaron hacia las cuadras y Alasdair se quedó con Daniel observándolos alejarse.

—¿Va a firmar los papeles? —preguntó Daniel con curiosidad.

—Sí. Desde hoy será legalmente el dueño de su herencia y el tutor de su hermana.

—Lo es desde hace años.

—Ya. —Alasdair asintió pensativo—. ¿Y Nuna? ¿Va a ver a Josh?

—Seguro. Lo de la carta es una excusa.

—¿Esos dos…?

—Nah —negó Daniel—. Nuna está enamorada de Frank Bertram.

—¿En serio? —Alasdair siguió mirándola—. A mí me habría gustado que se fijara en Owen.

Daniel lo miró incrédulo.

—¿Nuna y Owen? Se lo zamparía de una sentada.

—¡Oye! Owen es un gran tipo.

—No he dicho que no lo sea, pero es un pusilánime. Tú has visto cómo lo mangonea su hermana.

Alasdair lo pensó un momento.

—Eso es cierto. Owen es demasiado bueno. Y no sabe decir que no.

—Mejor no hagas de casamentero, anda —aconsejó Daniel.

—¿Y no prefieres a Josh antes que a Bertram?

—No digas tonterías. ¿Te crees que nosotros tenemos algo que decir? ¿Piensas que podrás influir en Alison para que escoja a quién tú quieras?

—A mi hermana no le interesan esas cosas.

—¿Esas cosas?

—Ya sabes… —Alasdair se frotó la nuca, incómodo—. Los chicos.

—Que no le interesen ahora, no significa…

—Ay, calla —lo cortó—. No quiero hablar de esto.

—Tú has empezado —dijo Daniel encogiéndose de hombros.

—Pero hablaba de Nuna, no de Alison.

—Pues deja a Nuna en paz. Y no vuelvas a decir algo así de Josh, lo conozco mejor que nadie y él jamás se fijaría en Nuna de ese modo.

Josh la observaba caminar de un lado a otro en la herrería. Se había quitado los guantes y se limpiaba de nuevo la frente sudada mientras él la escuchaba.

—… soy una estúpida y una inconsciente, y todos tienen razón al regañarme.

—Se preocupan por ti —dijo Connor sin levantar los ojos de la hebilla en la que trabajaba.

—Pues no deberían, deberían tratarme a patadas. Daniel siempre tiene que estar arreglando mis meteduras de pata. No sé cómo me soporta.

—No ha sido culpa tuya —afirmó Josh sin que se le moviera un pelo de la cabeza.

—¿En serio te vas a poner de mi parte? —preguntó incrédula—. Creía que éramos amigos.

—¿Los amigos no te apoyan? —preguntó Josh apoyando el trasero en el yunque y cruzando un pie encima de otro mientras sus

manos caían sobre sus piernas en actitud relajada—. ¿Qué clase de amigos frecuentas tú, Nuna?

Lo miró ceñuda, pero no respondió.

—Cuéntame lo que ha pasado exactamente, veré si tengo que regañarte o no.

—Ya te lo he contado.

—No, me has dicho que fuiste a hablar con Fergus para decirle que no volviera a molestaros.

—Y que Katie se cayó sobre una piedra y se hizo una herida.

—¿Y eso es lo que pasó? Katie se cayó, ¿así, sin más?

Nuna se pellizcó la oreja. Connor levantó la mirada y la posó en ella al ver que no contestaba, mientras Josh esperaba pacientemente.

—Le di una bofetada. A Fergus. Dijo cosas… horribles.

Connor les dio la espalda para que no viese que ponía los ojos en blanco. Josh seguía con la misma expresión y sin mover un músculo.

—¿Qué cosas?

—No quiero repetirlas —dijo mohína.

Él dejó escapar un bufido.

—¿Qué hizo Fergus cuando lo abofeteaste?

Nuna volvió a pellizcarse la oreja.

—Intentó devolvértela —dijo mordiendo cada palabra. Su tono seguía siendo letalmente calmado—. Por eso Katie se interpuso.

—No se interpuso. Tiró de él. Perdió el equilibrio y lo arrastró consigo.

—Podría haberse dado en la cabeza. Aún tuvo suerte.

—¿Lo ves? —gimió lastimera—. No dejo de pensar en eso. El terreno al que nos llevó ese mentecato estaba lleno de piedras, y algunas eran muy puntiagudas.

—¿Y crees que si te digo lo que quieres oír te sentirás mejor? —dijo él con aspereza—. ¿Que si te trato mal, eso aliviará tu sentimiento de culpa?

—¿Quieres que me vaya? —escupió furiosa—. ¿Te molesta que haya venido? Puedes decírmelo, me lo merezco. Soy una persona horrible y estúpida.

—Nuna, para.

—¿Qué? ¿No es lo que piensas? —Miró hacia Connor, que fingía estar muy concentrado en la hebilla—. Los dos lo pensáis. No os cortéis. ¿Por qué me tratáis como si fuese de porcelana y me fuese a romper? Quizá por eso hago estupideces, ¿no lo habéis pensado? Siempre me habéis protegido. Todos. Mi padre, mi hermano, mis

primos y vosotros. Nadie me trata como a una adulta responsable de sus actos.

—Estoy seguro de que Daniel te ha echado una buena bronca —dijo Josh enarcando una ceja—. Es solo que no te ha parecido suficiente.

—No debería haber venido —dijo, de nuevo lastimera—. ¿En qué universo podría Josh McAllen ponerme en mi sitio?

—En uno en el que Fergus McTavish no estuviese mal de la cabeza —dijo perdiendo la paciencia.

—¡Que no está mal de la cabeza! —exclamó furiosa—. Dejad de decir eso, solo está confundido por los celos que tiene de los McEntrie.

—Veamos. —Josh mostró el puño izquierdo para contar y levantó el pulgar—. A los catorce años comió estiércol para demostrarte que haría cualquier cosa por ti. A los dieciséis secuestró a Pòg…

—No lo secuestró, solo lo escondió en la ermita de San Columba.

—Secuestró a Pòg —insistió Josh sin inmutarse, con el dedo índice levantado—, lo escondió en San Columba, y tú te pasaste toda la noche llorando sin que hiciera nada para calmar tu angustia.

Nuna se pellizcó el lóbulo de la oreja con cierta saña y Josh levantó el tercer dedo.

—Cuando cumpliste diecisiete volvió a pedirte que fueras su novia y, como otra vez le dijiste que no, amenazó con quedarse en la playa cuando subiese la marea para que su muerte pesara sobre tu conciencia. Tu padre le dio una paliza, que el suyo le agradeció.

—Ya vale.

—Unos meses después de eso, pagó a una moza para que se pusiera tus ropas y lo organizó todo para que lo pillaran con ella en el granero de su casa. Después hizo correr el rumor de que habías estado con él —dijo mostrándole los cuatro dedos levantados—. Daniel y yo tuvimos que hacerle confesar. ¿Ya te has olvidado de todo eso? ¿Te parecen los actos de una persona cuerda? Porque, si es así, súmale el quinto y último: meter clavos en el heno para destrozarle la boca y las tripas a animales que a cualquiera le parecerían más valiosos que él.

Nuna dejó escapar el aire por la nariz como un toro a punto de embestir.

—¿Ves como soy estúpida?

—No, no eres estúpida. Eres demasiado buena. No entiendes que hay personas capaces de hacer daño sin motivo. Que no importa lo bien que te portes con ellas, te van a cocear igual. El mundo entero no se reduce a *Slioscreige*. Allí estás protegida, en un ambiente seguro y con personas a las que les importas. Tienes que abrir los ojos, Nuna, ya no eres ninguna niña, eres una mujer.

—Gracias —dijo al borde de las lágrimas.

Josh apretó los dientes. Siempre conseguía de él lo que quería.

—Me voy ya, tengo que ir a la oficina postal a ver si tengo carta de Frank.

—¿Frank Bertram? ¿El americano ese? —preguntó Connor con un deje de desprecio.

Nuna caminó hasta él y lo miró con las manos en la cintura.

—¿El americano ese? ¿Qué significa ese desprecio?

—Ningún desprecio, es solo que…

Connor miró a Josh buscando apoyo, pero su hermano enarcó ligeramente una ceja mientras disfrutaba de la escena, conteniendo una sonrisa.

—Isla me contó la historia hace poco… —siguió Connor, sin saber cómo salir del atolladero.

—¿Qué historia?

—La de tu madre y el padre de… ese Frank.

—Ah, claro. Como mamá no quiso casarse con William Bertram, su hijo y yo no deberíamos llevarnos bien. —Los miró a ambos—. Pues sabed que Frank es mi mejor amigo. Llevamos diez años escribiéndonos y es una persona de lo más interesante.

—Dirige una plantación de esclavos —dijo Connor—. ¿Te parece bien eso, Nuna?

—Nnnno, pero…

—Los esclavos son personas como tú y como yo. Nadie debería tener esclavos.

—Frank aprecia mucho a esas…

—Connor —interrumpió Josh con la vista clavada en su hermano —, no te metas en sus cosas, con quién se escriba Nuna no es asunto nuestro.

—Ahora no disimules, que tú piensas igual que…

—He dicho que no es asunto nuestro. —Su hermano lo miró con una expresión de clara advertencia.

Nuna estaba sorprendida. No sabía que Josh no aprobase su amistad con Frank. Siempre que habían hablado de él, parecía que le caía bien y que incluso había pensado que podrían ser amigos. Por alguna extraña razón, darse cuenta de que no había sido sincero le dolió muchísimo.

—Será mejor que me vaya —dijo incómoda.

—Nuna —la interceptó él, poniéndose en su camino—. Escúchame, sé por qué fuiste a ver a Fergus, lo entiendo, querías darle la oportunidad de dejar de cagarla. Pero lo que tienes que

aceptar es que no la caga porque se «despiste», cagarla es su seña de identidad.

Ella asintió complacida.

—Tu hermano se preocupa por ti. Eres su persona favorita en el mundo, Nuna —añadió burlón.

—Lo sé. Gracias por el rapapolvo, te agradezco que al final siempre seas sincero conmigo. ¡Adiós, Connor!

Connor le hizo un gesto con la mano y, cuando ella hubo salido, miró a Josh interrogándolo con la mirada.

—No preguntes, el día que entienda a esa mujer, podré morirme tranquilo.

CAPÍTULO 18



Las mujeres McEntrie se ocuparon de Katie los días siguientes, tras su accidente. Augusta le dijo que, ya que iba a tener que pasar muchas horas de pie, podía pintar con ella y la convenció de salir a hacerlo al jardín todas las tardes. Por las mañanas se pasaba por las caballerizas, hablaba con los caballos y observaba el trabajo de Lachlan y de Kenneth entrenando a los caballos de carreras. Daniel y Meallan ya parecían llevarse del todo bien, y Alasdair le explicó algunas cosas sobre la salud de los equinos.

Enid le contó todas las historias de amor de los McEntrie. Katie sospechaba que Nuna le había hablado de sus carencias en ese sentido, aunque, después de ver el entusiasmo con el que hablaba, estaba convencida de que la esposa de Lachlan se las habría contado igual. Era una romántica empedernida, se rió muchísimo cuando supo que se había creído enamorada de Kenneth, de Gilleasbuig, el hermano de Bonnie, de un mozo de cuadras y de un capitán del ejército, antes de enamorarse de verdad.

Con la esposa de Ewan visitó las antiguas tierras de su familia y saludaron a los granjeros que se habían hecho cargo de dichas

tierras tras la muerte de su padre.

Olivia fue la encargada de hacerle un guardarropa. La llevó al pueblo y compraron las telas y el resto de material para confeccionarle los vestidos necesarios. De nada sirvieron sus protestas ni la mención a sus inexistentes recursos. Daphne la ayudó a escoger los modelos y a elegir el patrón que mejor se ajustaba a su cuerpo, aunque decir que «ayudó» era más bien un eufemismo, porque lo tenía todo tan claro que apenas le pedía su opinión.

Con Rowena, Bonnie y Alison, la hija de Enid, solía hablar de libros. Podían pasar horas sin cansarse y, a veces, también leían juntas. Eran sus momentos preferidos, después de los que pasaba en las caballerizas con los chicos y los caballos.

Lavinia la llevó a visitar el orfanato y fue una experiencia maravillosa. Ver a aquellos niños, que habrían tenido una vida de carencias y sufrimiento, le inflamó el corazón. Desde ese día no pudo volver a mirar a Lavinia del mismo modo.

Conocer la historia de Heather de boca de su madre hizo que le pareciera una mujer todavía más impresionante. Había sido muy comprensiva y amable con ella cuando le comunicó que no podría ir a Edimburgo. Temía que se disgustase, pero su reacción fue de lo más cercana. Aseguró que a Rose y a Janet les encantaría acompañarla a la ciudad y que le estarían muy agradecidas por cederles el sitio.

Elizabeth aceptó su ayuda. Tal y como había dicho Daniel, su madre se encargaba de la mayor parte de las tareas de *Slioscreige*, y lo cierto es que eran muchas: revisar el plan diario de limpieza, los menús del día, si habrá invitados, si alguien está enfermo, supervisar los gastos, los desperfectos en la casa, tener siempre listas las habitaciones de invitados, revisar la lencería del hogar, decidir el orden del lavado de las prendas, distribuir los recados, quién hará cada cosa. A Katie le sorprendió la ingente cantidad de tareas que había en aquel castillo, cosas en las que no habría pensado, como cuando Elizabeth le pidió ayuda para revisar los remedios caseros y el botiquín. Llevaba un control escrito de todo lo que había y de cuándo se habían preparado algunos remedios. Era una mujer increíble.

Pero los mejores momentos siempre eran con Daniel. Mientras no pudo cabalgar, caminó con ella llevando siempre consigo a alguno de los potros que entrenaba. Hacía que ella le hablase y se burlaba de sus tontas conversaciones.

—¿Por qué haces eso? —preguntó molesta después de que le hubiese contado al animal por qué el brezo tenía ese color tostado —. Me pides que le hable y luego te ríes de mí.

—No sé de qué puede servirle a Teine que le hables del brezo. Pero no me río de eso, es por el modo en que cambias la voz cuando hablas con ellos.

—No cambio la voz —negó irritada. Habría negado que estaba respirando solo por no darle la razón.

—¿Tú los entiendes a ellos? —preguntó con una expresión que mostraba a las claras que se sentía muy tonto.

Katie inclinó ligeramente la cabeza para mirarlo.

—¿Me estás preguntando si hablo su idioma?

—No sé yo si podemos llamarlo idioma, pero sí, te estoy preguntando eso.

—Pues… no, pero de algún modo sé lo que me quieren decir. O sea, no es que oiga «dame heno, humana quisquillosa» —dijo forzando la voz para que sonase grave—. Pero, de algún modo, sé que tiene hambre, que está incómodo, que quiere que lo dejen en paz. O, también, si quiere jugar.

Daniel sonrió abiertamente.

—¿Qué? ¿No me crees?

—Los caballos siempre quieren que los dejen en paz.

—No, no siempre. A veces disfrutan con nuestra intervención. A Rionnag le gusta que lo montes sin silla y sin riendas, por ejemplo.

—¿Qué? —Ahora fue él el desconcertado.

Katie asintió repetidamente.

—Le encanta.

Era algo que hacía de vez en cuando, un modo de ponerse a prueba él mismo y de despojar a Rionnag de todo artificio.

—¿Me has visto montarlo así alguna vez? No recuerdo…

—Sí —lo cortó—. Te vi al poco de llegar aquí. Lo sé porque me pareció un momento… mágico. No te rías.

—¿Mágico? No creo que haya nada menos mágico que montar a pelo. Es lo contrario de mágico. Es pura naturaleza.

Katie se reafirmó.

—¿Alguna vez has montado sin silla y sin riendas? —preguntó él.

—No. No creo que me atreviese a sujetarme solo de la crin. Y seguro que me dolería.

—No puedes montar así mucho rato, podrías hacerle daño al caballo con la fricción de tus muslos.

Katie se sonrojó al escucharlo decir esa palabra y desvió la mirada hacia el potrillo, acariciándole el cuello sin dejar de caminar. Daniel la observó sin disimulo. Sus rizos se escapaban del recogido y sintió una pulsión en los dedos que lo empujaba a engarzarlos.

—Podemos hacerlo juntos, si quieres —dijo, recuperando su atención.

Ella siguió fingiendo que toda su atención estaba en el potrillo.

—¿Puedo preguntarte algo con la firme promesa de que no le dirás a nadie que te lo he preguntado? Sobre todo a Nuna.

Daniel la miró ceñudo, no se esperaba ese giro en la conversación.

—Prometido.

—¿Qué opinas de Frank Bertram? ¿Es una buena persona? Nuna habla mucho de él y parece tenerlo en un pedestal, pero el hecho de que sea esclavista me genera un cierto… rechazo.

—Es un buen tipo —dijo Daniel—. Nació en ese mundo, no es que él haya comprado a esos esclavos. No le encanta la situación, pero intenta que vivan lo mejor posible. De hecho, eso le trae muchos problemas, como ya le trajo a su padre. Estuvieron a punto de vender la plantación y marcharse a otro estado para dedicarse al ganado, si no lo hicieron fue precisamente por los esclavos.

Katie respiró hondo y pensó en ello durante unos segundos.

—¿Te gustaría que tu hermana y él…?

Daniel se encogió de hombros.

—No creo que Nuna pida permiso para algo así. Si ella decide que él es el hombre, lo respetaré. Como te he dicho, es un buen tipo.

—¿No preferirías que fuese de aquí? América está muy lejos. La echarías mucho de menos.

—Muchísimo —afirmó él—. Sería muy duro para mí vivir lejos de mi hermana. Pero jamás le pondré impedimentos a su felicidad.

—¿Aunque el hombre que eligiese no te gustase para ella?

Daniel frunció el ceño.

—Nuna sabe muy bien lo que le conviene, no elegiría a alguien que yo no aprobase.

Katie se detuvo y lo miró incrédula.

—¿Has dicho lo que acabo de escuchar?

Él sonrió abiertamente.

—¿Qué has escuchado?

—Que tu hermana solo elegirá a alguien que a ti te parezca bien.

—Pues sí, eso es lo que he dicho.

—Pero… ¡Eres un prepotente! Nuna elegirá según sus sentimientos.

—Pero no se enamoraría de un hombre al que yo no respetase.

—¿Y tú elegirás a una mujer que ella respete?

—Por supuesto.

Katie se quedó muda por un momento, no se esperaba esa respuesta, pero Daniel tenía algo más que decir.

—Tranquila, a ti te aprecia mucho —dijo juguetón.

Katie abrió la boca sorprendida y luego le lanzó un manotazo que le dio de lleno en el hombro.

—¡Serás…!

Daniel se rió a carcajadas, asegurándose de no estar a su alcance. Permanecieron en silencio unos cuantos pasos hasta que él se decidió a preguntar.

—¿Y tú? ¿Cómo sería el hombre que tú elegirías?

Katie contuvo una sonrisa estúpida y desvió la mirada rápidamente.

—No pienso en esas cosas.

—Vamos, Katie, seguro que tienes algún modelo en tu cabeza. ¿Sería alguien elegante y sofisticado?

Ella negó con la cabeza.

—¿Alguien fuerte… para sostenerte, no para dañarte?

La mirada de Katie se quedó prendada en sus ojos, como si hubiese algo en ella que la atase.

—¿Alguien en quien confiar, pase lo que pase? —siguió Daniel, deteniéndose frente a ella—. ¿Alguien que te vea, incluso cuando te escondes?

El aire se hizo más denso y el corazón lo golpeaba desde dentro como un mazo.

—Katie… —dio un paso hacia ella.

Pero Teine la empujó con el hocico juguetón, haciéndola girarse. En cuanto la tuvo para él, comenzó a mordisquearle la bufanda mientras enseñaba los dientes en lo que parecía una sonrisa. Al menos, eso le pareció a Daniel, que miró al potrillo con cara de pocos amigos.

—Deberíamos volver —dijo ella abrazando el cuello del animal—. Teine está cansado.

Daniel masculló algo en tono bajo.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella. No estaba segura, pero le había parecido oír una imprecación.

—Nada. Volvamos, sí, tengo cosas que hacer.

CAPÍTULO 19



El otoño avanzó inexorable hacia su final y su herida se curó por completo. Podía volver a usar pantalones, pero, como ya no la dejaban trabajar en las caballerizas como un mozo más, optó por no hacerlo. Daniel fue tajante con eso y con otras cosas. Le permitía montar a horcajadas de forma habitual. Cada vez más mujeres optaban por hacerlo, aunque siguiese estando mal visto, y para ello le habían hecho un traje con una falda que escondía una especie de pantalón debajo. También la dejaba encargarse de la limpieza de la cuadra de Aonach y de todo lo que tuviese que ver con su cuidado. Podía visitar a los caballos y los tranquilizaba cuando estaban inquietos. Pero, el resto del tiempo, el escocés prefería que estuviese en la casa con las mujeres.

—¿Por qué no puedo quedarme más rato? —preguntó con las manos en la cintura y expresión interrogadora—. ¿Acaso molesto?

—En absoluto —dijo Alasdair.

—A mí no —añadió Craig.

Daniel los miró con suficiente elocuencia y sus primos se alejaron de ellos sin decir nada más.

—Me tratas como si fueras mi jefe y ya no lo eres —dijo ella intentando sonar firme, aunque no se le daba bien.

—Yo te traje aquí, podríamos decir que estás bajo mi responsabilidad. —Agarró la pata del caballo al que iba a quitarle la herradura.

—Pero no eres mi jefe, dijiste que ahora soy tu invitada —insistió ella sin encontrar otro argumento—. Puedo quedarme si…

—No, no puedes —dijo usando la pinza de desherrar—. En eso sigo siendo tu jefe.

—Eres un cabezota y un mandón y un engreído y un… un… un…

Daniel tiró con fuerza, haciendo palanca con movimientos controlados. El metal chirrió ligeramente al despegarse de la ranilla. Uno a uno, los clavos salieron y, finalmente, la herradura quedó libre, dejando al descubierto la base del casco. Le soltó la pata para que el animal descansara y cogió el cuchillo de casco, mirando a Katie con expresión serena.

—¿No se te ocurren más insultos?

—No son insultos, son adjetivos que te describen a la perfección. No soy uno de tus caballos, tengo voluntad.

—Ellos también la tienen. Mi trabajo es doblegarla. Igual que contigo.

—¿Cómo te atreves? —Apretó los labios, furiosa.

Daniel seguía con la misma expresión tranquila.

—Eres mi invitada, sí, y por eso precisamente debes cumplir las normas de esta familia. Y esas normas, en lo que a ti se refiere, las pongo yo.

Que hablase con aquella serenidad y sin mostrar la menor duda en su expresión era lo que más la alteraba. Estaba acostumbrada a su padrastro, que perdía los nervios por cualquier cosa. Por eso, los gritos y los golpes a las cosas no la alteraban. Pero aquella calma, aquella seguridad absoluta que desplegaba Daniel… eso la estremecía en lo más profundo.

—Dame al menos una justificación, algo que me haga aceptar tu dictatorial decisión.

Daniel volvió a coger la pata del animal y comenzó a trabajar con el cuchillo curvo, quitando las partes dañadas de la suela.

—En primer lugar, eres una mujer y las mujeres no trabajan en las caballerizas. —Cortó las partes blandas y quitó los hongos que habían proliferado en ellas—. Podrías herirte de nuevo.

—No estaba allí cuando me caí. Podría caerme paseando.

—En segundo lugar —dijo ignorándola—, me distraes.

Katie sintió que el corazón se saltaba un latido.

—¿Qqqqqué? —titubeó nerviosa.

Daniel dejó el cuchillo y cogió la escofina, pero antes de empezar a limar el casco, la miró a los ojos con fijeza.

—Me distraes.

Bajó la mirada y comenzó a raspar el casco con ritmo constante, mientras Katie trataba de recuperar la capacidad de unir dos palabras con significado.

—Yo… No… ¿Por…?

Daniel percibía el olor a tierra húmeda, mezclado con algo leñoso y orgánico que provocaba su actividad, pero tenía todos sus otros sentidos en Katie, aunque no la mirase.

—Tengo que trabajar —dijo pasando el dedo por el suave borde del casco—. No puedo estar pendiente de ti, y si estás aquí, no habrá manera de evitarlo.

Katie frunció el ceño. No sabía que fuese tan molesta, creía que les había ayudado bastante. Y sus primos habían dicho…

—Deja de elucubrar y vuelve a la casa. Seguro que Nuna tiene algo pensado para ti.

Cogió la herradura nueva que ya tenía preparada y los seis clavos de herrar. Volvió a sujetar la pata del animal y colocó la herradura en su sitio antes de proceder a clavar los clavos en ángulo para no lastimar la palma.

Katie no podía dejar de mirar su trabajo. Aquellas manos grandes y fuertes, golpeando con el martillo, pero poniendo mucho cuidado en no hacerle daño al caballo. Hasta el modo en el que lo agarraba mostraba a las claras el cariño que le tenía. Daniel dobló las puntas de los clavos con las tenazas de remachar, cortó el exceso y aplanó los bordes con el martillo de remache. No quería que quedaran aristas que pudieran engancharse en el pasto o en otro caballo y hacerles daño. Cuando soltó la pata, se apartó para ver al caballo moverse y, después, se giró hacia Katie y la enfrentó sin disimulos.

—¿Necesitas alguna explicación más, Katie? Como te he dicho, me distraes y tengo trabajo.

Ella apretó los labios y elevó el mentón, como si la hubiese ofendido. Sin decir nada, se giró con brusquedad y se alejó de allí. Daniel la siguió sin perder detalle de sus gestos. Le gustaba verla caminar, aunque se le encogía el corazón cuando se alejaba.

—Tu hermano es un prepotente. Y un bruto.

—¿Mi hermano, bruto? —Nuna levantó la mirada del libro que leía.

Katie se paseaba por la sala, retorciéndose las manos en un gesto muy suyo.

—Se cree que soy uno de sus caballos. Solo falta que me diga que salte.

—No le des ideas —dijo Daphne pasando la aguja de su bordado —. Tengo suerte de no tener hermanos. Mis primos me cuidan, pero no me mandan.

—Porque no pueden —dijo Alison girándose desde la ventana—. Tienes una capacidad infinita de resistencia a lo sutil y ninguno se atreve a ser directo contigo.

Daphne la miró sorprendida.

—No tengo ni idea de lo que dices. —Se encogió de hombros y volvió a su labor.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó Alison a Katie.

—No me deja estar en las caballerizas.

—Vienes de allí ahora mismo —argumentó la otra.

Katie dejó escapar el aire con un ligero soplido.

—Pero me ha echado.

Nuna la observaba con expresión pensativa.

—¿Tus hermanos no te mangonean? —preguntó Alison con curiosidad—. Los míos lo intentan. Anthony se cree más listo que nadie, pero la verdad es que ahora que no está, lo echo mucho de menos.

—Antes de que te des cuenta estará de vuelta —dijo Daphne clavando la aguja en la tela—. Aunque sigo sin entender que a alguien le interese estudiar Historia Antigua.

—Completar un *Master of Arts* le dará mucho prestigio a nivel académico —dijo Alison enarcando una ceja—. Le interesa la Historia Antigua, pero también la moderna.

—Menudo rollo —insistió Daphne.

—Conociéndolo, conseguirá una distinción —afirmó Nuna, convencida—. Es el más listo de todos los McEntrie, junto con Adam.

—¿Qué pasa con Adam? —preguntó Janet, que había estado imbuida en su libro sin prestar atención hasta escuchar el nombre de su hermano.

Lo de Janet y la lectura era algo digno de estudio. Era capaz de abstraerse de tal modo que una vez le cayó un murciélago encima de la falda y ni se inmutó.

—Decía que, junto a Anthony, es el más listo.

—Heather es más lista —respondió convencida.

—Coincido —afirmó Daphne—. Mi hermana tiene un cerebro portentoso.

—¿Alguien sabe en lo que está trabajando ahora? —preguntó Nuna.

—En una obra sinfónica —dijo su hermana, como si hubiese dicho que a la una estaría listo el almuerzo.

—Con lo que le ha costado que publiquen sus partituras, no quiero ni pensar qué pretende hacer con toda una sinfonía —dijo Alison.

—Si alguien puede lograr que se toque en un auditorio, es Heather.

Katie seguía dándole vueltas a la conversación que había mantenido con Daniel y no podía quitarse aquellos ojos verdes de la cabeza. El modo en que había dicho que lo distraía le había caldeado hasta los dedos de los pies, que se le tensaron dentro de los zapatos. Echaba de menos ponerse pantalones y botas, poder caminar por el fango y no inmutarse con las piedras. Echaba de menos llegar temprano a las caballerizas, con el frío colándose en sus huesos. Hablar con los caballos antes de que los McEntrie se encargaran de ellos, ya fuese para entrenarlos o para cuidarlos. Le había gustado mucho ver a Daniel cambiándole la herradura. Le

gustaba verlo trabajar. Era meticuloso, concienzudo y, al mismo tiempo, afectuoso. Había algo tan cálido en él que le costaba muchísimo enfadarse, aunque la tratase mal.

¿Qué había querido decir con que lo distraía? ¿La estaba llamando pesada? ¿Se quejaba de su presencia? ¿O era otra cosa? Sacudió la cabeza para librarse de esos pensamientos tan inapropiados. Era invitada en la casa de los McEntrie, no estaba bien que fantasease con ideas peregrinas. Daniel solo era… el hombre que la había salvado. El que la había abrazado cuando se derrumbó en su habitación. El que hacía que su corazón se acelerase, su garganta se secara y se encendiera un fuego entre sus piernas. Miró hacia atrás asustada, como si sus pensamientos pudieran ser visibles o audibles. Nuna tenía los ojos fijos en ella y le sonrió levemente. Con complicidad. Katie le dio la espalda rápidamente y se llevó una mano al pecho. Era una tontería. No podía saberlo. De ninguna manera.

CAPÍTULO 20



El amanecer apenas había teñido de gris las colinas cuando Daniel salió al patio. Su aliento lanzaba nubes blancas frente a su rostro y el frío le cortaba la cara. La humedad le calaba los huesos y parecía salir de la misma tierra. Saludó a Mike y a Luke, que ya tenían a los caballos en el corral, y escuchó a su espalda la voz de Alasdair, que llegaba corriendo mientras se ajustaba la bufanda.

—Joder, qué frío hace —dijo el veterinario, con Moss saltando a su alrededor.

—El suelo del camino del sur está impracticable —informó Craig, acercándose a ellos y frotándose las manos—. Si quieres entrenar hoy, tendremos que usar el tramo de grava junto al arroyo.

Daniel asintió y abrió la puerta de las cuadras. El olor a heno fresco, cuero y caballo lo saludó como un amigo. Dentro, Niall ya había empezado a repartir cubos de avena. El sonido de los cascos contra la madera lo hizo sonreír imperceptiblemente. John y Benjamin aparecieron bostezando y quejándose del frío, y el último en llegar fue Cai.

—Tengo el desayuno en la garganta —gruñó Cai empezando a revisar las herraduras.

—¿Se te han pegado las sábanas, hermanito? —Alasdair cogió el gancho de hierro para limpiar los cascos.

—Anoche no me podía dormir —dijo ceñudo—. Se me metió una idea en la cabeza y no había manera de sacarla de ahí.

—¿Qué idea? —preguntó Alasdair, palpando los tendones de uno de los caballos para asegurarse de que no había inflamación.

—¿Os imagináis que no me caso?

Todos pararon lo que estaban haciendo y lo miraron como si creyeran que no habían oído bien, después siguieron con su trabajo, como si no lo hubieran escuchado.

—¿Qué? ¿No vais a decir nada? «Cai, claro que vas a casarte, eres un buen partido y un buen mozo…»

—Si digo algo así, tenéis permiso para darme una paliza —dijo Daniel colocando la manta sobre el lomo de Bramble, la potra a la que iba a entrenar esa mañana.

—¿Y qué pasa si no te casas? —Alasdair se encogió de hombros —. El abuelo vivió solo más de veinte años.

—Yo no quiero estar solo —dijo revisando las herraduras del siguiente caballo.

—Lo dirás de broma —intervino Craig—. ¿Solo en *Slioscreige*?

—Me refiero por las noches —dijo su primo con expresión triste—. En mi cama.

—¡Ah, vale! —exclamó Alasdair—. Es eso.

Cai volvió a mirarlo ceñudo.

—¿Tú quieres dormir toda tu vida en una cama vacía?

—Mi cama nunca estará vacía —su hermano torció una sonrisa.

—Cierto. A ti lo que te va a costar es escoger. Tienes una ristra de mujeres esperando. —Cai gruñó y se centró en el trabajo, más malhumorado que antes.

Alasdair se acercó a él y lo agarró por los hombros sin dejar que se escabullera.

—Cuanto más te preocupas por estas cosas, peor salen, Cai, te lo he dicho un millón de veces.

—Soy mayor que tú, no me hables como si fuera John —se lo quitó de encima de un empujón.

—A mí no me metáis —dijo John terminando de preparar su montura.

—Las mujeres son seres complejos —dijo Alasdair, sin inmutarse por el enfado de su hermano mayor—. Si intentas entenderlas, te volverás loco.

—¿Y entonces, cómo lo haces? —Cai lo miraba interrogador.

Todos dejaron lo que estaban haciendo para mirar a Alasdair y escuchar lo que tuviese que decir. El veterinario siguió revisando los músculos y tendones de Rionnag como si no se diera cuenta de la expectación, pero todos veían que trataba de contener la sonrisa.

—Es fácil —dijo como si no importara—. Hay dos maneras de atraer a una mujer, haciéndola enfadar o haciéndola reír. Yo uso una combinación de las dos.

—¿Qué? —Cai lo miraba ojiplático.

Daniel puso los ojos en blanco, terminó de apretar las correas de la silla y se agarró al cuerno para subirse a la potrilla.

—Eres imbécil —dijo Craig moviendo la cabeza antes de montar a su potro.

—¿En serio las haces enfadar? —Cai seguía interesado y, al parecer, Benjamin también escuchaba con atención.

—No es que las haga enfadar de verdad. Las hago… rabiar. O sea, utilizo la ironía y el sarcasmo, pero de manera inteligente.

—¿Cómo? Explícamelo con todo detalle —Cai lo siguió hasta la siguiente cuadra.

Daniel, Craig y John salieron en fila con sus caballos. El aire estaba cargado de humedad y la hierba se encorvaba bajo el peso

del rocío helado. Se dirigieron a la zona del arroyo en silencio, disfrutando del entorno y perdidos en sus pensamientos. Daniel conocía bien a su primo y sabía que se le daban muy bien las mujeres. Tenía un don natural, además de un gran atractivo físico. Él nunca se había esforzado en eso, no le interesaba tener a un montón de chicas alrededor bebiendo los vientos por él. Eso lo habría incomodado muchísimo. Sonrió al pensar en Katie, en la manera en la que lo ignoraba cuando estaban cerca el uno del otro. La había pillado mirándolo con disimulo, incluso escondiéndose detrás de un árbol mientras él entrenaba a alguno de los caballos. Era tan adorable que le resultaba muy difícil no ponerla en evidencia solo para ver cómo se sonrojaba hasta la raíz del pelo. Esa manera que tenía de bajar la mirada y morderse el labio cuando sus ojos se cruzaban era irresistible.

Se sacudió esos pensamientos de la cabeza y comenzó a trabajar con Bramble. Observaba cada detalle de su comportamiento. Todo importaba en el lenguaje de un caballo. La inclinación de las orejas, el ritmo de su respiración, la tensión que mostraba en su cuello. No era solo entrenar velocidad o firmeza, había que educar también su confianza. De ello dependería después el resultado que obtuviese su jinete. Cada gesto en un caballo era una conversación, y Daniel lo sabía muy bien.

Después de casi una hora de trabajo, la nieve empezó a caer. Pequeños copos se posaron en la melena negra de Bramble y en los

guantes y muslos de su jinete.

—Deberíamos volver —dijo Craig.

—Cinco minutos más —dijo Daniel—. Un poco de nieve no les hará ningún daño.

—Yo vuelvo ya —dijo John—. Céilidh ya está cansado.

Daniel asintió y Craig y él se quedaron solos.

—¿Alguna vez piensas en lo que ha dicho Cai?

—¿En dormir solo en una cama? —Daniel corrigió la posición de la potra con una ligera presión del muslo izquierdo.

—Tenemos veinticuatro años —siguió Craig, reduciendo el círculo de su recorrido para acabar el entrenamiento—. ¿A qué edad se supone que un hombre debe tener familia?

Daniel lo miró con una ceja levantada.

—¿Hay alguna candidata? —preguntó.

—Lo cierto es que no.

Lo entendía, Craig y él se parecían bastante. Quizá era por el hecho de ser los dos mayores de los hijos de los McEntrie.

—¿Vas a casarte con Arlene Barclay? —preguntó Craig siguiéndolo hacia el sendero para regresar a casa.

Daniel lo miró enarcando una ceja.

—Sabes que no.

Craig se encogió de hombros.

—Podrías haber cambiado de opinión.

—Pues no. No suelo cambiar de opinión, y eso también lo sabes.

—Cai está coladito por ella. Le darías una alegría si se lo dijeras.

—Por eso no voy a decírselo —dijo perverso.

—Te gusta Katie.

Su primo lo miró con fijeza, intentando escoger entre enfadarse con él o dejarlo estar. Optó por lo segundo.

—Es una buena chica —siguió Craig—. Se ha amoldado muy bien a la familia.

—Tú solo tienes que esperar a que la hermana de Robert crezca —se burló Daniel.

—No seas imbécil.

—¿Qué? Está coladita por ti.

—Es una cría, no hables así de ella. Robert te cortará las pelotas si te oye.

—Por eso no lo diré delante de él, pero ahora estamos tú y yo solos. —Se rio a carcajadas—. La cara que tenías después de bailar con ella no la olvidaré nunca.

Craig contempló el paisaje, ignorándolo.

—Vamos, no te cabrees. Si le hubiera pasado a otro, te reirías igual que yo.

—No debería habértelo contado. Soy imbécil. —Lo señaló con el dedo—. Como se lo digas a Alasdair, el que te cortará las pelotas seré yo.

—Podrías intentarlo, sí, pero no creo que salieras bien parado.

—¿Apostamos? Que yo recuerde, la última vez que nos retamos te di una buena paliza —dijo Craig enarcando una ceja.

—Estaba bajo de forma, acababa de recuperarme de un buen trancazo. Cuando quieras, repetimos. De hecho, tengo ganas, la verdad. No tuviste compasión.

—Te dejé elegir las piedras que levantábamos.

—Te he dicho que estaba bajo de forma. No fue una pelea justa.

—La vida no es justa, primito —dijo adelantándolo al trote—. La próxima vez te daré ventaja.

Daniel lo maldijo en gaélico y apretó los muslos para seguirlo.

CAPÍTULO 21



—Lo más complicado es organizar eventos —dijo Elizabeth con una sonrisa.

Con las mangas remangadas y una rama entre los dientes, Katie realizaba un arreglo de flores secas, brezo y helechos para colocarlo en un jarrón. Había aprendido más de plantas y flores en el tiempo que llevaba en *Slioscreige* que en sus diecinueve años. Elizabeth era una experta en botánica y conocía un montón de usos para las plantas.

—Cuando era joven no me gustaban nada los bailes —siguió Elizabeth mientras le clasificaba el material amontonado sobre la mesa, sin perder detalle de lo que hacía—. Estaba condenada a convertirme en una solterona y me sentía muy expuesta en esos salones repletos de jóvenes en edad casadera. Para una jovencita como tú, debe ser difícil de entender.

Katie conocía su historia y asintió sin decir nada. Habría querido decirle que la entendía demasiado bien. Sonrió sin retirar la ramita de la boca, que le servía para no tener que hablar. La reacción de las

allí presentes si les contara que nunca había estado en un baile sería una ristra de preguntas a las que no querría tener que responder.

—¿Qué vestido te pondrás? —preguntó Nuna levantando la cabeza de su bordado para unirse a la conversación.

Katie giró la cabeza con mirada interrogadora y las miró a ella y a Daphne, que esperaban su respuesta expectantes.

—Se refiere al baile de Navidad de los McEachern —dijo Daphne al ver que no reaccionaba.

Katie, que seguía amordazada por la ramita, frunció el ceño como respuesta.

—Es este sábado —le recordó Nuna—, te lo dije hace semanas.

Katie se quitó la ramita para contestar, pero Daphne se le adelantó.

—Yo creo que debería ponerse el azul con ese ribete tan mono —dijo mirando a su prima.

—¿No crees que a su tez le irá mejor el verde? —preguntó Nuna.

—No voy a ir a ningún baile —se apresuró Katie antes de que la conversación avanzase por ese camino.

—¿Qué? —Nuna dejó la labor en el asiento y caminó hacia ella con paso decidido—. Por supuesto que vas a venir. Vamos todos. No vas a quedarte aquí sola como una apestada.

Katie sonrió abiertamente.

—¿Sola? En *Slioscreige* hay demasiada gente para que eso sea posible. Eilidh y Benjamin son demasiado jóvenes para ir a ese baile. Y tus abuelos tampoco creo que vayan, sé lo poco que les gusta, y menos en esta época del año. Y, además, están los criados…

—¡Katie! —exclamó su amiga quejumbrosa—. Será divertido. ¿Por qué habrías de quedarte?

—No me gustan los bailes.

—¿Cómo lo sabes si no has ido a ninguno?

Katie abrió los ojos, sorprendida de que lo hubiese dicho en voz alta. Nuna miró a su madre y luego a Daphne, pellizcándose el lóbulo de la oreja con preocupación.

—Lo siento —musitó por haberla traicionado.

—¿Nunca has ido a un baile? —preguntó Elizabeth, colocando las ramas de helecho en el jarrón.

Katie fulminó a Nuna con la mirada antes de suavizar su expresión y volverse hacia Elizabeth.

—Lo cierto es que… no —dijo titubeante.

—¿Por qué?

¿Cómo podía contestar a eso sin contestar a eso? No quería hacerle un feo, pero…

—No contestes, si no quieres. No quiero que te sientas obligada a nada —dijo Elizabeth, mirándola con cariño.

Eso hizo que se sintiera mil veces peor. Nuna aprovechó la debilidad que vio en su rostro para encararse con ella.

—Mira, no puedes quedarte encerrada en esta casa el resto de tu vida. Tienes diecinueve años y el mundo está ahí fuera, esperándote. Vendrás con nosotros a ese baile. Te pondrás un vestido bonito y nos reiremos mientras nos arreglamos y nos ponemos más polvos de los necesarios. Aquí, en esta casa, eres una más y, si nosotras vamos, tú vienes.

En cuanto Nuna la soltó, ella se giró de nuevo hacia el trabajo floral y, durante unos segundos en los que nadie dijo nada, ató un pequeño cordel uniendo las ramas, como si lo que atase fuese su corazón roto.

—Está… bien —dijo al fin con voz ronca—. Iré.

Elizabeth puso una mano en su hombro con mucha delicadeza.

—Katie, puedes hacer lo que tú quieras, no estás obligada a ir si no te apetece. Nuna es muy cabezota, ya lo sabes.

Se mordió el labio antes de responder.

—Quiero… ir —musitó—. Nunca he… nunca me han…

Elizabeth le dio palmaditas en el hombro y sonrió a su hija, cuyo rostro mostraba claramente que estaba emocionada.

—El vestido azul —añadió para desviar la atención—. Es el que más favorece a su tez. Y nada de pasaros con los polvos, que no quiero que parezcáis enfermas.

Nuna sonrió abiertamente y Katie carraspeó, asintiendo.

—Y el domingo es el picnic de invierno de tía Violet —recordó Daphne.

Katie abrió los ojos como platos. ¿Acababa de darles carta blanca para arrastrarla a todos los eventos familiares de los McEntrie?

—¿El picnic de invierno? —preguntó con temor.

—Lo organiza la madre de Augusta en honor a Craig —explicó Elizabeth.

—Mi primo odia que le recuerden que todo ese despliegue es por él, te aconsejo que no se lo menciones siquiera —dijo Nuna—. Ya están Alasdair y los demás para torturarlo con eso. Se pasan todo el día haciéndole bromas al respecto. Craig es muy responsable y serio, como su padre. Nunca hace nada indebido y es muy paciente, pero te aseguro que el día del picnic termina con sus niveles de resistencia por el suelo.

—¿Es necesario que yo…?

—¡Oh! —Daphne se acercó a ellas antes de marcharse—. Te aseguro que a eso no puedes faltar. Tía Violet no te lo perdonaría. Es como un ritual sagrado. De hecho, lo prepara con tanto esmero que ni el tiempo se atreve a contrariarla. Lo tiene todo listo para que se celebre dentro de la casa si llueve, pero jamás ha caído una gota y está convencida de que es una señal divina.

—¿Entonces es el cumpleaños de Craig? —preguntó Katie.

—¿Cumpleaños? —Daphne negó desde la puerta—. En realidad, lo que conmemora Violet es la primera vez que la llamó abuela. Me toca tender la colada con Ailsa y Elspeth. Luego recojo mi labor, tía Elizabeth.

Katie la vio salir del salón y se giró hacia su amiga, que soltó una carcajada.

—Sí, entiendo tu cara —dijo sin parar de reír—. Tía Violet es muy creativa para sus historias. Lo pasarás bien.

La otra trató de esconder el temblor de sus manos y sus ganas de correr en busca de Aonach para huir al galope de allí.

Daniel estaba concentrado en su trabajo y no la vio acercarse a la valla para observarlo trabajar. Meallan acercó el hocico a su mano y él se limitó a asentir despacio mientras acariciaba su frente tibia. Lo guió al centro del corral y le dio una suave palmada en el lomo para

indicarle que empezara. Durante una hora, el caballo siguió sus indicaciones caminando o trotando cada vez que él cambiaba la instrucción. Lo hizo parar, girar y caminar hacia atrás. Después lo montó y lo hizo correr y frenar a su orden, y el caballo obedeció todas y cada una de las instrucciones que él le dio.

Katie apoyaba la barbilla en sus manos cruzadas sobre el travesaño sin dejar de mirarlo. Su cuerpo denotaba fuerza y vigor y, sin embargo, su voz era cálida a pesar de la firmeza que imprimía en ella. Llevaba la fusta en la mano, pero jamás le había visto golpear a ningún animal con ella. Se daba en las botas cuando quería transmitirle el ritmo, y Meallan lo seguía como si de un soldado se tratase. La concentración de ambos era asombrosa.

—Eres un magnífico entrenador —dijo Katie con una enorme sonrisa y una mirada de clara admiración.

—Prácticamente he crecido haciendo esto —sonrió también.

Katie lo acompañó hasta las caballerizas y observó cómo cepillaba a Meallan antes de darle de beber y dejarlo descansar.

—¿Quieres dar un paseo? —preguntó él, y se maldijo en silencio preguntándose por qué su voz sonaba como si acabase de cumplir quince años—. Es posible que llueva, pero no nos alejaremos mucho.

—Sí, por favor —dijo ella con sincero entusiasmo—, necesito despejar mi cabeza. ¿Hay muchos bailes en esta época? Pensaba que solo se hacían esa clase de eventos en verano, pero está claro que no tengo ni idea de convenciones sociales.

Prepararon los caballos y salieron de las caballerizas en dirección a los acantilados. Cabalgaron en silencio disfrutando del paisaje y el ejercicio. Cuando pasaron justo al risco que los llevaba a lo alto de la montaña, Daniel la miró con una sonrisa cómplice.

—¿No quieres ir al baile de los McEachern? —Katie negó con la cabeza y él torció el gesto—. ¿No te gusta bailar?

Ella desvió la mirada con cierta inquietud.

—¿Qué ocurre, Katie? Puedes decírmelo.

—Nunca he ido a un baile —dijo sin mirarlo—. Y no sé por qué tendría que ir a este. Soy una completa desconocida. Y quiero seguir siéndolo.

—¿Por eso te escondes cada vez que alguien nos visita?

Lo miró con timidez.

—Pensaba que nadie se había dado cuenta.

—Pues ya ves que te equivocabas. Eres ingeniosa, debo reconocerlo, siempre encuentras una excusa creíble.

La calidez con la que la miró la hizo estremecer.

—Así que nunca has ido a un baile. ¿Y no tienes curiosidad?

Ella negó despacio, tan despacio que parecía no querer negarlo. Él siguió mirándola con aquella caricia en los ojos y le cortó la respiración.

—¿Por qué? —preguntó el escocés—. ¿Por qué no has ido nunca a un baile?

—Ya lo sabes.

—Pero quiero que tú me lo digas.

Katie apretó las riendas en sus manos.

—Mi padrastro me tenía encerrada, no quería que nadie me viese. No puedes ir a bailes estando encerrada. —Lo miró desafiante—. Así aprendí a poner excusas para que no me vieran las visitas.

Daniel endureció su expresión y su mandíbula se marcó con fuerza.

—¿Hay algún lugar especial para ti? —preguntó cuando consiguió librarse de esa rabia.

—¿Te refieres… en Carncastle? Ya te he dicho que no salía apenas.

—Me refiero a *Slioscreige*. A Lanerburgh. A esto. —Señaló a su alrededor.

El rostro de Katie se iluminó y, por un instante, le pareció una niña a la que le hubiesen dejado elegir mascota.

—Hay tantos que no podría elegir solo uno. Me encanta la colina desde la que se ve el castillo, me he aficionado a ir a leer allí. Las ruinas del castillo de los MacDonald. La ermita, a pesar de su triste historia. Las piedras sagradas. La playa, a la que no me dejáis bajar sin compañía. ¿Podremos bajar luego? —dijo señalando hacia atrás —. También me gusta el pueblo, sobre todo la herrería. Me encanta ir de compras con Nuna y hacerla rabiar por no querer comprar nada.

Daniel sentía que su corazón se iba tensando y sus manos se sentían cada vez más livianas. Llegaron hasta el borde del acantilado y contemplaron el paisaje en silencio. El mar estaba agitado, en la arena las gaviotas paseaban curiosas, y Katie se moría por bajar a la playa.

—Parece que te gusta vivir aquí —dijo Daniel.

Ella asintió y él lo adivinó, pues no la estaba mirando.

—¿Cuál es tu época preferida del año? —preguntó de manera enigmática.

—Esta —afirmó rotunda—. El otoño. Me gusta que el paisaje se tiña del color del fuego. Como si todo lo que muere quisiera desaparecer en llamas. ¿Por qué me lo preguntas?

Daniel sonrió, pero no respondió a su pregunta, en lugar de eso, guio al caballo de vuelta y, a mitad de camino, se desvió hacia el sendero que bajaba a la playa.

—¿No subirá la marea? —preguntó ella detrás de él.

—Tranquila, no nos quedaremos tanto.

Dejaron los caballos atados en una rama y caminaron juntos hasta la orilla.

—¿Sabes por qué no te dejo venir sola? —preguntó con las manos en los bolsillos.

—Por lo que le pasó a tu madre —dijo.

—Es peligroso.

—También podrías explicarme cómo funcionan las mareas y así no vendría cuando…

—Está bien —la cortó—. Lo haré, si es lo que quieres.

Esa respuesta la sorprendió.

—¿Lo harás?

La emoción que veía en su rostro lo conmovió. No había pretendido coartar su libertad, pero al intentar protegerla, eso era exactamente lo que estaba haciendo.

—No volveré a tratarte así. —Negó con la cabeza—. No te tendré encerrada para protegerte.

Katie contuvo la respiración, sentía un temblor en todo el cuerpo que no sabía cómo parar. Y lo que hizo Daniel a continuación no ayudó en nada. Se acercó a ella, colocó una mano en su cintura y, con la otra, envolvió sus dedos.

—Voy a enseñarte a bailar —dijo solemne.

Katie abrió los ojos.

—¿Eeeenseñññarme? —Lo miraba entre confusa y extrañada.

—Has dicho que no sabías bailar.

Ella frunció el ceño.

—No he dicho eso.

—Pero nunca has ido a un baile. —La soltó despacio.

De repente, sin saber de dónde venía, a ella le dio un ataque de risa. Quizá fue su cara de desconcierto. O el hecho de que empezase a llover. O quizá solo era que sentía demasiado y su cuerpo no tenía modo de asimilar tantas emociones. La cuestión es que fue como si la risa la dominase a ella y no al revés.

—Beth… toca magníficamente… el piano —dijo hablando entrecortada—. Y Arthur… conoce todos… los pasos de baile.

Daniel la imaginó bailando con sus hermanastros en aquella casa que había sido más una cárcel para ella que un hogar. Había encontrado el modo de atesorar buenos recuerdos a pesar de todo. Asintió satisfecho y su expresión se despojó de todo enfado. Volvió a poner una mano en su cintura y ella agarró suavemente la otra sin dejar de sonreír.

—¿Un vals? —preguntó sin disimular sus emociones.

—Un vals —dijo él.

Acto seguido, se movieron sobre la arena acompañados por el sonido del mar. No les importó la lluvia ni el viento que empezaba a arremolinarse a su alrededor. Fue como si nada de eso estuviese pasando. Daniel agradeció el frío que templó su cuerpo y Katie… Katie supo que en esos brazos se encontraba su hogar.

CAPÍTULO 22



—Arlene ha vuelto de París —dijo Owen mirando a Alasdair por encima de su vaso de whisky.

Su amigo movió la cabeza. Owen estaba encaprichado de Arlene Barclay desde los quince años y de nada servía que supiese que su corazón le pertenecía a otro.

—¿Daniel lo sabe? —siguió al ver que Alasdair no iba a decir nada.

—No tengo ni idea.

—Si pensara casarse, te lo diría.

—Owen…

El otro bebió un largo trago y se levantó para rellenar el vaso.

—Si no está interesado debería dejárselo claro —dijo volviéndose hacia su amigo cuando hubo terminado.

—¿Crees que eso hará que ella caiga en tus brazos? Sabes que esto no funciona así.

—¿Y qué sabes tú cómo funciona?

—Cierto, no tengo ni idea de cómo funciona, pero no creo que arrastrarte delante de ella sirva para que se fije en ti. Más bien al contrario.

Owen bebió un largo sorbo y luego se dejó caer en una butaca.

—Tienes razón —aceptó reclinando la cabeza en el respaldo. Cerró los ojos y permaneció unos segundos en silencio.

Cuando los abrió de nuevo, miró a Alasdair con una expresión extraña antes de hablar.

—¿Alguna vez piensas en la muerte?

—Cuando te pones intenso, sí —respondió burlón—. Concretamente pienso en formas de matarte.

—En serio, Alasdair.

—¿A qué viene esto?

—¿Quieres hacer el favor de responder?

El otro frunció el arrugó la frente y lo pensó unos segundos.

—Sí, claro que pienso en la muerte.

—¿Y te da miedo?

Volvió a pensarlo unos segundos.

—Realmente no. No se puede estar vivo y muerto al mismo tiempo, así que no tengo nada de lo que preocuparme.

Owen lo miró confuso tratando de averiguar qué había querido decir. Alasdair se echó a reír.

—No me hagas mucho caso. ¿Por qué me preguntas eso?

—Ya soy el cabeza de familia.

—Hace mucho que eres el cabeza de familia.

—Legalmente, idiota.

—Lo sé. ¿Te sientes distinto porque lo diga un documento? Has sido el tutor de tu hermana desde los dieciocho.

—Pero estaba el señor Stewart.

—Y sigue estando. Que ya no sea albacea no significa que no puedas consultarle lo que necesites. Sigue siendo tu abogado.

—Pero no es lo mismo. Ahora todo es responsabilidad mía. Las tierras, los arrendados, Zinnia…

—Lo harás bien. Y tu hermana te adora. No te dará problemas.

Owen lo miró con expresión cínica.

—¿Zinnia no me dará problemas? ¿En serio me estás diciendo eso?

—Vale, tiene carácter, pero a ti te hace caso.

—Ya. —Bebió un sorbo pensativo—. Solo me tiene a mí.

—No necesita a nadie más —dijo su amigo rotundo—. ¿Por eso estás pensando en Arlene?

—Debería casarme cuanto antes.

—Tienes veintiún años, ¿cómo vas a casarte tan pronto? Además, a Arlene no le interesas.

—Lo sé. —Se mordió el labio pensativo—. ¿Qué opinas de Victoria Crawford?

El otro se atragantó con el whisky y proyectó una fuente.

—Joder, la alfombra, Alasdair.

—¿Has dicho Victoria Crawford?

El otro no apartó la mirada de la alfombra.

—Va a costar quitar esa mancha.

—¿Cuántas veces la has visto en tu vida? ¿Dos?

—Tres. Y Zinnia la adora.

—¿Que Zinnia…? —Alasdair elevó las cejas sin dar crédito—. Ni siquiera te gusta.

—Claro que me gusta. Es muy guapa. Solo necesita perder un poco de peso.

Su amigo lo miró con una expresión que luchaba entre echarse a reír o llamarlo imbécil.

—Estoy seguro de que cuidaría bien de Zinnia y es una persona muy paciente y agradable.

—Claro que sí, podéis tomar el té todos los días y salir a pasear cuando la lluvia amaine.

—¿Te burlas? No me parece un plan desagradable si es lo que pretendes.

—Vamos, Owen, conoces a Victoria por la relación que tienen los Wharton con nosotros, no la has visto más de dos veces…

—Tres —insistió.

—Vale, tres, pero ¿en qué situación? ¿Habéis hablado acaso? ¿Sabes lo que piensa de algo?

—Hemos hablado, sí. Tú siempre dices que es una joven muy culta y tiene conversaciones interesantes. ¿Por qué no te parece buena idea?

—Porque no.

—¿Porque no? ¿Qué clase de res…? —Owen se calló sin dejar de mirarlo.

Alasdair giró la cabeza hacia él con una ceja levantada.

—¿Qué ibas a decir?

—¿Te gusta Victoria? —preguntó su amigo sin dar crédito—. ¿Pero qué mierda os pasa a los McEntrie? ¿No vais a dejar ninguna mujer

para los demás?

—¿De qué estás hablando? A mí no me gusta Victoria. Es familia.

—Familia, mis narices. Los Wharton a ti no te tocan nada.

—Ya, ya lo sé, pero es como si lo fueran. Victoria es como mi prima, no se me ocurriría.

La puerta del salón se abrió y entró Zinnia corriendo hacia su hermano con el rostro lleno de lágrimas. Owen cogió el libro que ella sostenía con manos temblorosas.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sido sin querer —dijo entre hipos—. Estaba tomándome un vaso de leche y me he distraído. Era de papá y ahora mira cómo está.

La niña sollozó con fuerza y su hermano sonrió con cariño, abrazándola para consolarla. Dejó el libro sobre el asiento de su butaca.

—Owen, por favor, arréglalo.

—No te preocupes, tontita. Le preguntaremos a la señora Brown si puede limpiarse.

—Me va a regañar. Siempre dice que no toque las cosas de papá, que cuando sea mayor querré tenerlas. Pero no entiende que yo ya las quiero ahora, por eso entro en su despacho.

—Puedes decirle que he sido yo —apuntó Alasdair sonriendo con simpatía—. Sé lo temible que es la señora Brown.

Zinnia lo miró con sus enormes ojos agradecidos, pero antes de que aceptara el ofrecimiento, Owen llamó su atención.

—Eso no estaría bien, ¿verdad, Zinnia? Estarías mintiendo y acusando a un inocente para no aceptar tu responsabilidad. Eso no sería justo.

—Pero…

—La señora Brown no se enfadará, estas cosas pasan. Pero aunque se enfadara, tú has causado el problema y tú debes resolverlo.

La niña bajó la cabeza apesadumbrada, preguntándose qué mal había en acusar a Alasdair. A él no iba a causarle ninguna dificultad y así el ama de llaves no la miraría con aquella expresión suya que denotaba lo que opinaba de sus despistes.

—¿Qué te digo siempre, Zinnia?

—Cada uno debe luchar sus batallas y aceptar las consecuencias de lo que hace —citó la niña con voz de cansancio.

—Debes decírselo a la señora Brown y resolverlo. Yo te acompañaré, si tú quieres.

Alasdair se levantó y dejó el vaso en la mesita consciente de que Owen tenía problemas domésticos que resolver. Acarició el pelo de la niña y le sonrió con complicidad.

—Yo habría cargado con la culpa encantado.

Daniel guio a Meallan hasta las caballerizas. El aire olía a lluvia, esa noche tendrían tormenta. Eso le recordó a una playa y a un vals improvisado y sin música. Desmontó y comenzó a soltar las correas de la silla cuando escuchó la voz de Alasdair a su espalda, que se acercaba con Moss.

—Arlene ha vuelto —anunció su primo.

—Vale —respondió sin girarse.

—Entonces la veremos en el baile del sábado. —Cai levantó la cabeza desde el taburete en el que estaba sentado.

—Probablemente.

—¿Vas a pedirle matrimonio? —preguntó Alasdair sin titubeos.

Daniel enarcó una ceja por toda respuesta y la risa de Alasdair se escuchó sin reparos.

—¿A qué esperas? —Cai movió la cabeza—. Está claro que lo está deseando.

—Y su padre más —sentenció Alasdair, y bajando el tono añadió —. Owen no tanto.

Daniel llevó la silla a su sitio y regresó para seguir liberando a Meallan de sus correas.

—Algún día tendrás que decidirte, digo yo —insistió Cai.

—¿Queréis hacerlo vosotros por mí?

Cai y Alasdair se rieron a carcajadas al ver su expresión malhumorada.

—¿De qué os reís? —preguntó Eilidh, que llegaba acompañada de Murchadh y su caballo.

—Pregúntale a tu hermano —dijo Daniel—. Hola, Murchadh, ya casi estoy. Preparo a Rionnag y nos vamos.

—¿Adónde vais? —preguntó Cai con curiosidad.

—Voy a cenar a su casa —anunció Daniel.

—¿Por qué?

—¿Puedo ir? —preguntó Eilidh.

Daniel se encogió de hombros y Murchadh asintió.

—¿De qué os reíais? —insistió Eilidh mirando a Alasdair, que se había acuclillado para acariciar a Moss.

—No te metas, hermanita, o Daniel se enfadará contigo y no te dejará acompañarlo.

—¿Es por Arlene? Murchadh acaba de decirme que ha vuelto.

—¡Por todos los cielos! —exclamó Alasdair mirando a su hermano mayor al tiempo que se ponía de pie—. Pero ¿cómo es tan lista?

—¿Quién es lista? —preguntó Craig llegando hasta ellos con dos sacos de avena.

—Eilidh —respondieron Cai y Alasdair al unísono.

Daniel había llevado a Meallan a su cuadra y volvió con Rionnag, ignorándolos por completo.

—Aún no nos has dicho qué vas a hacer —insistió Cai.

—¿De qué?

—Vamos, Daniel, ya no me estoy riendo. Sabes que Barclay espera que te cases con su hija. Arlene se ha pasado un año en París, has tenido tiempo para saber si lo que sientes por ella es suficiente para casarte.

Daniel observó a su primo un segundo antes de ir a buscar la silla.

—¿Lo que siente por ella? —Eilidh los miraba interrogadora—. ¿Y qué es lo que siente por ella?

—Es lo que trato de averiguar —dijo Cai asintiendo.

Daniel siguió preparando a su caballo para largarse de allí cuanto antes. Nunca le había parecido tan lento el proceso.

—No te ha dado tiempo a escribirle —dijo Alasdair mirando a Cai —. Si Daniel no se decide por ella, Owen y tú vais a pujar por la misma yegua.

—¿Owen? —preguntó Cai.

Alasdair asintió y su primo puso los ojos en blanco.

—¿Contestaste a sus cartas? —preguntó Cai de nuevo.

—A una.

—¿Y qué le dijiste? —Alasdair contenía la risa—. ¿Que no te gusta escribir?

—No creo que eso sea asunto tuyo.

—Dejadlo en paz —dijo Craig con voz cansada.

Daniel colocó el pie en el estribo y subió a su montura con la agilidad de quien ha montado toda su vida. Guio a Rionnag para sacarlo de las caballerizas seguido por Eilidh y Murchadh.

—Qué cabezota es —masculló Cai antes de seguir con el trabajo.

Ya en el camino hacia casa de los Fraser, Daniel se perdió en sus pensamientos. Arlene Barclay era una muchacha preciosa. Simpática, dulce y complaciente. Siempre tenía una palabra o un

gesto amable para todos. Era la clase de persona que es bienvenida en cualquier lugar. La suya era una buena familia, nunca se metían en líos y tenían estabilidad económica. Sería un matrimonio perfecto. Y lo cierto era que se lo había planteado. Cada vez que la tenía delante y veía cómo lo miraba, se preguntaba «¿es ella? Parece que sea ella». Josh se burlaba de él cada vez que su nombre salía a colación y no se lo reprochaba. Él haría lo mismo si fuese al revés. ¿Qué esperaba? ¿Por qué no se decidía? Los McEntrie acabarían haciéndole una intervención si no tenía cuidado.

—Tus primos tienen mucho interés en que te cases —dijo Murchadh.

—Son idiotas —dijo burlón—. Se piensan que pueden molestarme con sus interrogatorios.

—¿Te gusta Arlene, Daniel? —preguntó Eilidh sin tapujos.

Daniel la miró sorprendido.

—¿A qué viene esa pregunta?

—A mí me cae bien. Y es muy guapa. Haríais una pareja excelente.

—Es bueno saberlo.

—Pero tú no estás enamorado de ella.

La miró ceñudo.

—¿Ahora eres experta en enamoramiento?

—En absoluto. No tengo ni la menor idea de ello, pero sé que tú no estás enamorado de Arlene, porque estás enamorado de Katie.

El sobresalto con el que tiró de las riendas provocó un relincho en Rionnag, que cabeceó como si quisiera golpearlo con el morro. Daniel le palmeó el cuello y dijo algo en gaélico para tranquilizarlo. Murchadh observaba la escena intentando que no se le notara que se estaba divirtiendo.

—No deberías ir diciendo esa clase de cosas por ahí —dijo molesto—. Alguien podría creerte.

Su expresión aparentemente segura hizo sonreír a su prima.

—Puedes negarlo todo lo que quieras, pero os vi hablando en el cercado el otro día y era más que evidente que estáis enamorados.

Daniel frunció el ceño preguntándose de qué día hablaba. Pasaban muchos ratos juntos…

—Le apartaste el pelo de la cara y tu mano se quedó congelada en su mejilla. Yo iba a buscarte porque me lo pidió mi padre y tuve que regresar y decirle que estabas ocupado.

—No sé de qué hablas.

—Oh, ya lo creo que lo sabes. Tus ojos no mienten tan bien como te crees. Y ella te miraba como si fueras un dios del Olimpo.

Siguieron avanzando y Daniel se propuso ignorarla por completo.

—¿Por qué complicas tanto las cosas? Los dos lo hacéis, ella tampoco quiere reconocerlo.

—¿Le has hablado a Katie de esto? —preguntó él asustado.

—Claro. No deja de suspirar por ti. Si no te has dado cuenta es que eres tonto. —Miró a Murchadh—. ¿Tú qué opinas de Katie?

—Me cae bien.

—¿Quién crees que es mejor para Daniel? ¿Arlene o Katie?

Murchadh se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Arlene es una mujer guapísima y tiene muchos pretendientes. Pero su hermano te hará pedazos si te propasas con ella y luego no te casas —le advirtió mirándolo—. Si no te interesa, deberías mantenerte alejado. Es lo que yo haría, aunque no es que yo tenga mucha experiencia. Soy menor que tú, no soy quien para darte consejos.

—Pues cierra el pico —dijo Daniel, molesto.

—No importa la edad que tengas, eres listo y eres hombre, puedes opinar —dijo Eilidh convencida.

—Te equivocas, en estos temas soy un redomado idiota.

—¿Crees en el amor a primera vista? —preguntó ella con curiosidad.

—¿Qué?

—¿Crees que podrías enamorarte la primera vez que ves a una mujer? ¿Que solo con mirarla una vez todo tu ser sabría que es ella?

—Supongo que no hablas de… —No acabó la frase. Eilidh y él eran amigos, pero no hasta el punto de poder hablar con ella de anatomía masculina.

—¿De verdad no te has enamorado nunca?

—¿Por qué me preguntas eso?

—No sé, me acabo de dar cuenta de que no me lo has contado. ¿La conozco? ¿Es Amy? Espero que no, es una bruja.

—No, Eilidh, no me he enamorado nunca.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi madre dice que el amor es como si te arrancaran las entrañas y mi padre lo define como un mazazo en la cabeza. Si me hubiese enamorado, lo sabría.

Daniel lo miró sin saber si echarse a reír o asustarse.

—¿Queréis parar de una vez? —espetó empezando a perder la paciencia—. Si no aceleramos el paso, no llegaremos a tiempo para la cena y tu madre nos arrancará la piel a tiras.

Azuzaron a sus monturas con Daniel a la cabeza, harto de ser el centro de atención.

CAPÍTULO 23



La casa de los McEachern estaba rodeada de valles verdes y bosques espesos que se extendían más allá de donde alcanzaba la vista. Construida en piedra gris, la fachada lucía robusta, desafiando al viento y al frío de las tierras altas. La pizarra oscura del tejado brillaba a la luz de la luna y Katie se quedó observándola un momento, de pie en el camino empedrado.

—¿Es bonita, verdad? —preguntó Nuna al ver que su amiga no avanzaba—. Me encanta esta casa. Si algún día me caso, quiero una así para mí.

Katie la miró sorprendida.

—¿Te irás de *Slioscreige*?

—Quiero mucho a mi familia, pero en *Slioscreige* hay demasiada gente. Constance y Nessa fueron las primeras en irse, pero no serán las únicas. Daniel también se irá cuando se case y cuando él no esté yo no querré quedarme. Mi hermano es mi roca sagrada —dijo riendo sin percatarse del respingo que daba su amiga—. Mañana conocerás a Nessa y a Constance y a sus esposos. Tía Violet no

acepta que nadie falte al picnic sin una causa muy justificada y te aseguro que no vale cualquier cosa.

Caminaron detrás del resto de los McEntrie y Katie se esforzó mucho en no fijar su vista en Daniel, cosa que le estaba resultando realmente difícil. Vestido con aquellas ropas elegantes estaba aún más guapo, cosa que le habría parecido imposible. Su corazón se saltó un latido cuando él se giró a mirarla.

—¿Katie? —Nuna le dio un toquecito en el brazo—. ¿Por qué no me contestas?

Nuna la miraba expectante.

—¿Qué? Per…dona —titubeó—. ¿Qué decías?

—No importa, era una tontería.

Entraron en la mansión y el contraste con la rudeza exterior fue más que evidente. Los suelos de madera encerada, las alfombras mullidas y los tapices colgados mostraban tradición y elegancia.

—¡Bienvenidos! —exclamó Lorna McEachern recibiéndolos con una sonrisa afable.

Nuna la agarró del brazo y se escabulló con ella hacia el lugar del que provenía la música.

—Dejemos que los demás se encarguen de los formalismos, nosotras vamos al salón de baile.

—Debería haberle dado las gracias por invitarme.

—¿Te crees que se va a acordar de quién la ha saludado y quién no, con toda la gente que hay hoy aquí? Además, es casi tan despistada como su hijo. El inventor, ya sabes, te he hablado de él alguna vez.

En cuanto entraron al salón de baile, Owen se acercó a ellas.

—Señoritas McEntrie… —las saludó sonriendo con una inclinación cortés—. Estáis espléndidas. ¿Dónde está Alasdair?

—Están todos saludando a la señora McEachern, nosotras nos hemos escapado con disimulo —sonrió como si le divirtiese su travesura.

—Pues a juzgar por cómo te mira tu madre, no ha sido con tanto disimulo como crees.

Nuna y Katie se giraron para ver a todos los McEntrie entrando en el salón y Elizabeth no parecía muy contenta con ellas.

—Estas no son formas de entrar en una casa, Nuna —la reprendió al llegar junto a ellas.

Su padre y su hermano se alejaron del grupo, no sin que Daniel les dedicase una sonrisa burlona a las dos.

—Mamá…

—No, hija, no está bien y espero que vayas a presentar tus respetos a Lorna en cuanto haya terminado de recibir a todos sus invitados.

—Está bien —aceptó mohína.

—Y ahora, divertíos —sonrió Elizabeth mirando a Katie, consciente de que no tenía culpa de nada.

Los jóvenes se quedaron juntos y Murchadh no tardó en unirse al grupo.

—Buenas noches —saludó llegando junto a ellos. Miró a Alison y extendió la mano—. ¿Me concedes este baile?

—¡Qué ceremonioso, Murchadh! —se rio ella aceptando.

Los dos se alejaron y Owen se situó junto a su amigo.

—Qué suerte tenemos de que nuestras hermanas sean demasiado jóvenes aún para asistir a bailes —dijo Owen.

—La mía lo hará el próximo verano —respondió Alasdair—. Además, yo tengo que preocuparme por mis primas, que para el caso es lo mismo.

—Cierto —dijo Owen.

Cai dijo que tenía hambre y Craig se ofreció a acompañarlo al comedor. Katie estaba distraída pensando en Beth. Su hermana pequeña era más responsable y valiente que ella y siempre iba un

paso por delante, advirtiéndola de cualquier peligro. Le iría bien tenerla allí, había demasiada gente y eso le producía cierto temor. No estaba segura de si era por su falta de práctica o por el anhelo que le provocaba saber que Daniel bailaría con ella. Desde el día en la playa sentía un montón de mariposas batiendo sus alas en su estómago y, lejos de lo que pudiera parecer, era una sensación agradable.

Daphne movía los pies con la música y miraba a todas partes esperando que alguien la sacase a bailar y Owen respondió a la mirada de Alasdair y se ofreció gustoso a bailar con ella. Alasdair, por su parte, le tendió una mano a su prima para que lo acompañase a la pista. Nuna miró a Katie.

—No quiero dejarla sola —dijo en tono bajo.

—No lo estará por mucho tiempo —dijo él mirando hacia Daniel, que se acercaba a ellos.

Katie se ruborizó al instante y miró a su alrededor como si buscara un lugar en el que esconderse. Nuna contuvo una risita y siguió a su primo alejándose de ella.

—Señorita MacQuarrie —dijo Daniel inclinándose cortésmente ante ella—. ¿Me concede este baile?

Katie se mordió el labio, doblando levemente las rodillas y cogió su mano con suavidad. Daniel la llevó hasta la pista donde el resto

de bailarines estaban ya preparados y la música inundó la estancia con su suave cadencia.

Enid se acercó a Elizabeth y se quedó a su lado sin decir nada. Su cuñada y amiga sabía perfectamente lo que pretendía y sonrió con disimulo. La miró, volvió a mirar a los bailarines y esperó pacientemente a que la otra no pudiese aguantarse más.

—¿Qué pasa entre esos dos? —preguntó Enid al fin.

—Sé lo mismo que tú.

Enid la miró incrédula, pero antes de que pudiera decir nada llegó Augusta.

—¿Qué pasa entre esos dos? —preguntó mirando hacia la pista.

Elizabeth puso los ojos en blanco.

—Dice que no sabe nada —respondió Enid conteniendo una risita.

—¿De verdad? —Augusta miró a la esposa de Dougal con el ceño levemente fruncido—. Siempre que los veo, están juntos.

—Será porque los ves en el almuerzo y la cena —dijo Elizabeth armándose de paciencia.

—También los he visto en las caballerizas —dijo Augusta—. Y paseando juntos.

—Sí, yo también los he visto paseando —añadió Enid.

Elizabeth las miró de frente a las dos.

—De acuerdo, está bien. Sí, algo pasa, pero yo no sé nada.

—¿Qué pasa con esos dos? —dijo Rowena uniéndose al grupo.

Elizabeth dejó escapar el aire en un suspiro y buscó a Olivia con intención de huir. Cuando las otras tres se quedaron solas siguieron observando a los bailarines.

—¿Alison y Murchadh? —preguntó Rowena fijando su mirada en ellos.

—No —negó Enid arrugando los labios—. Mi hija tiene demasiado carácter para ese muchacho.

—¿A quién se parece Murchadh? —preguntó Augusta—. A su madre no, desde luego.

—Pues no hace falta buscar mucho —dijo Rowena mirando a Liam que charlaba en un rincón del salón con su hermano Alistair.

—Cierto —afirmó Augusta—. Es igualito que su padre.

—¿Y qué me decís de Daphne? —siguió Rowena, que al parecer se había convertido en casamentera.

Las tres miraron a la pareja y Enid chasqueó la lengua.

—Owen sería un marido excelente.

—Y dispone de una buena fortuna —afirmó Augusta—. Pero Daphne tendría que cuidar de su hermana.

—¿Y te parece mal? —Se extrañó Rowena.

—No, claro que no. Quiero mucho a Daphne —aclaró—, pero ya sabéis cómo es, no creo que Zinnia y ella se llevasen bien.

—Tienes razón.

Siguieron observando a los bailarines unos segundos.

—¿Y Nuna? —preguntó Enid—. Sigue escribiéndose con Frank Bertram.

—Solo son amigos —especuló Augusta—. Es un buen muchacho, pero no la veríamos nunca.

—Además sería muy raro, ¿no os parece? —dijo Rowena sin apartar la vista de su sobrina—. Dougal y William Bertram emparentados.

—Una broma del destino, sin duda —se rio Enid.

—¿Ese Fergus ya la ha dejado en paz? —preguntó Augusta.

—Parece ser que su padre lo ha enviado a casa de su tío, en Stirling —dijo Rowena—. Kenneth habló con él y le contó todo lo que había pasado. El pobre hombre se mostró muy preocupado por el comportamiento de su hijo. Le confesó que ya no sabía qué hacer con él y que había decidido enviarlo a vivir una temporada a Stirling

a casa de su tío, un militar retirado con mucho carácter, para ver si era capaz de meterlo en cintura.

—Pues yo me alegro —dijo Enid—. No me gustaba nada que estuviese rondando a Nuna.

—¿Os apetece un ponche? —preguntó Augusta.

Daniel sonrió al ver a sus tías abandonando el salón de baile y Katie lo interrogó con la mirada.

—¿De qué te ríes?

—Seguro que mis tías ya nos han emparejado a todos y apenas hace media hora que hemos llegado.

La mirada de Katie se desvió instintivamente hacia una joven que los observaba a un lado del salón. Daniel siguió su mirada con disimulo y se puso serio. Arlene Barclay los miraba con fijeza y los brazos cruzados en una actitud muy poco adecuada.

—Esa señorita no parece muy contenta —dijo ella en tono bajo.

—El estado de ánimo de la señorita Barclay no es asunto nuestro.

Katie levantó la mirada y la posó sobre esos ojos verdes que volvían a sonreír.

—¿No? —preguntó.

—No —confirmó él.

—Creía… —Se mordió el labio para hacerse callar.

—¿Qué creías?

—Me habían dicho…

—Katie, si hay algo que debes aprender de esta familia es que todos hablan sin parar. No puedes dar nada por hecho. Siempre que quieras saber algo, debes preguntar a la fuente.

—¿Tú eres la fuente? —preguntó conteniendo una sonrisa de satisfacción.

—Depende, ¿es a mí a quién incumbe eso que te han dicho?

Katie asintió.

—Entonces, pregúntame a mí.

Lo dijo con tal autoridad que a Katie la recorrió un escalofrío.

—¿Vas a prometerte con esa… señorita?

—No.

—¿No?

Daniel la miraba sin pestañear, no quería perderse ninguna de sus reacciones. El temblor en sus labios, cómo se separaban tratando de hablar. Su rosada lengua detrás de los dientes. La mirada intensa, casi anhelante…

Permanecieron unos segundos en silencio centrándose en los pasos de baile y en la música, mientras sus pensamientos se desarrollaban en paralelo, cada uno siguiendo un sendero distinto para llegar a la misma conclusión. De vez en cuando, los ojos de Katie se topaban con el frío escrutinio de Arlene y en todos y cada uno de esos casos sintió la velada amenaza que emanaba de ellos.

—Mira aquí —dijo Daniel con voz profunda.

Katie se perdió en aquellos verdes ojos y afirmó con la cabeza.

—Todo lo que necesitas saber está aquí —añadió él y apretó su mano lo justo para que el corazón de ella se acelerase un poco más —. Esta noche, cuando volvamos a casa, tú vendrás conmigo a caballo y en el trayecto podrás preguntarme todo lo que quieras. Prometo responderte a todo y sin dar rodeos.

—¿Qué…?

La música llegó a su última nota, los bailarines se dispersaron y Daniel la acompañó hasta el lugar donde la había abordado. El escocés se llevó su mano a los labios y depositó un beso en el guante sin dejar de mirarla con aquella pícara sonrisa.

—Disfruta de la velada —dijo y se dio la vuelta para marcharse.

Katie lo observó cruzar el salón y caminar decidido hacia Arlene Barclay y, antes de que pudiera pensar siquiera, vio cómo la tomaba de la mano y se dirigían juntos a la pista de baile. Pero lo que le heló

la sangre en las venas fue la mirada de triunfo en los ojos de la joven. Triunfo y algo más. Una sonrisa perversa. Una declaración de guerra sin palabras.

No estaba acostumbrada a esos juegos. Apenas había salido de su casa. Su padrastro no la dejaba interactuar con nadie y por eso, cuando él no estaba y ella se escabullía para disfrutar de aire fresco y paisajes abiertos, se esforzaba mucho en no ser vista. A veces era inevitable y había cruzado algún que otro saludo con los arrendados de sus tierras, pero siempre se comportaba como si fuese una criada, nadie debía sospechar que era la hijastra del juez o él lo sabría y la encerraría bajo llave.

No sabía cómo comportarse. Sentía que había hecho algo malo al bailar con Daniel. Lo sentía en la mirada de esa joven hermosa, digna y perfecta para él. Era la única que tenía derecho, la que podía disfrutar de semejante privilegio. No ella.

—Voy a… refrescarme un poco —dijo bajando el tono para que solo Nuna la oyera.

—Te acompaño —dijo su amiga.

—No, por favor. Deja que vaya sola, me siento como una tonta a la que tienes que vigilar.

Nuna se mostró insegura, pero le pareció que lo decía en serio y sabía muy bien lo que era sentirse así.

—Está bien. ¿Sabes dónde…?

—Lo averiguaré —la cortó y se alejó del grupo. Escuchó la voz de Daphne preguntar adónde iba, pero no oyó la respuesta de Nuna.

La casa era magnífica. Mientras atravesaba un amplio pasillo de techos altos y grandes ventanales con vistas a los montes cercanos, se acordó de su casa y una punzada de nostalgia la embargó. Vio ante ella el sendero de piedra que avanzaba paralelo al río y llevaba a la vivienda. Casi podía sentir el crujido de las piedras bajo sus botas, el aire que olía a lluvia y a madera. El sonido del agua lamiendo la orilla, flanqueada de margaritas y helechos. Su casa no era tan lujosa como la de los McEachern. Una fachada encalada y un tejado gris que se doblaba ligeramente con el peso de los inviernos. La puerta azul y las pequeñas ventanas no podían competir con aquellas, altas y elegantes, que dejaba atrás a su paso. Aquella en la que creció no era la mansión de un aristócrata. Según le había contado su madre cuando era niña, a su padre le gustaban los animales y conocía a todos sus arrendados. Su casa no era ostentosa, no pretendía marcar una diferencia con las gentes sencillas que vivían en sus tierras.

Al percibir que se le agitaba el pecho, atravesó la primera puerta que encontró abierta y caminó hasta la chimenea apagada antes de darse cuenta de que estaba en una especie de salón de invierno. Junto a la ventana había un piano y varios sofás colocados cerca de

la chimenea. Acarició la repisa de piedra y recordó el zumbido del fuego en la cocina. Los gritos de sus hermanastros en plena carrera por el pasillo. El eco de las risas de Beth en el jardín mientras tendían la ropa. El olor a sopa, a lana mojada, a suelo recién fregado. Percibió el sabor de la compota de manzana en la punta de la lengua y el relincho de los caballos cuando entraba en las cuadras.

Nada de eso podía compararse a lo que sentía viviendo con los McEntrie. No ya porque su castillo fuese mil veces más impresionante que su vieja casa, ni porque estuviese tan lleno de gente que era casi imposible estar sola. Ni siquiera porque la hubiesen dejado salir y deambular por todas partes sin la más mínima condición que no tuviese que ver con su seguridad. Era el calor humano, el cariño, la comprensión con los que se topaba constantemente. El modo en que cuidaban unos de otros. El modo en que la habían incluido en su mundo sin resquicio de duda, sin desconfianza. Cómo la trataban la madre de Daniel y sus tías. Nunca en su vida había estado rodeada de madres, con aquel afán por la felicidad de sus hijos y sobrinos. Le habían dado en esos meses más consejos y muestras de sabiduría que su madre en los cinco años que pudo disfrutarla. Entonces era una niña y lo único que necesitaba era cariño.

Se llevó una mano al pecho. No estaba acostumbrada a sentir esa congoja. Había aprendido a contener las lágrimas porque no hacerlo suponía más castigo y nadie acepta los golpes si puede evitarlos. Sin

embargo, allí no corría el menor peligro, podía llorar. Podría llorar a gritos y nadie la maltrataría. Probablemente, la consolarían. Nuna la abrazaría. Elizabeth le diría que no tenía nada de lo que preocuparse, que todo iba a estar bien. Y Daniel… Daniel la miraría con esos ojos verdes que la dejaban sin aliento y su corazón galoparía sin freno y sin saber qué era ese calor que se encendía en sus entrañas.

Dejó que los sollozos la sacudieran y permitió que la pena que la abrumaba desde hacía años la venciese. Se agarró con fuerza al borde de la repisa hasta que sus dedos se pusieron blancos y las lágrimas cayeron al suelo como gotas de lluvia. Las vio estrellarse y salpicar como si con cada estallido la limpiaran por dentro. Un áspero y largo suspiro, más parecido a un gruñido que a una queja, se arrastró desde su garganta. Quería gritar, gritar de alivio, de ansia, de deseo. Quería quedarse por encima de todo.

Si se hubiese girado, habría visto la figura de Daniel recortada en mitad de la puerta abierta, observándola con una expresión indescifrable. El escocés tenía los puños cerrados y sus ojos observaban cada detalle de aquella figura aparentemente derrotada en una lucha que él no alcanzaba a comprender. Deseaba entrar y abrazarla. Quería consolarla, decirle que se apoyase en él, que no dejaría que nada malo le sucediese. Pero no lo haría. No en ese momento en el que ella, por fin, se había desprendido de la coraza

con la que había vivido todos esos años. Ese era su momento. Solo suyo.

CAPÍTULO 24



—Voy a dejar que comas antes de bombardearte a preguntas, así que no pierdas el tiempo —advirtió Nuna mirándola con fijeza mientras sostenía un plato con demasiada comida en una mano y una taza de ponche en la otra.

Katie se preguntó cómo iba a hacer para comerse lo que se había servido sin tener una mano libre y contuvo la risa que pugnaba por asomarse a sus labios. Mordió una tartaleta rellena de carne especiada mientras esperaba la continuación de aquel preámbulo y la resolución del evidente problema logístico.

—No te he hablado de la última carta de Frank. Está muy preocupado por un lío con un capataz de otra plantación. Al parecer es un hombre horrible que maltrata a sus esclavos y ya han tenido varios encontronazos. ¿Qué opinas de la esclavitud? Te parece horrible, claro —dijo sin esperar respuesta—. Es horrible, no puede verse de otro modo. Pero Frank dice que aquel es otro mundo y que tiene sus propias reglas. Las cosas no son iguales en todas partes, nosotros nos comemos las vísceras y hay países en los que eso repugna.

—No creo que sea lo mismo —dijo Katie.

Nuna miraba a su alrededor con las dos manos ocupadas y queriendo probar el salmón ahumado colocado sobre una pequeña rebanada de pan.

—¿Te ayudo? —preguntó su amiga finalmente, señalando la taza de ponche.

—¡Oh, sí! Gracias —sonrió la otra, aliviada.

Cogió la tostada de salmón y se la metió entera en la boca. Katie abrió los ojos sorprendida y Nuna contuvo la risa asegurándose de que nadie más la había visto.

—Tengo la boca grande, como mi padre —musitó cuando se lo hubo tragado.

—Desde luego.

Nuna siguió comiendo y contándole cosas de Frank Bertram. Cuando terminaron de comer, ya estaban en el origen de esa amistad. Salieron del comedor y caminaron sin prisa por la casa.

—William Bertram le pidió matrimonio a mi madre cuando ella ya estaba casada con mi padre.

Katie se detuvo y la miró con los ojos como platos.

—¿Qué?

Nuna la agarró del brazo con una sonrisa divertida.

—La historia de mis padres es muy rocambolesca. Son dos tontos muy tontos. Los dos se amaban, pero no querían verlo. Sobre todo mi madre. La pobre estuvo enamorada de William desde mucho antes de conocer a mi padre.

—Pero…

—En esa época mi madre ya había asumido que iba a ser una solterona. Tenía más de treinta años y era hija ilegítima. Así que le propuso a mi padre que se casara con ella.

—¿Ella se lo propuso a él?

Nuna soltó una carcajada.

—Todavía se pone colorada cuando se habla de ello. Quería tener hijos y pensó que un escocés grandullón sería un buen semental.

—¡Nuna! —exclamó horrorizada de oírla hablar así de sus padres.

La otra se rio con más ganas.

—Adoro a mi padre. Es el hombre al que más quiero del mundo y mira que tengo donde elegir, porque también adoro a mis tíos y a mis primos y, sobre todo, a mi hermano. He tenido mucha suerte con los hombres de mi vida. Por eso creo que no me casaré nunca.

—Tienes solo veintidós años.

—Y me quedan un par más para poder elegir. A partir de ahí tendré que conformarme con aceptar a quien me lo pida.

—¿Hay alguien que te gustaría que te lo pidiese?

—No —negó sin dudar.

—¿Ni siquiera Frank Bertram?

Nuna la miró como si hubiese mencionado a su hermano y pasaron de largo por delante de las puertas del salón de baile.

—¿Frank? Pero si es mi amigo. No podría casarme con él.

—¿Y él lo sabe?

Nuna frunció el ceño, confusa. Nunca habían hablado de eso.

—Nos escribimos desde hace años, me conoce bien. ¿Es por eso? ¿Crees que nos escribimos por una idea romántica? —Negó con la cabeza—. Hannah Woodhouse también le escribe. Es la hija de mi tía Elinor. Has oído hablar de los Wharton. Robert es hijo de tía Emma, la que es escritora. Leíste uno de sus libros y te gustó mucho.

—Sí, sí. Y Elinor es la que se quedó con el orfanato de tu tía Lavinia.

—Exacto. Hannah es su hija pequeña.

—También tiene acogida a una de las niñas que estuvo en el orfanato junto a Heather, ¿verdad?

Nuna asintió satisfecha.

—Tienes una familia enorme —dijo Katie, admirada—. No sabes cómo te envidio.

—A veces me olvido de que no todo el mundo tiene tanta suerte. ¿Cuándo vas a hablarme de la tuya?

Katie se mordió el labio, mortificada.

—Mi familia es muy pequeña —musitó con ese sentimiento de culpa que la embargaba siempre que tocaban el tema.

—No soporto que tengas más aprecio por mi hermano que por mí. ¡A él se lo contaste!

Katie desvió la mirada con demasiada brusquedad y Nuna entornó ligeramente los ojos. No es que no se hubiese dado cuenta de lo que pasaba entre esos dos, pero le dolía en el alma que no confiase en ella como para decírselo sin ambages. Miró a su alrededor y, de repente, la agarró de la mano y tiró de ella.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Katie, riendo.

—Ya lo verás. Te va a encantar.

Y tenía razón. Cuando entraron en la enorme sala de techos altos sostenidos por columnas, Katie abrió la boca asombrada al ver que no solo era una estancia magnífica, sino que estaba repleta de objetos extraños que parecían sacados del sueño de un artista.

—¿Qué es… esto?

Nuna sonrió divertida.

—Es la sala de inventos de Alistair, el hermano de Liam.

Katie entornó los ojos. Claro, el tío de Murchadh estaba casado con Georgina Eachern y ambos vivían en aquella casa. Sabía que Alistair era inventor y había oído hablar de sus creaciones, pero verlas allí, delante de sus ojos, fue mucho más impactante de lo que imaginaba. Deambuló por la sala observando aquellos objetos de madera y metal con curiosidad y una sonrisita de satisfacción. Nuna caminaba junto a ella y le iba explicando las supuestas utilidades de aquellas cosas, pero las dos palabras que más veces escuchó fueron «no funciona».

—Es todo un personaje —musitó Katie y pensó en su hermano George.

Arthur era fuerte y listo y estaba segura de que sería alguien capaz de superar cualquier desafío. Además, heredaría la fortuna del juez y todas sus posesiones. Beth también era fuerte. Pero George… era un muchacho excesivamente sensible y apocado. La vida podría ser muy difícil para un hombre como él. Sonrió al pensar que disfrutaría mucho viendo aquellos artilugios con ella.

—Mi hermano pequeño escribe poemas —dijo de pronto, y Nuna la miró sorprendida—. Estoy segura de que escribiría uno precioso sobre esta sala.

Su amiga la miró unos segundos, ceñuda, y finalmente la cogió de la mano y la llevó hasta el fondo de la sala, en la que había varios sofás, claramente puestos para contemplar lo que allí había.

—¿Por qué has llorado? —preguntó Nuna a bocajarro—. ¿Qué te pasa esta noche? Incluso me has hablado de tu hermano pequeño…

—No me pasa nada. —Trató de sonreír, aunque no le salió muy bien.

—Mira, Katie, esto no puede seguir así. No es justo para ninguna de las dos. Somos amigas —se lamentó—. No quiero forzarte a nada, pero es absurdo que te protejas de mí. Se lo contaste a Daniel, no puede ser nada tan terrible como para que tengas que ocultármelo a mí.

Katie se retorció las manos en un gesto que Nuna conocía bien y su amiga se las cogió, mirándola con cariño.

—Somos amigas —repitió—. Nunca haría nada que te perjudicase. Necesitas poder hablar con alguien, lo necesitas. ¿Has llorado por eso? ¿Los echas de menos?

Katie sintió que las lágrimas afloraban de nuevo. No entendía lo que le pasaba, nunca lloraba y ahora parecía que sus lágrimas hubieran decidido que querían explorar el mundo y no dejaban de escapar de sus ojos.

—¿Tienes miedo de mí? ¿De que te traicione?

Katie negó sin poder responder. Sentía un nudo en la garganta y temía que, si hablaba, no podría parar. Nuna sonrió con ternura.

—Tendrás que aprender a confiar. No puedo hacértelo más fácil, solo decirte que estoy aquí, que soy tu amiga y te quiero.

Katie dejó escapar un largo y tembloroso suspiro entre los labios y se rindió.

—Tengo tres… hermanastros.

Nuna escuchó con atención y su rostro fue cambiando de la aceptación a la sorpresa y, después a la desolación. Sus propios ojos se anegaron y pronto las lágrimas mojaban su regazo cayendo sin parar. No era solo lo que estaba descubriendo, ya sospechaba que la vida de Katie no había sido fácil. Lo que más la conmovió era el modo en que lo explicaba, como si todo eso que decía no fuese algo imperdonable, como si no esperase compasión alguna.

Para Katie fue como si dejase escapar a un grupo de caballos salvajes, empezó a hablar y ya no pudo parar. Le contó la muerte de su madre, cómo su padrastro no la dejó despedirse de ella, su traslado a la buhardilla, el cambio en sus rutinas, pasar de ser hija a ser criada. Los golpes, el dolor, el miedo…

—Caillen lo llama «el lobo hambriento» —musitó Nuna refiriéndose a su padrastro—. Dice que nunca suelta una presa hasta

haberle arrancado toda la carne.

—No todo fue malo. Todos los veranos él pasaba un mes en la casa de su amigo, el juez Armstrong, en Edimburgo. —Sonrió alegre —. Así que mis hermanastros y yo nos quedábamos solos y podíamos hacer muchas cosas juntos.

—¿El juez conoció a tu padre?

—Sí, se conocían de jóvenes.

—¿Lo odiaba?

Katie asintió.

—¿Por qué?

—No lo sé, nunca me lo ha dicho. De hecho, ni siquiera me ha dicho que lo odiase, es algo que yo siento en mi corazón. —Hizo una pausa y dejó escapar el aire en un largo suspiro—. Por el modo en que dice lo mucho que me parezco a él, como si quisiera insultarme.

Nuna la cogió de las manos y trató de sonreír, aunque aquello se parecía más a una mueca que a una sonrisa.

—¿Qué pasó para que decidieses escapar?

—Él… —Un suspiro brusco que sonó más a un bufido—. Decidió que me casaría con el juez Armstrong.

El silencio se sentó con ellas en aquella enorme sala y, durante unos segundos, fue el protagonista de la conversación.

—Traté de… aceptarlo —dijo Katie cuando su corazón se calmó—. Me dije que era una persona superficial por darle importancia a su edad. Pero no era solo eso…

—¿Solo eso? ¿Cuántos años tiene?

—Más de sesenta.

—¡Dios mío!

—Se reían juntos del daño que hacían con sus sentencias. De las personas inocentes a las que les arruinaban la vida. No saben lo que es la compasión o la decencia. Jamás me casaré con un hombre como él.

—Por supuesto que no.

—Estaba como loco, dijo que me encerraría bajo llave y que me mataría de hambre si no acataba sus órdenes.

—¿Cómo lograste escapar?

—Mis hermanos me ayudaron. Arthur y George me procuraron dinero, sacaron a Aonach de las cuadras y me esperaron en un lugar apartado, en plena noche. Beth abrió la puerta de la buhardilla y me llevó con ellos. —Las lágrimas volvieron a sus ojos al recordarlos—. Yo temí por ellos, pero los tres estaban convencidos de que su padre

no haría nada en su contra. Son demasiado mayores, Arthur es alto y fuerte y no le teme a nada.

—¿Y de qué tienes tanto miedo? —Nuna le sacudió las manos como si quisiera despertarla—. Si has huido es porque estás dispuesta a renunciar incluso a lo que te pertenece, no puede quitarte nada más. No puede obligarte a casarte con nadie que tú no quieras. Y menos estando con nosotros. ¿Qué es lo que temes?

Katie se mordió el labio para contener el temblor que lo sacudía.

—No lo conoces. Siempre se sale con la suya. Sabe cosas de la gente. No sé cómo lo hace, pero sabe cosas de todo el mundo. Hallará el modo de doblegarme. Si estoy a su alcance, conseguirá lo que quiere, Nuna. Estoy segura de que no ha dejado de pensar en mí ni un solo día, en el modo en el que va a castigarme. Disfruta de un modo perverso causándome daño. Sé que para ti es difícil de entender, la maldad no está en tu vocabulario, pero si me encuentra, me hará pagar mi desobediencia.

Nuna la observaba con ojos entornados, la estaba contagiando de su temor.

—Tienes que hablar con mi padre.

—¿Qué? ¡No!

—Katie, escúchame bien —dijo apretándole las manos—. Tienes que hablar con mi padre.

La otra negaba insistentemente y se soltó con un gesto brusco.

—Me lo has prometido, has prometido que no lo contarías.

—Y no lo haré, lo harás tú.

Katie se puso de pie y Nuna la imitó. Tenía una expresión tan decidida y firme que temió que pudiera convencerla.

—Te aseguro que mi padre se ha enfrentado a peligros mucho más temibles que tu padrastro. Y también te digo que mi hermano estará de acuerdo conmigo.

—¿Tu hermano? —Miró hacia la puerta, asustada, como si el hecho de mencionarlo fuera suficiente para invocarlo—. No puedes hablar de esto con él. Me moriría de vergüenza si supiera que habláis entre vosotros.

—Pero… él lo sabe todo…

—¡Oh, Dios! No debería haberte dicho nada —sollozó asustada—. Soy estúpida por pensar que me respetarías después de las cosas que te he contado.

Nuna la agarró por los brazos, sacudiéndola con firmeza.

—Ni se te ocurra volver a decir algo así. Me ofendes y no me lo merezco. No diré nada, si es lo que quieres, pero que sepas que soy muy cabezota. Y persistente. No cejaré en mi empeño de que lo

hagas tú. Ese hombre es perverso y malvado y no merece que lo protejas.

—No lo estoy protegiendo a él, me estoy protegiendo yo. Os estoy protegiendo a vosotros.

—¿A nosotros? —Soltó una carcajada—. Por nosotros no te preocupes. No vas a poder esconderte para siempre, Katie. Tienes que vivir. En algún momento vas a tener que pedir ayuda.

—Por favor, Nuna.

La otra la soltó y dejó escapar el aire que llenaba sus pulmones.

—Está bien. Tú mandas. Pero te equivocas. No se puede eludir el peligro permanentemente. Y es mejor estar preparado para evitar que te coja por sorpresa.

CAPÍTULO 25



Daniel no dejaba de mirar hacia la puerta y Arlene era consciente de su impaciencia.

—¿Esperas a alguien? —preguntó con tono ligero.

—No.

Silencio.

—¿Te gustaría bailar? —volvió a preguntar ella.

Daniel la miró un instante y, para su sorpresa, asintió. El vals comenzó a sonar y sus notas envolvieron a los bailarines.

—¿No vas a preguntarme nada? —dijo ella con expresión pícara.

—¿Lo has pasado bien en París?

—Muy bien —respondió de mala gana, sin disimular que no era esa la pregunta que esperaba.

Arlene siguió su mirada y vio a la joven que entraba en el salón acompañada de Nuna.

—¿Quién es? —preguntó con curiosidad manifiesta.

Daniel la miró entonces y tardó un poco en responder.

—Katie MacQuarrie.

Arlene frunció el ceño.

—¿MacQuarrie? ¿Tiene que ver con los…?

—No —la cortó antes de que terminara—. No es de por aquí.

—¿Y de qué la conoce Nuna?

—Es nuestra invitada.

Arlene respiró hondo, algo que hacía siempre que algo la molestaba y quería mantener la calma.

—¿Vuestra? ¿Tuya también?

—De hecho… —Buscó las palabras adecuadas—. Yo fui quien la llevó a *Slioscreige*. Y, ya que estamos hablando de esto, tengo algo que decirte.

—Daniel va a pedírselo ahora —dijo Daphne cuando Nuna y Katie llegaron a su lado—. Es la segunda vez que bailan esta noche, si hay una tercera será un escándalo.

El puñal que Katie sentía clavado en su pecho se retorció abriéndole un boquete y dejando su corazón al descubierto. Había tenido demasiadas emociones y estaba segura de que no podría con ese anuncio público, si se producía.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó Alasdair llegando hasta ellas—. Esto está de lo más aburrido.

—Le he enseñado a Katie la sala de los inventos —explicó Nuna.

—Podrías haber avisado, para una cosa divertida que hay aquí —miró a Katie con una sonrisa—. ¿Qué te ha parecido?

—Muy… interesante.

—¿Te ha dicho Daniel si va a pedirle matrimonio esta noche? —preguntó Owen a Nuna, señalando con la cabeza hacia la pareja que bailaba.

—¿Cómo se lo va a decir a ella antes que a mí? —le espetó Alasdair—. ¿Eres tonto o qué te pasa?

—Es su hermana —dijo Owen enarcando una ceja.

—¿Y tú le cuentas a tu hermana tus cosas antes que a mí?

—Zinnia tiene once años. Y, además, yo no voy a casarme. Aún.

—Primero tendrás que encontrar a otra, porque está claro que tienes un ojo…

Su amigo le dio un codazo y Alasdair no acabó la frase.

—¿Organizamos una partida? —propuso el McEntrie—. ¿Dónde están Craig y Cai?

—Hace un buen rato que no los veo —respondió Alison.

—Apostaría a que están jugando en la zona de servicio —dijo Murchadh.

Alasdair y Owen se miraron sorprendidos.

—¿Vamos? —preguntó Owen y Alasdair se puso en marcha.

Murchadh los siguió haciendo un gesto de despedida a las mujeres.

—Ya no los volvemos a ver —afirmó Daphne—. ¿Por qué les gusta tanto el juego a los hombres?

—Porque les encanta demostrar todo el tiempo que son mejores en algo —explicó Alison.

—Cierto —afirmó Nuna, mirando a su hermano pensativa.

Daphne siguió su mirada y suspiró.

—Yo también querría que me pidieran en matrimonio —confesó—. Sobre todo si es alguien tan guapo como Daniel.

—Daniel no va a pedirle matrimonio a Arlene.

—Por supuesto que va a pedírselo —afirmó Daphne—. ¿No ves cómo lo mira?

—El matrimonio es cosa de dos, Daphne —dijo Alison uniéndose a Nuna.

—¿Te crees que soy tonta o qué? ¡Claro que es cosa de dos!

—No, no creo que seas tonta, pero sí que tiendes a hablar sin pensar.

—Ya habló la que solo dice «cosas importantes» —dijo esto último con retintín.

—Es muy sencillo —explicó Alison como si estuviese dándole una lección de álgebra—. Has mencionado cómo lo mira Arlene, pero no te has fijado en cómo la mira él.

—No querrás que la mire del mismo modo.

—¿Por qué no? —Alison arrugó el ceño.

—Es un hombre.

—¿Y los hombres no miran a la mujer amada como si fuese el único ser vivo sobre la tierra? —La enfrentó—. ¿Acaso tu padre no mira a tu madre con devoción?

—Eso es distinto.

—¿Por qué?

—¡Callaos! —exclamó Nuna en tono muy bajo y con mucha urgencia—. Viene hacia aquí.

Katie sintió que su corazón se aceleraba cuando sus ojos se encontraron con los de Daniel. Alison le dio un codazo a Daphne, que la miró ceñuda e interrogadora.

—¿Lo estáis pasando bien? —preguntó él, con la mirada fija en Katie.

—No tanto como tú —dijo Daphne con una sonrisita perversa, provocando que Alison pusiera los ojos en blanco—. ¿Por qué no te acompaña Arlene? Me gustaría saludarla.

Su primo posó sus ojos en ella y sonrió levemente.

—Está a menos de tres metros —indicó con un ligero gesto.

—Qué soso eres, primo. ¿No tenéis que anunciarnos nada? —insistió Daphne, desplegando su poco tacto sin mesura.

—¿¡Dónde está Heather cuando se la necesita!? —exclamó Nuna sin poder contenerse.

—Eso —corroboró Alison.

—¿Qué he hecho ahora? —preguntó la otra molesta—. Al final no voy a poder hablar.

Daphne apretó los labios y se alejó de ellos sin despedirse siquiera. Alison suspiró y fue tras ella. Durante los dos minutos siguientes estuvieron los tres de pie y en silencio contemplando a los bailarines que terminaban una pieza y, cuando abandonaron la pista para ser sustituidos por otro grupo, Nuna aceptó encantada la invitación de Michael Cunningham para acompañarlo.

Daniel captó la mirada cómplice de su hermana y dibujó una ligera sonrisa en sus labios.

—No me has dicho si lo estás pasando bien —dijo él cuando se quedaron solos.

—Muy bien.

—¿Te has… desahogado?

Katie lo miró sorprendida.

—¿Qué?

—Te he visto antes. Llorando.

Daniel seguía mirando hacia los bailarines. Muy despacio giró la cabeza y posó sus ojos en ella.

—¿Por qué llorabas, Katie?

—No lloraba.

—¿Era por mí?

—¿Qué?

Él seguía con aquella expresión indefinible. No sonreía, no había el menor gesto en su rostro, tan solo una mirada que hacía que se sintiera completamente expuesta.

—Yo… Tengo que… —Miró a su alrededor como si hubiese olvidado algo—. Debo ir a… Un momento… Discúlpame.

Salió del salón y caminó sin saber adónde iba. Solo tenía que alejarse de él, alejarse de todos. Había sido una idea terrible ir a ese baile.

De repente sintió que la agarraban del brazo, se giró y se topó con Daniel, que la llevaba hacia la entrada.

—Nuestros abrigos —pidió a un lacayo, que se alejó para cumplir su petición.

—¿Qué haces?

—Parece que quieres marcharte y yo ya he tenido bastante baile para lo que queda de año.

Katie se liberó de su agarre y lo miró confusa.

—No puedo irme sin…

El lacayo llegó hasta ellos. Daniel cogió la capa de ella y se la puso sin mediar palabra. Después se puso el abrigo y volvió a agarrarla del brazo con suavidad.

—Avise a mi madre de que nos hemos ido, por favor —le pidió al criado.

Katie no quería hablar delante del servicio, así que esperó hasta que salieron de la casa. Estaba claro que la llevaba a las caballerizas.

—No podemos irnos así —insistió.

Daniel sonrió por primera vez desde que había bailado con Arlene. Katie se paró en seco, dispuesta a regresar, pero Daniel no la dejó girarse siquiera.

—Los criados nos miran —dijo burlón—. No es que me importe lo que piensen, pero me da la impresión de que a ti sí.

Ella miró hacia la entrada y vio a dos lacayos cuchicheando sin dejar de observarlos. Estaba claro que se lo estaban pasando en grande a su costa. Apretó los labios y lo siguió hasta las caballerizas sin protestar. Dejó que la sentara de lado y esperó hasta que él montó detrás de ella. La rodeó con los brazos para sujetar las riendas, pero no trató de atraerla hacia su cuerpo. Dejó que se mantuviese rígida como un palo y con el codo haciendo de parapeto contra su estómago.

Cuando se hubieron alejado lo suficiente como para que no se viera la casa de los McEacharn, Katie relajó la espalda y él soltó una ligera risita.

—¿Podrías quitar el codo? Siento que me lo vas a clavar en cualquier momento.

—Debería hacerlo —dijo sin moverse.

Rionnag lanzó un relincho.

—Tienes razón, amigo mío —dijo Daniel—. No debería dejar que me hable así.

Katie lo miró ceñuda.

—¿Ahora tú también hablas con los caballos?

—Siempre he hablado con ellos, lo que pasa es que a mí no me entienden.

Ella apartó el codo y apoyó la espalda ligeramente en su pecho. Un roce apenas, pero fue suficiente para que la sonrisa en los labios del escocés se ensanchase un poco más.

—Qué molesto es esto —musitó ella.

—¿Estar en mis brazos?

Katie dio un respingo y se apartó como si la hubiese empujado.

—Montar así —dijo enfadada.

—A mí, en cambio… —Aspiró su pelo y arrastró un gruñido muy perturbador—. Me encanta tenerte tan cerca.

El cuerpo de Katie respondió al instante sin que ella pudiera evitarlo. El calor corrió por sus venas y se le secó la garganta. Sentía cada porción de piel y le temblaban las manos.

—Deja de hablarme así. Vas a… casarte con la señorita Barclay.

—De ningún modo. —Sonrió levemente.

Katie levantó la cabeza y su mirada se topó con su fuerte mandíbula y una sospechosa sonrisa.

—Voy a casarme contigo —dijo él mirándola.

—No te burles de mí.

—¿Por eso llorabas? ¿Porque creías que iba a casarme con Arlene? ¿Tanto me amas?

Katie desvió la mirada, pero él no iba a dejar que se escapase. Detuvo el caballo, le cogió la barbilla con una mano y la obligó a levantar la mirada.

—Dilo, Katie, di que me amas.

—No deberías hablarme así.

—¿Por qué no? Quiero oírtelo decir. Quiero que te atrevas, que me mires y me confieses lo mucho que me amas. ¿No vas a hacer eso por mí?

—No, no voy a hacerlo —dijo irritada.

—Ya lo creo que sí. —Siguió sonriendo—. De un modo o de otro, hoy haré que me lo digas. Si me esfuerzo, puedo hacer hasta que me supliques.

—¿Suplicarte? Te has vuelto loco, no…

—Te amo, Catriona Kerr, y quiero que seas mi esposa. Creo que te amo desde el día en que te vi peleando por una hogaza de pan. Con aquella expresión tuya de rabia e impotencia por tener que aguantar que te acusaran de robar. El hambre que vi en tus ojos no era de

comida, era de justicia. ¡Dios! Dilo de una vez para que pueda besarte, Katie.

—Esto… no está bien —gimió ella al borde del colapso.

—Pues que Dios me perdone —musitó él.

Rodeó su nuca con una mano y sus bocas se fundieron sin remedio. Y desde el mismo instante en que la saboreó supo que esa mujer era la que había estado esperando. La única que podía reconocer su corazón. Su sabor dulce lo embriagó, se metió en sus venas y lo contaminó todo. Nunca podría besar a otra sin pensar en esa lengua, torpe y tímida, que trataba de responder a la suya. Porque había una necesidad en ese beso, no era una simple caricia. Era un interrogante, un mar de dudas que buscaba el modo de explicarse.

Katie no sabía qué debía hacer, cómo debía comportarse. Se sentía invadida y ansiosa y le costaba respirar. Le rodeó el cuello con los brazos y movió su lengua buscando el contacto con curiosidad. El sabor de Daniel era masculino y desconocido, y se extendió por todo su cuerpo como un veneno que, en lugar de matar, cura. Se sintió plena, de nuevo percibía hasta la última porción de piel. Era como si todo su cuerpo se hubiese despertado de un largo letargo y de pronto fuese consciente de lo que significa estar vivo. El contacto la calentó como si estuviera frente a una chimenea encendida. Las

llamas le bajaban por el cuello, le subían por las piernas y se enredaban entre sus muslos.

Daniel necesitaba sentirla más cerca, su brazo la apretó contra su cuerpo y el beso se hizo más exigente y posesivo. Sonrió en su cabeza al notar lo rápido que ella aprendía. Su lengua bailaba ahora una danza peligrosa y él profundizó el beso, haciéndola gemir. El mundo desapareció. No recordaba la última vez que se sintió así. Sospechaba que nunca. Hambriento y desesperado, con un anhelo que iba más allá de una simple necesidad biológica. La deseaba, sí, su cuerpo estaba duro y trataba de adormecer a su mente para actuar sin mesura, pero eso era perfectamente controlable para él, no era ningún animal. Lo que temía no era esa pulsión física. Era otra cosa.

Se apartó despacio sin dejar de mirarla a los ojos. Katie tenía los suyos brillantes. Una lágrima se deslizó por la comisura y él la capturó con los labios.

—He querido hacer esto tantas veces… Pero después de tu accidente, cuando te encontré en esa habitación con los ojos rojos de tanto llorar y el cuerpo dolorido… Cuando me hablaste de tu soledad, del daño que te habían causado, hacer esto se convirtió en una necesidad vital.

—Su voz era solo un susurro—. Sostenerte en mis brazos, ser el muro contra el que choque cualquier golpe que alguien quiera

lanzarte…

—Te amo —sollozó ella—. Te amo, Daniel. Te amo, te amo, te amo, te…

La besó como si se estuviera ahogando y todo el oxígeno estuviese en su boca. La mano en su nuca evitó que ella se moviera y la devoró con hambre. Su lengua volvió a provocarla y gruñó cuando ella respondió sin dudar. Katie se aferró a él, como si temiera que se apartase. El sabor salado de sus lágrimas se coló en sus bocas y Daniel volvió a gruñir. Se apartó para mirarla desde muy cerca.

—No tienes ni idea de lo que me haces, Katie.

La acomodó en su pecho con delicadeza y contención, cuando en realidad lo que deseaba era apretarla tan fuerte que no hubiese un resquicio entre ambos por el que pudiese colarse el aire. Sacudió las riendas de Rionnag, que relinchó y se puso en marcha con paso tranquilo.

—Todos creen que vas a casarte con Arlene Barclay.

—Así aprenderán a dejar de inventar. Nunca dije que fuese a casarme con ella.

Ella apoyó la palma de la mano en su pecho.

—¿Dejaste que ella lo pensara? —preguntó con prevención.

—No. Desde el primer momento le dije que yo no sentía nada por ella. Pero me pidió que no la rechazara aún. Que, si no había nadie en mi vida, podía cambiar de opinión. Que ella esperaría. Le dije que no me esperase y me sentí aliviado cuando se marchó a París.

—¿Por eso no contestabas a sus cartas?

—Contesté a una, para decirle que seguía pensando lo mismo y que siguiese con su vida sin pensar en mí. Pero ella prefirió seguir escribiéndome. Así que dejé de leer sus cartas y decidí actuar como si lo hubiese entendido.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Sus labios temblaron de emoción, una emoción que no conocía, que no sabía cómo catalogar.

—¿De verdad… me amas?

—Estoy casi al cien por cien seguro.

Katie se incorporó de golpe y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Casi?

Él soltó una carcajada y ella le golpeó con los puños, provocando más risas.

—Eres malvado, Daniel McEntrie.

—Lo soy —afirmó—. Y pienso serlo mucho más. Todos los días de nuestra vida. Después de que nos hayamos casado, claro.

Ella se ruborizó instintivamente y escuchó el relincho de Rionnag.

—¿Qué dice? —preguntó Daniel.

—Creo que quiere que tenga cuidado contigo.

Daniel inclinó la cabeza para mirar al caballo y frunció el ceño.

—¿Quieres quedarte sin heno, capullo?

—¿Qué le has dicho? —Katie llamó de nuevo su atención—. A Arlene. ¿Por eso has vuelto a bailar con ella?

—Que te amo. Que me amas. Que vamos a casarnos.

—¿Qué? —dijo asustada—. ¿Le has dicho…?

Daniel no pudo contener la risa. No se había sentido tan feliz en toda su vida.

—Se iba a enterar igual. He preferido decírselo yo.

—¿Tan seguro estabas de mi respuesta? —preguntó ella sintiéndose un poco avergonzada.

—Tendría que estar ciego para no ver cómo me miras, Katie.

Ella le dio una palmada en el pecho e hizo un gesto demasiado brusco para apartarse, pero él la sujetaba con firmeza por la cintura y no consiguió su propósito.

—¿Te hago gracia? —dijo al ver que se reía a carcajadas—. ¿Tan patética soy?

—Eres adorable. ¿Quieres fingir que no me buscabas cada vez que te acercabas a las caballerizas? ¿Que no has seguido cada paso que he dado?

Ella abrió la boca sin dar crédito, pero había algo en aquellos ojos que la estaba incendiando desde dentro.

—¿No te das cuenta, tontita? Si he visto cómo me mirabas, cómo me buscabas y cómo se te aceleraba el corazón cada vez que me acercaba a ti, es porque no te he quitado los ojos de encima desde que apareciste frente a mí. Incluso cuando no me veías, te estaba mirando. Incluso cuando no estaba en la misma habitación que tú, te estaba mirando.

Katie se quedó muda y con los ojos clavados en él. Rionnag avanzaba despacio, como si no quisiera entorpecer el momento. Los labios de Daniel ya no sonreían, tan solo la miraba con un amor tan profundo que le caló hasta los huesos.

—¿Qué vamos a hacer? —musitó.

Él contempló el sendero que la luna mostraba con timidez. La cadencia de los pasos de Rionnag tenía algo relajante e hipnótico.

—Vamos a casarnos. Voy a amarte cada día de tu vida como si fuera el primero. Voy a acariciar cada una de tus cicatrices con mis labios. Voy a hacerte reír hasta que te duelan las costillas. Voy a ser tuyo, tan tuyo que no sabrás qué hacer conmigo.

Katie escondió la cara en su pecho y los sollozos la sacudieron con fuerza. Daniel la envolvió con un brazo mientras sostenía las riendas con la otra mano. Sonrió emocionado. Sabía que aquellas lágrimas eran de felicidad y le provocaron una congoja desconocida.

—Nunca más volverás a tener miedo, amor mío —susurró con voz profunda—. Seré tu hogar, tu protector y tu siervo.

CAPÍTULO 26



Nuna la miraba con expresión incrédula.

—¿Sabes el susto que me he llevado cuando me han dicho que te habías ido con mi hermano? ¡Pensaba que te había pasado algo malo!

No se había quitado ni la capa, había entrado directamente, después de que Ewing le dijese que ella la esperaba en el saloncito.

—Lo siento mucho, fue algo totalmente inesperado. —Katie se acercó a su amiga y la cogió de las manos, llevándola hasta el sofá para sentarse con ella—. Ha pasado algo entre… Daniel y yo.

—¡Por fin!

Katie, que se esperaba una exclamación, sí, pero de sorpresa, horror y estupefacción, tuvo que reajustar su oído.

—¿Has dicho…?

—Ay, chica, de verdad. ¿Por qué habéis tardado tanto? Estábamos todos hartos de disimular.

—¿Todos?

—Las primeras en darse cuenta fueron Eilidh y Alison, cosa que no entiendo porque yo estaba mucho más cerca de ti y de Daniel que ellas. Pero, al parecer, mis primas tienen un sexto sentido para esto. Se percataron antes incluso de que lo supierais vosotros. Creo. ¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Alison y Eilidh?

—Sí. Y luego mamá me preguntó si yo sabía algo de lo vuestro…

—¿Tu madre? —preguntó asustada.

—Estábamos dando un paseo y os vimos hablando junto a Meallan. Daniel te miraba con devoción y mi madre me preguntó si mi hermano había hablado conmigo de ello. Estoy segura de que si ella no hubiese dicho nada, yo también me habría dado cuenta, no soy tan torpe.

Katie tenía las mejillas tan rojas que le ardían.

—Yo creía que quería casarse con Arlene. Daphne estaba convencida. Y Cai…

—Ay, Katie, eres adorable. Pero deberías haberme contado que Daniel te gustaba. Es lo que hacen las amigas, no sé cuántas veces voy a tener que decírtelo. Yo siempre debo ser la primera persona a la que le cuentes lo que te pasa. Si me hubieses hablado de ello, me

habría fijado en Daniel y habría visto lo que él sentía por ti. Todo habría sido mucho más sencillo.

—¿No te importa? Es tu hermano y yo… no soy nadie.

Nuna la abrazó con tanto ímpetu que la tumbó sobre el asiento del sofá.

—¿Importarme? ¡Estoy tan feliz que no me lo creo! —se rió a carcajadas.

En el salón contiguo, Daniel miró hacia la pared y sonrió divertido. Pero su sonrisa se congeló cuando se giró y vio a su familia mirándolo con expectación.

—Son las dos de la madrugada, deberíamos dejar esto para mañana —dijo sin demasiada esperanza.

—¿Quieres que durmamos cuando acabamos de enterarnos de que has dejado a Arlene Barclay por Katie? —preguntó Cai con una ceja arqueada.

—Jamás hubo nada entre Arlene y yo.

—Pues ella creía que sí, a juzgar por cómo su familia ha abandonado la casa de los McEachern cuando os habéis ido —dijo Dougal cruzándose de brazos frente a su hijo.

—No puedo hacer nada con eso —dijo Daniel con pesar—. Mi intención nunca fue alimentar sus sentimientos, pero ella no hacía

caso a lo que le decía.

—Eso es verdad. Daniel ha sido un capullo con ella —dijo Alasdair burlón.

Su primo lo miró enarcando una ceja en silencio. ¿Así pensaba ayudarlo?

—¿Quién es Katie en realidad? —preguntó su abuelo.

—Os lo contará todo mañana. Ahora no son horas de…

—Catriona Kerr —dijo ella desde la puerta abierta.

Todos se giraron a mirarla sorprendidos. Entró decidida y se colocó junto a Daniel.

—Mi nombre es Catriona Kerr y soy la hijastra del juez Hugh Ramsey, de Carncastle.

—¿El juez Ramsey? —Brodie miró a su hermano Caillen—. ¿Ese no es el que tú has mencionado alguna vez?

Caillen asintió con expresión de preocupación.

—¿Lo conoces? —preguntó Dougal.

—Os he hablado de él.

—Lobo hambriento —dijo Brodie—, así lo llama.

Caillen miró a Katie con pesar.

—Lo siento, pero es un hombre…

—Cruel —dijo ella mirándolo sin esconderse—. Lo conozco bien.

—Lo he visto dictar sentencias muy injustas, sin compadecerse jamás del reo. Me cuesta creer que seas su hija.

—Hijastra —puntualizó ella con orgullo.

—¿Te has escapado del juez Ramsey? —Ahora fue Kenneth el que habló—. Si ese hombre es tan rencoroso, Daniel se va a meter en problemas.

Dougal fue hasta el mueble de las bebidas y cogió una botella de whisky y un vaso.

—Coged lo que necesitéis. ¡Conmigo todos! —Se dirigió hacia la puerta sin esperar respuesta.

Daniel puso los ojos en blanco y resopló con cansancio.

—¿Ahora?

Alasdair lo agarró por los hombros y lo arrastró con él sin decir una palabra.

Katie vio salir a todos los hombres del salón sin comprender qué estaba pasando. Nuna se acercó a ella y le sonrió con un brillo en los ojos que mostraba sin ambages lo feliz que se sentía. La cogió del brazo y la llevó hacia uno de los sofás. Las otras mujeres las acompañaron.

—No temas, esa es su manera de demostrar el afecto que se tienen —dijo Olivia sentándose en una butaca.

—Es como cuando se pegan —añadió Nuna.

Katie no entendió la similitud. Cuando vio que todas las mujeres allí presentes la miraban expectantes, comprendió que no le quedaba más remedio que hablar.

—Amo a Daniel. Y… me ha pedido que me case con él.

Como si fuese un conjuro con un gran poder mágico, todas se pusieron a hablar a la vez, provocando un batiburrillo de alegría y felicitaciones que Elizabeth tuvo que parar con su habitual dulzura.

—Dejad la algarabía para la boda. Yo quiero saber cómo te sientes, Katie. ¿Estás contenta con cómo están siendo las cosas? ¿Es esto lo que quieres?

La joven se sintió extrañamente conmovida por aquella pregunta. No estaba acostumbrada a que nadie preguntase su opinión sobre nada y mucho menos sobre su estado de ánimo. Tuvo que pensarlo un momento para poder responder sin echarse a llorar.

—Me siento afortunada. Y feliz. Y nerviosa. Y también… triste.

—¿Triste? —Alison la miró con ojos muy abiertos—. ¿Por qué estás triste?

Katie se miró las manos avergonzada, sentía que les hacía un desprecio por pensar lo que pensaba.

—Echa de menos a sus hermanos —dijo Nuna.

La joven giró la cabeza y posó en ella una mirada sorprendida. Nuna le cogió las manos y le sonrió antes de hablar por ella.

—Katie tiene muy buena relación con sus hermanastros. Su hermana, Beth, ha sido su mejor amiga durante estos años —hizo una pausa con mirada burlona—. Antes de conocerme a mí, claro. Ahora ese puesto es mío.

—Pues hagamos que vengan para la boda —dijo Daphne—. ¿Cuál es el problema?

—Katie se escapó de casa, hija, ese es el problema —dijo Lavinia.

—Ya. ¿Por qué te escapaste de casa, Katie? —Daphne la miraba con el ceño fruncido.

Katie le contó lo del juez con el que quería casarla su padre, obviando todo lo demás. Los ojos de Daphne se iban abriendo más y más conforme la escuchaba. Miró a su madre con expresión asustada.

—¿Eso se puede hacer, mamá? ¿Un padre puede obligar a su hija a casarse contra su voluntad?

—Tranquila, Daphne, tu padre no te ha obligado a nada en su vida, no va a empezar ahora. Y menos para hacer que te cases con quien no quieras.

—Yo podría escribirle una carta a tu padrastro explicándole la situación e invitándolos a la boda, si tú quieres —se ofreció Olivia.

Katie la miró agradecida, aunque en el fondo de su corazón temía que eso lo empeorase todo aún más.

—Es… complicado —dijo ambigua—. Tengo que pensar en… qué es lo mejor para todos.

—No hace falta decidirlo esta noche —la tranquilizó Elizabeth—. Ahora podemos, simplemente, disfrutar del hecho de que Daniel y tú vayáis a casaros.

—¡Síiiiii! —exclamó Alison.

Katie sonrió agradecida y feliz, pero las antiguas heridas empezaban a doler de nuevo. Era como si la distancia que había puesto entre su padrastro y ella se estuviese acortando de repente. Ya no se sentía a salvo, como le había sucedido desde que llegó a *Slioscreige*. Nuna le apretó las manos como si pudiera leer en su silencio y quisiera transmitirle que no estaba sola. La miró con cariño y asintió. Quería que supiera que la reconfortaba. Que no viera el pozo en el que se estaba sumergiendo.

Las voces habían vuelto.

«¿Recuerdas los golpes? ¿El dolor? ¿El miedo?»

CAPÍTULO 27



—Vamos a ver. —Su primo Cai estaba sentado frente a él y un montón de ojos lo rodeaban, analizando cada una de sus expresiones—. ¿Qué había entre tú y la señorita Barclay?

—No había nada.

—Daniel, no me toques los…

—Nunca hablamos de compromisos ni de matrimonio. No soy del tipo de hombre que da su palabra y luego no cumple.

—¿Entonces qué hacías con ella? —preguntó su tío Caillen.

—No hacía nada. Ella me pidió que no la rechazara, que si no había otra mujer en mi vida, quería esperar a que mis sentimientos cambiaran. Le dije que no cambiarían.

—¿Has hecho algo indebido, hijo? —intervino Dougal.

Daniel lo miró ceñudo.

—Ni siquiera la he rozado.

—¿La has besado? —preguntó Cai.

Daniel lo miró enarcando una ceja.

—No sabía que se pudiera besar a alguien sin rozarlo. ¿Qué clase de besos das tú?

El otro puso los ojos en blanco y se sentó en el sofá, mientras intentaba que no se le notara el alivio que sentía. Daniel entrecerró los ojos, pero no pudo decir nada porque su tío Kenneth acababa de poner una mano en su hombro.

—Vamos a ver, muchacho. Katie no está sola, por más que lo parezca. En este caso, somos sus protectores, no tu familia, espero que lo tengas claro.

—Tío, voy a casarme con ella —dijo con voz cansina—. Estamos enamorados. Los dos. Nos queremos. ¿Queréis dejar de tratarme como si fuese un crápula?

—También creíamos que ibas a casarte con Arlene —apuntó John encogiéndose de hombros—. Es todo un poco confuso.

—Eso es problema vuestro. No tengo acceso a vuestros cerebros. Dios me libre.

Caillen arrastró una silla y se sentó en un ángulo en el que podía ver a su sobrino perfectamente.

—Hablemos de lo verdaderamente importante. —Extendió el vaso hacia su hermano mayor y Dougal escanció un dedo de whisky en él —. ¿Por qué ha huido de su padrastro?

—Deberías haberle preguntado a ella —respondió su sobrino.

Caillen endureció su expresión y él dejó escapar el aire en un suspiro, dándose por vencido.

—Quería obligarla a casarse…

—Por supuesto, muy lógico —musitó Alasdair moviendo la cabeza —. Ese cerdo la ha estado maltratando durante años, pero ha huido porque no quería casarse. ¡Mujeres!

—¿Maltratando? —Dougal miró a su sobrino y luego fijó la vista en su hijo—. ¿Maltratando, Daniel?

El interpelado, cogió el vaso vacío que sostenía John a su lado y se lo tendió a su padre. Dougal vertió una cantidad pequeña de whisky y esperó a que diera un trago. Daniel respiró hondo antes de hablar.

—La maltrataba, sí. Alasdair vio unas cicatrices en su… trasero.

Todos miraron a Alasdair con una expresión que era una mezcla de sorpresa y enfado.

—Fue cuando le cosí la herida. —Miró a su primo con ojos muy abiertos—. ¿Tú eres imbécil o qué te pasa?

—¿Qué clase de heridas tenía? —preguntó Caillen muy serio.

—Marcas de haber sido golpeada con una fusta o algo similar —dijo Alasdair—. Unos simples azotes no dejan esas cicatrices.

El padre de Daniel miró de nuevo a su hijo y había fuego en sus ojos.

—¿Ese malnacido pegaba a su hija?

El silencio en aquella sala se hizo tan espeso que Daniel se sintió realmente en casa. Llevaba semanas sintiendo exactamente lo que sus tíos y primos estaban sintiendo en ese momento.

—¿Por qué no nos dijisteis nada? —preguntó Kenneth mirando a su hijo y luego a Daniel.

—Es algo demasiado privado —respondió Alasdair—. Y creí que mamá te lo diría.

Kenneth abrió los ojos como platos.

—¿Tu madre lo sabe?

—Todas las mujeres lo saben —dijo Daniel—. Estuvieron con ella mientras Alasdair la cosía.

Los hombres se miraron sorprendidos, aunque sabían de sobra que sus esposas eran muy selectivas con su sinceridad. Dougal rellenó los vasos de todos y dejó la botella vacía sobre una mesita antes de beber un largo trago.

—¿Qué clase de desgraciado marca a su hija? —Lachlan arrastró las palabras, que contenían mucha rabia.

—¿Cicatrices? —musitó Ewan con la misma furia contenida.

—Ese animal no tiene un ápice de hombría —masculló Brodie sentándose en una butaca.

—No es su padre —repitió Daniel—. Su padre murió antes de que ella naciera. Su madre se casó con el juez Ramsey y tuvo tres hijos con él.

—¿Y qué importancia tiene eso? —masculló Kenneth—. Brodie no es el padre biológico de Heather y es tan sobrina mía como tú.

—Entonces Katie tiene hermanos —preguntó Cai.

—Sí, dos chicos y una chica. Ellos fueron los que la ayudaron a escapar.

—¿La ayudaron? —su primo Craig se mostró incrédulo—. Más bien la empujaron y la dejaron sola. ¿No podía haberla acompañado alguno? Hasta estar seguro de que estaba bien, al menos.

—Craig tiene razón —apuntó Alasdair—. Yo no dejaría a mi hermana a su suerte. Y tú tampoco.

—No podían irse con ella, la habrían metido en más problemas. Ellos sí son hijos del juez y son menores de edad. No lo habría dejado pasar y lo que Katie quería era huir, no que la persiguieran con perros rabiosos.

—¿Cuántos años tiene Katie? —preguntó Caillen.

—Diecinueve —dijo Daniel.

Su tío frunció el ceño.

—Su padrastro no puede obligarla a casarse, por mucho que quiera.

Todos miraban a Daniel expectantes.

—¿Qué? —preguntó incómodo.

—¿Por qué huyó realmente? —Caillen fue el que formuló la pregunta que todos tenían en mente.

—Esas cicatrices… —Dougal miró a Alasdair—. ¿Alguna era reciente?

Su sobrino negó con la cabeza y ambos fijaron sus ojos en Daniel, que desvió la mirada sin saber qué responder. Lo cierto es que no tenía respuesta.

—Está claro que nos falta información —dijo Kenneth.

—Eso es cosa mía —dijo Daniel, que empezaba a estar harto.

Hizo ademán de levantarse y una mano tiró de él desde atrás. Cuando se giró, vio la expresión burlona de su tío Kenneth y dejó escapar el aire en un resignado suspiro.

—¿Por qué no te gusta Arlene? —preguntó Cai, desconcertado—. Es probablemente la mujer más guapa de Lanerburgh. Si me apuras, diría que es la más guapa de Escocia.

La mirada de su padre y de sus hermanos lo hizo añadir:

—Después de mamá, por supuesto.

—No amas a alguien solo porque sea guapa, Cai —dijo su padre.

Dougal se había puesto delante de su hijo y su imponente figura le tapaba casi toda la luz.

—Voy a dar por hecho que no has cometido ninguna canallada con Arlene, porque sé que te he educado bien y que sabes que eso no lo haría un hombre que yo respetaría.

—Así es, padre.

—¿De verdad no la has besado? —insistió Cai, convencido de que era inhumano no hacerlo teniendo la oportunidad.

—Ya te he dicho que no, ¿cuántas veces quieres que lo repita? No he besado a Arlene. No le he hablado de matrimonio. No había ningún compromiso entre nosotros. Me expresó sus sentimientos y yo le dije que no sentía lo mismo. No le di esperanzas. Fui amable con ella, pero no fui atento ni seductor. Hoy en el baile le he dicho la verdad, que amo a Katie y que iba a pedirle que se casara conmigo. ¡Se lo he dicho antes de declararme! ¿Qué más queréis que os diga?

—Que la hubiese besado no sería tan terrible —dijo Kenneth.

—Un beso no es cualquier cosa —dijo Dougal mirando a su hermano ceñudo.

—¿Qué no es…? ¡Tú besaste a muchas mujeres con las que no te casaste!

—Desde luego —afirmó Caillen.

—A muchas —apuntó Lachlan.

Dougal miró a sus hermanos con una clara advertencia.

—Os están escuchando vuestros hijos, imbéciles. ¿Queréis que sean hombres de provecho o unos canallas?

—Yo solo digo que no puedes condenar a tu hijo por un beso —dijo Kenneth enarcando una ceja.

—¡Que no ha habido besos! —exclamó Daniel con los ojos en blanco.

—¿A quién estoy condenando? —siguió Dougal peleando con su hermano—. Solo quiero saber de qué pasta está hecho.

—Como si no lo supieras —se burló Caillen—. ¡De la tuya!

Dougal fijó la vista en Daniel, que le sostenía la mirada sin parpadear.

—¿A Katie la has besado?

—¡Sí, joder! —dijo con más vehemencia de la deseada.

—Entonces no hay más que hablar —Dougal descruzó las manos frente a él como si cortara con ellas—. Os casaréis.

—¿Estás seguro de lo que haces? —preguntó Caillen ignorando a su hermano—. El padrastro de Katie no solo es juez, también es jefe local…

—Eso puede traerte más problemas aún —afirmó Brodie.

—Lo sé.

—¿Estás preparado para ello? —Caillen parecía realmente preocupado.

Daniel asintió.

—¿Cómo sabes que estás enamorado? —preguntó Alasdair—. ¿Cómo se sabe eso?

—¿Crees que puedes estar enamorado de alguien? —Kenneth se acercó a su hijo en dos zancadas.

—¡No! Solo tengo curiosidad.

—Cuando lo estés, lo sabrás, te lo aseguro —dijo alborotándole el pelo.

—Pues tú te llevabas fatal con mamá. —Se apartó de su alcance —. Te hizo sudar tinta.

—Me llevaba fatal con ella porque era una bruj… —Apretó los labios rogando porque no lo hubiera oído nadie.

—¿Ibas a decir que mamá era una bruja? —Alasdair se rio a carcajadas—. Me muero por ver su cara cuando se lo diga.

—¿Quieres que te mate? —Kenneth lo agarró por la solapa, pero la malévola sonrisa lo delataba. Le encantaba discutir con ella.

—¿Puedo irme a dormir ya? —preguntó Daniel haciendo ademán de levantarse.

Ahora fue su tío Ewan el que lo empujó para que volviera a sentarse.

—Tenemos que pensar en un plan de actuación —dijo ocupando el asiento a su lado—. ¿Qué clase de poder tiene su padre? ¿Intentará impedir la boda de algún modo? ¿Puede hacerlo?

—Legalmente no —respondió Caillen, cruzándose de brazos—. Katie es mayor y puede decidir por sí misma. Ciertamente puede desheredarla, pero en vista de su actuación hasta la fecha, no creo que Katie espere nada de él. ¿Su madre no le dejó nada?

—No, que ella sepa —respondió Daniel.

—Parece que hay muchas cosas que no sabemos —dijo Lachlan —. Sería bueno tener toda la información antes de la boda.

—Lo primero es que averigües la verdadera razón por la que huyó —dijo su padre—. Si realmente se lleva bien con sus hermanastros y ellos estuvieron de acuerdo en que huyera, debe de ser algo grave.

Daniel asintió.

—Esta noche no vamos a dormir nada si no nos acostamos ya —dijo el patriarca poniéndose de pie para marcharse—. Y mañana es el picnic de Craig.

—No lo llames así, abuelo —dijo su nieto, molesto.

—¿Y cómo quieres que lo llame?

—Llámalo por su nombre, no por el mío. Es el picnic de Violet.

—Te recuerdo que llevas mi nombre —replicó desde la puerta—. Es motivo de orgullo.

—Podríais haber sido más originales, mamá y tú. —Miró a su padre con expresión de cansancio.

—Al menos tú llevas el nombre del abuelo —dijo Cai pasándole el brazo por los hombros—. A mí me pusieron el de tu padre. Eso sí que no tiene el menor sentido.

—¿Qué tiene de malo mi nombre? —preguntó Caillen haciéndose el ofendido.

—Pues que es muy incómodo estar en la misma sala que tú y no saber si me están hablando a mí o a ti.

—Por eso te llamamos Cai —dijo Kenneth guiñándole un ojo.

—Ya. —Su hijo se encogió de hombros, nada satisfecho—. Vámonos a dormir, anda.

Daniel se puso de pie para salir con ellos y miró a su padre y a sus tíos con expresión burlona.

—Gracias por la charla.

Dougal lo vio salir sin decir nada.

—Esto ya no es lo que era —dijo Lachlan.

—En nuestros tiempos le habríamos hecho sudar —Kenneth se dejó caer en un sillón desanudándose el corbatín.

—Son nuestros hijos —apuntó Dougal, sentándose también.

—Con Ewan también éramos muy blandos —dijo Lachlan.

—Cierto —afirmó Caillen sentándose en el sofá junto a su hermano pequeño.

—¿Blandos? ¡Os burlabais de mí porque estaba sin estrenar!

Brodie fue hasta la botella de drambuie y se sirvió en un vaso.

—Ponme a mí también —pidió Lachlan—. No creo que esta noche pueda pegar ojo.

—Son buenos chicos —dijo Dougal—. Son mejores que nosotros.

—Sí —afirmó Kenneth—, aunque los míos lo tienen fácil si se comparan conmigo. El único que me preocupa es Alasdair, precisamente porque se parece a mí.

—¿A ti? —se burló Ewan—. En lo único que se parece a ti es en el pelo.

—Le encanta jugar —dijo Kenneth.

—Pero no apuesta —negó Ewan—. Él juega por diversión.

—Y porque le encanta ganar —añadió Lachlan.

—Cierto —afirmó Dougal.

—¿Y Cai? ¿No te preocupa Cai? —preguntó Caillen—. Tu hijo mayor es demasiado bueno. Si no tiene cuidado se meterá en un lío cualquier día.

—Se parece a Lachlan —dijo Kenneth sonriendo—. Es igualito que él.

—Craig, en cambio, no te dará ningún problema —dijo Dougal mirando a Caillen—. Ese muchacho es el más centrado de todos. Siempre lo tiene todo claro. ¿Ya le ha echado el ojo a alguna? ¿Qué hay de esa señorita Kennedy con la que bailó anoche?

—Si hay algo entre ellos, no sé nada. —Caillen cerró los ojos un momento y cruzó los dedos sobre su duro abdomen—. No es de hablar mucho, ya lo sabéis.

—La que te va a quitar el sueño es Nuna. —Brodie miró a su hermano mayor mientras apoyaba el trasero en el brazo del sillón en el que estaba Kenneth.

Dougal enarcó una ceja.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Se sigue escribiendo con Frank Bertram?

En otra época la expresión de Dougal habría hecho que temblara. Ahora le hacía gracia.

—Sí —respondió con tono cortante.

Kenneth no podía dejar pasar la oportunidad.

—Ese muchacho se parece mucho a su padre, ¿verdad? La última vez que lo vi pensé que eran igualitos. ¿Será por eso que a Nuna le gusta, como le pasaba a Elizabeth con…?

—Solo son amigos —lo cortó Dougal, molesto.

—Ya. Claro. Está tan lejos… ¿Te imaginas que…?

—Ni lo digas —lo cortó tajante—. No se te ocurra ni mencionar esa posibilidad.

—¿Qué pasa? ¿No te sentirías cómodo siendo consuegro de William? —Kenneth soltó una carcajada al ver que su hermano se ponía rojo de ira.

—Si Nuna lo elige, tendrás que superarlo —advirtió Lachlan—. William es un buen tipo.

—Y está enamorado de su esposa —añadió Caillen.

Pero Kenneth seguía riéndose y Dougal quería matarlo.

—Tenemos que dejar esto en manos de ellos —dijo Brodie—. Lo de las intervenciones. Ya no se nos da tan bien.

—Con ellos, desde luego que no —dijo Caillen.

—Que se encarguen. Ya tienen edad suficiente.

CAPÍTULO 28



El carruaje avanzaba despacio por el sendero de tierra firme, endurecida por la humedad de la noche y el frescor de la mañana. Las colinas estaban cubiertas del color ocre del brezo, que había dejado atrás el púrpura del verano. Los helechos aparecían ya replegados, rindiéndose al frío. Katie miraba por la ventanilla con una mezcla de ilusión, asombro y un cosquilleo extraño en el estómago y en otras partes de su cuerpo. Las otras mujeres que iban en el carruaje la miraban de soslayo, disimulando, pero ella percibía sus preguntas mudas como si se repitieran una y otra vez en su cabeza. Se habían separado en dos coches. En uno iban las esposas de los McEntrie y en el otro, las hijas y Katie.

—¿Nadie va a hablar de ello? —preguntó Eilidh mirando a Nuna—. Anoche estaban nuestras madres y no podíamos preguntar.

—¿De verdad tu padre quería casarte con un viejo? —dijo Daphne.

Todas la miraron con reprobación, pero estaba muy acostumbrada a meter la pata y no se inmutó. Mantuvo su mirada fija en Katie hasta que ella se vio obligada a responder.

—Ssssí.

—¿Y es verdad que tu padre te pegaba?

—¡Daphne! —exclamaron Nuna, Alison, Rose, Janet y Eilidh a coro.

—¿Qué? Todas queréis preguntárselo, pero no os atrevéis.

—Pero… —Alison hizo el intento.

—¿Te molesta que te pregunte, Katie? —siguió Daphne ignorando a sus primas—. Si me dices que me calle, no volveré a preguntarte. Y no me enfadaré, estoy muy acostumbrada a que Heather me mande callar.

Katie lamentó que su hermana hubiese preferido ir a caballo con los hombres. Ojalá hubiese hecho ella lo mismo.

—Sí, es cierto —respondió.

El silencio se unió al viaje en aquel coche y durante unos segundos nadie dijo nada. Nuna le sonrió con cariño. Ella devolvió la sonrisa y miró por la ventanilla. A lo lejos, los montes estaban coronados por manchas de pinos silvestres, sus irregulares copas recortadas contra un cielo que, por una vez, se mantenía despejado.

—Parece que no va a llover —dijo en un tono algo bajo.

—Nunca llueve en el picnic de Craig —dijo Alison.

—No lo llames así —espetó Nuna—, sabes que no le gusta.

—Pero es su picnic —apuntó Daphne—. ¿Qué más da si le gusta o no? ¿Y por qué no le gusta? Su abuela quiere celebrar a su nieto. ¿Qué hay de malo en eso? A mí me gustaría tener una abuela que quisiera celebrar mi existencia.

—La abuela Olivia te adora —dijo Eilidh.

—Tienes razón —sonrió abiertamente—. ¿Tú no tienes abuelos, Katie?

—No.

—¿Fallecieron?

—Los de mi padre sí. De hecho, mi padre heredó la casa y las tierras antes de casarse con mi madre.

—¿Y los de tu madre?

—No tenemos relación.

—Podrías ponerte en contacto con ellos. ¿Dónde viven? —insistió Daphne.

—Mi madre era de Glen Coe, pero no sé nada de ellos, nunca los he visto. No sé ni si están vivos.

—Aun así, deberías…

—Daphne, para —la regañó Nuna—. ¿Es que nunca vas a aprender a estarte calladita?

La otra dejó escapar el aire de un bufido, pero cerró la boca dispuesta a aguantar hasta que llegaran a casa de los O'Sullivan. Nuna miró a su amiga con afecto y Katie se preguntó qué había hecho para tener tanta suerte.

—¿Lo habéis pasado bien en Edimburgo? —preguntó Alison a Rose y Janet.

—Muy bien —afirmó Janet adelantándose a su hermana mayor—. Y vimos a Anthony.

—¿Sí? ¿Cómo está ese tontorrón? —preguntó Alison con interés —. Seguro que se pasa todo el día encerrado estudiando. ¿Lo visteis en algún evento?

—No —negó Rose esta vez—. Fue a visitarnos expresamente. Y solo una vez. Dijo que estaba muy ocupado y que no tenía tiempo para perder con visitas familiares.

Katie se distrajo al ver que un caballo se acercaba a la ventanilla y contuvo una sonrisa al ver a Daniel que la miraba embobado.

—Pero, aun así, pasó toda la tarde con nosotros —dijo Janet.

—¿Con nosotros? —Rose arrugó la nariz—. De las tres horas que pasamos juntos, dos se las pasó hablando con Robert sobre historia antigua.

Había una sonrisa jugando con los labios de Daniel y Katie vocalizó un «te amo» silencioso, que lo hizo soltar las riendas y

llevarse las manos al pecho.

—¿Tú cuándo te vas a Edimburgo, Alison? —siguió Janet.

—En primavera.

—Daniel, ¿qué haces? —preguntó Rose agachando la cabeza para verlo bien—. ¿Estáis tonteando?

El escocés agitó las riendas para alejarse del carruaje y todas miraron a Katie interrogadoras.

—Vas a ir a la academia Robertson, ¿verdad, Alison? —dijo ella tratando de sonar tranquila—. Tu tía Bonnie me habló de todas las cosas que aprendió cuando estuvo allí y de lo increíblemente sabia que es esa mujer.

—Es muy mayor ya —reconoció Alison—, pero aún dirige el centro con mano de hierro. ¿Has estado en Edimburgo, Katie?

—No, nunca he ido a… ninguna parte.

—La casona está en New Town —intervino Daphne—. Yo he estado un par de veces. Es muy bonita. Pero la señora Robertson es muy pesada: «Mente despierta y espíritu cultivado» —imitó—. Heather y yo estuvimos con ella una hora la última vez que fui a Edimburgo y lo dijo por lo menos en tres ocasiones.

—A mí me parece una frase excelente —dijo Alison.

—Podrás ver a Anthony cuando te apetezca —comentó Eilidh.

—No lo creo —negó la otra haciendo un mohín—. Ya has visto lo que ha dicho Rose, han estado casi un mes y solo lo han visto una vez.

Katie asomó la cabeza y miró hacia delante y hacia atrás buscando a Daniel.

—¿Qué haces? —preguntó Rose haciendo que todas mirasen a Katie—. ¿En serio vais a estar así todo el día? Yo no lo aguanto. Ya tuvimos bastante con Nessa.

—Lo de Nessa fue demasiado —dijo Alison asintiendo—. No creo que Katie sea de esa clase.

—¿Qué clase? —preguntó la susodicha.

—Pues esa. —Alison hizo un gesto como si fuese algo obvio.

—Se refiere a que no estéis todo el día escabulléndoos para besaros y haceros arrumacos —explicó Nuna, divertida con la situación.

Katie se puso roja como un tomate. Esa misma mañana, después del desayuno, Daniel la había sorprendido en el pasillo, agarrándola desde atrás. Luego la había besado en los labios. Ella se había soltado justo antes de que Elizabeth saliera de su habitación, ya lista para partir. La madre de Daniel había disimulado, pero no tenía ninguna duda de que sabía perfectamente lo que acababa de pasar allí.

—Háblanos de tus hermanos, Katie —pidió Daphne.

Ella sonrió y no disimuló la expresión de cariño en su rostro.

—Arthur tiene diecisiete años y es bastante reservado. No habla mucho y, cuando lo hace, suele ser bastante categórico, pero en el fondo tiene un gran corazón. Quiere ser arquitecto, es su sueño desde que era un crío.

—El hermano de tía Augusta es arquitecto —dijo Alison—. Si tu hermano viene a la boda, tienes que presentárselo.

—Él fue el que consiguió que su padre dejara de pegarle —dijo Nuna—. Así que yo ya lo quiero.

Katie la miró sobresaltada, pero la naturalidad de su amiga hizo que su malestar se derritiera como un copo de nieve en una brasa.

—También tienes una hermana —dijo Daphne animándola a continuar.

—Beth. Tiene dieciséis años.

—¡Es como yo! —exclamó Eilidh.

—Sí, nacisteis el mismo año.

—Seremos amigas —afirmó la otra con simpatía.

A Katie se le caldeó el corazón.

—Beth es muy atrevida, no se parece a mí.

—Eso es normal —dijo Nuna—, ella no tuvo que pasar por lo mismo que tú.

—¿A ella no le pegaba su padre? ¿Solo a ti?

Katie asintió levemente.

—Pero ¿por qué? ¿Porque no eras su hija? —Se tapó la boca para ahogar un grito de sorpresa—. ¿Te maltrataba por eso? ¿Pero qué clase de monstruo es?

—¿Hay diferentes clases de monstruos, Daphne? —Alison la miraba con una ceja levantada.

—Por supuesto —afirmó rotunda sin dar la menor explicación ni contexto.

—¿Y qué hay de George? —preguntó Eilidh ignorando a sus primas.

—George nació antes de tiempo, mi madre estaba ya muy débil y el parto se le adelantó. Quizá por eso es bastante… frágil. Además, es muy sensible, escribe poesía.

—¡Oh! —exclamó Daphne—. ¿Tu madre murió en el parto?

—No. Murió unos meses después. El parto solo agravó su estado de salud, que ya era precario desde que nació Beth.

Nuna frunció el ceño.

—¿Y el médico no advirtió a tu padrastro de que tu madre no debería tener más hijos?

Katie bajó la mirada y negó con la cabeza.

—El doctor Wallace decía que los embarazos fortalecen a la mujer y que mi madre era débil de espíritu, no de cuerpo.

—Pues menudo lumbreras el doctor ese —dijo Daphne.

Katie empalideció al recordarlo quitando importancia a sus heridas, después de que su padre la dejara en carne viva.

—Me muero de ganas de empezar mis estudios en la academia Robertson —dijo Alison, desviando el tema—. Quiero mucho a la señorita Price, pero ya me ha enseñado todo lo que sabe y ¡me queda tanto por aprender!

—Pobrecilla —dijo Daphne—, el otro día la encontré llorando. Se ha acostumbrado a vivir en *Slioscreige* y ahora tendrá que buscarse otra casa. Mamá le ha ofrecido trabajar en el orfanato, pero no pareció entusiasmarle la idea.

Alison arrugó los labios con un mohín triste. Sabía que la institutriz había fantaseado con la idea de quedarse en la familia para educar a la siguiente generación, pero Nessa y Constance vivían en su propia casa y no había niños a la vista en *Slioscreige*, de momento.

—Vas a casarte con un McEntrie —dijo Daphne, volviendo con Katie, que al parecer era su tema preferido—. ¿Estás preparada?

—¿Preparada?

Todas miraron a Nuna y Katie siguió sus miradas sin comprender.

—No he tenido tiempo de hablar con ella a solas —respondió la hermana de Daniel.

—Yo te lo explico, tranquila —dijo Daphne enderezándose en el asiento—. No te casas solo con Daniel. Te casas con todos los hombres McEntrie.

—¿Qué? —Katie abrió los ojos asustada.

—No le hagas caso —dijo Nuna—. No es para tanto.

—¡Ja! —exclamó Daphne, y las otras asintieron.

—Lo que quiere decir Daphne, con su poco tacto habitual, es que esta familia está muy unida. Mucho. A veces demasiado —dijo Alison.

—Nuestros primos se van a meter en todo lo que ocurra entre vosotros —insistió Daphne—. Absolutamente en todo.

Katie la miraba cada vez más nerviosa.

—Van a opinar de lo que hagas y de lo que digas —siguió Daphne —. Si haces algo que quieras ocultarle a Daniel, ellos se lo dirán. Sobre todo si es vergonzoso para él.

Katie la miraba cada vez más confusa.

—¿Algo vergonzoso? No voy a hacer nada vergonzoso.

Daphne se encogió de hombros.

—Lo harás. Lo hacen todos. Constance lo hizo. Y Nessa.

—¿Qué? —Katie sintió que el rubor se iba extendiendo por todo su cuerpo.

—Lo que quiere decir Daphne —repitió Alison, nombrándose su traductora oficial, dando tantas vueltas como siempre, es que no os beséis en público.

—¿Qué? —repitió la otra, cada vez más roja.

—Y cuida mucho lo que le dices delante de los chicos —se unió Eilidh—, cosas que incluyan la palabra «amor» sobre todo.

Nuna la cogió de la mano y se la apretó con cariño, pero ese gesto, lejos de tranquilizarla, hizo que las advertencias de las otras tuvieran mucho más peso. Su corazón se aceleró y volvió a fijar la mirada en la ventanilla buscando a Daniel. Iba a tener que responder a muchas preguntas.

Cuando tomaron el camino que llevaba a la casa de los O'Sullivan, se propuso dejar de pensar en cosas que no habían pasado y centrarse solo en disfrutar del día. Descendieron del carruaje, el aire olía a turba húmeda, a leña recién cortada y a resina. Katie vio un

conejo que se escondía entre los arbustos bajos y un grupo de ovejas de cara negra que las observaban desde un prado. El sol, débil pero brillante, filtraba su luz con una calidez engañosa. Iba a ser un día claro, no había en el cielo una sola nube.

Los hombres bajaron de los caballos y Daniel le dedicó una sonrisa que aceleró su corazón al instante. Alasdair le dio una palmada en el brazo para despertarlo de su embeleso y Katie sonrió con timidez, dándose la vuelta. Daniel la vio dirigirse a la casa de los O'Sullivan con las demás mujeres y su corazón se estremeció de gusto. Se había pasado la noche dando vueltas en la cama, pensando en lo que se dijeron, recordando el sabor de su boca, el tacto de su piel en los dedos. No había podido resistirse a abordarla tras el desayuno. Cuando la vio dirigirse a su cuarto para coger sus cosas, corrió escaleras arriba como un muchacho y la tomó en sus brazos, ansioso por besarla.

—Para de una vez —le espetó Alasdair que, al parecer, podía leerle el pensamiento.

Owen se acercó a ellos con paso rápido y una sonrisa burlona.

—¿Es cierto? ¿Katie y tú vais a casaros?

Daniel asintió con cara de bobo.

—¿Quién te lo ha contado? —preguntó Alasdair.

—Daphne.

—¿Quién si no? —se rio su amigo.

—Solo Heather puede parar su lengua —dijo Cai tirando de su caballo para llevarlo a las cuadras.

—Mira qué suerte —dijo Craig siguiendo a su primo—. Este año no voy a ser yo el único del que se burlen.

Daniel los siguió consciente de que iba a necesitar una enorme dosis de paciencia para sobrevivir los próximos días. Pero estaba tan feliz que nada de eso le importó lo más mínimo.

CAPÍTULO 29



Su espalda chocó contra el árbol y la sostuvo pegada a su cuerpo mientras tomaba posesión de su boca. Había aguantado toda la mañana. La había visto reír a carcajadas, jugar con sus primas y su hermana. La había visto picotear en las mesas que Violet había hecho colocar bajo toldos para que estuviesen resguardadas. Todo eso lo había puesto en un estado de anhelo tan extremo que, en cuanto vio la oportunidad de secuestrarla sin que nadie pudiese impedirlo, la arrastró hasta ese grupo de árboles detrás de la casa y se lanzó a por su boca como si le faltase el aire.

Katie trató de apartarse sin poder contener la risa, pero él no se lo permitió y la agarró por la nuca, mirándola a los ojos con los suyos entrecerrados.

—¿Vas a alguna parte?

—¡Estás loco! —exclamó.

—Absolutamente —dijo él con voz ronca y volvió a besarla.

Ella se aferró a las solapas de su chaqueta y él gimió cuando se atrevió a buscarlo con la lengua. ¿Podía haber algo más delicioso

que aquella torpeza suya? ¿Aquella timidez con la que se entregaba? Casi no podía soportar la idea de tenerla desnuda entre sus brazos. La imaginaba roja de vergüenza la primera vez que su boca se apropiase de sus partes más sensibles. Gruñó contenido y la apretó contra su cuerpo una sola vez antes de apartarla con firmeza, pero sin soltarla. Katie lo miró con una mezcla de desilusión y temor.

—¿Qué pasa? ¿Tan mal lo hago? —preguntó anhelante—. Ten paciencia conmigo.

Daniel se mordió el labio y resopló, devolviendo parte del aire que había absorbido.

—Ni te imaginas la paciencia que tengo —susurró soltándola despacio—. En nuestra noche de bodas te contaré con todo lujo de detalles todas las cosas que haces mal. Prometo marcar cada punto que haces terriblemente mal y que me pone en una situación insoportable cuando te tengo cerca.

Ella sonrió y se meció sobre sus pies.

—¿Insoportable? Yo te veo perfectamente.

—¿Me ves «perfectamente»? ¡Oh, desde luego! —Señaló su ajustado pantalón, que en ese momento tenía una evidencia inapelable de su incomodidad.

Katie se sonrojó hasta el cuero cabelludo y se cubrió la boca para ahogar una exclamación.

—Se van a dar cuenta de… eso —dijo mirando a su alrededor con la voz amortiguada por sus manos.

—Ya lo creo que se van a dar cuenta. Y si no me calmo, mis primos se encargarán de convertir este día en un infierno para mí.

—¿Por qué lleváis pantalones tan ajustados y chaquetas tan cortas? —dijo ella sin ocultar su risa—. Sois tontos.

—Eso, tú ríete de mí. Es lo que me faltaba.

—¿Te duele? —preguntó curiosa.

—¿Que si me…? ¡Pero qué clase de pregunta es esa!

—¿Qué pasa? No tengo mucha información al respecto. Sé que eso que te pasa es… normal, tengo dos hermanos. Pero nunca les he preguntado al respecto, claro, y no sé si os causa algún tipo de dolor.

—No, no me duele. Al menos no es un dolor como los demás… es otra cosa. ¿Podemos dejar de hablar de mi anatomía, por favor?

—Tú has sacado el tema.

Daniel resopló poniéndose las manos en la cintura y sin esconder aquello que seguía de un tamaño del todo excesivo. Katie se colocó de perfil a él para no mirarlo. Por algún motivo que no alcanzaba a entender, sus ojos iban todo el rato a esa parte tan perturbadora de su anatomía.

—Tenemos que poner fecha para nuestra boda. Cuanto antes.

Katie asintió.

—Deja de sonreír —ordenó él.

Ella trató de ponerse seria, pero cuanto más lo intentaba, más evidente era su dificultad para contener la risa. Daniel se recostó en un árbol y apoyó el pie en el tronco, observando el entorno para relajarse. El corazón siguió bombeando sangre en dirección a su entrepierna un rato más, pero finalmente las aguas volvieron a su cauce y pudo respirar tranquilo.

—¿En qué piensas? —preguntó sin moverse de donde estaba.

—En mis hermanos. En que me gustaría que estuviesen aquí. Que viesen este lugar —giró la cabeza para mirarlo—. Que te conocieran.

—¿Quieres invitarlos a la boda?

Katie lo miró un momento más antes de asentir. Daniel bajó el pie al suelo y se acercó a ella con paso tranquilo.

—Iré a ver al juez y le pediré tu mano.

—¡¿Qué?! ¡No! —exclamó ella asustada.

Daniel torció una sonrisa burlona.

—¿No? ¿Por qué? ¿Temes que le dé un puñetazo?

—No puedes ir a verlo, Daniel. No quiero que te acerques a él.

—¿Por qué? No va a hacerme nada.

—Por favor —suplicó ella—. Podría decirte algo que…

Daniel entornó los ojos, mirándola con suma atención, ya no había rastro de su sonrisa.

—¿Por qué huiste de él, Katie?

Ella dio un paso atrás y su expresión de terror provocó un escalofrío en la espalda de Daniel.

—Vamos a casarnos. No debería haber secretos entre nosotros.

Katie negó con la cabeza cuando él hizo ademán de agarrarla del brazo, y Daniel dejó caer la mano a un costado de su cuerpo.

—¿No vas a contármelo?

Ella volvió a negar y él apretó los labios.

—¿Sabes que voy a imaginarme cosas mucho peores de lo que sea que pasó? Mucho peores, Katie.

Ella volvió a negar. Estaba tan tensa que sus músculos la agotarían enseguida.

—Por Dios, Katie, cuéntamelo.

—No… puedo.

—¿No confías en mí?

—Te amo y confío en ti, pero no puedo hablarte de ello.

Se dio la vuelta para alejarse, pero Daniel la sujetó del brazo y la obligó a mirarlo.

—Sí puedes.

—No… —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Katie, mírame bien. —Puso una mano en su mejilla—. No haré nada que tú no quieras que haga. Nunca. Te doy mi palabra. Pero necesito que confíes en mí.

—Es horrible. Es despreciable. Es… —Sacudió la cabeza tratando de borrar esas imágenes de su cerebro—. Prométeme que no harás nada al respecto.

—Katie…

—Prométemelo o te juro que no te lo contaré jamás.

Le sorprendió verla tan decidida.

—Te lo prometo —aceptó.

—Se propasó conmigo.

El hielo petrificó sus ojos y la mano que acariciaba su mejilla.

—¿Cómo? —preguntó confuso—. ¿Qué quieres decir?

—Mi hermana lo impidió —siguió ella como si no hubiese escuchado su pregunta—. Le gritó que me soltara o avisaría al servicio.

Daniel la soltó mirándola con los ojos entornados.

—¿Qué… hizo?

Katie se separó de él. No quería tener sus manos cerca mientras hablaba de eso.

—Me arrinconó en el sofá y… me besó. Nunca en toda mi vida me había hecho una caricia. Jamás. Las únicas veces que me tocó fue para hacerme daño. Hasta ese día —su voz no tenía entonación, era fría y distante—. Me dijo que me había vuelto una joven muy hermosa y deseable, que cualquier hombre querría tenerme a su lado. Y entonces me puso una mano en… —Señaló uno de sus pechos y desvió la mirada—. Yo estaba en shock, me quedé petrificada tratando de asimilar lo que estaba pasando. Beth entró en el salón y vio cómo forcejeaba con él para quitármelo de encima. Gritó horrorizada llamando su atención y entonces él se apartó y trató de fingir que todo era normal. Yo vomité en la alfombra y él me insultó ordenándome que lo limpiara. Después se marchó.

—Hijo de puta —masculló Daniel apretando los puños—. Malnacido. Desgraciado. Voy a matarlo.

—Daniel…

El pecho del escocés subía y bajaba agitado, sus ojos lanzaban llamaradas de hielo y todo su cuerpo estaba en modo de ataque.

—Daniel… —repitió ella.

—¡Maldita sea! —exclamó dándole la espalda mientras se metía los dedos en el pelo y tiraba de él tratando de calmarse.

—Mis hermanos y yo comprendimos que era peligroso para mí seguir en aquella casa. Por eso me fui. Lo de obligarme a casarme con el juez Armstrong surgió en la cena de esa noche, y sé que lo dijo para castigarme por ponerlo en evidencia frente a sus hijos.

Daniel la rodeó con sus brazos y la acunó en ellos para darle la seguridad que necesitaba, y Katie se aferró a él, aliviada por habérselo contado todo al fin.

—Ahora entiendo por qué tus hermanos permitieron que te marcharas —musitó él contra su pelo.

—Tenía que irme. No solo por mí. Arthur ya es casi un hombre, no iba a quedarse de brazos cruzados si mi padrastro volvía a intentarlo. No me dejaban sola ni un momento, se turnaban para estar siempre a mi lado. —Se apartó para mirarlo a los ojos—. No tenía ninguna intención de casarme con el juez Armstrong y así se lo dije a mi padrastro. Si hubiese seguido allí, al final todo hubiese explotado de algún modo y no quería poner a mis hermanos en peligro.

Daniel asintió.

—No puedes ir a verlo —dijo ella—. No quiero que tengas el menor contacto con él, Daniel. Le escribiré una carta explicándole

que vamos a casarnos y pidiéndole que deje a mis hermanos venir a la boda, nada más. También escribiré a Beth, Arthur y George para contárselo todo.

Daniel entornó los ojos mirándola con atención.

—Ya no tienes nada que temer de él. No dejaré que vuelva a hacerte daño. Nunca. Ahora estás a salvo.

Ella lo miró y la serenidad que mostraba su rostro estaba coronada por una mirada gélida. Dio un paso atrás para alejarse de él.

—Tú no lo conoces, Daniel. Eres un hombre bueno, justo y compasivo. Mi padrastro no tiene ninguna de esas virtudes. No le ha temblado nunca el pulso a la hora de hacer daño. Ha castigado a personas inocentes para beneficiar a un conocido. Es un hombre cruel que disfruta con el sufrimiento ajeno. Sabe cosas de todo el mundo. Se rodea de gente que puede aportarle información de otros. Tiene una red de informantes enorme, que se extiende hasta Londres pasando por Edimburgo. ¿Cómo crees que puede hacer lo que hace? Todo el mundo sabe que dicta sentencias injustas y nadie hace nada. ¿Por qué crees que es? ¡No se atreven a contrariarlo! Ni siquiera yo me atrevo. Me vuelvo un ratón asustado cuando estoy frente a él. No te gustaría si vieras la persona que soy en esa casa. Hasta mi cuerpo es distinto, más pequeño y débil.

La agarró del brazo y tiró de ella para pegarla a su cuerpo.

—Voy a decirte varias cosas que espero que grabes en esta cabecita tuya —dijo con dureza—. La primera es que no vuelvas a alejarte de mí cuando hables de lo que te hace daño. Y la segunda es que te prohíbo hablar mal de ti en ninguna circunstancia. Tú no eres un ratón asustado y, desde luego, no eres débil. Una persona débil se habría dejado destruir, se habría convertido en un fantasma, en una sombra. Una persona débil sería cruel con los demás por el daño que le han hecho. Tú no eres una persona débil, eres la persona más fuerte que he conocido en mi vida.

Las lágrimas anegaban los ojos de Katie y se agarró a las solapas de su chaqueta con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Basta, Daniel McEntrie —sollozó—. Basta de hacer que te quiera cada día más. Mi corazón no puede soportar tanto amor, ¿no lo entiendes? Se va a quebrar si sigues haciendo esto.

La envolvió en sus brazos y ella ocultó el rostro en su pecho. Si pudiera elegir un lugar en el que quedarse, sería exactamente ese.

CAPÍTULO 30



—¡Y una mierda, he ganado yo! —gritó Owen con las manos en la cintura y una expresión que no presagiaba nada bueno.

Alasdair se reía a carcajadas, doblado sobre sí mismo.

—Serás desgraciado —masculló su amigo al ver que se lo estaba pasando en grande a su costa.

—La daga de Alasdair ha tirado la tuya al golpear el tronco —dijo Craig—. Las reglas son las reglas, Owen.

—Yo he dado en la marca, él se ha quedado un poco por encima.

—Deja de lloriquear y acepta la derrota —dijo su amigo.

Zinnia corrió hasta su hermano y lo abrazó por la cintura. Tenía los ojos llenos de lágrimas y, al verla, Owen cambió de expresión al instante.

—¿Qué pasa?

—No es justo. Te hacen trampas. Tú has tirado mejor.

Owen sonrió con cariño y le acarició el rostro apartándole el pelo de la cara.

—Solo es un juego.

—Pero no es justo —golpeó el suelo con el pie y miró a Alasdair enfadada—. Eres un tramposo.

—¡Oye! —exclamó él fingiendo molestarse—. Son las reglas del juego, si la daga se cae no cuenta.

—¡Tú la has golpeado a propósito porque sabías que su tiro era el mejor!

—No soy tan habilidoso, pero gracias por pensarlo. ¿Ya te has olvidado de que me ofrecí a salvarte de la señora Brown?

La niña entornó los ojos mirándolo con inquina y luego abrazó a su hermano apoyando la mejilla en su estómago.

—Eres mejor que él en todo, por eso solo puede ganarte haciendo trampas.

Owen miró a su amigo con orgullo y el otro le devolvió la mirada molesto.

—Eso no es justo —dijo Alasdair muy bajito y miró a su alrededor hasta dar con los ojos de su hermana, esperando que ella lo defendiera.

Eilidh enarcó una ceja y se dio la vuelta para marcharse, ni loca se metería en los asuntos de esos dos. Alison se unió a ella y juntas fueron hacia la casa.

—He visto a Daniel y a Katie besándose —dijo en tono bajo y adornado de risas.

—¿Qué? ¿Dónde?

Alison señaló hacia los árboles y siguió riéndose con las mejillas arreboladas.

—Ha sido… extraño.

—Has visto besarse a muchas parejas.

—Sí, pero Daniel… Es tan serio y tan comedido. Y Katie… Aún no me hago a la idea de que vayan a casarse.

—Nuna está muy contenta.

Entraron en la casa y se dirigieron al salón del que provenía una agradable música.

—Están bailando un reel escocés, ¡vamos a unirnos! —Eilidh cogió a su prima de la mano y tiró de ella llevándola a la carrera.

Elizabeth las vio entrar y unirse al grupo y sonrió con cariño. Enid, sentada a su lado, observó a su hija con preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó Elizabeth.

—Alison está muy rebelde últimamente. Desde que Nessa se casó y Anthony se fue a estudiar a Edimburgo, solo tiene a Benjamin, y nunca la ha entendido tan bien como Anthony. Discuten mucho y ya sabes cómo dice las cosas ella…

—¿Quieres que hable con…?

—No, no —se apresuró a responder—. Si sabe que te he dicho esto, se enfadará muchísimo conmigo. No sé a quién ha salido para ser tan intransigente.

—Tiene dieciocho años, es una niña aún.

—¿Niña? Ya podría estar pensando en casarse.

—No digas tonterías, no quieres eso para ella. Además, ¿hay algún candidato?

Enid negó con la cabeza.

—Espanta a todo el que se le acerca, es todo lo contrario a mí. Yo me enamoraba hasta de mi sombra, pero a ella no le despierta interés ningún muchacho.

—Cuando llegue el momento, eso cambiará.

Enid la miró con fijeza.

—¿Qué piensas de lo de la boda de Daniel? ¿No crees que es un poco precipitado todo?

—Sí.

—¿Y no vas a decirle nada?

—Hablaré con ellos cuando regresemos. Sé que ese hombre es horrible y que no merece que su hijastra lo perdone, pero también

sé el dolor que causa el rencor. Yo odié mucho a mi padre por no reconocerme, pero sobre todo por el daño atroz que le causó a mi madre y a mi abuelo. Y ese odio me habría destruido de no haber sido por Meredith y Frederick. Ellos me enseñaron a perdonar, me hicieron entender que el más perjudicado en aquella historia fue el barón. Podría haber tenido una familia que lo amase y eligió vivir rodeado de desprecio y desafecto.

—¿Te pidió perdón? —preguntó Enid.

Elizabeth asintió pensativa, y sus recuerdos la llevaron muy lejos de allí, cuando todavía era una niña.

—Algo así. Cuando nació Emma, me dijo que sentía no haber sido el hombre que merecía mi madre. Supongo que era una especie de disculpa. Nunca me reconoció como su hija ni me trató como tal, pero sí fue amable.

—Y aun así, lo perdonaste.

—Y creo que para Katie todo será mucho más fácil si perdona a su padre también. Es una buena hija y merece tener a sus hermanos cerca. Ellos la quieren y son su única familia.

—¿De verdad piensas que debe perdonarlo? Tu padre nunca te golpeó, Elizabeth. Se me pone el vello de punta solo de pensarlo.

Elizabeth suspiró pensativa, pero su rostro mostraba a las claras que a ella también le repugnaba.

—No digo que lo tenga en su vida, de ningún modo, cuanto más lejos mejor. Pero el odio no trae nada bueno a quien lo padece.

Enid volvió a poner los ojos en su hija, que danzaba patosa por el salón. Debía reconocerlo, Alison no había heredado ninguna de sus cualidades, aunque para ser justos, tampoco había heredado sus defectos. Suspiró, consciente de que lo segundo no la aliviaba lo más mínimo.

—Me da terror pensar en que mis hijos se equivoquen al escoger de quién enamorarse.

—Nessa lo ha hecho muy bien —dijo Elizabeth sonriendo con cariño—. Nathaniel la adora.

—Ojalá todos mis hijos tengan la misma suerte. Deberían avisarnos de que el sufrimiento de una madre no acaba nunca.

Elizabeth sonrió con dulzura mirando a Nuna, que saltaba entusiasmada agarrada a su prima Eilidh.

—Y la alegría tampoco.

CAPÍTULO 31



Craig aguantó estoico el discurso de su abuela. Estaba acostumbrado a sus muestras públicas de afecto desde que era niño y había desarrollado una coraza que lo hacía inmune a las crueles bromas de sus primos a su costa. Augusta lo miraba con una petición de perdón en los ojos y él le sonrió con cariño para transmitirle tranquilidad.

—…es el mejor de los nietos y, aunque los quiero a todos por igual, siempre va a ser el primero que me llamó abuela…

—¡Con solo seis meses! —corearon sus primos al tiempo que Violet.

La mujer sonrió satisfecha y levantó su copa para brindar por su nieto. Craig chocó la suya con ella y, después de dar un trago, la besó con cariño y dejó que lo abrazara.

Alasdair lo agarró por los hombros y lo llevó hacia los demás sin dejar que se escabullera.

—El mejor de los nietos —dijo con voz solemne—. Creo que tu primo Callum no opina lo mismo, ¿verdad, Callum?

—A mí dejadme en paz —dijo el hijo mayor de Hayden, el hermano pequeño de Augusta, alejándose de ellos—. Cada año el mismo jueguecito.

Craig lamentó no poder seguirlo y se dejó arrastrar por Alasdair hasta la casa.

—Venga, no seas idiota —dijo Cai llenándole la copa cuando estuvieron en el salón—. Brinda por el mejor nieto de la historia.

—¿Esto acabará algún día? Porque ya tenemos una edad…

—¿Una edad? —Alasdair lo señaló con el dedo de la mano que sostenía su copa—. Habla por ti.

—Precisamente. Deberíais tratarme con más respeto. Soy el mayor de los que estamos aquí.

—Hablando del otro anciano, ¿dónde está Daniel? —preguntó Cai —. No estaba en el brindis y eso que tu abuela pasa lista.

—A Katie tampoco la he visto —dijo Alasdair con mirada perversa.

—Hace un rato los vi ir hacia los árboles de detrás de la casa —dijo Murchadh.

—¿Qué? —Alasdair se volvió hacia él con expresión sorprendida—. ¿Tan pronto?

—¿Pronto para qué? —preguntó John fingiendo inocencia.

Su hermano le dio una colleja.

—Tú no preguntes.

La puerta del salón se abrió y apareció Daniel con expresión furibunda. Se fue directo al mueble de las bebidas y escanció una buena dosis de whisky en un vaso. Todos lo observaron en silencio. Esperaron hasta que hubo bebido y se giró hacia ellos.

—¿Qué? —espetó con rabia.

—Vaya —dijo Owen—, parece serio.

—¿Habéis tenido vuestra primera pelea? —preguntó Alasdair—. Pronto podréis resolverlas como es debido, ten paciencia.

—No estoy de humor para que me toquen las narices —advirtió Daniel.

—No se lo tengas en cuenta, el pobre ha crecido con las peleas de sus padres, que siempre acaban en el dormitorio —dijo Craig burlón.

—Estoy seguro de que a mi padre le encantará saber lo que acabas de decir —ahora fue Cai el que respondió.

Craig lo miró enarcando una ceja, pero ni así consiguió ocultar el relámpago de temor que cruzó por delante de sus ojos.

Daniel bebió otro trago antes de sentarse en una butaca. Todos sabían que, si estaba allí, era porque necesitaba que se metieran de

lleno en sus asuntos. Alasdair arrastró una silla y la colocó frente a él, mientras los demás hacían lo propio en muebles adyacentes.

—¿Qué pasa? —preguntó Craig—. No es un tema romántico o no estarías aquí.

Daniel lo miró con cara de querer morder a alguien y su primo suspiró.

—Se me da muy mal la adivinación, Daniel, ahórranos trabajo.

—Ya sé por qué Katie se escapó de casa. Ese malnacido… —mordió cada palabra—. Quiero matarlo, quiero darle una paliza y verlo suplicar con la cara cubierta de sangre. Quiero…

—Vale, vale —lo paró Craig con un gesto—. Lo pillamos. Supongo que hablas de su padrastro.

—¿Qué le hizo? —El rostro de Alasdair era una máscara de piedra.

Daniel bebió otro trago sin responder, mientras desviaba la mirada hacia Benjamin. Owen miró a Murchadh, que asintió.

—Ven, Benjamin —dijo Murchadh agarrando al muchacho por los hombros—, vamos a buscar un pedazo de tarta.

El pequeño de los McEntrie lo miró ceñudo.

—No me gusta la tarta.

—Pero a mí sí, no querrás que me la coma solo.

Los dos salieron del salón y Cai volvió a mirar a Daniel en cuanto se cerró la puerta.

—¿Tan fuerte es? —preguntó con un tono demasiado contenido.

—¿Se propasó con ella? —Alasdair tenía los puños cerrados y miraba a su primo con fijeza.

Daniel frunció el ceño, sorprendido de que lo hubiese adivinado.

—Un hombre que es capaz de hacer daño a una niña es capaz de todo —respondió el otro endureciendo aún más su expresión—. ¿Es eso?

Su primo afirmó con un gesto de cabeza.

—¡Hijo de…!

—No consiguió nada —lo cortó Daniel—. Ella se resistió y su hermana llegó a tiempo.

—Ahora entiendo que se escapara —musitó Cai.

—Menudo desgraciado —dijo Owen con desprecio.

—Voy a matarlo. —Daniel apretaba el vaso peligrosamente—. Y voy a hacerlo con dolor.

El vaso se hizo pedazos en su mano y el whisky se vertió sobre el sillón, mezclado con la sangre que brotaba de una herida.

—Mierda —musitó mirando el cristal clavado en la palma de su mano.

Alasdair se apresuró a revisarle la herida y quitó el fragmento con cuidado.

—Al menos el whisky ayudará a evitar que se te infecte —bromeó.

Sacó un pañuelo limpio de su bolsillo y le envolvió la herida con él. Daniel apartó los cristales que tenía sobre las piernas y en el asiento y los dejó caer al suelo sin miramientos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Craig.

—¿Vamos? —Daniel lo miró interrogador.

—Ni sueñes que vas a ir solo a por ese malnacido.

—Katie no quiere que me acerque a él.

Alasdair lo miró ceñudo, sentándose de nuevo.

—Yo voto por darle una paliza. Luego ya te preocuparás de que Katie lo entienda.

—No digas tonterías —dijo Cai mirándolo severo—. Es juez. Nadie va a ir a darle una paliza. ¿Queréis que vayamos todos a la cárcel? Díselo tú, Craig.

—Cai tiene razón, eso es una estupidez —afirmó el abogado encogiéndose de hombros—. Pero si vais, yo me apunto.

—Y yo —se unió Owen.

—¿Qué? —Cai abrió la boca para protestar, pero finalmente miró a Daniel con las manos en la cintura y una expresión derrotada—. Cuenta conmigo también.

—Y con…

—Tú te callas —le dijo Cai a John señalándolo con el dedo—. Ni una palabra o se lo digo a mamá.

—Nadie va a ir a ninguna parte —dijo Daniel—. Katie quiere hacerlo a su manera y no haré nada que la haga sufrir. Ya ha tenido bastante dolor en su vida.

Los otros cinco estaban de pie frente a él con una clara resolución en los ojos.

—Además… —Enderezó la espalda en el asiento—. Sentaos todos, me va a doler el cuello de mirar hacia arriba.

Esperó hasta que todos estuvieron a la misma altura.

—Katie dice que el juez tiene información de mucha gente importante. De otros jueces, de políticos, de aristócratas y empresarios…

—Eso explicaría por qué hace lo que le da la gana en su tribunal —afirmó Craig.

—Teme que, si nos involucramos, consiga algo contra nosotros. Deberíamos estar preparados.

Alasdair miró también a Craig.

—¿Hay algo que pueda usar? ¿Nuestras cuentas están bien?

Su primo lo pensó unos segundos antes de responder.

—Mi padre y yo llevamos la contabilidad a rajatabla, pagamos nuestros impuestos y cumplimos con todas las obligaciones pertinentes. No hay nada mal en nuestras finanzas. Por ahí no encontrará nada.

—Tu padre estuvo en prisión —recordó Alasdair.

—Pero no hubo cargos, se descubrió que todo había sido un montaje y una manipulación de los MacDonald —respondió Craig de nuevo. Se apoyó en el respaldo y se frotó la mandíbula—. No creo que haya nada que pueda usar contra nosotros. Aun así, voy a revisarlo todo a fondo, por si se me escapa algo. Pero ahora id a curarle esa herida, mientras yo me encargo de limpiar esto. No quiero que mi abuela lo vea así.

—Dejemos al mejor nieto del mundo arreglando este desaguisado, para que su abuela no se disguste —dijo Alasdair haciendo un gesto a los demás para que abandonaran el salón.

Craig lo ignoró por completo, como era su costumbre.

CAPÍTULO 32



Daniel amaba a su madre con toda su alma y sabía que cualquier cosa que dijera saldría desde lo más profundo de su corazón y no tendría intención de dañarlos. Pero su ánimo no era el mejor para una conversación de aquel tipo, después de lo que había descubierto el día anterior en el picnic de Craig.

—Sentaos, por favor —pidió Elizabeth.

Katie se sentó a su lado en el sofá y Daniel optó por una butaca frente a ellas.

—En primer lugar, quiero que sepáis que solo me importa vuestra felicidad y que os apoyaremos en lo que decidáis. Sea lo que sea.

Katie asintió con vehemencia. Estaba muy agradecida por cómo habían recibido la noticia y aceptaría cualquier cosa que quisiera decirle. Miró a Daniel con preocupación, sabía el profundo disgusto que tenía después de su conversación del día anterior.

—No quiero incomodaros. Relajaos, por favor. Estáis muy tensos. Acepto que no quieras contarme lo que te pasó ayer —dijo señalando la mano vendada de Daniel—, pero sabed que podéis

confiar en mí y que no os presionaré de ningún modo si decidís contarme qué os pasa.

Katie desvió la mirada y Daniel le hizo un gesto a su madre para pedirle que dejase el tema.

—Está bien —aceptó—. Hablemos de la boda, entonces. Las circunstancias de Katie son… muy sensibles. Entiendo por todo lo que has pasado y comprendo la impaciencia de mi hijo para que formes parte de esta familia cuanto antes. Yo misma estoy deseando acogerte como a una hija. Pero creo que debemos pensarlo todo muy bien.

—¿Pensar qué, mamá? —Daniel intentó no sonar cortante.

Elizabeth tardó unos segundos en contestar.

—Quizá podríamos buscar el modo de que el padrastro de Katie… acepte el matrimonio.

—¿Quieres que Katie lo perdone? —La dureza en la voz de su hijo sorprendió a Elizabeth.

—Daniel, sus hermanastros son su única familia. Si no llega a un entendimiento con ese hombre, no podrá tenerlos cerca. —Miró a Katie—. Cuando nos hablaste de Arthur, Beth y George había mucho amor en tus palabras, ¿estás dispuesta a renunciar a ellos?

Los ojos de Katie se llenaron de lágrimas como respuesta.

—¿Lo ves, Daniel? Estoy pensando en ella. A mí me revuelve las tripas la sola idea de ver a ese hombre, pero debemos pensar en Katie. Sus hermanos han sido su único apoyo hasta que llegó aquí. ¿No crees que merece un esfuerzo por tu parte?

Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero había prometido no decir nada de lo que Katie le había contado el día anterior, así que tuvo que tragárselas.

—He pensado en escribirle —dijo Katie con timidez—. No sé si servirá de algo, pero quizá cuando sepa que me caso con un McEntrie… El juez siempre ha valorado mucho el poder y el dinero. También escribiré a mis hermanos explicándoselo todo. Algún día serán adultos libres y quizá entonces quieran venir a visitarme.

—Veo que ya habéis pensado en esto —dijo Elizabeth—. Perdonadme por inmiscuirme. A veces me olvido de que no sois niños. Pase lo que pase, tenéis nuestra bendición, la de todos. Ese hombre ha hecho cosas horribles y sé que no merecería que le dedicases ni uno de tus pensamientos, Katie. No creas ni por un momento que justifico algo de lo que hizo. —Cogió sus manos y se las separó para que dejase de retorcérselas—. Escúchame bien, Katie, desde ahora seré como tu madre. Y la prioridad de una madre es el bienestar de sus hijos.

Katie agarró sus manos con fuerza, conteniendo la emoción que sentía en el pecho y que no la dejaba respirar. Asintió con la mirada

baja y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—No lloro de tristeza —aclaró intentando sonreír—. Es que nunca he sido tan feliz como ahora. Ni en mis mejores sueños imaginé que recuperaría lo que perdí al morir mi madre. Estar aquí y formar parte de esta familia tiene que ser un regalo del cielo.

Elizabeth tuvo que limpiarse una lágrima también.

—Qué tontas somos —dijo riéndose y sorbiendo por la nariz—. Escribe esa carta desde el amor, no desde el odio. El odio emponzoña a quien lo siente, lo sé bien, porque yo cometí ese error. Meredith y Frederik me ayudaron a verlo y eso es lo que intento hacer ahora con vosotros. —Se puso de pie y ellos la imitaron.

Daniel la miró con ternura cuando se acercó a él sin soltar a Katie con una mano, depositó la otra en la mejilla de su hijo.

—Cariño, sé que eres un buen hombre y que sabrás hacer feliz a esta mujer. Estoy muy orgullosa de ti y te quiero muchísimo.

Daniel arrastró su mano y besó la palma cerrando los ojos.

—Y ahora voy a dejaros solos. No hagáis nada indebido —dijo Elizabeth caminando hacia la puerta—. En cuanto me digáis la fecha, enviaré las invitaciones. Aunque, si va a ser la semana próxima, no podremos invitar a nadie de Londres. Tu tía Meredith se va a enfadar. Ya podéis ir pensando en hacerles una visita cuando estéis casados.

Cuando la puerta se cerró sin hacer ruido, Katie se volvió hacia él y lo miró con tanto amor que a Daniel se le calentaron los huesos. Ella se acercó, tomó su mano y besó la venda con delicadeza.

—Lo siento —dijo colocándola en su mejilla—. Siento el disgusto que te he dado. Y lo que sea que pasó para que te hicieras daño. ¿Por qué te hiciste daño, Daniel?

Él la llevó consigo hasta el sofá y la sentó en su regazo sin atender a sus protestas.

—Tu madre ha dicho…

—Bésame —pidió con voz ronca—. Bésame, Katie, por lo que más quieras.

Ella lo hizo. Sin pensar. Sin dudar. Posó sus labios en él, pero cuando Daniel deslizaba su lengua, ella se apartó juguetona y comenzó a acariciarle los labios con la suya.

—Peligrosa diablilla —dijo como si le costase hablar.

Katie lo hizo callar besándolo de nuevo. Lo saboreó como si de un manjar se tratase y no dejó resquicio de su boca sin probar.

—Tienes que dejar de hacer eso —dijo cuando ella se separó.

—¿Besarte?

—Deleitarte con mi boca.

—Es deliciosa.

—Katie…

—¿Qué? Lo es. Lo es. Lo es.

—¿Sabes lo que consigues al hablarme así?

—No. ¿Qué?

Daniel soltó una carcajada y un «¡Ay, Dios!» que sonó a lamento y alabanza a la vez. Se levantó dejándola en el suelo con cuidado y la empujó suavemente, alejándose dos pasos de ella. Katie lo miró disgustada, pero no se inmutó.

—¿Qué haces? —preguntó molesta.

—Protegerme de ti.

—¿Qué…? —Hizo ademán de ir hacia él, pero Daniel le señaló el lugar en el que la había dejado.

—Ni se te ocurra moverte de ahí —ordenó.

La mirada de Katie descendió hasta sus pantalones. Se rió bajito y esa risa corrió por las venas de Daniel como si se hubiese confabulado con su propia sangre.

—Eres malvada —dijo él frotándose la nuca—. No es justo, tú puedes ocultar lo que sientes, pero yo no.

—Me alegro mucho de que no puedas ocultármelo.

No pudo acabar la frase, se puso tan colorada que Daniel tuvo que hacer acopio de toda su fortaleza para no abrazarla.

—¿Ya tienes claro lo que vas a escribir en esas cartas?

Ella negó con la cabeza.

—Pero voy a seguir el consejo de tu madre. Intentaré ser sincera y transmitirle cómo me siento, pero sin recriminaciones ni odio. Lo único que sé es que quiero que mis hermanos estén conmigo ese día. Quiero que te conozcan, que vean que hay familias que se quieren y se cuidan.

Daniel asintió.

—Lo siento —dijo ella con tanta sencillez que lo desarmó—. Siento haberte dado este disgusto. Si hubiese podido evitártelo…

El escocés fue hasta ella y la abrazó. Katie se veía pequeña entre sus brazos, pero se sentía enormemente segura cuando estaba en ellos.

—No me pidas perdón. Me mata que hagas esto, Katie. No puedes cargar siempre con la culpa tú sola. Nada de esto es culpa tuya, ¿cuándo vas a entenderlo?

Katie se apretó contra su cuerpo, la mejilla en su pecho. Aspiró su aroma, inundó sus pulmones de él y sonrió satisfecha.

—¿Crees que Beth y Nuna se llevarán bien? —preguntó Daniel acariciándole la espalda con suavidad.

—No estoy segura —susurró ella.

—¿No?

—Las dos tienen mucho carácter y son muy cabezotas. En el fondo creo que por eso me llevé bien con Nuna desde el principio.

—Así que se parecen —Daniel soltó una carcajada—. Va a ser muy interesante verlas juntas.

Katie se apartó de él un poco para mirarlo.

—¿Le has contado a alguien… lo que te dije? ¿Lo que hizo mi padrastro?

—Dijiste que no querías que mi madre y mi hermana lo supieran. Solo se lo conté a los chicos. Necesitaba hablar con alguien para no hacer una locura, Katie.

—Veo que tus primas tenían razón —dijo soltándolo para dar un paso atrás.

—¿Qué te han dicho?

—Que tus primos y tú os lo contáis todo —dijo alejándose molesta.

—No nos lo contamos todo.

—¿Qué no? Ya lo creo que sí.

—Estaba furioso y necesitaba alguien con quién desahogarme.

—Y tenías que hacerlo con todos ellos. ¿No podías elegir a uno solo? ¿O aguantarte, como hago yo?

—Es como funcionamos —dijo calmado.

Katie se giró a mirarlo anonadada.

—¿Como funcionáis? ¿Me estás diciendo que va a ser siempre así? ¿Todo lo que nos pase vas a ir a contárselo a tus primos? ¡Entonces es verdad que voy a casarme con todos, no solo contigo!

—No digas eso —contuvo la risa—. Tú serás solo mía.

—¿Y si te pido que no les cuentes algo?

—Entonces no se lo contaré. —Extendió la mano para cogerla, pero ella se escabulló.

—Menos mal —dijo sin borrar su ceño arrugado—. Porque si no, esto iba a ser muy difícil. ¿Les hablas también de lo otro?

—¿Qué es lo otro?

—Lo otro —insistió y su rostro se fue coloreando cada vez más deprisa.

—¡Ah! —Carraspeó para disimular las ganas de reír que cada vez eran más difíciles de disimular—. Lo otro.

—No puedes hablarles de ello, Daniel.

—¿No? —Consiguió agarrarla y esta vez no dejó que se apartara —. ¿Entonces no puedo explicarles cómo te gusta que te bese? —Le rodeó la cintura con los brazos y la pegó a su cuerpo—. ¿Y tampoco puedo mencionarles lo que me haces con esa lengua traviesa?

—¡Daniel! —Ocultó la cabeza en su pecho muerta de vergüenza y él no pudo contener ya las carcajadas.

—¿Crees que hablo de eso con mis primos? —preguntó riendo.

—No lo sé —gimió ella.

—Tranquila, no hablaré con nadie de eso.

—¿Me lo prometes? —preguntó mirándolo con las mejillas coloradas.

—Solo si me besas.

—No.

—¿No?

La levantó del suelo y giró con ella en los brazos, y Katie lo besó sin poder contenerse. Un beso dulce que hizo que Daniel se deleitase con su lengua tal y como hacía ella.

—Ahora lo entiendo —musitó tan cerca que sus labios se rozaban.

Katie se mordió el inferior con una sonrisa pícara.

—Eres deliciosa.

—Y tú —musitó haciendo que sus narices se frotaran.

—Y muy divertida —añadió él sonriendo.

—En absoluto, soy una persona muy sosa.

—Vamos a tener que establecer una norma —dijo Daniel colocándole un mechón de pelo dentro del recogido—. No puedes llevarme la contraria cuando diga cosas bonitas sobre ti. Te permito que me contradigas si alguna vez a lo largo de nuestra vida, soy capaz de encontrar algo no bonito que decir de mi esposa. Pero solo en ese caso.

—Eres muy mandón. Ya me advirtió Nuna.

—Lo soy. Y me gusta que me obedezcan. Por ejemplo, te ordeno que ahora mismo te deleites con mi boca.

Katie apretó los labios sopesando sus posibilidades. Intentó resistirse, pero finalmente aceptó su derrota y lo besó sin recato.

CAPÍTULO 33



Katie rompió el lacre de la carta de su padre, el único que había respondido a sus misivas. Intentó que no se le notara la enorme decepción al ver que sus hermanos no le habían escrito, pero para Daniel, que esperaba al lado de sus padres, era más que evidente. La vio apoyar la carta en la mesa para que no temblara en sus manos y esperó paciente a que ella la leyera. Cuando se volvió a mirarlos, tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Él avanzó hasta donde ella estaba y cogió la carta para leerla también.

—Puedes leerla en voz alta —pidió ella.

Daniel leyó:

Querida hija,

Doy gracias al cielo al saber que estás bien. Estos meses sin tener noticias tuyas han sido una verdadera tortura. Pero, desde luego, no esperaba una noticia tan… halagüeña por tu parte. ¡Vas a casarte!

Agradezco enormemente que hayas tenido a bien escribir a este pobre hombre que no supo ser un buen padre para ti. Estoy seguro de que tu madre, allí donde esté, no va a perdonarme nunca por no haber sabido tratarte como merecías.

Tanto tus hermanos como yo mismo viajaremos a Lanerburgh para la boda, solo espero que me dejes acompañarte al altar y entregarte yo mismo al que seguro es un buen hombre, ya que tú lo has escogido.

Nos pondremos en marcha enseguida. Espero que para tu nueva familia no sea un gran problema acogernos en su magnífico castillo. De ser así, ¿podrías pedirles que nos busquen algún alojamiento mínimamente confortable?

Tu padre que te quiere,

Hugh Ramsey.

Elizabeth releyó la carta por segunda vez y miró a Katie con expresión serena.

—¿No crees en sus buenas intenciones?

Katie negó repetidamente.

—Mi padrastro solo habla así cuando está realmente furioso. Cuanto más furioso está, más suaves son sus palabras.

Dougal miró a su hijo.

—¿Qué queréis hacer?

Daniel clavó sus ojos en ella.

—Tú decides. Haremos lo que tú digas.

Katie lo pensó un momento y sus manos dejaron de temblar. Le hizo un gesto para tranquilizarlo y luego miró a Elizabeth y a Dougal, y sonrió.

—¿Les parece bien que se alojen en *Slioscreige*? —preguntó.

Elizabeth asintió devolviéndole la sonrisa.

—Me sentiré más segura si están aquí —añadió Katie.

—Sí. Así podremos vigilarlo —afirmó Dougal cruzándose de brazos.

Su esposa lo miró enarcando levemente una ceja.

—Vas a comportarte como un buen anfitrión —advirtió ella.

—Por supuesto —respondió el escocés, aunque a nadie le pasó desapercibido el tono de amenaza en su voz.

Katie sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. De todas las cosas que había vivido desde que estaba con los McEntrie, el trato y el amor que demostraba Dougal por sus hijos era lo que más la había impresionado. Ella sabía lo que era el amor de una madre, lo había sentido mientras la suya vivió, pero jamás había podido ver de cerca lo que era el amor de un padre.

—No pienso ponerme ese vestido. —Katie señalaba el precioso traje de seda que Nuna había colocado sobre la cama.

—Está sin estrenar —argumentó su amiga—. No hay tiempo de hacerte un vestido para la boda.

—Me pondré uno de los que tengo.

—De eso nada. —La miró decidida, con las manos en la cintura y una expresión inquebrantable.

—Nuna…

—Ni Nuna ni nada, no vas a llevar un vestido que ya hayas usado. Este es perfecto. ¡Es seda de Lyon! Me lo trajo Adam la última vez que vino de visita y no he tenido ocasión de ponérmelo.

Katie miraba el vestido blanco que resaltaba enormemente sobre la colcha color burdeos que Nuna tenía en su cama.

—¿No crees que me quedaría mejor el vestido azul? Mi piel es muy pálida y mi pelo oscuro resaltará demasiado con ese blanco tan luminoso.

—El vestido azul te queda precioso, es cierto, pero ya te lo has puesto. Es tu boda, no vas a llevar un vestido usado. Esto trae mala suerte.

Katie la miró burlona.

—Te lo estás inventando.

Nuna la ignoró convencida.

—Te pondrás este.

Katie movió la cabeza, incrédula. ¿Cómo podía ser tan testaruda?

Nuna la miró con fijeza. Las ojeras bajo sus ojos hablaban por ella, sabía que llevaba sin dormir a pierna suelta desde que recibió la

carta de su padre. Cada vez que escuchaba un carruaje se ponía tensa y se retorcía las manos como si quisiera arrancarse los dedos. Sin mediar palabra, la abrazó, y Kate se quedó rígida un momento ante aquel inesperado gesto, pero poco a poco sus manos encontraron el camino y la abrazó también.

—Estoy muy feliz de que vayas a ser mi hermana —dijo Nuna, emocionada—. Nunca había sentido que me faltase nada. Daniel ha sido más que suficiente para mí, y tenía a mis primas, pero ahora que estás tú me doy cuenta de que sí tenía esa carencia.

Katie se echó a reír a carcajadas y Nuna se apartó para mirarla sorprendida.

—¿De qué te ríes?

La otra no podía parar de reír, hasta el punto de que las lágrimas inundaron sus ojos. Nuna se puso las manos en la cintura de nuevo en un gesto suyo muy característico y que Katie conocía bien.

—¿Te estás riendo de mí?

—Es que cuando te pones tierna…

La otra abrió la boca y volvió a cerrarla varias veces sin dar crédito.

—¿De qué os reís? —preguntó Alison entrando en el cuarto.

—Yo no me estoy riendo —respondió Nuna con evidente malhumor.

Una enorme sonrisa se dibujó en el rostro de Alison, la risa de Katie era contagiosa.

—¿Ese va a ser tu vestido de novia? —preguntó señalando la prenda.

Katie se limpió las lágrimas al tiempo que asentía.

—Es muy bonito, pero el blanco no resaltará con tu piel. Eres demasiado pálida.

—No empieces tú ahora —dijo Nuna—. Llevará ese vestido y punto.

—Vale, vale, lo que tú digas, no hace falta que te sulfures. Mamá me ha mandado a buscaros. Ella y tía Lavinia están organizando la música para el baile después de la boda y quieren hablarlo con Katie.

—Creía que sería una celebración sencilla —musitó Katie, desviando la mirada—, sin baile.

—Pues no sé de dónde sacaste esa idea —dijo Alison sorprendida —. Si vieras la que liaron para la boda de Nessa.

—Y para la de Constance —añadió Nuna—. Tuvimos hasta un mago.

Katie puso los ojos en blanco.

—Esto es sencillo para las mujeres McEntrie —dijo Alison riendo —, pero bajad conmigo ya o mi madre subirá a buscarnos y será peor.

Las tres salieron del dormitorio de Nuna y avanzaron por el pasillo con paso ligero.

—Oye —dijo Alison llamando la atención de Katie—. ¿Habéis hecho alguna clase de pacto Daniel y tú?

—¿Pacto? —Nuna puso atención—. ¿Qué pacto?

—¿No te has dado cuenta de que no se les ve nunca juntos?

Nuna miró a su amiga mientras trataba de recordar las veces que había visto a su hermano en los días anteriores.

—¡Es cierto! —exclamó.

Katie contuvo una sonrisa.

—¿Os estáis evitando? ¿Por qué?

—Es lo mejor —dijo enigmática.

—¿Lo mejor? ¿Por qué?

—Porque sí.

—Eso no es una respuesta. —Nuna la miraba inquisitiva.

Katie sabía que su amiga no iba a ceder, pero ni loca iba a responderle a eso. Aceleró el paso cuando llegaron al final de la escalera, adelantándose a las otras dos con la excusa de no hacer esperar a sus tías. Nuna se inclinó hacia Alison.

—¿Tú sabes por qué?

La otra negó con la cabeza y luego se encogió de hombros.

—Cosas de enamorados, supongo.

CAPÍTULO 34



Las ruedas del carruaje chirriaron al detenerse frente a la entrada principal del castillo. Un silencio denso precedió al descenso de sus ocupantes. Daniel estaba en la escalinata junto a Katie, sus padres y sus abuelos. Los demás se mantendrían alejados hasta que se produjese aquel primer encuentro.

El primero en bajar fue Arthur. ¿Cómo era posible que hubiese crecido tanto en esos meses? Parecía tan alto como Daniel, aunque no tan fuerte. Su hermanastro la miró un instante y enseguida se inclinó para saludar a los allí presentes. Después ayudó a descender a Beth, sosteniéndole la mano. Katie observó que su hermana estaba rígida y no levantaba la mirada del suelo. Beth hizo una ligera genuflexión y se colocó al lado de Arthur. Katie contuvo la respiración. ¿Estaba más delgada? Sin duda, lo estaba. Se moría de ganas de correr a abrazarla, pero se mantuvo inmóvil. George bajó sin ayuda y miró a su hermanastra con semblante preocupado antes de saludar cortésmente, igual que sus hermanos. Tenía profundas ojeras, lo que le ocurría siempre que no dormía bien.

Cuando el juez bajó del carruaje con una solemnidad casi teatral, Katie sintió que le temblaban las rodillas. Vestía con elegancia, como siempre, y extendió los brazos gesticulando en exceso.

—¡Qué maravilla! —exclamó mirando el castillo—. ¡Qué esplendor! Debe de ser maravilloso poder vivir en un lugar con tanta historia.

Caminó hacia los anfitriones seguido por sus hijos. Ni una sola vez miró a Katie, que sentía su desprecio como algo palpable.

—Señor McEntrie, tanto yo como mis hijos le agradecemos su hospitalidad.

—Sean bienvenidos —dijo Craig respondiendo al saludo—. Mi esposa, Olivia.

El juez la saludó con efusividad y Olivia respondió como si no se le revolviesen las tripas.

—¿Quién es el afortunado que hará de mi hija una mujer decente? —preguntó mirando a los presentes como si no lo tuviese claro.

—Señor Ramsey —lo saludó Daniel cortésmente.

No había la menor calidez en los ojos de Daniel, y la firmeza con que le estrechó la mano no pasó desapercibida para el juez.

—Le presento a mis padres, Dougal y Elizabeth McEntrie.

Dougal tuvo que hacer un esfuerzo para no estrujarle la mano y su esposa lo compensó con su dulzura acostumbrada. Ya no podía retrasarlo más, así que el juez se volvió hacia su hijastra.

—Querida Katie… —dijo acercándose a ella. Le cogió la cara entre las manos mirándola con fijeza.

Antes de que Daniel interviniese, Katie se apartó con gesto firme pero educado. El juez le tomó la mano y se la besó. Después se volvió hacia sus hijos y les hizo un gesto para que subiesen los escalones de la entrada.

—Estos son mis hijos. Arthur, Beth y George.

Los tres jóvenes saludaron con educación y Arthur miró a su hermanastra antes de hablarle.

—Estamos muy contentos de verte, Katie. Te ves… —Sonrió sincero, pero su mirada era triste—. Muy bien.

—Me alegra muchísimo que estéis aquí.

—Vamos, vamos —dijo el juez interrumpiéndolos—. Ya habrá tiempo de ñoñerías. No aburramos a nuestros anfitriones con nuestras cosas de familia.

—¿Quieren ver sus habitaciones? —preguntó Olivia guiándolo hacia el interior de la casa—. Si quieren descansar del viaje y refrescarse para el almuerzo…

—¡Oh! Sí, por favor, sería maravilloso.

—¿Podría hablar contigo un momento, Beth? —preguntó Katie acercándose a su hermana.

El juez se detuvo y todos lo imitaron.

—Claro, hijas, id a hablar, seguro que tenéis muchas cosas que contaros.

A Katie le sorprendió su predisposición, pero aún le sorprendió más la respuesta de Beth.

—¿Te importa si hablamos en otro momento? Estoy cansada y me gustaría descansar un poco.

Katie asintió con evidente tristeza y Daniel tuvo que contenerse para no decir nada.

—Yo los acompaño —dijo Elizabeth con una brillante sonrisa—. Por aquí, por favor.

Nuna la observaba mientras acababa de arreglarse para la cena. Se había sentado en la cama y trató de no soltar un improperio cuando vio que comenzaba a desabotonarse el corpiño.

—¿Qué haces?

—Voy a ponerme el beige, este es demasiado…

—¿Demasiado qué? —la interrumpió al tiempo que apartaba sus manos de las cintas—. Estás perfecta. Te has probado todo tu guardarropa y este ha sido el elegido. ¡Katie, solo es una cena!

La otra se mordió el labio, que le temblaba demasiado. Nuna le agarró las manos y se las sacudió con cariño.

—Vamos, estás en *Slioscreige*, no hay nada de lo que…

—A mi hermana le pasa algo, Nuna. Está muy delgada. Y Arthur… Conozco esa mirada de preocupación. ¿Y George? Está claro que no está durmiendo bien. Algo pasa y es algo grave, por eso Beth no ha querido hablar conmigo. La conozco muy bien.

—Habrá sido por tu padrastro, seguro que él les ha prohibido hablar contigo.

—Sí, lo sé. Él la ha animado a hacerlo, pero conozco sus tácticas. Antes de salir les habrá dado todas las indicaciones pertinentes. Así puede comportarse como una persona decente delante de tu familia. Es un hombre perverso.

Nuna se quedó un momento pensativa.

—¿Y si hablas con Arthur? Antes de subir he visto que él y George iban con Daniel hacia las caballerizas.

Katie miró su precioso vestido verde claro, pensativa.

—¿Podrías ir a buscarlo? Sin que George se percate. —Se retorció las manos mientras buscaba el modo—. ¿Sabes dónde está mi padrastro?

—En el salón de tarde con mis padres y mis abuelos. Beth no ha salido de su cuarto. Ha pedido darse un baño y Fionna la está atendiendo. Puedo decirle a Arthur que vaya a la biblioteca para hablar contigo y tú lo esperas allí. Está en el lado opuesto al salón de tarde, no hay riesgo de que el juez se percate.

—¿Y George?

—Ya me las apañaré —dijo Nuna dirigiéndose hacia la puerta—. No te cambies de vestido, estás perfecta.

Katie la vio salir y soltó el aire que se le había acumulado en los pulmones. Se estiró el corsé y asintió para darse confianza. ¿Debería ir al cuarto de Beth y enfrentarla directamente? No sabía qué había hecho el juez, pero estaba segura de que, cuando lo descubriese, no le iba a gustar. Arthur era su mejor opción, era el más maduro de sus hermanos y seguro que la ayudaría a mantener la calma.

Daniel les hizo un recorrido por las cuadras y les mostró algunos de los mejores caballos. Arthur y George estaban visiblemente

admirados y el pequeño abrió los ojos emocionado cuando Alasdair le preguntó si quería montar alguno en ese momento.

—¿Puedo? —preguntó mirando a su hermano, que sonrió.

Daniel lo ayudó a colocar la silla en Clyde, uno de los purasangre más jóvenes, y Alasdair preparó a Tòrradh para acompañarlo.

—No os alejéis, el sol empezará a ocultarse en media hora —advirtió Daniel.

—Iremos solo hasta los acantilados —dijo Alasdair antes de ponerse en camino.

—No corras, George —gritó Arthur, y su hermano levantó una mano sin girarse a mirarlo.

—Clyde es muy tranquilo, no hay peligro. Además, Alasdair no dejará que se descontrole. ¿Quieres ver la zona de carreras y la de doma?

Arthur asintió y caminaron hacia el sendero.

—Katie tenía muchas ganas de veros —dijo Daniel, que no quería que sonase a reproche.

—Estábamos muy preocupados por ella.

—Lo imagino.

Arthur lo miró entonces sin prevención.

—¿Te ha contado…? Su vida no ha sido fácil. Por eso se marchó.

—Me lo ha contado todo —dijo Daniel para que supiera que no debía contenerse con él.

—Lo imaginaba. Vais a casaros —sonrió con timidez—. Me alegro mucho.

—Tu hermana no quería hacerlo sin antes intentar que vinierais. Sois muy importantes para ella.

Arthur se detuvo para mirarlo de frente. Daniel era apenas unos pocos centímetros más alto.

—No debería haberla dejado marchar sola —dijo con pesar—. Salí a buscarla al día siguiente, pero no sabía en qué dirección había ido.

—No —negó Daniel sin quitarle hierro a sus palabras—, no deberías haberla dejado sola. Pero sé la clase de hombre que es tu padre y entiendo que actuasteis movidos por la desesperación. Ella no tiene el menor resquemor hacia vosotros. Es demasiado generosa para eso, pero yo sí y no voy a ocultártelo. Aun así, agradezcamos que todo salió bien y olvidémoslo.

Siguieron andando unos pasos en silencio. El muchacho iba a cumplir dieciocho años en un par de meses, pero su manera de comportarse hacía que pareciese mayor. Realmente, crecer en un entorno hostil no era igual que hacerlo en una familia como la de los McEntrie. Arthur había tenido que madurar mucho más deprisa.

—Katie… ¿está bien? ¿Sufrió algún percance?

—La atacaron antes de llegar a Lanerburgh. Le robaron todo el dinero y el caballo.

Arthur se detuvo y sus ojos aterrados mostraban lo que su garganta no era capaz de preguntar.

—Por suerte —siguió Daniel—, no le hicieron daño. Eran simples ladrones y no querían… nada más. Pasó algún tiempo en Lanerburgh mendigando, hasta que unos amigos nuestros se apiadaron de ella y la dejaron dormir en su herrería.

—¿Mendigando? —Arthur estaba pálido como la muerte—. Le dimos todo el dinero que pudimos conseguir para que no tuviera penurias. Debimos darle una escopeta.

—Solo habría servido para que se la robaran también, tu hermana no le dispararía a nadie.

—¿Cómo acabó aquí?

—Vi que era una susurradora.

—¿Una qué?

Se detuvieron frente a la cuadra de Meallan y el caballo asomó la cabeza por encima de la parte fija de su puerta. Daniel lo acarició ante la atenta mirada del muchacho.

—Le habla a los caballos.

—¡Ah, eso! —exclamó Arthur asintiendo—. Sí, lo hace con todos los animales. No sabía que eso tuviera un nombre.

—Lo tiene cuando el animal la entiende. Este era un caballo salvaje, no nos dejaba ni acercarnos a él, pero gracias a Katie mi trabajo fue mucho más sencillo.

Arthur extendió la mano para acariciarlo con prevención.

—Las primeras semanas estuvo trabajando en las caballerizas —explicó Daniel—. Ella me lo pidió. Se siente cómoda con los caballos.

—Sí, le gustan mucho. Y sabe trabajar, lo ha hecho toda su vida —dijo como si se sintiera avergonzado de ello—. Katie se merece ser feliz. Más que nadie. Para alguien que tiene una familia como la tuya, debe de ser difícil de entender lo que es vivir con un padre como el nuestro.

Siguieron avanzando por las cuadras en silencio durante unos segundos.

—¿De verdad la amas? —Arthur soltó la pregunta que llevaba conteniendo todo el rato.

Daniel asintió sin subterfugios.

—Voy a casarme con ella —dijo con una sonrisa—. Y me aseguraré de que sea feliz, te lo prometo.

—¡Daniel!

Los dos se giraron y vieron a Nuna corriendo hacia ellos, con las faldas arremangadas y el pelo escapándose de su recogido.

—¿Ocurre algo? —preguntó ceñudo.

Nuna lo ignoró y se dirigió directamente a Arthur.

—Ven conmigo, Katie te espera en la biblioteca. Allí podréis hablar tranquilos antes de la cena. —Miró a su hermano—. Todos creerán que está contigo.

—Os acompaño —dijo Daniel.

—No —lo detuvo Nuna—. Katie quiere hablar con él a solas.

A su hermano no le hizo mucha gracia la idea, pero si era lo que Katie quería, es lo que harían. Arthur y Nuna se marcharon y él se quedó allí, con un montón de pensamientos rondándole la cabeza. Ver al juez le había revuelto las tripas. Normalmente era un hombre tranquilo, no se alteraba con facilidad y tenía una tendencia natural a mantener el tipo. Pero esa falsa dulzura con la que le había hablado a Katie, que escondía en realidad un tono amenazante y un evidente dominio de su familia, había sido una prueba difícil de superar. El modo en que Katie se había encogido cuando él se le acercó hizo que todo su cuerpo se tensara, dispuesto a romper, rasgar y arrancar de cuajo. Katie no era consciente del esfuerzo titánico que le exigía cumplir con lo que ella le había pedido.

Se acercó a la cuadra de Rionnag y acarició a su amigo, que se acercó a saludarlo.

—¿Tú sabías que esto de amar a alguien era tan difícil? Si lo sabías, deberías haberme avisado, ¿no crees? Menudo amigo estás hecho. —El animal le dio con la cabeza en el hombro para empujarlo y luego le mordió el borde de la chaqueta—. Vale, vale, si nunca te has enamorado no podías saberlo. Pues prepárate, amigo, porque lo vas a pasar fatal.

Katie abrazó a su hermano, que la estrechó en sus brazos con sumo cariño. Cuando se separó de él, la miraba con fijeza y una mezcla de anhelo y temor.

—¿Te robaron? ¿Tuviste que mendigar?

Katie asintió.

—¿Te hicieron daño, Katie?

—No —negó rápidamente—. No me hicieron nada, solo se llevaron todo lo que tenía de valor.

—Debiste pasar mucho miedo. ¿Por qué no trataste de regresar? Salí a buscarte al día siguiente, pero no sabía qué camino habías tomado al llegar a Drumsally. No se me ocurrió venir hasta Lanerburgh, ojalá lo hubiera hecho.

Katie se mordió el labio al ver su angustia.

—Estoy bien, Arthur. Todo ha sido para bien.

—Daniel es un buen hombre —dijo convencido.

—Sí. Lo es.

—¿Lo amas?

Katie le respondió con un gesto afirmativo y él la imitó aliviado.

—Es extraño, ¿verdad? Que vaya a casarme.

—¿Extraño? —negó él—. En absoluto. Solo necesitabas conocer a alguien inteligente.

—¿Daniel te parece inteligente?

—Desde luego.

Katie le señaló el sofá.

—¿Nos sentamos?

Lo hicieron uno frente al otro.

—¿Qué es lo que me ocultáis? —preguntó sin más preámbulo—. Beth no está bien. George tampoco. Ni siquiera tú. ¿Qué pasa, Arthur?

—George se marchará a Edimburgo en un par de meses, para empezar sus estudios. Finalmente, padre le ha dado permiso para estudiar arte.

Ahora entendía aún menos por qué el pequeño de los hermanos no se veía entusiasmado.

—Yo estoy trabajando con Sebastian Black. El tiempo que llevo con él me ha permitido familiarizarme con el día a día de un abogado y los problemas a los que se enfrentan. Cuando sea juez todo esto me servirá para entender mejor las dificultades de la gente.

—¿Finalmente vas a ser juez?

Arthur no apartó la mirada, pero tardó unos segundos en responder.

—Es el papel que me ha tocado en esta obra, Katie. Soy su primogénito.

—¿Y la arquitectura?

—Eso solo era una fantasía.

Ella trató de cogerle la mano, pero él la apartó con suavidad.

—¿Y qué pasa con Beth?

—No puedo hablarte de eso.

Katie abrió los ojos sorprendida.

—¿Qué? ¡Lo sabía! ¿Qué ocurre, Arthur?

—Tiene que ser ella la que te lo cuente. Deja que se prepare, te lo dirá cuando sepa cómo.

—Debería haberle pedido a Nuna que trajese a George en lugar de a ti. Él me lo habría contado.

—No, no te lo habría contado. Es Beth la única que puede hacerlo. Ten paciencia, lo hará.

Katie lo pensó unos segundos y finalmente asintió.

—Está bien. —Sonrió con ternura—. Entonces háblame de ti. ¿Qué es eso de que trabajas con Sebastian Black?

La puerta de la biblioteca se abrió y Nuna entró corriendo, con expresión angustiada.

—Katie, Katie, tienes que venir al salón. Daniel está con tu padre. Los demás han ido a vestirse para la cena y están solos. ¡Tienes que venir!

Katie se había levantado para ir a su encuentro, seguida por Arthur.

—¿Están solos? ¿Y…?

—¡Daniel lleva una fusta! —exclamó Nuna tirando de ella.

Katie abrió los ojos asustada y miró a su hermano antes de salir de la habitación.

—Tú no vengas —le ordenó.

CAPÍTULO 35



Daniel estaba sentado en una butaca. El tobillo derecho descansaba sobre su rodilla mientras la fusta golpeaba rítmicamente el tacón de su bota.

—No sé cómo responder a eso —decía el juez cuando las dos amigas entraron en el salón—. No soy aficionado a los caballos. Monto, por supuesto, pero solo si no puedo usar un carruaje. Prefiero el vehículo en cualquier circunstancia. Aunque las pocas veces que he usado caballo no he necesitado la fusta, no. Supongo que en una profesión como la suya será necesario a menudo para aleccionar a los animales.

—Los McEntrie no golpeamos a los caballos —lo cortó con voz fría —. Jamás.

—Daniel… —Katie se colocó de manera que él pudiera verla—. ¿Aún… no está la cena?

—No, Katie. Por eso estaba aquí charlando con tu padrastro, tranquilamente.

—Tu prometido me ha preguntado qué opino sobre el uso de la fusta. Me ha parecido una pregunta un tanto extraña, teniendo en cuenta que no monto apenas, pero he tratado de responderla lo mejor posible. ¿Qué le has contado sobre mí, pilluela?

Katie miró al juez con evidente nerviosismo y Daniel sintió que se le retorcían las entrañas.

—¿No me dices nada? Veo que tu don de la palabra no ha mejorado con tu aventura, querida. Las mujeres son muy fantasiosas, muchacho —siguió el juez, que por su expresión no parecía alterado en absoluto—. Se inventan historias todo el tiempo, no hay que hacerles caso.

Daniel, en cambio, tenía la mandíbula tan marcada que Nuna esperaba escuchar un crujido en cualquier momento. La fusta seguía golpeando su bota con la misma cadencia constante.

—Por favor —susurró Katie dándole la espalda a su padrastro para que solo Daniel la viese—. Por favor…

Estaba tan pálida que temió que se desplomase delante de él. Detuvo la fusta y respiró hondo por la nariz.

—Ya que estás aquí, querida —dijo el juez, y la espalda de Katie se envaró—, me gustaría hablar contigo de un asunto familiar. A solas.

—No. —Daniel se puso de pie y lo miró tajante.

—¿No? —El juez lo miró ceñudo y de su expresión desapareció toda hilaridad—. ¿No se me permite hablar con mi hija, a la que no he visto en meses?

—Si quiere hablar con ella, hable, nadie se lo impide.

—Tengo que tratar con ella un asunto que incumbe a su hermana. Comprende, Daniel, que debo ser cauteloso. Todavía no estáis casados.

Katie estaba temblando y sentía la mirada de su padrastro clavada en ella. Percibía la amenaza como si la llevara escrita en el pecho.

—¿Hija? ¿No vas a decir nada?

Ella se retorció las manos, pero se enfrentó a él decidida.

—La cena estará muy pronto, señor. Si lo desea, hablaremos mañana.

—¡Vaya! —exclamó sorprendido mientras se ponía de pie—. Hay que ver lo que has cambiado en tan poco tiempo. No te reconozco, hija. La Katie a la que crié no me habría contradicho nunca. Bueno… hasta hace poco. ¿Sabías, Daniel, que mi hijastra estaba comprometida con mi buen amigo el juez Armstrong? Ay, las jóvenes de hoy en día son tan desconsideradas. Juzgan a los hombres por su aspecto físico en lugar de por su valía personal. Eso en mis tiempos no pasaba.

—Ese era su deseo, no el de ella —dijo Daniel mordiendo cada una de las palabras.

—¿No el de…? —El juez rompió a reír a carcajadas—. ¿Eso qué importancia tiene? Una hija debe complacer y honrar los deseos de su padre, no los propios.

—No creo que ningún padre que ame a sus hijos sea capaz de…

Katie lo miró con los ojos muy abiertos y Daniel enmudeció al instante. Su padrastro tenía una expresión de claro enfado y respiraba con agitación.

—Espero que no estés renegando de tu familia. Yo ya tengo una edad, pero tus hermanos estarían muy decepcionados si así fuera. —Caminó hacia la puerta para salir del salón—. Iré a refrescarme antes de la cena. Esta conversación me ha acalorado un poco.

Cuando se quedaron solos, Katie se agarró al respaldo de una silla con una mano, mientras se llevaba la otra al pecho, visiblemente alterada.

—Nuna, ¿puedes dejarnos un momento? —pidió Daniel.

Su hermana asintió y salió, cerrando la puerta tras ella. En cuanto Daniel le abrió los brazos, Katie corrió a refugiarse en ellos.

—No temas nada, amor mío. —La acunó, acariciándole el pelo.

Después de unos segundos inmóvil, finalmente levantó la cabeza para mirarlo.

—Tengo mucho miedo, Daniel.

—Lo sé.

—Siento una presión en el pecho. Sé a lo que ha venido y te aseguro que no es para asistir a nuestra boda.

—Le haremos frente. Tú lo has hecho.

Era verdad que jamás lo había contradicho. No recordaba ni una sola vez que no hubiese acatado sus órdenes. Sonrió lentamente.

—Lo he hecho —susurró y enseguida una risa nerviosa se escapó de sus labios—. ¡Lo he hecho!

Daniel sonrió, contagiado por su alegría, y la meció de nuevo en sus brazos.

—Aquí no puede hacerte nada. Yo soy tu caballero y tendrás un ejército de McEntries si no soy suficiente.

—Eres más que suficiente, amor mío. Pero, por favor —pidió poniéndose seria—, no te enfrentes a él. Te lo suplico.

—Le dejaré en paz, si se comporta bien contigo.

—Escúchame, Daniel. No importa lo que pienses, no importa lo que creas, no importa nada de eso con él. Si lo conviertes en tu enemigo, no parará hasta destruirnos.

Daniel posó un beso en la punta de su nariz.

—¡No me tomas en serio! —se lamentó ella arrugando los labios.

La besó en los labios levemente.

—Daniel…

Atrapó su boca con dulzura y Katie cerró los ojos, dejándose arrastrar por aquella vorágine de emociones intensas que no podía ni sabía aún cómo asimilar. El escocés jugueteó mordiéndole los labios con delicadeza y luego la invadió con su lengua, haciéndola gemir. No había sonido en el mundo que le gustase más que ese. Katie se aferró a su chaqueta sintiendo que el suelo se abría bajo sus pies. La cabeza le daba vueltas, el corazón le latía desenfrenado y…

La puerta del salón se abrió y Dougal entró seguido de Kenneth y Brodie.

—¡Qué narices…!

Katie se apartó y se tapó la boca para ahogar un grito. Daniel contuvo una sonrisa y se frotó la nuca antes de girarse hacia su padre.

—Faltan dos días para la boda —se burló Kenneth—. ¿No podéis esperar?

—Siempre habla el que más tiene que callar —dijo Brodie burlándose de su hermano.

—Desde hoy y hasta la boda, nada de puertas cerradas —ordenó Dougal.

—Eso —afirmó Kenneth fingiendo seriedad—. Puertas abiertas.

—Estáis incomodando a Katie —dijo Daniel.

—Tengo que… —la joven huyó de ellos sin disimulo.

Dougal se quedó mirando hacia la puerta con el ceño arrugado.

—¿Qué te dije? —Miró a su hijo—. ¿Es que no te he enseñado bien?

—Si tiene que aprender modales de ti… —se burló Kenneth, ofreciéndole una copa de vino.

Dougal se giró hacia él y entornó los ojos.

—¿Crees que no puedo darte una paliza?

—Oh, sé que sí puedes, pero ¿con qué fin? Soy padre de familia, Dougal, ya no tienes que enseñarme nada. En cambio a tu hijo…

Daniel negó con la cabeza, desviando la mirada. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo su tío.

—¿Quieres una copa, Daniel? —preguntó Brodie frente al mueble con las bebidas.

—Sí, me iría bien, gracias, tío.

Kenneth señaló la fusta que estaba en el suelo junto a un sillón.

—¿Qué hace aquí esa fusta?

—La he traído yo —respondió Daniel.

Kenneth caminó hasta ponerse frente a él.

—¿Para qué?

—Para nada.

—¿Para nada? —Brodie le tendió su copa y Daniel bebió un sorbo antes de responder.

—Quería intimidar al juez.

—¿Que qué? —Dougal lo miró sin desarrugar el ceño.

Daniel resopló, preguntándose cómo sería vivir en una casa en la que no hubiese tanta gente incordiando.

—…yo solo digo que no había por qué acelerarlo todo tanto —le decía Daphne a su hermana Heather, entrando en el salón.

—A Meredith y a Frederick les habría encantado asistir a la boda —intervino Elizabeth—, pero son diez días de viaje desde Londres, más el tiempo que tardaría la carta con la invitación. Daniel y Katie no quieren esperar tanto.

—¿Tanto? —Daphne la miró enarcando una ceja—. Hay gente que espera años para casarse.

—¿Quién espera años? —Heather miró a su hermana incrédula.

—Pues Margaret MacGregor, por ejemplo. Esperó más de un año a que su prometido regresara de una misión.

—El marido de Margaret es capitán de un barco al servicio de Su Majestad, Daphne —dijo su madre sentándose en el sofá y sonriendo a su esposo, que le entregaba una copita de jerez—. Gracias, querido.

Brodie sonrió con la misma calidez y volvió al mueble de las bebidas para servir al resto de las damas.

—Yo solo digo que habría sido divertido tener aquí a los Wharton.

—La familia de Robert vino para la boda de tu hermana —apuntó Enid tomando la copa de oporto que le entregó Daniel.

—¿Dónde está Katie? —preguntó Nuna.

Su hermano hizo un ligero gesto de cabeza para que dejase el tema y Nuna miró hacia la puerta con preocupación. En ese momento llegó el juez con sus tres hijos y, mientras ellos se sentaban en uno de los sofás vacíos, el juez se acercó a Brodie, que le había ofrecido una copa de vino.

El patriarca esperó hasta que todo el mundo tuvo su bebida y levantó su vaso de whisky para brindar.

—Por la feliz pareja, para que sean muy felices y nos llenen el castillo de niños.

Daniel miró hacia la puerta con preocupación. ¿Dónde se había metido Katie?

CAPÍTULO 36



La cena transcurrió con tranquilidad. Daniel optó por permanecer callado y dejó que los demás llevaran el peso de la conversación. Caillen y el juez se enzarzaron en una pequeña discusión a cuenta de un caso legal que había sucedido poco antes sobre una herencia y George contó su aventura con Clyde, lo mucho que le había gustado montar a un purasangre como ese y que se estaba planteando comprárselo con sus ahorros. Pero la mayor parte de la cena se habló sobre el contrato que Robert había firmado con Argyle & Sons y el sorprendente hecho de que Heather hubiese conseguido también que publicasen sus partituras.

—Dos por el precio de uno —se rió su abuelo, divertido—. Me habría gustado ver esa conversación.

—Puede asegurarlo —dijo Robert conteniendo la risa—. Sería digna de representarse en un escenario.

—Qué exagerado eres.

—El señor Argyle nos invitó a cenar a su casa y Heather se pasó una hora tocando su música al piano, mientras nosotros tratábamos

de mantener una conversación.

—A su esposa le encantó mi música.

—Desde luego —dijo Robert, sin disimular su hilaridad—. Y eso que está prácticamente sorda.

Heather lo miró entornando los ojos y apretando los labios. A cualquier otro ese gesto lo habría hecho recular, pero para Robert eso significaba algo muy distinto y torció una sonrisa sosteniéndole la mirada.

—Después, Heather no dejó de preguntarle sobre los músicos a los que había publicado en su editorial. El pobre hombre no tuvo más remedio que invitarla a visitarlos y le prometió que le enseñaría todos los ejemplares él mismo.

—Solo estaba siendo amable —dijo con fuego en los ojos.

Robert se llevó el tenedor a la boca sin apartar la mirada de su esposa, pero no dijo nada más. Sabía hasta dónde tensar la cuerda, y había llegado al punto justo para tener una noche apasionada pero no verse obligado a dormir en el vestidor. Sonrió levemente y dejó que la conversación fluyera hacia otro tema con naturalidad.

Mientras tanto, Katie observaba a su hermana, que apenas se había llevado un par de bocados a la boca. Su tenedor se movía por encima de la comida y su mirada permanecía fija en el plato. No

participó en la conversación, al igual que Arthur, que se limitaba a responder a las preguntas que le hacían. Solo la calidez de los ojos de Daniel la ayudó a soportar la tensión que crecía en su espalda.

Después de cenar, todos pasaron al salón contiguo, pero el juez se quedó muy poco rato, aduciendo que estaba cansado del ajetreo del viaje. Cuando él se dispuso a salir del salón, sus hijos lo siguieron sin que tuviera que indicárselo y Katie sintió una punzada al verlos marchar con él. Había esperado que se quedaran y poder así hablar sin la constante atención de su padre.

Daniel era consciente de lo que estaba pasando. Katie no había sonreído ni una vez y su aspecto apocado cuando estaba en la misma habitación que el juez lo enervaba sobremanera. Sentía un fuego en el pecho que no sabía cómo calmar y, con cada respiración, esas llamas parecían avivarse. Con disimulo la llevó hasta una zona apartada del salón donde pudieran hablar en tono bajo, sin que los demás los oyeran.

—Estoy bien —dijo ella con dulzura, mirando hacia la mesa en la que Dougal y Robert jugaban una partida de ajedrez.

Las mujeres charlaban animadamente y el resto de los hombres jugaban a las cartas o leían relajados.

—Pareces un potrillo asustado —dijo Daniel atrayendo de nuevo su atención.

Katie sonrió abiertamente.

—Es una situación muy extraña. Verlos en *Slioscreige*, con tu familia…

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Beth, ya lo sabes. He dejado una nota en su dormitorio para que se reúna conmigo en la biblioteca a medianoche.

—Ahora entiendo por qué has llegado tarde a la cena —sonrió burlón.

—Necesito saber qué es lo que pasa. Gracias a Arthur sé que no son imaginaciones mías. Algo malo sucede, Daniel, y estoy segura de que va a afectarnos.

Él le cogió una mano con disimulo, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Pase lo que pase, lo solucionaremos. No me ocultes nada, Katie.

La conocía demasiado bien, pensó ella. Después de hablar con Arthur se había planteado no contarle lo poco que le había dicho. Temía sus reacciones, y verlo en aquel sillón, con la fusta golpeando su bota, no le había dado mucha tranquilidad que digamos.

—Esto va a ser insoportable —dijo Alasdair cayendo en el sofá situado detrás de Daniel con bastante ruido.

Cai ocupó un lugar a su lado y asintió.

—Pues espera a que estén casados —dijo.

—El abuelo debería construir una vivienda para los solteros —siguió Alasdair—. Un lugar libre de arrumacos, besos detrás de las cortinas y… otras cosas molestas.

Daniel se giró hacia los dos hermanos y los miró enarcando una ceja.

—Habéis crecido viendo cosas mucho más fuertes que un beso detrás de una cortina.

—¡Pues por eso lo digo! —exclamó Alasdair—. Una casa para solteros, esa sería la solución.

—Hablad con el abuelo, tenéis mi apoyo moral.

—Díselo tú. —Cai empujó a su hermano.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Tú siempre has sido el impertinente, está acostumbrado.

—¿Que yo soy impertinente? Pero ¿qué dices? Soy su ojito derecho.

Katie miró a Daniel con ternura y después se alejó para regresar con las mujeres.

—¿Qué? —Alasdair lo miraba interrogador ante su inquisitiva mirada—. Tu padre nos ha dicho que te vigilásemos.

—No se fían de vosotros —añadió Cai encogiéndose de hombros.

—¿Vais a estar pegados a mí hasta la boda?

Los dos hermanos asintieron y miraron hacia Craig y John, que estaban charlando con sus abuelos.

—Nos turnaremos. —La sonrisa de Alasdair era una clarísima apuesta y Daniel arqueó más su ceja antes de negar con la cabeza y alejarse de ellos.

—Se ha enfadado —dijo Cai sin dejar de mirarlo.

—Así es más divertido. —Alasdair se puso de pie y lo siguió.

A las diez de la noche ya estaban todos en sus respectivos dormitorios. Katie deambulaba por el cuarto a la espera de que llegara la medianoche. Su hermana habría visto su nota y seguro que la había roto con alguna retahíla de imprecaciones dichas en tono muy bajito. Sonrió al pensar en ella haciendo exactamente eso. Esperaba que acudiese a la cita. Se moría por ir a verla a su cuarto, pero le habían dado el que estaba al lado del de su padre y era demasiado arriesgado. Se retorció las manos sin parar de caminar de aquí para allá. La biblioteca estaba en el ala opuesta del castillo, lejos de los dormitorios tanto de la familia como del servicio. Allí no las escucharía nadie si Beth hablaba más alto de la cuenta.

Faltaba un cuarto de hora para las doce cuando bajó las escaleras hasta el vestíbulo, poniendo mucho cuidado de no hacer ruido. Sostenía la lámpara de manera que la llama no la deslumbrase y le permitiese ver el camino. El castillo estaba en completo silencio. Entró en la biblioteca y sintió un escalofrío, a pesar del chal que se había puesto sobre los hombros. La chimenea llevaba varias horas apagada y el frío de aquella noche de enero se iba adueñando de la estancia poco a poco. Le gustaba mucho el olor de los libros en la biblioteca, pero de noche parecía poseída por el espíritu de todas aquellas historias que esperaban ser leídas. Se agachó frente a la chimenea. Hizo una cama de paja, colocó astillas secas encima y cogió el yesquero para prenderlas. Al despertar la llama, colocó un leño encima, dejando espacio para que el fuego respirara.

CAPÍTULO 37



Cuando la puerta se abrió, la chimenea ya llevaba un buen rato encendida y Katie estaba sentada en uno de los sofás, con las piernas dobladas sobre el asiento y una expresión de serena impaciencia en el rostro.

—Temía que tuviese que ir a buscarte —dijo cuando Beth se sentó frente a ella.

Beth respiró profundamente varias veces antes de hablar.

—No deberíamos estar aquí —dijo la pequeña—. Si papá se entera, destruirá tu cuento de hadas.

—¿Qué ocurre, Beth?

La otra apretó los labios con una mirada que parecía enfadada.

—¿Por qué tienes que ser tan insistente, Katie? ¿Por qué no te limitas a cumplir con tu papel aquí y dejas que las cosas sucedan sin más?

—¿Estás enfadada conmigo? ¿Es que no te alegras de verme? ¿De saber que estoy bien?

—Claro que me alegro. —Había dureza en su mirada—. No sabes todas las cosas que me he imaginado durante estos meses.

—Claro que lo sé. Pero lo que no entiendo es por qué entonces me tratas así, con tanta frialdad. ¡Ni siquiera me has dado un abrazo!

Beth apartó la mirada para que no viera el dolor en sus ojos.

—Sabía que pasaría esto —dijo en tono bajo—. Eres incansable. Nunca te rindes del todo, aunque parezca que lo haces.

—Beth, deja de eludirme y háblame. Si no me lo cuentas tú, lo hará él. ¿Te crees que va a dejar que me case sin más? Lo que sea que me estás ocultando me va a saltar a la cara en el peor momento. Eso es lo que él quiere, ¿vas a dejar que se salga con la suya sin prevenirme?

Su hermana la miró y el fuego que había en su mirada era más violento que el que crepitaba alrededor de los troncos de la chimenea.

—¿Y prefieres que te lo haga yo? ¿Es eso? Me condenas a hacerte daño.

Katie bajó los pies al suelo muy despacio.

—El daño no me lo haces tú, las dos lo sabemos. Dime lo que sea, Beth.

La otra dejó escapar el aire en un soplido.

—Está bien, no lo retrasemos más. Voy a casarme con el juez Armstrong. En vista de que tú no has cumplido con su deseo, le ofreció una sustituta. Al parecer, al juez no le importa mucho con cuál de las dos se casa.

—Yo no soy su hija —masculló Katie—. Y no permitiré…

—No puedes impedirlo. Y yo tampoco. —Sonrió con una mirada perversa—. Me conoces, no soy como tú, yo no me amilano. Le planté cara, le dije que ni muerta me casaría con ese… ese… —Bufó con rabia—. Tendrías que haber visto la cara de susto que puso cuando mencioné al señor Walter Scott y su libro *La novia de Lammermoor*. Le dije que mataría al juez en nuestra noche de bodas y luego me suicidaría.

—¡Beth! —Se tapó la boca, había empleado un tono demasiado alto.

Katie se imaginó la escena como si hubiese estado allí. Beth era mucho más fuerte y decidida. Nuna tenía razón, ella no había sido doblegada a golpes y no tenía el miedo pegado a los huesos y marcado en su cuerpo con cicatrices. Gracias a eso era más fuerte y más valiente, sin lugar a dudas.

—¿Y qué ha hecho para conseguir que aceptes? —preguntó, consciente de que aún no habían llegado al verdadero e insalvable

problema.

—Ya sabes cómo es, tiene el arma justa para usar contra cada uno de nosotros. La mía es George.

Katie abrió los ojos asustada.

—Me dijo que si me negaba lo llevaría a un reclutador y lo obligaría a firmar uno de esos formularios…

—¿Qué? ¡No! George es demasiado… —Katie negaba con la cabeza y el terror que esa idea le produjo fue más que evidente en su rostro—. No aguantaría la vida de marino. Es muy sensible, ama la poesía, el arte… No podría empuñar un arma. Se moriría si tuviese que hacer daño a otro ser humano. No puede hacerle eso.

—Por eso no lo permitiré —negó Beth—. Me casaría con el mismísimo demonio para protegerlo.

Katie sintió que se le retorcían las tripas.

—Esto lo he hecho yo —musitó—. No debí marcharme. Nunca os habría hecho nada si yo me hubiese quedado.

—Sabía que pasaría esto —gruñó Beth—. Lo sabía, lo sabía. Es lo que haces. Siempre.

Katie tenía los ojos llenos de lágrimas y su hermana la miró sorprendida.

—¿Ahora vas a ponerte a llorar?

—Lloro mucho últimamente —afirmó Katie y sorbió por la nariz.

—Pues qué bien. —Beth se puso de pie y se paseó delante de ella —. Arthur decía que debíamos contártelo y le dije que si lo hacíamos sacarías tu maleta de culpa y te vestirías con ella. Y, mírate, ya estás ahí.

—Está intentando castigarme, por eso quería contármelo él, para ver mi cara cuando clavase el puñal.

—Sí, es exactamente eso. Y precisamente ese es el motivo por el que no deberías darle el gusto. Mi padre sabe muy bien cuáles son nuestros puntos débiles. Tú eres el de Arthur. Yo soy el tuyo. Y George es el mío. Una escalera perfecta. Siempre nos ha manipulado usando esa debilidad contra nosotros. ¿Por qué no iba a hacerlo ahora?

—No puede obligar a George a firmar ese formulario. Tiene que rebelarse.

Beth torció una sonrisa con mirada perversa.

—¿Rebelarse? ¿George? Le retirará su ayuda económica, lo pondrá a trabajar en una mina, si es necesario. Lo torturará para doblegarlo y nuestro hermano cederá. Sabe que no voy a permitirlo. Ya tuve bastante con verte sufrir a ti.

—Eras muy pequeña.

—Pero no estaba ciega. Ni sorda. —Negó con la cabeza—. No volveré a pasar por eso. Y menos siendo responsable de ello. Me casaré con Armstrong y convertiré su vida en un infierno.

Los ojos de Beth estaban llenos de lágrimas cuando se arrodilló frente a ella. Apoyó la mejilla en su regazo y Katie la acogió, acariciándole el pelo con ternura.

—Nunca hemos hablado de aquello —dijo la pequeña con emoción—. No me dejabas, pero ahora quiero hacerlo. No me lo impidas, por favor. Lo que te hizo mi padre fue cruel e injusto. Aquella era la casa de tu padre, tú deberías haber sido la dueña y nosotros los huéspedes. Y encima te golpeaba sin compasión, sin que nadie se atreviera a hacer nada. Los criados fingían no enterarse y nosotros éramos demasiado peque…

—Todo eso pasó hace mucho —la interrumpió su hermana—. Ya está olvidado.

—No, no está olvidado. —Levantó la cabeza para mirarla con los labios fruncidos—. Sigues teniéndole miedo, a pesar de tener a un hombre como Daniel al lado, sigues temiéndole.

Katie desvió la mirada mordiéndose el labio. La mortificaba no poder negarlo.

—No te he sido de mucha ayuda, ¿verdad? —dijo la pequeña, apenada—. Normal que te haya costado tan poco sustituirme.

Katie la miró sorprendida.

—¿Sustituirte?

Beth se sentó sobre sus pies y colocó las manos en sus piernas en una actitud sumisa que no engañaba a nadie.

—¿Estás celosa? —preguntó Katie, confusa.

—Muchísimo. Quiero arrancarle los ojos.

—No digas eso. Nuna es maravillosa, se parece a ti. Es cabezota y valiente y, si te elige, no deja que te escapes.

Beth la miró taimada.

—¿Por eso sois amigas? ¿Porque te recordaba a mí?

—Es tan buena y maravillosa como tú, y me acogió bajo su protección cuando me vio indefensa.

—¿Indefensa? —El ceño de Beth volvió a arrugarse—. ¿Cómo os conocisteis?

Katie le contó su aventura al completo y Beth acabó sentada en el sofá frente a ella, con cara de muy pocos amigos.

—Esa panadera no tiene corazón. ¿Es que acaso se va a arruinar por una hogaza de pan duro? Maldita desgraciada. Y esos asquerosos ladrones. ¿Por qué Daniel no los ha buscado para darles su merecido? Hablaré con él y…

—No digas tonterías. Nadie va a dar su merecido a nadie. Gracias a todo eso, estoy hoy aquí. Así que, si encontrase a esos ladrones, les daría las gracias.

La otra apretó los labios con irritación.

—Y lo peor es que lo dices en serio —masculló.

—No vas a casarte con el juez Armstrong. No lo permitiré.

—No puedes hacer nada —negó Beth—. Mi padre no suelta una presa después de clavarle los dientes.

—Hablaré con él y, si no cede, le pediremos ayuda a los McEntrie.

—Sobre eso… —La miró con preocupación—. Yo no los metería en esto, Katie.

Su hermana empalideció al leer en su rostro lo que llevaba días rondándole.

—¿Tiene algo contra ellos?

Beth asintió.

—¿Sabes qué es?

—No. Pero lo tiene, Katie. Cuando recibimos tu carta… Tendrías que haber visto su cara. Lo celebró con el mejor whisky, el que solo bebe en las grandes ocasiones. Arthur le preguntó y dijo que, si se atrevían a molestarlo siquiera, tenía cómo hundirlos.

Katie se dejó caer contra el respaldo y se llevó una mano a la frente. De repente le dolía muchísimo la cabeza.

—Ten cuidado, Katie. Ni se te ocurra enfrentarte a él. No hagas nada. Yo me las arreglaré. George se irá a Edimburgo a estudiar y Arthur se convertirá en juez. El día que eso pase, padre estará acabado. Solo tenemos que esperar.

—¿Esperar? —Su hermana la miró horrorizada—. ¿Quieres tener los hijos de ese hombre?

—Soy mujer, las mujeres hemos soportado esto toda nuestra vida. No soy débil y lo sabes. No me doblegarán.

Katie no quería decirle que no tenía ni idea de lo que decía. Que los hombres tienen maneras de vencer a una mujer y que, cuando fuese su marido, el juez Armstrong podría hacer lo que quisiera con ella. Golpearla con una fusta, por ejemplo. Estaba tan angustiada que no podía pensar con claridad. No iba a permitir que nada de aquello pasara por su culpa. Se enfrentaría al juez, lo obligaría a mostrar sus cartas y, cuando supiera lo que tenía contra los McEntrie, se lo contaría todo a Dougal. El padre de Daniel sabría qué hacer.

—¿Podemos…? —Beth bajó la mirada, cogiendo las manos de su hermana para jugar con sus dedos—. ¿Podemos dejar todo eso un momento? Me gustaría hablar contigo y que me contases todo lo que has vivido estos meses. Que me hables de… los McEntrie.

Katie frunció el ceño al escuchar su risita nerviosa y ver cómo se le coloreaban las mejillas.

—¿A qué viene esa risita? —preguntó.

—Son todos muy guapos —dijo poniéndose aún más roja—. Sobre todo… Cai.

Katie abrió la boca, sorprendida.

—¿En serio? ¿Quieres hablar de que Cai es muy guapo?

Beth asintió y se puso de pie rápidamente para ir hasta una estantería, como si de repente le interesasen mucho aquellos tomos bien colocados.

—Tienen muchos libros, ¿verdad?

—¿Te gusta Cai? —preguntó su hermana sin dejar que la distrajese.

Beth dejó que sus ojos hablaran por ella.

—Y yo le gusto a él. No me ha quitado los ojos de encima en toda la cena.

—¿Y cómo te has dado cuenta si tú no levantabas los tuyos del plato?

—Eso es lo que tú te crees —dijo Beth acariciando los libros con la punta de los dedos—. ¿Tiene novia?

Katie soltó una carcajada y su hermana se giró a mirarla.

—¿Qué?

Se encogió de hombros y siguió deslizando los dedos, pero se cansó de disimular y volvió corriendo hasta el sofá.

—En serio, dime que no tiene novia.

—No, no la tiene. Aunque le gusta alguien…

Beth apoyó las manos en el regazo con la espalda muy recta.

—¿Es más guapa que yo?

—No, de ningún modo. No hay nadie más guapa que tú —dijo Katie con los ojos húmedos.

—¿Vas a llorar otra vez? ¿Pero a ti qué te pasa?

—Es que… te echaba tanto de menos.

Beth la abrazó y apoyó la mejilla en su hombro.

—Yo a ti también. Muchísimo. Me moría de miedo pensando en que te hubiese pasado algo. —Se apartó para mirarla—. Arthur fue a buscarte, los tres nos arrepentimos tanto de dejarte marchar sola. ¡Ay, Katie! Podría haberte pasado una desgracia mayor cuando esos desgraciados te robaron. No me lo habría perdonado nunca.

Katie le dio palmaditas en la espalda y, durante unos segundos, permanecieron en silencio.

—No sé por qué te he dicho lo de Cai McEntrie, voy a casarme con un hombre que me cuadruplica la edad. —Por primera vez mostró sus verdaderas emociones y sus enormes ojos azules se llenaron de lágrimas—. Voy a llorar un poquito, pero, por favor, no me lo tengas en cuenta.

Su hermana la abrazó y le acarició el pelo mientras contenía sus sollozos con su cuerpo.

—No lo permitiré —dijo para sí—. No voy a permitirlo.

CAPÍTULO 38



Daniel se abrochó el pantalón observando el paisaje desde la ventana de su cuarto. Dos días. En dos días dejaría de dormir solo y podría tenerla en sus brazos. Sonrió satisfecho y se dio la vuelta para coger las botas. Se sentó en la silla y se las puso, después cogió la chaqueta, se la colocó y la abotonó sin prisa.

Salió del dormitorio y bajó al comedor, donde ya estaba servido el desayuno. Sabía por Katie que el juez era muy madrugador y no se sorprendió al encontrarlo presente y hablando con su abuelo.

—…hay que usar mano dura, si no, los delincuentes se aprovecharían de nuestros principios.

—Buenos días —saludó Daniel al entrar.

Ramsey lo miró con una enorme sonrisa.

—Buenos días, muchacho —dijo con ánimo jocoso—. Estaba hablando con tu abuelo de esos ladrones que atacaron a Katie y le robaron su caballo y todo lo que llevaba de valor. Es lo que pasa cuando hacemos la vista gorda ante los que infringen la ley.

Daniel se sirvió una taza de té y llenó un plato de comida antes de sentarse a la mesa. Ocupó el lugar de su padre para estar frente al juez. Antes de responderle hizo un gesto de cariño a su abuelo.

—Estoy de acuerdo —dijo sereno—. No hay que hacer la vista gorda ante actos deleznables. Pero dígame, usted que es juez, ¿cómo castigamos a personas respetables que ejercen su poder de manera totalmente injusta? Esos que dañan a personas indefensas e inocentes sin el menor reparo y sin arrepentimiento alguno.

—Mi querido Daniel, no hay que juzgar a la gente de bien a la ligera. Debemos ser cautos en nuestros juicios y, sobre todo, no hacer caso a habladurías o chismes de mentes demasiado fantasiosas.

La puerta del comedor se abrió y entró Dougal seguido por todos los demás. Daniel le hizo un gesto de aceptación a su padre, que lo miraba con una clara advertencia en los ojos. La conversación derivó hacia los asuntos del día con los caballos y dejó su respuesta al juez para otro momento.

Unos minutos después aparecieron las mujeres y el comedor se convirtió en un jolgorio, con comentarios jocosos, preguntas varias y algunas risas. Se habló de los preparativos de la boda, de quiénes habían confirmado asistencia y de si Daniel debía ponerse un traje oscuro o claro. Había diversidad de opiniones y a él ninguna le interesó lo más mínimo. Beth se mostró mucho más relajada y habló

con todos sin ocultar su personalidad. Nuna y ella encajaron a la perfección y Katie se preguntó cómo había podido dudar de que se entendieran.

—Querida Katie —dijo el juez cuando ya habían terminado—. ¿Podrás dedicarme unos minutos de tu tiempo, hija? Me gustaría pasear contigo para hablar de algunos asuntos previos a la boda.

Katie sintió la mirada de todos clavada en ella y contuvo la respiración involuntariamente.

—Por supuesto, señor —dijo, eludiendo a Daniel—. Podemos ir hasta los acantilados. Desde allí se puede disfrutar de unas magníficas vistas.

—Yo os acompaño —dijo su prometido con voz firme.

—No. —La voz de Katie fue firme y, a pesar de la sonrisa cálida, sus ojos mostraban una total determinación—. Tú tienes trabajo. Los caballos de Lord Carmichael deben estar listos para la semana próxima y todavía no has acabado de entrenar a Gaisgich.

—¡Mírate! —la señaló Alasdair intentando desviar la atención, consciente de la tensión en el cuerpo de Daniel—. Pero si ya eres una McEntrie.

—No se puede vivir en Slioscreige sin volverse una experta en esos asuntos —dijo Nuna, uniéndose a su primo en su misión—. Además, a Katie le encantan los caballos.

—¿Carmichael quiere competir el próximo año en Inverness? —preguntó Brodie.

—No creo —respondió Kenneth—. Gaisgich tiene velocidad, pero no cabeza. No creo que esté listo para ganar carreras.

—Carmichael sabe que necesitará un año de entrenamiento aún —explicó Daniel—. Tiene a Nathaniel para eso. Es un buen entrenador.

—Si lo dejara aquí un año más… —A Kenneth no le gustaba dejar ir a los caballos cuando consideraba que aún no estaban listos.

—¿Tú montas, Beth? —preguntó Cai mirando a la muchacha con ojos de corderillo adorable.

—Sí —asintió ella—, pero no tan bien como mi hermana.

—Si quieres, podemos dar un paseo a caballo. Hay muchos lugares por aquí que merece la pena ver. —Al darse cuenta de que todos lo miraban, se frotó la nuca con los ojos puestos en Arthur y a George—. Vosotros también podéis venir, por supuesto.

Katie miró a su hermana y sintió una cálida sensación al ver cómo se coloreaban sus mejillas. Después miró al juez y esa calidez se cubrió de una fina capa de hielo. Pero fue al toparse con los ojos de Daniel que supo que aquello iba a ser mucho más difícil de lo que imaginaba.

—No vas a estar con él a solas. —Daniel la interceptó en el pasillo cuando se dirigía al vestíbulo, donde ya la esperaba su padrastro.

—Tengo que hacerlo. Ya te lo explicaré más tarde. Te lo prometo, pero ahora déjame ir y no te inmiscuyas, Daniel.

El escocés apretó los labios para contener el torrente de palabras que pugnaba por salir de su boca.

—¿Quieres ponerme a prueba? ¿Sabes lo que pasará si te pone una mano encima?

—No va a hacerme nada.

—Te he hecho una pregunta.

A Katie le dio un escalofrío que le erizó el vello de todo el cuerpo.

—Lo mataré, Katie. —La serenidad con la que lo dijo le sorprendió —. ¿Estás segura de que quieres ponerte a su alcance?

—Debo hacerlo. —Puso las manos en su pecho y lo miró con tanto amor que él tuvo que apartar la mirada.

Se puso de puntillas para besarlo en los labios y, cuando se apartó, sonrió levemente.

—Lo mataré —repitió él con mucha menos fiereza.

—Tú y tus amenazas —dijo alejándose de él—. Eres incapaz de matar una mosca, Daniel McEntrie.

Llegó hasta su padre y dejó que el mayordomo le pusiera la capa sobre los hombros antes de salir.

—¿Aguantará el día, Miles, o nos mojaremos?

—No creo que tarden mucho en descargar esas nubes que hay en el cielo, pero no parece que vayan muy cargadas.

Salieron de *Slioscreige* y caminaron uno al lado del otro en silencio durante un buen trecho.

—Reconozco que es un lugar maravilloso —dijo el juez rompiendo su mutismo. Dejó escapar un largo suspiro antes de mirarla—. Tengo que felicitarte, has conseguido un matrimonio muy ventajoso y sin ayuda. Nunca lo habría imaginado.

—He sido muy afortunada, sí. Quizá sí he recibido ayuda, sé que mi madre me cuida desde el cielo. —Se giró a mirarlo a los ojos—. Igual que mi padre.

La mirada de Ramsey se endureció y su boca dibujó una perversa sonrisa.

—No creo que tu padre esté en el cielo. Era un desgraciado y un oportunista, si hay justicia, estará ardiendo en el infierno.

—No era eso lo que me contaba mi madre de él. Lo admiraba y lo veneraba. Ni un solo día de su vida dejó de amarlo. Es lo que tiene el verdadero amor. Ahora lo sé.

—Tu madre era una ilusa. Tenía un concepto del amor nada realista, y parece que tú eres igualita a ella. Y no solo en el físico.

Katie sintió la náusea que le producía siempre que la miraba así. Le giró la cara y se concentró en su propia respiración.

El juez se detuvo en mitad del camino y miró hacia el castillo con evidente desprecio.

—Esos McEntrie son personas influyentes. Imagino que pensaste que aquí estabas a salvo. Que ellos podrían protegerte de mí. —La miró divertido—. ¿Me equivoco?

Katie sintió un estremecimiento subiendo por su espalda y todos sus instintos se pusieron alerta.

—Entiendo que prefieras los fuertes brazos de ese muchacho a los de un hombre de mi edad. —Sonrió, acelerándole el pulso—. Veamos hasta qué punto lo deseas, potrilla desagradecida.

—Le pido que deje de hablarme de este modo —dijo, maldiciendo porque le temblaba la voz.

—Vaya, vaya, ¿ahora vas a decirme también cómo debo hablarte?

—Voy a casarme con Daniel McEntrie y, tanto él como su familia, merecen respeto.

—No —dijo con la misma sonrisa malévola—. No vas a hacerlo.

—Sé lo que está haciendo. Sé que obliga a Beth a casarse con el juez para castigarme. Sé que la ha amenazado con hacerle daño a George. Sepa que no hay nada que pueda hacer para impedir que me case con Daniel. —Su pecho subía y bajaba agitado, nunca en su vida se había sentido tan poderosa, tan fuerte—. No cederé. Haga lo que quiera. Me casaré con Daniel, pase lo que pase. Lo amo más que a mi vida, ni aunque me amenazase con matarme conseguiría…

Ramsey se detuvo y la miró sorprendido.

—Ya me parecía a mí que mi hija estaba más alegre hoy. Así que habéis hablado. ¿Cuándo? No puede haber sido esta mañana, no ha habido tiempo. —La miró con fijeza, buscando en su expresión lo que sus labios no decían—. Durante la cena, Beth estaba… taciturna, así que la conversación se produjo después. Ya veo, ¿estuvisteis juntas mientras todos los demás dormíamos? ¡Ay, pillinas, pillinas…! ¿Haciéndoos confidencias?

—George es su hijo. Es un muchacho muy sensible, sufrirá muchísimo en el ejército, ¿de verdad no le importa?

—¿A quién se parecerá? A mí no, desde luego. Sale a tu madre, está claro. Es tan sentido y tan débil como ella. En la marina lo curtirían, eso seguro. —Sonrió con expresión bonachona—. Pero tranquila, eso no va a pasar porque, a diferencia de ti, Beth es capaz de sacrificarse por aquellos a los que ama.

Katie se conminó a mantener la serenidad.

—Señor, ¿por qué quiere hacerme daño? ¿Qué es lo que le causa tanto odio hacia mí? ¿Es porque me parezco a mi padre? Sabe que ni siquiera lo conocí.

El juez se paró en seco de nuevo y la miró ceñudo.

—Yo no te odio. ¿Por qué piensas que te odio? ¿Es porque te apliqué aquellos correctivos? —Bajó la mirada para recorrer su cuerpo y Katie enrojeció rápidamente—. Eso lo hice por tu bien, no quería que fueses una gatita perversa. Ya entonces se notaba la clase de mujer que serías. Demasiado alegre, demasiado risueña. Siempre dispuesta a dar tu cariño… —Chasqueó la lengua—. ¿Le has dado mucho cariño a Daniel, Katie? ¿Has dejado que ponga sus manos sobre ti?

—¡Señor! —exclamó horrorizada—. No me hable así.

—¿Es por eso que os casáis con tanta urgencia? ¿Le has dejado montarte?

Katie abrió la boca, pero fue incapaz de emitir sonido alguno.

—Esta conversación ha terminado —dijo, dándole la espalda para marcharse.

—¿Quieres retarme, Katie? ¿Estás segura de que puedes sostener este pulso?

Ella se detuvo y giró la cabeza para mirarlo.

—Yo no lo estoy retando, pero no le consiento que me falte al respeto a mí y a mi futuro esposo con esos comentarios.

—Está bien. —El juez recorrió los pasos que los separaban—. Está claro que necesitas una dosis de realidad después de esta fantasía que has vivido los últimos meses. Además, no creo que pudiera soportar un día más como el de ayer, me duelen los músculos de la cara de tanto sonreír. Iba a decirte todo esto mientras te llevaba al altar. Lo imaginé tan bien que es como si ya lo hubiese vivido, así que no hace falta esperar más. Mira, Katie, según yo lo veo tienes dos caminos, y te los voy a mostrar tan claro que no te quedará ninguna duda de a qué te enfrentas si te enfrentas a mí.

El corazón de Katie retumbaba en sus oídos.

—Puedes volver a casa, casarte con el juez Armstrong y hacerme feliz. Tu hermana será libre de elegir a quién quiera como marido y George se irá a estudiar a Edimburgo, como desea. Todos satisfechos.

—Voy a casarme con…

—O puedes casarte con Daniel McEntrie —la cortó burlón—. Tu hermana se casará con el juez y dará a luz a sus hijos o George acabará siendo carne de cañón. Y ahora viene lo verdaderamente interesante, presta atención. Tu querido Daniel verá a su padre colgando de una soga.

La sangre abandonó el rostro de Katie a tal velocidad que, en apenas un segundo, era la viva imagen de una muerta. El juez volvió a ponerse en marcha y ella lo siguió como si la llevase atada de una cuerda.

—No sabe contra quién se enfrenta —dijo con mucha menos seguridad de la que habría deseado.

—¡Oh! Te equivocas de nuevo, lo sé muy bien. Tardé años en encontrar algo contra los McEntrie y, en el proceso, vi todas las cosas que habían hecho. Sus tejemanejes, sus enemigos, sus victorias… Una familia muy interesante, ciertamente.

—¿Qué tiene contra ellos?

—Tuve que desplazarme mucho para encontrar este tesoro. ¡Oh! El día en que lo descubrí… —Elevó las manos al cielo, riendo a carcajadas—. Entonces no me imaginaba que sería mi mejor arma contra ti. Qué delicia que te hayas enamorado de ese muchacho. Podría haber sucedido con alguien contra el que yo no tuviese nada. Ese Caillen ha sido un grano en el culo durante años. Se atrevió a defender a esos zarrapastrosos desnaturalizados contra mí. ¡Contra mí! ¿Qué se habrá creído? ¿Es que acaso no me conoce tanto como dice? —Chasqueó la lengua. Seguía caminando sin mirarla, para ese espectáculo no necesitaba público—. He destrozado la vida de hombres fuertes, capaces de todo, y no me ha temblado el pulso. No le temo a nada ni a nadie. Si quieres salvar a esos McEntrie y a tu

hermana, cumplirás con tu deber. —Se paró en seco y se giró para mirarla—. ¿No fue eso lo que te pidió tu madre antes de morir? Estaba muy angustiada por ello. Sus últimas palabras fueron para ti, quería que te dijese que te liberaba de tu carga.

Aquello la traspasó como un cuchillo, lento y cortando todo a su paso.

—¿Por qué no me lo dijo? —preguntó con los ojos anegados en lágrimas.

—Ni se te ocurra llorar —dijo, y apretó los dientes—. No me gustan las lágrimas, ya lo sabes.

—¿Por qué no me dejó despedirme de ella?

—No habría mirado a nadie más si tú hubieses estado en ese cuarto. Eras todo su mundo. Cuando tú estabas presente, era como si no existiese nadie más.

—¡Era una niña!

—Una niña insoportable. Una niña que se burlaba de mí. Que competía conmigo por sus abrazos y sus besos. Una niña igual que él. Por eso ella te adoraba, porque decía que eras su viva imagen. No imaginó lo mucho que te parecerías a ella.

Había tal odio en sus ojos que transformó su rostro en el de un monstruo.

—¿Qué va a hacer? ¿Qué es lo que tiene contra los McEntrie?

—Contra todos no, contra Dougal McEntrie. Sé quién es. Sé que estuvo a las órdenes de Bluejacket. Sé que era su mano derecha. ¡Un pirata! Durante años surcaron los mares saqueando todo barco que avistaban. Tengo pruebas fehacientes de ello. Es tan estúpido, arrogante e inconsciente que no se cambió el nombre mientras delinquía.

—No permitiré que les haga daño. Voy a hablar con ellos ahora mismo. Les contaré todo lo que sé de usted. ¡Todo!

El juez la miró con tanto odio que Katie se quedó sin respiración.

—¿Todo? ¿Qué es todo, Katie? ¿Tienes alguna prueba contra mí? —Se rio a carcajadas—. Tengo en mi poder a jueces, parlamentarios, autoridades y todo tipo de personas influyentes de este país. Si crees que puedes hacerme el menor daño, es que eres imbécil.

Extendió el brazo y la agarró del cuello con violencia, obligándola a acercarse tanto que su aliento le entró por la nariz, provocándole náuseas.

—Volverás a casa conmigo, te casarás con Jeremiah Armstrong y dejarás de fastidiarnos a todos. Además, te encargarás de dejarle muy claro a ese desgraciado de Daniel McEntrie lo que le pasará a su padre si mueve un dedo contra mí. —La empujó, soltándola—. Y aquí paz y después gloria. ¿Me has entendido?

Katie se llevó la mano a la garganta y tragó la saliva que se le había acumulado en la boca y que arrastró la bilis de nuevo a su estómago.

—Eres veneno, Katie, todo lo que tocas se muere. Tu padre murió estando tú en el vientre de tu madre. Luego ella lo siguió. Y ahora estabas dispuesta a causar la desgracia de tu hermana, esa que te idolatra como si fueses el ser más maravilloso del planeta.

—No es cierto… —sollozó sin voz.

—¡He dicho que no llores! —bramó levantándole la mano.

Katie se encogió sin poder evitarlo, pero el golpe no llegó. Cuando abrió los ojos, el juez miraba a su alrededor, asegurándose de que no había nadie cerca.

—Sabes que nunca hablo por hablar. —Torció una sonrisa—. Haré que cuelguen a Dougal McEntrie de una soga, los delitos de piratería no prescriben nunca.

Las manos que Katie retorcía empezaron a sudar. El temor rancio que llevaba pegado a la piel emergió de nuevo con un tacto pegajoso y repulsivo. El juez hablaba y hablaba sin parar y ella sentía un millón de agujas clavándose en su cerebro, como si fuese un acerico.

—Vas a romper el compromiso. Tú. —La señaló—. No le dirás nada de esto, mantendrás la boca cerrada. Aguantarás su enfado y

el desprecio que seguro volcará sobre ti.

Ella se cubrió el rostro con las manos. Era tan profundo el dolor y la rabia que sentía que creía que iba a morirse allí mismo. No podía estar pasando, no podía pasarle eso. ¿Es que no había justicia en el mundo? ¿Qué pecado debía expiar que era castigada con tanta saña por el destino? Cuando apartó las manos, no había una lágrima en sus ojos. Volvía a ser la Katie de siempre. La que no llora. La que no siente.

—¿Lo harás? —preguntó el juez con mirada ansiosa.

—Sí.

CAPÍTULO 39



Daniel la observaba desde el otro lado de la mesa. Katie hablaba con Nuna y su hermana se reía de las bromas que se hacían la una a la otra. Pero en Katie solo sus labios sonreían, sus ojos estaban tan apagados que parecían no tener vida. Carraspeó y cogió la copa de agua para beber un sorbo y quitarse aquella tensión en la garganta. Desvió su mirada y la posó en el juez, que hablaba la mar de relajado con su abuelo. Craig McEntrie era un anfitrión muy educado y comedido. Sabía estar en los sitios y conseguir que todo el mundo se sintiese cómodo. Era un don. Y a Daniel le estaba retorciendo las tripas con ello.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alasdair en un tono tan bajo que solo él pudo oírlo.

—Nada.

—Daniel… si no dejas de mirar al juez con esa cara, se va a dar cuenta hasta Janet, que no se entera de nada.

Volvió a mirar a su prometida y se le encogió el corazón al ver cómo evitaba que sus miradas se cruzasen.

—Y, dime, Daniel, ¿vais a vivir aquí? —preguntó el juez llamando su atención—. He visto lo grande que es *Slioscreige*, pero llegará un momento en que no pueda albergar más gente, con una familia que no deja de crecer.

—Para eso aún falta —dijo Craig tratando de sonar distendido.

—Sí —respondió Daniel con mirada fría—. Viviremos aquí.

—Yo os ofrecería mi casa, pero no es tan ostentosa como este castillo. Además, no puedes estar lejos de los caballos.

—No, no puedo —dijo en un tono claramente amenazador.

El juez miró a Katie sin borrar la sonrisa de sus labios, pero sus ojos eran acerados y tan fríos como los de Daniel.

—Hija mía, ¿qué le has hecho a tu galante esposo para que esté tan enfadado? —Chasqueó la lengua—. Estas jóvenes de hoy en día se inventan toda clase de bobadas. Cualquier cosa que te diga mi hijastra deberías ponerla en cuarentena, muchacho, si no podrías acabar teniendo problemas. Ya te he dicho que es muy dada a fantasear.

—Katie es una persona muy sincera —dijo Nuna, molesta—. Y muy madura. No la he visto fantasear nunca.

—¡Vaya! —exclamó el juez—. Aquí tenemos a otra defensora de los desfavorecidos.

—Por favor… —pidió Katie mirando a los dos hermanos.

—No tiene que preocuparse de dónde vivamos —dijo Daniel con la vista fija en el juez—. Katie será una McEntrie a partir de que nos casemos y vivirá con su familia.

—Claro, muchacho, claro —afirmó él con una sonrisa perversa—. Estoy deseando verlo.

—¿Me pasas las patatas? —pidió Arthur a Nuna, que lo miró como si hablase en un idioma desconocido. Él señaló la fuente.

—¿Alguien quiere más vino? —Craig agarró la jarra para servirlo.

Daniel y el juez siguieron mirándose unos segundos, pero finalmente Ramsey cogió su copa y se giró hacia Craig con una sonrisa.

—Nunca digo que no a un buen vino.

Dougal empujó a su hijo dentro del despacho de Caillen y cerró de un portazo.

—¿Se puede saber qué haces? —dijo con voz atronadora.

—No hago…

Su padre dio un paso hacia él y Daniel dejó la frase sin terminar, consciente de que no había espacio para el disimulo. Se apartó el pelo de la cara y lo miró sin protección alguna.

—Es un cabrón desalmado —masculló.

—¿Y? Es nuestro invitado. Le estás faltando el respeto a tu familia, no a él.

—No puedo ni mirarlo a la cara, te aseguro que me estoy conteniendo, padre. Pero es que me enciendo cada vez que lo escucho hablar.

—¿Que te enciendes? —Dougal se puso las manos en la cintura, relajando la postura sobre una pierna—. ¿He criado a un pusilánime? ¿A un debilucho? ¿Es eso, Daniel? ¿Voy a tener que avergonzarme de mi hijo?

Daniel lo miró con los dientes apretados y los agujeros de la nariz dilatados. Parecía un toro a punto de embestir.

—Dime la verdad, ¿qué habrías hecho si alguien hubiera golpeado a mamá? ¿Te habrías sentado a cenar con él tranquilamente? ¿Lo habrías dejado hablar de dónde vais a vivir?

Dougal mostró una expresión que Daniel le había visto muy pocas veces.

—Probablemente lo habría matado y habría escondido el cadáver en una cueva. ¿Quieres hacer eso, hijo? ¿Quieres que te ayude a matarlo? ¿Le pegamos un tiro en la cabeza o prefieres usar un cuchillo?

—No me tientes —respondió, sabiendo lo que hacía su padre—. Que no haya sido pirata como tú no me convierte en un pusilánime. Podría matarlo con mis propias manos.

—¿Y luego qué? ¿Crees que Katie estaría contenta con eso? ¿Que se casaría contigo como si nada?

Daniel apartó la mirada para que no leyera en sus ojos.

—Quiere mucho a sus hermanastros —siguió su padre—. Hacemos esto por ella, ¿no?

—Sí.

—¿Entonces?

Daniel bufó irritado.

—Está bien —dijo entre dientes—. Intentaré… comportarme.

—Los McEntrie no intentan, hijo —advirtió su padre—. Volvamos al salón y terminemos el día de manera tranquila. Pasado mañana te casas, Daniel. Solo tienes que aguantar un poco más. Después el juez se marchará y no tendrás que volver a verlo si no quieres.

Cuando los dos hombres entraron en el salón, Daniel buscó a Katie con la mirada, pero no estaba allí. Se acercó a su hermana, que charlaba con Beth en un sofá.

—¿Dónde está Katie?

—Se ha ido a la cama —respondió Nuna—. Estaba muy cansada.

Daniel entornó los ojos al ver que Beth giraba la cabeza mostrándole la nuca, como si no quisiera que viera en su rostro lo que pasaba. Eso hizo que se enervase.

—Voy a ver cómo le va a Arthur —dijo la joven y se alejó sin esperar respuesta.

Daniel la observó dirigirse a la mesa en la que Arthur jugaba al ajedrez con su abuelo. Miró a su hermana, interrogador.

—¿Qué pasa, Nuna?

—No lo sé, Daniel. Katie ha estado todo el día muy hermética conmigo. Y Beth tampoco me ha contado nada. ¿Tú no has podido hablar con ella después de su reunión con el juez?

Daniel negó con la cabeza.

—He estado trabajando con Gaisgich todo el día —dijo sentándose a su lado. Recostó la cabeza en el respaldo y cubrió sus ojos con un brazo—. Estoy molido.

—¿Tenéis que entregarlo antes de la boda?

—Cuando aceptamos el pedido no tenía pensado casarme.

—Podría haberlo entrenado Alasdair.

—No puedes cambiar de entrenador al final del proceso, Nuna, lo sabes tan bien como yo.

—Habéis hecho excepciones.

—Pero solo cuando ha sido estrictamente necesario. Ahora no lo es.

Permanecieron en silencio unos segundos.

—¿Vas a poder aguantar? —preguntó Nuna con preocupación.

—Sí.

—¿Estás seguro? Quizá Katie está así por eso, lo ha pasado muy mal en la cena. Toda esta tensión le afecta.

Él apartó la mano de sus ojos y la miró con cansancio.

—¿Tú también?

—¿Papá te ha dado la charla?

—Se preocupa por ti.

—Ya.

Nuna miró al juez, que charlaba con su tío Caillen en un rincón del salón.

—Mañana hablaré con Katie —dijo—. Te prometo que averiguaré lo que ha pasado.

Daniel asintió, aunque no tenía la menor intención de dejarlo en sus manos.

—¿Qué te ha dicho papá?

—Que me comporte.

—Ah, claro.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

—A mí también me cuesta mucho soportarlo —dijo Nuna bajando el tono—. Sobre todo cuando le habla con esa condescendencia, como si fuera estúpida. Saber lo que hacía cuando era más vulnerable y necesitaba mayor protección… No me puedo creer que ese hombre esté ahí sentado hablando con tío Caillen.

El pecho de Daniel subía y bajaba mientras hacía respiraciones profundas tratando de contener sus emociones. Alasdair se acercó a ellos y le entregó un vaso con algo que parecía whisky.

—Te sentará bien.

Daniel lo cogió y dio un sorbo, dejando que el calor lo invadiese despacio.

—Mañana es tu último día soltero. Todavía no me lo creo. Estaba convencido de que el primero en casarse sería Craig.

—¿Craig? —Nuna frunció el ceño—. ¿Con quién?

—Ni idea. —Su primo se encogió de hombros—. Si hay alguien, lo mantiene en secreto.

—No hay nadie —dijo Nuna negando con la cabeza—. Craig está siempre demasiado ocupado.

—Los pelirrojos no gustamos a las mujeres —dijo Daniel, y apuró su bebida con expresión taciturna.

Nuna miró a su hermano, que se levantó para ir en busca de la botella, y esperó hasta que volvió a estar sentado a su lado.

—¿Qué haces?

—Necesito calmarme o no podré contentar a padre.

Alasdair vio cómo se llenaba el vaso casi hasta el borde y le quitó la botella de las manos.

—Estás loco, eso es demasiado whisky.

—Baja la voz —ordenó el otro—. Te va a oír mi madre.

Alasdair miró de reojo hacia el lugar en el que hablaban las mujeres. Volvió la cabeza hacia Daniel y luego dejó la botella en un sitio lo bastante alejado como para que su primo no la alcanzase sin esfuerzo. Lo vio beber con fruición y miró a Nuna.

—¿Qué le pasa? ¿Está así por la boda o por… los invitados?

—Lo segundo —dijo Nuna con expresión preocupada.

A Alasdair se le ocurrió que la mejor manera de neutralizar lo que fuese que le pasaba era cabrearlo.

—¿De dónde te sacas eso de que los pelirrojos no gustáis a las mujeres? Por lo que yo sé, la señorita Barclay bebía los vientos por

ti. Por no hablar de otras a las que no voy a mencionar, por respeto a tu futura esposa.

—Y Craig no ha recibido jamás una negativa en ningún baile —añadió Nuna, uniéndose al plan.

—No tenéis ni idea —negó Daniel antes de beber otro largo trago —. Todo eso es porque somos McEntrie. Si nos llamásemos McAllen, ni nos mirarían.

—No sé qué pensará Josh de lo que acabas de decir, pero voy a contárselo —dijo Nuna, burlona.

Daniel se terminó la bebida y señaló a su hermana entornando los ojos.

—Josh es mi amigo antes que tuyo, no te hará ni caso.

—Lo veremos. Se lo contaré en la boda, igual te estropea el traje.

Su hermano la miró interrogador. El alcohol ya estaba en su organismo y había suavizado las arrugas de su frente, relajando su expresión.

—¿Qué pasa con Frank Bertram? —preguntó.

—¿Qué pasa con él?

—¿Qué hay entre vosotros?

Alasdair puso los ojos en blanco, sopesando la idea de irse de allí antes de que fuese tarde.

—¿Qué? —Nuna lo miraba confusa.

—Ya me has oído —dijo su hermano.

—Somos amigos.

—¿Qué clase de amigos? Un hombre y una mujer no pueden ser amigos. Ni escribirse cartas.

Nuna apretó los labios y respiró hondo varias veces antes de contestar.

—¿Qué? —repitió en un tono más cortante.

—Hay normas de conducta, Nuna. Las mujeres no son amigas de hombres y no les escriben cartas —repitió.

—Me estás empezando a enfadar, Daniel. Sabes que nosotros no somos así.

—¿Frank lo sabe?

—¿El qué?

—Que sois amigos.

—Pero ¿de qué está hablando? —Miró a su primo pidiéndole ayuda.

Alasdair suspiró y, sin mediar palabra, cogió a Daniel del brazo y lo hizo levantarse del sofá.

—Vamos —dijo tirando de él.

—¿Adónde? Estoy hablando con mi hermana.

—Ya no —dijo Alasdair señalando a Nuna que se alejaba hacia las otras mujeres—. Si necesitas beber, beberemos, pero lejos de todos, que no quiero que la líes más.

—Pero… —Daniel trató de resistirse, pero Alasdair no le dio opción y lo sacó del salón.

CAPÍTULO 40



Por eso nunca se emborrachaba. Tomaba una copa, a veces incluso dos, pero nunca se emborrachaba. Se apretó la cabeza con ambas manos y el dolor cedió un instante, pero enseguida volvió con la misma virulencia.

Se sentó en la cama y bajó los pies al suelo. Se apoyó en las rodillas y sujetó la cabeza con las manos. El reloj de la repisa de la chimenea marcaba las dos de la madrugada.

—Maldita sea —masculló irritado, levantándose.

Se puso los pantalones y cogió la camisa mientras caminaba hacia la puerta. La acompañó para que no diera portazo y metió los brazos por las mangas, caminando descalzo hacia las escaleras. Se prepararía un té, quizá eso le ayudase a librarse de la pesadez que sentía en la cabeza. Era su último día de soltero y lo iba a pasar con dolor de cabeza y el estómago revuelto. Después del té se daría un baño. Entró en la cocina recordándose mentalmente que debía volver a colocar en su sitio todo lo que usara, para que la señora MacKinnon no lo castrase. Lo bien que le vendría uno de los remedios caseros de la… Se paró en seco al verla sentada en un

sillón de la sala de servicio. Tenía el pelo suelto, que le caía en cascada sobre el pecho, envuelta en un tartán y con los pies en el asiento. Acurrucada como un pollito y con una taza humeante entre las manos, apoyada en las rodillas.

—Katie… —musitó, como si temiera romper la preciosa estampa.

El modo en que ella lo miró hizo que se le retorcieran las entrañas. Había una tristeza profunda en esos ojos.

—¿Qué haces aquí? ¿No puedes dormir? —preguntó acercándose a ella.

—No —dijo tranquila—. Tú tampoco, por lo que veo.

—Anoche bebí más de la cuenta. Tengo resaca. ¿Eso es té?

—No, me he hecho una infusión de melisa.

La miró, sopesando si debía preguntar o no directamente, pero ella no le dio tiempo a hacerlo.

—Ve a preparártelo. Te esperaré. Tenemos que hablar.

Daniel enarcó una ceja. Al té podían darle mucho por saco.

—Lo sabía —dijo contenido—. Sabía que había pasado algo.

—Mañana a primera hora me iré.

—No. —Se rio sin humor—. Ni lo sueñes.

—Daniel, no voy a casarme contigo. Te libero de…

—No lo digas.

—Daniel…

—¿Con qué te ha amenazado? —la cortó con expresión severa—. Katie, o me lo dices tú o se lo sacaré a golpes a ese desgraciado.

Bajó los pies al suelo, dejó la taza sobre una mesita y se apretó el tartán alrededor del cuerpo poniéndose de pie. Su expresión era tan serena que daba miedo. Katie suspiró con cansancio.

—No puedes obligarme a casarme contigo.

—¿Por qué? —dijo tratando de ocultar que eso le había dolido.

—Me he dado cuenta de que no es bueno para mí.

—¿Qué no es bueno para ti? ¿Yo? ¿Vivir sin miedo? ¿Mi familia?

—Todas esas cosas.

—Katie…

—Mi padrastro iba a obligar a Beth a casarse con el juez Armstrong por no haberlo hecho yo. ¿Y sabes qué? Pues que estaba dispuesta a sacrificar a mi hermana por ti. Iba a hacerlo. Iba a luchar con uñas y dientes por esto que siento, por el amor que te tengo. Lo enfrenté, le dije que hiciera lo que quisiera, que mi hermana lo entendía, que sabía que no podía abandonarte.

Daniel la miraba con fijeza, había algo en su manera de hablar que resultaba devastador e hipnótico.

—Ella puede negarse.

—Si lo hace, George acabará en la marina. Has visto a George, ¿cuánto tiempo crees que sobreviviría?

Daniel frunció el ceño. Ese hombre era realmente perverso.

—No le haría eso a sus hijos. Tú misma has dicho que a ellos nunca los trató como a ti.

—Cierto, pero, al parecer, el odio que siente por mí es mucho más fuerte que el amor que siente por ellos.

—¿Por qué? —preguntó con dureza—. ¿Por qué te odia tanto?

—No lo sé. Creo que tiene una enfermiza fijación conmigo. Ve a mi padre en mí, pero también ve a mi madre. La parte de mi padre le hace querer golpearme y la de mi madre…

Daniel apretó los puños y su mirada mostraba a las claras lo que deseaba hacerle a ese hombre.

—Voy a volver. Debo restablecer el orden natural de las cosas. Mis hermanos tendrán una vida plena y yo… yo estaré bien.

—¿En serio crees que voy a permitirlo? ¿Que dejaré que te sacrifiques por ellos?

—Sí, Daniel, tú vas a permitirlo.

Dio un paso hacia él y puso las palmas de sus manos en su pecho.

—Te he dicho que estaba dispuesta a sacrificar a Beth por ti. No te haces una idea de lo que eso significa para mí, ni siquiera sé si podría soportar el dolor que eso iba a causarme. Pero, sea como fuere, la idea de perderte era muchísimo más insoportable. Nunca en mi vida había sido feliz. Jamás. Era demasiado pequeña cuando mi madre murió y mi vida se convirtió en un infierno. Ni siquiera te lo he contado todo, Daniel, porque no soporto la idea de hacerte el menor daño.

—Pues ahora me estás desgarrando las entrañas.

—Daniel… —Un sollozo se escapó de su garganta.

La rodeó con sus brazos y escondió la cabeza en su pelo. Quería protegerla. Envolverla en sus brazos y no dejar que se apartara de ellos jamás.

Pero Katie no había terminado.

—Tu bienestar es mi prioridad. Nada está por encima de eso, ni siquiera yo.

—¿Me ha amenazado a mí? —preguntó burlón—. ¿Tienes miedo de que me haga daño a mí? Deja que lo intente, amor mío. Lo estaré esperando. Y no solo yo, todos los…

—Un joven fue hallado muerto junto al arroyo que pasa cerca de nuestra casa. Dijeron que se había ahorcado, pero tenía la mandíbula rota y el cuerpo repleto de moretones. Era el único hijo de una mujer que denunció a mi padrastro por confiscarle sus tierras injustamente. —Hizo una pausa para dejar que las palabras entrasen —. Uno de sus mayores enemigos, que llevaba luchando contra él años, mató a su esposa mientras dormía. Juraba y perjuraba que cuando despertó ella ya estaba muerta a su lado, pero no pudo demostrar que no fue él quien la mató con uno de los cuchillos de su cocina. Lo ahorcaron y mi padrastro organizó una cena con amigos para celebrarlo. Puedes investigar, hay muchos rumores sobre el juez Ramsey que hablan de matrimonios forzados, asesinatos por encargo, robos y ocultación de pruebas. Pero, ¿sabes qué? Nunca nadie ha podido demostrar nada. Absolutamente nada.

Daniel había escuchado con atención y toda hilaridad se había borrado de su rostro.

—Los McEntrie nos hemos enfrentado a enemigos peores que ese juez, Katie.

Ella dejó escapar el aire en un suspiro.

—Estoy cansada —dijo bajando los brazos—. Cansada de él, cansada de fingir que no me importa, cansada de mí. No quiero luchar más, Daniel. Lo único que quiero es descansar.

Se giró para salir de allí, pero él la agarró del brazo y la obligó a volver.

—No vas a huir de mí.

—Daniel… basta.

Le cogió la cara entre las manos y la obligó a mirarlo.

—No vas a huir de mí.

Lo empujó con todas sus fuerzas y, cuando él la soltó, ella tenía una mirada furiosa.

—He dicho que basta. ¿Qué os pasa a todos? ¿Por qué no me dejáis en paz?

—No vas a huir de mí —repitió como si fuese un mantra, el pelo alborotado cayéndole sobre los ojos.

—¡Haré lo que quiera! ¿Me oyes? Me iré y me casaré con quien me dé la gana. No soy tuya, no mandas en mí. Te lo he dicho un millón de veces, ¡no soy uno de tus caballos, Daniel!

—No vas a huir de mí.

La firmeza de su voz competía en fortaleza con la de sus ojos, que no reculaban ni un milímetro. Cada vez que ella intentaba moverse para salir de esa sala, él se interponía en su camino. No la tocaba, pero no dejaba que se marchara. Katie sentía una presión insoportable. Por un lado, quería abrazarse a él y pedirle que no la

dejara marchar, pero por otro desearía que se rindiera y se lo hiciese todo más fácil.

—Habla conmigo, Katie —dijo inclinándose levemente hacia ella, pero sin tocarla—. Habla conmigo, *a rùin*.

—No soy tu tesoro —sollozó—. No me llames así. No vamos a casarnos. No seré nada tuyo, Daniel, nada.

Las lágrimas se desbordaron y la cogió entre sus brazos, estrechándola con fuerza. Katie escondió la cara en su pecho y lloró desconsolada, desmontando la fortaleza que se había construido para enfrentarse a él. Daniel la sostuvo paciente, dejando que llorara hasta su última lágrima. No dijo nada, no hizo más que mecerla contra su pecho y permitir que le empapase la camisa. Cuando los sollozos cesaron, él la apartó lo bastante para verle la cara y le secó las mejillas con un pañuelo.

—Creo que nunca había visto a nadie llorar tanto —dijo sonriendo con ternura.

—Es que eran lágrimas antiguas —respondió ella sorbiendo—. Aún no he empezado con las nuevas.

—¿Me dejarás que me cambie de camisa antes de derramarlas? Esta ya está empapada.

Katie le quitó el pañuelo de la mano y se apartó de él, limpiándose la cara y los ojos mientras regresaba al sofá.

—¿A qué hora se levanta el servicio? —preguntó cuando Daniel se sentó a su lado.

—Aún falta mucho para eso.

La miró durante un largo rato. Katie sentía su mirada como una losa muy pesada.

—¿Te importa si bebo un trago de eso? —preguntó él señalando la infusión de su taza.

—Puedes bebértela toda, si quieres.

Él lo hizo de un trago. Estaba sediento. Cuando dejó la taza, la miró sereno y trató de sonreírle para infundirle la seguridad que necesitaba.

—No voy a dejar que te vayas sin más. Vas a tener que contarme lo que pasa.

Lo miró con ojos brillantes y Daniel se preparó, consciente de que, fuese lo que fuese, iba a doler.

—Tiene uno de los cuadernos de bitácora de *Bluejacket*.

—¿Qué?

—Puede acabar con la vida de tu padre, Daniel.

El golpe surtió efecto. La cara del escocés se contrajo y apretó los dientes para contener el grito furioso que subió desde su pecho.

—Dougal McEntrie era la mano derecha de uno de los piratas más temidos de Inglaterra —siguió ella con la voz ronca por las lágrimas —. Todavía se cantan canciones sobre él.

—¿Tú lo has visto? ¿El cuaderno? —preguntó, recuperando aparentemente la calma.

—No. Pero sé que dice la verdad. Lo conozco, nunca mentiría en algo así.

Daniel respiró hondo y se apartó el pelo de la frente. Se puso de pie y se paseó por aquella pequeña estancia. Katie lo veía buscar una salida con desesperación y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—No pondré a tu familia en peligro. No te pondré a ti…

Él la miró con una expresión que la hizo enmudecer.

—No vas a huir de mí —repitió tajante.

Katie se levantó del sofá y fue hacia él, lo agarró de la camisa y tiró de ella para que la besara. Daniel cubrió su boca con avidez y se aferró a él con el pecho encendido y el alma encogida, en un lugar recóndito de su cerebro. Él presionaba sus labios con ansia y ella respondía con la misma urgencia. El pulso de Katie se aceleró en la garganta cuando él bajó la mano y rodeó su cuello, posesivo.

—Ten valor —susurró contra sus labios—. Ten fe en mí. Si hay algo que caracteriza a los McEntrie es nuestra cabezonería. No

vamos a rendirnos.

—No podemos hacer nada contra él —musitó ella sin apartarse.

El escocés gruñó y volvió a besarla, esta vez con desesperación, como si quisiera absorberle el alma con la boca. La apretó contra su cuerpo y su pulgar siguió el latido de la vena que palpitaba en su cuello. Después bajó por su hombro y se deslizó por su escote hasta envolver uno de sus pechos por encima del tartán. Katie gimió, sintiendo que se le doblaban las rodillas, pero Daniel la tenía sujeta por la cintura con el otro brazo y la sostuvo sin esfuerzo. Una llamarada lo arrolló al notar cómo su lengua se volvía más y más ansiosa, y apretó aquella turgente carne en su mano.

—Daniel… —suplicó ella, apartándose lo justo—, no podemos…

—Me deseas —dijo él apretando de nuevo con su mano—. Y dentro de poco más de un día serás mi esposa. No hace falta esperar.

—Eso no va a pasar —sollozó ella.

—No me importa que llores, no me importa lo que pase, no te dejaré marchar. No voy a renunciar a que seas mía. No voy a…

—Mírame —exigió ella—. Tiene el nombre de Dougal McEntrie escrito en el cuaderno de bitácora de uno de los piratas más temidos de Inglaterra. ¿Dejarás que tu padre acabe colgado de una soga solo para tenerme?

Él empalideció aún más y el verde de sus ojos se intensificó.

—Los delitos de piratería no expiran, Daniel. Si lo detienen, lo colgarán. Si te enfrentas a mi padrastro, lanzará una andanada y todo saltará por los aires. No habrá marcha atrás. Contesta a mi pregunta, ¿sacrificarás a tu padre para tenerme?

Lentamente bajó los brazos con los que la retenía. Su mandíbula se marcó con dureza, mientras sus ojos mostraban una expresión de impotencia.

—No estoy huyendo —dijo ella, sintiendo el dolor punzante e insoportable que provoca hacer daño a quien se ama—. Intentaré encontrar el cuaderno para destruirlo. Tú, mientras tanto, puedes hablar con tu padre. Que esté preparado, que busque una escapatoria en caso de que él actúe. Pero tengo que marcharme con ellos. El juez Armstrong no regresará de Londres hasta final de mes, tenemos tiempo de encontrar una solución, de intentarlo al menos. Pero no dejaré que haga daño a tu familia, no permitiré que tu padre sufra por mi causa, si para ello tengo que casarme con ese hombre, lo haré, Daniel. No te quepa la menor duda.

—Voy a matarlo ahora mismo con mis propias manos. —Caminó hacia la puerta con paso decidido, pero ella lo abrazó por la espalda para detenerlo.

—Por favor… —sollozó—. Por favor, amor mío. Si haces eso, te detendrán y yo seré una muerta en vida. Que tú estés bien es lo

único que me importa.

—¿Bien? —se giró haciendo que lo soltara—. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que yo esté bien si haces lo que él quiere? Estás loca, Katie, completamente loca. Y no me conoces si crees que dejaré que se salga con la suya.

Lo miró con tanta tristeza que él lo sintió como un puñetazo en las costillas.

—Eres un niño, Daniel, un niño que ha crecido entre algodones. En una familia amorosa, que te ha cuidado y te ha querido sin reservas. Te crees que la vida es justa. —Se echó a reír a carcajadas, y su risa tenía algo malévolo combinada con sus lágrimas—. ¡Justa! La justicia no existe, amor mío. Solo existe el poder. Tú corrías a sus brazos cuando tu padre entraba en la habitación en la que estabas. Yo me encogía en un rincón tratando de no ser visible. Crecí afinando mi oído para detectar en su voz cuál era su estado de ánimo. Podía saber si iba a pegarme solo por el modo en que sonaban sus pasos. No tenía que haber un motivo, solo hacían falta sus ganas. A veces me quedaba quieta durante horas pensando que si no hacía otra cosa más que respirar, él no querría castigarme. Entonces no sabía que me castigaba precisamente por eso, por respirar.

Daniel tenía los ojos llenos de lágrimas y el corazón hecho trizas. Sus puños cerrados no tenían cómo desahogar su furia. La veía

frente a él, desvalida y temblorosa, intentando protegerlo, y se le rompía el alma. Pero también veía a su padre colgando de una soga, y era tan insoportable que no podía moverse.

—Con él no sirve de nada resistirse, solo conseguirás que golpee más fuerte —sentenció ella. Posó una mano en su mejilla y lo acarició con ternura—. Ayúdame, Daniel. No me lo hagas más difícil.

Él gruñó con desesperación al tiempo que la abrazaba, pegándola a su cuerpo. Enterró la cara en su pelo y durante un minuto ninguno de los dos dijo nada. Lo que ocurrió a continuación fue fruto de la desconexión de su raciocinio y el profundo deseo que latía entre ellos. Podrían discutir horas sobre si fue él quien la besó o ella la que buscó su lengua. El sofá era incómodo y pequeño y Daniel no encontraba el modo de encajar con ella. Pero Katie se amoldó a lo que él le daba y le hizo olvidar hasta su nombre.

—Hazme tuya, Daniel. Dame algo a lo que aferrarme.

Él cerró los ojos un instante, consciente de que lo que ella le pedía no podría deshacerse. Lo besó, apoyada en su cuerpo. Él sentía cada fibra de piel, y la deseaba tanto que le dolía el pecho por contenerse. Desconectó la parte de sí que le decía que no lo hiciera, que el juez Armstrong lo sabría. Pero no iba a permitir que ese hombre la tocara. No existía ningún escenario en el que eso fuese posible.

—Si quieres que pare, dilo. —Mordisqueó su labio inferior como respuesta a su beso—. Si te hago mía, no habrá vuelta atrás.

Katie emitió un gemido hambriento cuando él cambió la postura y se colocó a su lado. Daniel metió la mano por debajo del tartán y la deslizó dentro del camisón hasta llegar a uno de sus pechos.

—¡Dios! —exclamó al sentir aquella piel suave y delicada en la punta de sus dedos.

Debería detenerlo. Debería decirle que era un error, que se había vuelto loca al pedírselo. Pero aquella boca deslizándose por su cuello, bajando por su clavícula, subiendo por el montículo de su seno hasta alcanzar el punto más alto y duro, acabó con todas sus dudas. Daniel lo dibujó con su húmeda lengua, trazando círculos a su alrededor mientras ella se moría de deseo. Cuando lo atrapó con los dientes, Katie se tapó la boca para no gritar. El jadeo de su garganta y la manera en que se arqueó contra él fueron un acicate para su hombría, y la erección de Daniel creció aún más cuando la oyó suplicar.

Se apoyó en la mano izquierda, apartándose lo suficiente para poder contemplarla, retiró el tartán sin miramientos y levantó el camisón con cierta dificultad, dejando sus pechos al descubierto. Gimió unas palabras en gaélico entre las que había varias imprecaciones y un par de «tesoro» y «amor mío».

—Si quieres que pare, dilo, Katie. —La miró mientras su mano se deslizaba entre sus muslos y ella abrió la boca, asustada—. Te pediría que no grites, amor, sería muy incómodo que el señor Miles nos encontrase en esta posición.

Ella cerró la boca y la cubrió con su propia mano.

—¿Sigo o paro? —preguntó él con toda la maldad del mundo—. Quiero oírtelo decir, *a rùin.*

—Eres perverso.

Daniel apartó la mano que la tocaba y la levantó en señal de paz. Ella gimoteó lastimosa.

—Por favor.

—¿Por favor qué, *a rùin?*

—Sigue, malvado demonio —arrastró las palabras como si le faltase el aliento—. Tócame, haz lo que está claro que sabes, pero no pares.

Sin dejar de mirarla, llevó de nuevo sus dedos hasta donde ella le pedía y los deslizó entre sus pliegues con la presión justa. Cuando los introdujo en ella, Katie se tensionó irremediablemente, pero Daniel no paró, se inclinó y la besó en la boca, haciendo que su lengua reclamase toda su atención. Se producían tantas sensaciones en su cuerpo que ella no podía atenderlas todas. Arriba, abajo, imparables y desconocidas. No sabía lo que él estaba haciendo.

Estaba dentro y fuera a la vez, como si cada uno de sus dedos tuviera una misión concreta que él dominaba a la perfección. Su cerebro se nubló, y un cúmulo de placer y lujuria se abrió paso entre sus temores y sus pensamientos. Ni siquiera se dio cuenta de que se movía contra aquella mano, que se arqueaba queriendo lo que él le daba. Sintió el dolor, pero a ninguno de los dos le importó. Él siguió estimulándola, preparándola para lo que vendría después. Quería verla deshacerse en su mano, que todo el dolor que le provocase estuviese enterrado entre las sensaciones más deliciosas que jamás hubiese experimentado.

—Déjate ir para mí, *a rùin* —susurró en su oído—. ¿Sientes cómo te toco? Nunca nadie ha estado ahí donde está mi mano. Voy a poseer tu cuerpo y tu mente y no dejaré resquicio de ti sin conquistar. Serás mía, amor, mía y de nadie más.

Katie obedeció y se entregó por completo a las sensaciones que él le provocaba. Se retorció cuando el orgasmo la arrolló sin resistencia. Su cuerpo se tensó, sus músculos internos se contrajeron atrapando aquellos dedos como si quisiera que se quedaran para siempre dentro de ella. Daniel se rio bajito y susurró en gaélico: *me vas a matar cuando esté dentro de ti*. Ella no pudo responder. Las lágrimas escapaban por la comisura de sus ojos y, cuando los abrió y lo vio frente a ella con aquella sonrisa de felicidad, los sollozos la sacudieron.

—Amor mío —dijo él acunándola en sus brazos—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras? ¿He hecho algo que no quisieras? Creí…

—Te amo, Daniel —dijo contra su pecho—. Te amo tanto que me voy a morir. Tómame, hazme tuya. Hazlo. Hazlo. Hazlo.

La besó para calmar su desesperación y se liberó del pantalón. Con su lengua ahogó los gemidos de Katie, que sentía la presión en su centro, ahora aún más sensible.

—Relájate —dijo él apartándose lo justo para poder hablarle—. Respira hondo, amor. Déjame entrar.

—Me… quema.

—Lo sé. —Mordió su labio inferior y tiró de él con suavidad mientras seguía empujando—. Dios, es… demasiado.

Se quedó quieto a mitad de camino.

—Me quedaré aquí —dijo con la voz ronca—. Relájate. El cuerpo es sabio.

—¿Estás seguro? Yo creo que…

Él aprovechó su distracción y empujó hasta el fondo. Katie abrió los ojos como platos, pero antes de que gritara él la enmudeció de nuevo con su boca. Se mantuvo quieto un buen rato sin dejar de besarla y acariciarla. El dolor remitió poco a poco y las uñas de Katie aflojaron el agarre en su espalda.

—¿Estás bien? —preguntó apartándole el pelo de la cara y mirándola como si la viese por primera vez—. ¿Te duele mucho?

Ella negó con la cabeza, consciente de su invasión. ¿De verdad aquello debía ser así?

—Al menos no te has subido a mi espalda —dijo pensando en los caballos.

Daniel soltó una carcajada y la miró perverso.

—Puedo hacerlo. ¿Quieres que te monte, Katie? ¿Me dejarás ser tu semental?

—¡No! —exclamó asustada—. ¿Estás loco?

—Sí, completamente loco por ti —susurró—. Y ahora eres mía.

Ella asintió y arqueó las caderas.

—No… Katie… quédate quieta, por Dios.

Pero ella no le hizo caso y volvió a moverse, provocándolo. Daniel se rindió, dejándose arrastrar y haciendo que lo sintiera en toda su extensión.

—¿Esto es lo que quieres? —preguntó con voz ronca.

Ella negó con la cabeza.

—Quiero… lo de antes. Quiero volver a sentir que me absorben desde dentro. Que me repliego. Que estallo en pedazos y me

convierto en luz.

Aquello fue demasiado para las ganas que él tenía. Era el momento de ser certero, no suave. Comenzó a moverse con un ritmo constante mientras su boca le hacía de escudero. Cuando la sintió contraerse y apretarlo presa de su segundo orgasmo, Daniel había llegado al límite de su resistencia. Aceleró sus embestidas haciéndola gemir de nuevo. Katie se agarró a su cuello y se elevó para que entrase más profundo, y cuando el orgasmo volvió a sacudirla él estalló sin reservas dentro de ella, ahogando un largo gruñido contra su cuello.

Se colocó a su lado para no aplastarla y escondió la cara en su axila hasta que su corazón recuperó el ritmo normal. Entonces puso el codo en el sofá y apoyó la cabeza en la mano, mirándola sonriente.

—He estado a punto de morderte —confesó.

Ella abrió los ojos sorprendida y finalmente se echó a reír.

—No te rías, te habría dejado una buena marca.

—¿Por qué?

—Que te hayas excitado tan rápido, conmigo dentro, me ha vuelto loco.

—En realidad, no ha parado. Ha sido como una ola, se alejaba, pero ha vuelto con más fuerza. Ahora me siento vacía sin tenerte

dentro de mí.

—Dios —masculló él escondiendo la cabeza en su hombro.

—¿Qué he dicho? —preguntó ella riendo.

—No puedes hablarme así, *a rùin.*

Cogió su mano y la llevó hasta su erección que, de nuevo, crecía imparable. Ella apartó la mano como si le quemara y trató de levantarse.

—¿Adónde te crees que vas? —preguntó juguetón.

—No tardará en bajar la señora MacKinnon. Es muy madrugadora. Daniel, sería espantoso que nos encontrase aquí así.

La retuvo en sus brazos cada vez que trató de incorporarse y ella acabó por rendirse. Se había tumbado, sosteniéndola encima, colocándola entre sus piernas, pero sin intentar un nuevo acercamiento. Daniel no cabía en un sofá tan pequeño y tuvo que ingeniárselas.

—¿Te das cuenta de que eres perfecta para mí? Tu cuerpo se amolda al mío como si te hubieran hecho usándome de referencia.

—Qué tonterías dices.

La miró con picardía.

—Ya has visto lo bien que encajo dentro de ti. —Se rio al ver que se ponía roja como un tomate.

—No tardarán en levantarse —repitió ella, desviando la mirada—. Tienes que dejar que me vaya.

—No.

—Daniel…

—Lo siento. Ahora eres mía y debes obedecerme.

Levantó la cabeza para mirarlo y él enarcó una ceja, retándola a discutírselo.

—¿Significa que ahora eres más mandón que antes?

—Muchísimo más.

—No creí que eso fuera posible.

—Pues ya ves. —Puso una mano en su trasero y le apretó una nalga sin dejar de mirarla.

Katie escondió la cara en su pecho, muerta de la vergüenza y conteniendo la risa.

—Cuando estemos casados voy a enseñarte muchas cosas, *a rùin* —susurró—. Ni te imaginas todo lo que se puede hacer.

Ella levantó la cabeza y su expresión había cambiado por completo. Ya no había humor en ella, tan solo tristeza.

—¿Quieres que te haga un resumen de todo lo que hemos hablado, Daniel?

—No, no quiero —dijo poniéndose serio también.

—Pues lo haré si no me dejas levantarme de este sofá ahora mismo. E incluiré bastantes lágrimas y algún que otro sollozo.

Él suspiró con un bufido y apartó la mano con la que la inmovilizaba. Katie se deslizó por su cuerpo y consiguió poner los pies en el suelo. Cogió el tartán y se envolvió con él. No tener el cuerpo de Daniel para darle calor la hizo tiritar. Lo vio sentarse y apoyar los codos en las rodillas con la cabeza gacha. Le acarició el pelo y luego lo abrazó contra su vientre.

—Debo irme —musitó.

Daniel gruñó y la rodeó con sus brazos, colocándola entre sus piernas.

—Daniel…

—Sí. Déjame un momento.

Siguió acariciándole el pelo hasta que la soltó y se puso de pie. Le cogió el rostro entre las manos y, después de mirarla unos segundos, la besó con ternura.

—No te casarás con él —afirmó rotundo—. Juro por Dios que encontraré la manera de impedirlo.

Ella no dijo nada. Le acarició la mejilla y salió de allí corriendo, sin mirar atrás.

CAPÍTULO 41



Nuna la miraba sentada en su cama con los ojos llenos de lágrimas y el corazón encogido.

—No puedes irte. No así, Katie. ¿Qué pasa con Daniel?

—Ya he hablado con él.

Estaba vestida y lista para abandonar *Slioscreige*. Habría deseado marcharse sin decirle nada a nadie, pero no pudo. Le pidió a su padrastro y a sus hermanos que la esperasen en el carruaje. Volvió a entrar, subió las escaleras corriendo y no se detuvo hasta estar junto a la cama de Nuna.

—Te quiero, Nuna —dijo sentándose en la cama y cogiéndole las manos mientras la otra lloraba desconsolada—. Y a Daniel. A todos. Os quiero. Tu hermano te lo explicará todo. Cuida de él por mí, por favor. Te va a necesitar muchísimo.

Se puso de pie para marcharse y Nuna apartó las mantas y corrió tras ella, abrazándola.

—Katie, por favor, no te vayas así.

—Debo hacerlo, te prometo que lo entenderás cuando hables con Daniel. Es por el bien de todos. —La apartó con suavidad, pero con firmeza, y luego depositó un beso en su frente y salió del cuarto tan rápido como había llegado.

Nuna fue hasta la ventana y vio a Beth en el carruaje. Su expresión era tan triste que hizo que sus sollozos arreciaran. Katie subió al coche y cerró la portezuela tras ella. Cuando el vehículo se puso en marcha, miró a Nuna y le dijo adiós con la mano. La hermana de Daniel pudo ver las lágrimas que había estado conteniendo y echó a correr para salir del cuarto. Tan solo llevaba puesto el camisón, pero no le importaba. Tenía que detenerla.

Daniel le cortó el paso en el corredor.

—¡Katie se marcha! —exclamó, deshecha en llanto, tratando de sortearlo.

—Lo sé.

—Está llorando. La he visto, no quiere irse.

Su hermano la agarró por la cintura desde atrás cuando pasó a su lado. La levantó del suelo, ignorando su pataleo desesperado, y la llevó de vuelta a su habitación. No la soltó hasta que estuvieron dentro, cerró la puerta de una patada y se apoyó en ella para impedir que saliera.

—¿Qué haces? —gritó furiosa—. ¿Por qué no la detienes?

—Cálmate y te lo explicaré.

—¡No me digas que me calme! Ese hombre —los hipos no la dejaban hablar—, ese hombre le hará daño. ¡Es un monstruo, Daniel!

—No le hará daño. Le he advertido que si le toca un solo pelo de la cabeza, lo mataré.

—¿Y crees que va a hacerte caso? —Se tapó la cara con las manos y sollozó angustiada.

Daniel la envolvió en un abrazo y la dejó que se desahogara.

—Te lo explicaré todo cuando te calmes.

Los sollozos arreciaron y él le acarició la espalda como cuando eran niños.

—¿Te acuerdas de aquella vez que tuve que dispararle a mi caballo después de que sufriera un grave accidente? —Esperó a que ella contestara, pero solo escuchó su llanto más fuerte—. Yo tenía catorce años y me temblaba tanto la escopeta en las manos, que no podía disparar por temor a matar a alguien de los que estábamos allí. Tú me la quitaste y disparaste por mí. Estuviste una semana llorando a diario. Jamás habías matado ni una mosca. Eras la que recogía y salvaba a cualquier animal con el que te encontrabas. Eras como Alasdair.

—Él era como yo, no al revés —dijo apartándose para mirarlo.

—Eres mi hermana pequeña, pero siempre has cuidado de mí.

—Y tú de mí.

Daniel asintió y su sonrisa hizo que las lágrimas de sus ojos brillasen más.

—Voy a necesitar que me ayudes, hermanita.

Ella se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos.

—Tu turno —dijo—. Puedes llorar todo lo que quieras. No se lo diré a nadie.

Se reunieron en el despacho de Caillen. El silencio se había asentado en la estancia después de que Dougal les explicase lo que Daniel le había contado.

—Sabíamos que pasaría —dijo Kenneth.

Dougal miró a su hermano con total serenidad y aceptación.

—Desde el momento en que robaron ese cuaderno de la caja fuerte de Joseph —añadió Brodie—. Era demasiado sospechoso para que fuese fruto del azar.

—¿Creéis que lo ha tenido Ramsey estos nueve años? —preguntó Lachlan—. No tiene mucho sentido.

—Yo no lo creo —negó Caillen—. Mis problemas con el juez son de hace cuatro años, cuando defendí a dos hombres a los que acusaba de delitos que no habían cometido. Fue entonces cuando se fijó en nuestra familia. No, alguien robó el cuaderno y él lo consiguió después.

—No puedo permitir que Katie se case con ese viejo para protegerme —negó Dougal, decidido—. Yo mismo iré a buscarla y la traeré de vuelta.

—Te condenarán a la horca —advirtió Ewan—. Si vamos de frente, el juez te denunciará.

—Tienes que pensar en Elizabeth —dijo Caillen.

—Daniel es mi hijo, no antepondré mi seguridad a su felicidad. Yo me metí en este lío, no permitiré que él pague por mis actos.

—Mantengamos la calma —dijo Kenneth—. Algo se nos ocurrirá.

—¿Es verdad que ese delito no prescribe? —preguntó Brodie mirando a Caillen.

—Sí, podrían condenarlo a la horca.

—¿Podrían? —De nuevo Brodie—. ¿Eso significa que tiene alguna posibilidad de librarse?

—Librarse del todo, no. Pero podría ser condenado a pasar el resto de su vida en prisión.

—Prefiero la horca —dijo Dougal.

—¿Cómo se le ocurrió a Joseph guardarse uno de los cuadernos? ¡Hay que ser imbécil! —exclamó Kenneth.

—Tenía valor sentimental para él. Fue el último.

—Y habla de Harriet —añadió Brodie, que también lo había leído.

Kenneth puso los ojos en blanco, pero no dijo nada.

—Está claro que iban a por el cuaderno —dijo Caillen—. Así que lo robó alguien que sabía quiénes erais. ¿Pero cómo lo supo el juez? Eso no tiene sentido. ¿Por qué te investigaría a ti?

—Porque si te investigó a ti, no encontró nada —dijo Kenneth.

—Caillen estuvo en prisión —dijo Lachlan.

—Pero fue muy poco tiempo y luego se descubrió que había sido una detención ilegal.

Lachlan asintió.

—Según Katie, ese hombre tiene oídos y ojos en todas partes —dijo Dougal.

—Debió recibir alguna clase de información —dijo Lachlan, pensativo—. Alguien que nos conoce se fue de la lengua. Siempre ha habido rumores sobre ti y tus años lejos de *Slioscreige,* pero solo unos pocos saben lo que estuviste haciendo. Alguien se fue de la lengua, estoy convencido.

Se quedaron un rato en silencio mientras repasaban la lista de sus amigos y familiares cercanos. Pero ninguno de los que sabían la verdad habría dicho nada. Era imposible. Confiaban en todos ellos.

—Hice muchos enemigos —dijo Dougal, pensativo.

—No pareces muy nervioso, para tener el cuello pendiendo de una cuerda —dijo Ewan.

—¿Qué quieres que haga? ¿Me pongo a temblar? Si Ramsey quisiera meterme en la cárcel, ya me habrían encerrado. Solo quiere tenernos cogidos por los huevos y eso nos da margen de acción para actuar. Así es como yo lo veo.

—Hay que robar el cuaderno —dijo Kenneth—. Es la única forma de acabar con el problema.

—Lo tendrá a buen recaudo —apuntó Brodie.

—Lo que sea que hagamos tiene que ser antes de que ese otro juez regrese de Londres a final de mes —dijo Dougal.

—Yo puedo intentar retenerlo un poco más —dijo Brodie—. Enviaré una carta a Mason y le pediré que intervenga de algún modo. Tiene muchos contactos, seguro que puede organizar algo que a Armstrong le haga quedarse en Londres unos días más.

—Que le rompan una pierna —dijo Kenneth, torciendo una sonrisa.

—Daniel debería ir a ver al juez Ramsey —dijo Lachlan—. Quizá haya algún modo de convencerlo de que ceda en lo de la boda.

—Puede ofrecerle algo a cambio —dijo Kenneth—. Un caballo para que compita en las carreras.

—No le gustan los caballos —dijo Lachlan.

—Cierto, es imbécil.

—Voy a investigarlo —dijo Caillen—. ¿Quiere jugar sucio? Yo también puedo hacerlo. Removeré cielo y tierra para sacar su basura a la luz. Con todo lo que ha hecho debe tener una legión de enemigos.

—Contra los que tiene armas de sobra —le recordó Ewan.

—Sí, pero precisamente por eso quizá quieran ayudarnos a destruirlo.

—Ten cuidado, Caillen. Si al final me acusa, te verás salpicado —dijo Dougal.

—¿Salpicado? Eres mi hermano, imbécil, esto no me salpica, me ha caído encima como una tromba de mierda.

El otro aceptó, cerrando la boca.

—De acuerdo —dijo antes de mirarlos a todos—. Intentad suavizarlo delante de las mujeres.

—A nuestros hijos hay que explicárselo —dijo Kenneth.

—De eso se está encargando Daniel ahora mismo, tranquilo —afirmó Dougal.

Y salió del despacho seguido por los demás. Le quedaba lo más difícil.

—Hay que robar el cuaderno —dijo Alasdair poniendo los pies sobre la mesa de centro.

—Claro que sí —afirmó Craig en voz alta—. Robar en la casa de un juez es una idea maravillosa.

—Siempre tienes que estropearnos la diversión.

—¿Pasar tus mejores años entre rejas te parece divertido? No me invites nunca a tus fiestas, por favor.

—Para eso tendríamos que saber dónde lo guarda —dijo Daniel sin descartar la idea.

—Qué pena que Anthony no esté aquí —se lamentó Alasdair—. Se le da muy bien encontrar cosas.

—Voy a ir a hablar con el juez —dijo Daniel—. Buscaré alojamiento en Carncastle y me quedaré cerca de Katie hasta que esto se solucione. No voy a dejarla en manos de ese desgraciado sin asegurarme de que está bien.

—Yo te acompaño —dijo Cai.

—Es mejor que vaya solo —respondió Daniel.

—¿Mejor por qué?

—Tú lo que quieres es ver a Beth —dijo Craig—. Deberías olvidarte de eso ahora. Si su padre no quiere a un McEntrie para la hijastra, menos va a quererlo para su propia hija.

—No voy por eso, es para dar apoyo a Daniel.

—Katie va a intentar encontrar el cuaderno —dijo el susodicho mirando a Alasdair.

El otro bajó los pies al suelo con una mirada de profunda concentración.

—¿Qué estás maquinando? —preguntó Daniel.

—Mmmm.

Los otros esperaron observándolo, como si pudieran ver los engranajes de su cerebro moviéndose. Alasdair se levantó y fue hasta el mueble de las bebidas para servirse un dedo de whisky.

—Al imbécil del juez no le gustan los caballos, pero a su hijo pequeño, sí. Se enamoró de Clyde en cuanto lo vio.

Daniel entornó los ojos, pensativo. Era cierto que se entusiasmó con ese caballo después de montarlo.

—¿Y qué pretendes?

Alasdair se paseó por la sala con el vaso de whisky en una mano y la otra metida en el bolsillo de su pantalón.

—George y yo tuvimos una conversación muy interesante. Estaba interesado en comprarlo.

—¿Comprar a Clyde? —se sorprendió Craig—. ¿Le dijiste que cuesta doscientas guineas?

—Sí, y me dijo que tenía suficiente dinero ahorrado. Por supuesto, yo no lo presioné y la cosa quedó en nada. Pero podría presentarme en casa del juez fingiendo que entendí que George había comprado el caballo.

—Él dirá que no lo compró —dijo Cai, ceñudo—. Doscientas guineas para un chaval de quince años es impensable, su padre no permitirá que se gaste ese dinero.

—No tenemos nada que perder. —Los señaló con el vaso—. A estas alturas, los tres hermanos sabrán lo que está pasando con Katie y lo que su padre pretende. Ya la ayudaron una vez, ¿no creéis que intentarán volver a hacerlo? Si George es listo, se dará cuenta de que tramo algo y me seguirá el juego.

—¿Y qué tramas exactamente? —preguntó Cai.

—Buscar el maldito cuaderno.

—¿Te crees que el juez es tonto? —dijo Craig—. No tendrá el cuaderno encima de una mesa. Probablemente no lo tenga ni en casa.

Alasdair enarcó una ceja.

—Cierto —dijo, ceñudo.

—Lo haremos —dijo Daniel asintiendo—. Iremos los dos. Llevaremos a Clyde y yo usaré esa excusa para hablar con Ramsey de hombre a hombre. Le preguntaré qué quiere para dejar que su hijastra se case conmigo. De esa manera quitaré su atención sobre ti. Tú habla con Arthur. Trabaja para los abogados de su padre, los que llevan sus asuntos. Quizá sepa dónde puede estar ese cuaderno.

—¿Si lo sabe no se lo habrá dicho a Katie? —preguntó Craig, no muy convencido del plan—. ¿No lo cogería él mismo?

Daniel se encogió de hombros.

—Al menos obtendremos todas esas respuestas.

CAPÍTULO 42



«*No podemos quebrarte, no, pero podemos arañarte y hacerte sangrar igual* —dicen mientras recorren su espalda con las garras, como si las cicatrices fueran un sendero para sus uñas puntiagudas —*. ¿Recuerdas los golpes? ¿El dolor? ¿El miedo?*»

Katie se sentó en la cama de golpe aspirando con fuerza como si se estuviese ahogando. Se llevó una mano al pecho y siguió intentando llenarse de oxígeno. El rostro mojado por las lágrimas en medio de un silencio atronador. Miró el reloj de la repisa, era la una y cuarto de la madrugada y hacía mucho frío. Dormía con medias, una chaqueta de lana y dos mantas, pero seguía haciendo frío. Bajó los pies al suelo y se envolvió con una de las mantas. Se acercó a la ventana y miró la luna que brillaba en el cielo. Era la misma luna que veía desde su ventana en Slioscreige. Se limpió de nuevo las lágrimas y sorbió para tragarse las que se habían colado hacia su garganta.

—Basta de lágrimas, llorona —se dijo con una sonrisa que habría conmovido a quien la viese—. Bajaré a prepararme una infusión, eso me ayudará a entrar en calor. Quizá así pueda dormirme.

De uno de sus cajones sacó la pequeña caja de cerillas que Beth le había conseguido, eran caras y su padrastro no querría que ella las tuviera. Sacó una y rozó la cabeza de azufre contra el costado rugoso. Al chasquido le siguió el olor acre característico y acercó la llama al pabilo de la vela, que tardó apenas un segundo en prender. Salió del cuarto y bajó las escaleras procurando no hacer ruido. Cuando la madera chirriaba, se paraba y se movía más despacio, cargando el peso con cuidado. Entró en la cocina y se acercó a las brasas aún encendidas. Los escalofríos la sacudieron al percibir el calor y dio saltitos intentando activar la circulación. Se preparó el té y volvió a la buhardilla. Se sentó en la cama y observó la estancia mientras soplaba y sorbía alternativamente. Desde que había vuelto apenas había conseguido dormir más de tres o cuatro horas seguidas. Todas las noches se despertaba bañada en lágrimas y exhausta. Sorprendentemente, su padrastro no la obligó a trabajar como hacía antes, en cierta manera la trataba con más deferencia que nunca. Cenaba en el comedor con los demás y no la obligaba a permanecer en la zona de los criados. Cosa que habría preferido, de haber podido elegir. Estar en su presencia le resultaba más desagradable que nunca, si cabe. Después de haber convivido con los McEntrie, de haber disfrutado de las comidas familiares en las que no había más que risas, charlas amenas y alguna que otra pelea sin importancia, volver a estar en esa casa la estaba consumiendo.

En cuanto el juez salía de casa ella se dedicaba a revisar por todas partes tratando de encontrar el cuaderno. Había buscado en su cuarto, en la biblioteca y en todos los armarios de la casa. Pero no había podido entrar en su despacho. Siempre lo cerraba con llave cuando salía y, si él estaba dentro, tampoco podía investigar. El corazón se le aceleró. ¿Lo cerraría por la noche cuando se iba a dormir? Dejó la taza en el suelo y volvió a salir de la buhardilla. El corazón le latía desbocado cuando descendió los peldaños hasta la planta principal. Siguió bajando y avanzó hasta el despacho. Giró el pomo de la puerta como si temiera encontrar al monstruo allí dentro. Casi gruñó al notar la resistencia del cerrojo. Se mordió el labio nerviosa y escuchó el reloj dar las dos de la madrugada. Aún faltaban horas para que el servicio se levantase. Volvió a subir las escaleras, pero se detuvo en el piso donde estaban los dormitorios. ¿Y si…? No. De ninguna manera se atrevería. Sus pies se movieron sin su consentimiento y se retorció las manos nerviosa. Se detuvo frente a la puerta. Todo el frío que sentía se había evaporado por completo y, en su lugar, un sudor helado empezó a bajarle desde la nuca y se coló por dentro de la ropa. Abrió despacio, tan despacio que sintió el recorrido de la puerta pulgada a pulgada. Lo primero que llegó hasta ella fue el olor. Un olor ácido y rancio que conocía bien. Aunque su padrastro era un hombre que cuidaba mucho su higiene y su aspecto, desprendía un olor característico que ella percibía siempre emergiendo por encima de su perfume.

La chimenea apenas respiraba, pero su luz era suficiente para teñir las paredes de un suave matiz tembloroso. Bajo la rejilla de hierro dos troncos gruesos se consumían despacio, con el corazón de brasas aún vivo. Un hilillo de humo se perdía entre las sombras del tiro, y Katie percibió el suave olor de la madera. El juez dormía de espaldas al resplandor, y las llamas proyectaban en el dosel de su cama un tenue baile de luces y sombras. El corazón de Katie latía tan rápido y tan fuerte que pensó que, si el juez salía de su sueño un instante, lo escucharía. Le costaba respirar y su cuerpo estaba tenso como la soga que sostiene al reo. Se llevó una mano al cuello y miró a su alrededor. Tenía que centrarse, pensar en lo que había ido a hacer y dejar el miedo para cuando estuviese sola en su buhardilla.

La ropa estaba bien colocada sobre la silla y las botas debajo. Katie se acercó a la mesita de noche caminando de puntillas. Cada vez que la madera crujía, se detenía y dejaba de respirar. Nunca en su vida había estado más alerta. Una vez comprobó que allí no estaba, volvió sobre sus pasos y llegó hasta el pequeño escritorio situado delante de la ventana. Tampoco allí encontró la llave. Se mordió el labio mirando a su alrededor de nuevo. ¿Dónde podía estar? ¿La guardaba dentro del ropero? ¿En un cajón? Era una llave que llevaba siempre encima, no creía que la guardase en un lugar tan… Volvió a fijar la mirada en la ropa colocada en la silla y se acercó sigilosa. Los pantalones estaban doblados con esmero y

encima de él un chaleco y una camisa de lino. Deslizó la mano para colarla dentro del bolsillo del pantalón y ahí estaba la llave. Casi se le escapó un suspiro de alivio, pero lo contuvo apretando los labios. Sin apartar la mirada de la cama, caminó hacia la puerta y salió del cuarto cerrando suavemente tras de sí. Una vez en el corredor, cogió aire casi con desesperación y se le agarrotaron los músculos del cuello. Tenía la llave tan apretada en su mano que, al abrirla, vio que se le había grabado con todo detalle. Cogió el candelabro del suelo y se apresuró a ir hacia las escaleras caminando de puntillas.

El sonido de la llave en la cerradura le erizó la espalda y se quedó inmóvil, asegurándose de que no se escuchaban pasos corriendo hacia ella. Dentro, la penumbra era total. Cerró la puerta despacio, alumbrándola con la vela, y luego caminó hasta el escritorio de nogal y depositó el candelabro en la superficie pulida por décadas de uso. Las sombras que proyectaba la llama se estiraban y encogían en las paredes cubiertas de estanterías. El aire olía a papel, a cera y a whisky. Vio el vaso con restos que el juez había dejado olvidado junto a los papeles que redactaba cuando decidió retirarse. Lo cogió y apuró el contenido de un trago. El líquido le quemó la garganta, pero lo agradeció. Dejó el vaso vacío y apoyó el trasero en la mesa, sujetándose con las manos. La chimenea de mármol estaba apagada, con las brasas muertas y la ceniza amontonada en el hogar. Sobre la repisa, un reloj de bronce marcaba las dos y media. Dos candelabros a ambos lados y una caja de madera oscura

cerrada con llave. En cualquier caso, demasiado pequeña para contener el cuaderno. Memorizó la estancia, poniendo atención a cada detalle, antes de empezar a revisar los documentos que había sobre el escritorio. Luego continuó por los cajones que, sorprendentemente, no estaban cerrados bajo llave. Supuso que allí dentro el juez creía que todo estaba seguro, pues la puerta siempre estaba cerrada con llave. Tampoco encontró nada en los cajones, así que continuó por las estanterías, revisando libros y carpetas, y todo lo que encontró eran documentos referidos a su labor como juez y archivos bancarios o de arrendamiento. Cuando acabó su exhaustiva investigación pasaban de las cuatro y media y no había encontrado nada. Absolutamente nada. Revisó la estancia para asegurarse de que todo estaba como al principio, cogió el candelabro y salió de allí sigilosa, dirigiéndose a las escaleras. Los criados se levantaban a las cinco de la mañana, así que tenía el tiempo justo de dejar la llave en su sitio y regresar a la buhardilla. Cuando abrió la puerta, la sangre se le congeló en las venas.

CAPÍTULO 43



Daniel desmontó mirando a su alrededor con suma atención. Lo primero que observó fue la ventana de la buhardilla. Las cortinas estaban echadas y no se veía movimiento. Eran las diez de la mañana, Katie estaría probablemente haciendo alguna tarea doméstica. Sabía cómo había sido su vida en esa casa y no creía que su aventura hubiese cambiado eso. Después revisó toda la fachada situando espacios y memorizando cada ventana, por si tenía que usarlas para entrar en algún momento. Alasdair, que también había desmontado, se acercó a él sin soltar las riendas de Tórradh.

—Mantén la calma. Puedes estropearlo todo si no eres capaz de…

Antes de terminar la frase ya se dio cuenta de que era una estupidez. Si había alguien capaz de mantener la calma en una situación de peligro, era Daniel. Se llevó una mano al pelo y lo apartó de su frente.

Daniel llamó a la puerta mientras que Alasdair se quedó con los caballos. Un criado lo recibió con expresión altiva.

—Venimos a ver al juez Ramsey —anunció con firmeza—. Dígale que están aquí dos McEntrie. Traemos un caballo.

El criado cerró la puerta después de pedirle que esperase y Daniel se giró hacia Alasdair masajeándose la mano. La herida aún estaba tierna, aunque ya se había cerrado.

La puerta volvió a abrirse y apareció el criado de nuevo.

—Puede dejar los caballos en las cuadras —dijo señalando—. Están detrás de la casa. Usted puede pasar, el juez lo recibirá en su despacho.

Nada más entrar, lo recibió un amplio vestíbulo con suelo de losas de piedra pulida, cubierto en parte por una alfombra algo gastada en el centro, pero bien cuidada. Un perchero de pie en el que Daniel dejó su abrigo y el sombrero, y un espejo grande que le devolvió un rostro de expresión fría e inexpresiva. Siguió al criado que hacía las veces de mayordomo y, al pasar junto a la escalera principal, miró hacia el piso de arriba y aminoró el paso hasta casi detenerse. Se topó con los ojos de Beth, que lo observaba pálida y ojerosa. Hizo una leve inclinación de cabeza y buscó como si quisiera darle a entender que preguntaba por Katie. Ella negó levemente y desapareció de su vista.

El corredor era amplio y tenía una alfombra tejida a mano, de colores oscuros que disimulaban el desgaste. Las paredes, con zócalo de madera tintada, contaban con óleos de escenas bucólicas.

Las altas ventanas en el lado derecho daban a un jardín lateral. Daniel observó que no había nadie fuera. Su ansiedad por ver a Katie amenazaba su estabilidad emocional, pero nadie que lo observase podría adivinarlo.

Las puertas de los diferentes espacios estaban abiertas. El servicio realizaba sus tareas diarias, por lo que había mucha actividad. La primera estancia con la que se cruzaron estaba situada a la izquierda y era la biblioteca, apenas un cuarto con estantes bajos, un escritorio cubierto de papeles y el olor persistente del cuero viejo. Daniel miró a la derecha y vio lo que parecía una sala de fumar o salón masculino, con sillones orejeros, un decantador con licor ámbar y una chimenea pequeña apagada. Quizá era allí donde el juez recibía a sus amigos o a esos a los que chantajeaba mientras les ofrecía un brandy.

La segunda puerta a la izquierda debía ser una sala de música, ahora en silencio. Había un pianoforte y varios muebles de apariencia confortable. La doncella que pasaba el plumero se giró para mirarlo y sus ojos se cruzaron un instante. La segunda puerta a la derecha estaba cerrada, por lo que no pudo saber qué había en ella. Unos pasos más y llegó a otra puerta a la izquierda, ligeramente entreabierta, pero pudo ver mucho. Dos butacones, una mesita baja con un servicio de bebida. Frunció el ceño tratando de averiguar para qué la utilizaban, y enseguida lo entendió. Debía ser la sala en la que esperaban los visitantes del juez para ser

atendidos, sin embargo, a él no lo hizo esperar y el criado le abrió la puerta del despacho sin demora alguna.

—Mi querido muchacho, qué sorpresa tan agradable —mintió Ramsey levantándose para recibirlo.

Daniel le estrechó la mano, a pesar de la repugnancia que le producía, sin olvidar que tenía una misión y que ser amable formaba parte de ella. Observó a su alrededor con disimulo.

—Espero que usted y su familia se encuentren bien de salud —dijo sin apartar la mirada.

—Oh, sí, estamos todos perfectamente. Katie se ha acatarrado un poco y está descansando. De no ser así, ya habría bajado a saludarte. Pero siéntate, siéntate.

Le indicó el sofá a un lado de la sala y él ocupó la butaca adyacente. Daniel mantenía una actitud estoica, a pesar de que su corazón se había acelerado al escuchar que Katie estaba enferma.

—¿Y a qué debo tan agradable visita? Mi criado me ha dicho que eran dos McEntrie los que me visitaban. Por su descripción he deducido que no se trataba de su padre. Qué desilusión, me habría gustado saludarlo.

Daniel apretó los dientes y su mandíbula se marcó amenazadora, pero acto seguido sonrió.

—Me acompaña mi primo Alasdair. Trae un caballo para George.

—¿Un caballo para mi hijo? ¿Y a qué se debe semejante regalo?

—No es un regalo —dijo el otro sin borrar su sonrisa—. George manifestó su deseo de comprar a Clyde, un potro destinado a ser caballo de carreras. Los McEntrie nos tomamos muy en serio el negocio, lo que ha pasado no puede interferir en nuestro cometido.

—Vaya, qué maravilla. Así da gusto. Si todo el mundo realizase su trabajo con tanto esmero, a este país le iría muchísimo mejor. Pero debe de haber algún error, mi hijo no me ha dicho nada sobre la compra de un caballo.

—Esto tendrá que hablarlo con él. Mi hermano le dijo que su precio eran doscientas guineas y George le aseguró que tenía ahorros de sobra.

—¡Doscientas guineas! Pero eso es una barbaridad. George necesitará su dinero para sus gastos los próximos años. Se va a estudiar a Edimburgo. Quiere ser poeta. Yo preferiría que fuese abogado, pero como es el pequeño voy a darle algo más de libertad. Al fin y al cabo, lo único que quiere un padre para sus hijos es que sean felices.

—Hablando de la felicidad de sus hijos… Quería pedirle que reconsidere su posición con respecto a la boda de su hijastra conmigo.

—Oh, muchacho —dijo apesadumbrado—. No sabes cuánto lamento que Katie haya cambiado de opinión. Supongo que ya sabes que yo no tuve nada que ver. Tan solo le conté que mi muy querido amigo, el juez Armstrong, había aceptado la enorme pérdida que le suponía no casarse con ella, y que veía con buenos ojos desposar a Beth en su lugar. En cuanto supo que se casaría con otra, cambió de opinión. Las mujeres son muy volubles, amigo mío, seguro que no es la primera vez que ves algo así.

La sangre bullía en el pecho de Daniel, pero el juez le había prohibido a Katie contarle los verdaderos motivos de su ruptura. Y, aunque sospechaba que lo sabía perfectamente, debía disimular si no quería hacer estallar la burbuja.

—Estoy seguro de que si usted aprobase nuestro matrimonio, Katie reconsideraría su postura.

—Me temo que no está en mi mano intervenir.

Daniel apartó la mirada y respiró hondo. Cuando volvió a mirarle, pudo sonreír de nuevo.

—Nuestros caballos son famosos por ganar carreras, ¿es usted aficionado a las carreras?

—No, en absoluto. De hecho, no me gustan nada —dijo taimado.

Daniel sonrió como si estuviesen manteniendo una reunión ligera.

—Igualmente, el dueño de un caballo puede ganar mucho dinero sin necesidad de asistir a una sola carrera, tan solo dejando que el caballo y su jinete hagan lo que saben hacer.

—No sé muy bien a dónde quiere llegar.

Daniel se maldijo por tener que ir con pies de plomo. Lo que deseaba era estamparle su asquerosa cara contra una de sus estanterías.

—Mi padre está dispuesto a regalarle un ejemplar valorado en mil libras como muestra de su compromiso con esta boda.

—¡Mil libras! —exclamó ojiplático—. ¡Menuda barbaridad de dinero!

Daniel asintió sin demostrar satisfacción, había algo en el tono del juez que no lo dejaba relajarse.

—¿Y no querrías casarte con Beth? Es más joven y es muy bonita también, aunque con una belleza distinta a la de Katie, por supuesto. Ella es más… bueno, más… rotunda, ¿verdad?

El pecho de Daniel subió y bajó con su respiración. Su rostro permanecía sereno, pero su mente ideaba distintas formas de arrancarle los huevos por pensar en Katie de ese modo.

—Si deseo casarme con su hijastra es porque la amo, señor.

—Oh, el amor, el amor. Ya veo. Yo también me casé enamorado de mi esposa. Creía que era la mujer más hermosa y dulce del mundo.

—¿Y no fue así?

—El matrimonio no es lo que crees, muchacho. Sobre todo si ella ya ha estado casada antes y tiene en un pedestal a su primer marido.

Daniel se abstuvo de decir lo que pensaba al respecto. Sabía que no le ayudaría en nada. Decirle que amaba a Katie y que podía hacerla feliz, tampoco.

—Pero, sea como fuere, no puedo forzar los sentimientos de mi hija. No la obligaré a casarse contigo, igual que no la obligué a aceptar la propuesta de mi buen amigo. Lo siento, muchacho.

—¿Qué quiere? —dijo sin más disimulos—. Póngale un precio a su hijastra y lo pagaré.

El juez no se esperaba aquello y su expresión de sorpresa fue más que evidente.

—¿Qué clase de persona crees que soy, Daniel? ¿Cómo voy a ponerle precio a mi hija?

—Katie no es su hija, y puede dejar de fingir que hace esto por aprecio hacia ella. No la quiere, no la ha querido nunca.

—¿Cómo te atreves? —Se puso de pie y lo señaló con un dedo acusador—. ¡Un caballo! ¿Quieres que cambie a mi hija por un caballo? ¿Qué clase de hombre haría algo así?

—¿Qué quiere? —preguntó Daniel interponiéndose en su camino —. Hagamos esto por las buenas, antes de que alguien salga mal parado.

—¿Me estás amenazando?

—No. El experto en amenazas es usted. Yo solo le estoy advirtiendo.

—¿Cómo te atreves? ¡Apártate de mi vista!

—¿Qué quiere? —repitió sin perder la calma.

El juez estaba rojo de ira.

—Te lo ha contado, ¿verdad? —dijo furioso—. ¡Esa estúpida! No aprenderá nunca. Así que es por eso que se metió en mi despacho en plena noche. Ahora lo entiendo. No me podía creer que se le hubiese ocurrido a ella sola.

Daniel empalideció al comprender lo que significaba aquello.

—¿Qué le ha hecho? —Miró hacia la puerta—. ¿Dónde está Katie?

—¿Quieres que cuelguen a tu padre? Porque me están entrando unas ganas tremendas de…

Daniel lo agarró del cuello y lo empujó sin detenerse hasta chocar contra la pared. Lo miraba con fijeza y su mano apretaba lo justo para que le costase respirar.

—Es cierto, tiene un arma muy poderosa contra mi padre. —Inclinó la cara para acercarse más y endureció su voz—. Contra mi padre. No contra mí. Si hace daño a algún miembro de mi familia, y eso incluye a Katie, no vivirá para celebrarlo.

—Te… has… vuelto… loco —dijo casi sin aire.

—Todavía no, pero me volveré si sigue provocándome. ¿Sabe lo que dicen de las personas que son muy pacientes? Que cuando explotan, arrasan con todo. ¿Quiere verme explotar?

Apretó con fuerza y luego lo soltó. El juez comenzó a toser desesperado y Daniel salió del despacho y corrió hacia las escaleras. Beth salió a su encuentro.

—No, Daniel… —dijo tratando de detenerlo, pero él no hizo el menor caso y subió las escaleras que llevaban a la buhardilla.

Trató de abrir la puerta y, al ver que no cedía, se volvió hacia Beth, que esperaba a mitad de la escalera.

—La llave.

—La tiene él —sollozó Beth.

Daniel retrocedió un paso y levantó la pierna antes de impulsarla con fuerza y reventar la puerta. Katie tenía el rostro desencajado por el terror y negaba con la cabeza.

—No deberías estar aquí —dijo sollozando—. Vete, Daniel.

La furia que sentía amenazó con aplastarle el corazón. Katie tenía el ojo hinchado y el labio partido.

—¡Hijo de puta! —rugió y la envolvió con sus brazos.

—No lo encontré, Daniel —sollozó contra su pecho—. Lo siento.

—Vamos, te vienes conmigo.

—¡No! —gritó tratando de zafarse de él.

Daniel la levantó del suelo sin esfuerzo y salió de la buhardilla con ella, ignorando sus súplicas y los vanos intentos de zafarse. Beth se apartó de ellos para dejarlos pasar y los siguió escalera abajo.

—¿Qué haces? —le espetó el juez y, mirando al mayordomo, le ordenó que pidiera ayuda.

Daniel abrió la puerta de entrada con tanta fuerza que golpeó contra la pared. Alasdair corrió hacia ellos acompañado de George.

—¿Qué…?

—Cambio de planes —dijo Daniel sin dar explicaciones.

Alasdair se fijó entonces en la cara magullada de Katie y se fue hacia el juez sin mediar palabra. Si Arthur no se hubiese puesto en medio, lo habría derribado de un puñetazo. Daniel dejó a Katie en el suelo y le agarró la cara con mucha delicadeza.

—Vas a venir conmigo. Si me obligas, te llevaré como un fardo, Katie. No pongas a prueba mi resistencia, ahora mismo estoy al borde de cometer una locura.

La mirada de sus ojos hizo que ella dejara de respirar un instante. Asintió y permitió que la subiera al caballo.

—Beth, George. —Daniel les hizo un gesto con la mano—. Os venís con nosotros.

—¿Qué? —Beth miró a su hermano pequeño y luego al mayor.

—Id —ordenó Arthur—. Yo me quedo.

—¡No! —exclamó Beth—. No vamos a dejarte solo con él.

Alasdair la agarró del brazo y la llevó hacia Clyde.

—Sube —ordenó y luego se volvió hacia George, que se acercó sin que tuviera que llamarlo.

Los dos hermanos subieron al caballo a la vez que Daniel se situaba a la espalda de Katie. El último en montar fue Alasdair.

—Recuerde bien lo que le he dicho —dijo Daniel colocando a Rionnag frente a la puerta—. Si le tiene algún apego a la vida, no lo

olvidará.

Apretó los muslos y se alejó seguido por los demás.

CAPÍTULO 44



Nuna abrazaba a Katie con cuidado de no hacerle daño en el rostro, aunque de lo que más se quejaba era de las costillas. Elizabeth ya había hecho ir a buscar al médico y, aunque Ewan y Alasdair se habían ofrecido a revisarla, Katie se había negado dándoles las gracias. Estaban todos en el salón y, después de relatarles tanto el plan como los últimos acontecimientos, ya no había nadie que no conociera toda la historia. Dougal miró a Elizabeth, pero ella evitó su mirada ostensiblemente.

—¿Y ahora qué? —preguntó el patriarca—. Enviará a las autoridades a buscar a sus hijos.

—Puede hacerlo —dijo Caillen—. George es menor y Beth, casi. Además, por lo que habéis contado, no les habéis dado opción a decidir.

Alasdair se apartó el pelo de la frente.

—Ese desgraciado le dio una paliza a Katie. Ellos también estarían en peligro si no nos los hubiésemos llevado.

—Tengo que regresar —dijo Katie—. Si yo vuelvo…

—No se atreverá a cumplir con su amenaza. Le he dejado claro lo que pasará si lo hace —la cortó Daniel sin mirarla siquiera.

No la había mirado desde que la había dejado sentada en el sofá. Sentía fuego en las entrañas y una rabia desconocida e intensa amenazaba con engullirlo por completo. Solo quería subir a su caballo para volver y matar al juez con sus propias manos.

—¿Alguien te ha oído amenazarlo de muerte? —preguntó Craig mirando muy serio a su primo.

—Creo que no. Estábamos solos en su despacho.

—Esto… —Alasdair hizo una mueca.

—¿Qué? —preguntó Craig.

—Le ha dicho que no hará nada… si le tiene apego a la vida.

Craig se apartó el pelo metiendo los dedos en él y mascullando maldiciones en gaélico.

—¿Qué puede hacer? —preguntó Kenneth.

Caillen lo pensó un momento antes de responder.

—Probablemente envíe a hombres armados a detenerte.

—¿Qué? —Katie se puso de pie de golpe—. ¡No! George, Beth, debemos regresar cuanto antes.

Daniel caminó hasta ella y la agarró de la cintura con mucho cuidado, sujetándole una mano.

—Ven conmigo —dijo con suavidad.

—Daniel…

—Vamos, hablaremos en un lugar tranquilo.

Salieron del salón y Daniel la llevó hasta la sala de música. La dejó sentada en el sofá y volvió para cerrar la puerta. Después regresó junto a ella, se arrodilló a sus pies y apoyó la cabeza en su regazo con mucho cuidado mientras sus brazos la rodeaban.

—Daniel… tienes que dejarme marchar, por favor, no hay tiempo que perder.

Él levantó la cabeza y dejó salir un largo suspiro. Miró su labio partido y su ojo amoratado, y los suyos se llenaron de lágrimas.

—Lo siento —dijo con la voz rota—. Siento no haberte protegido.

Ella lo miró horrorizada.

—Esto no es culpa tuya.

Daniel cerró los ojos un segundo sin dejar de negar con la cabeza.

—No puedo ni imaginarme lo que debiste sentir, sola y desprotegida otra vez.

Ella lo abrazó con fuerza. No le importó quedarse sin aire por el dolor, no le importaba nada más que verlo así, tan desolado por ella.

—Estoy bien.

—No, no lo estás —dijo apartándose para mirarla—. Pero lo estarás. Juro por Dios que lo estarás. Llegará el día en que tus únicas preocupaciones serán qué vestido ponerte y qué caballo necesita de tus atenciones.

Ella acarició su pelo revuelto y lo miró con una sonrisa triste.

—Y yo. Espero —siguió Daniel—. Y nuestros hijos.

—Daniel, por favor, para. ¿Cómo se te ocurre amenazarlo de muerte?

—Quiero matarlo por lo que te ha hecho. Si no hubiera tenido que sacarte de allí, habría vuelto a por él y lo habría matado a golpes.

Katie se dio cuenta, por primera vez, de que al ponerse al alcance de ese monstruo lo estaba llevando a él al límite. Comprendió que, si insistía en regresar, Daniel acabaría haciendo una locura.

—Está bien —dijo rindiéndose—. Me quedaré contigo, pase lo que pase.

—De eso no había duda —respondió él con ironía.

—Me quedaré y tú no matarás a nadie.

Él sonrió y se limpió las lágrimas.

—Y tú dejarás de hacerme llorar. Al final mis primos se darán cuenta de que me he vuelto una nenaza y no me dejarán vivir.

Katie lo besó y él se quedó inmóvil. Se apartó, ceñuda.

—¿No vas a besarme?

—Tienes el labio partido.

—Daniel McEntrie, ¿estás seguro de que no quieres besarme? Mira que aquí en *Slioscreige* tengo muchas bocas para…

La hizo enmudecer sin resquicio de duda, pero con mucha delicadeza.

—¿Os gustan vuestras habitaciones? —preguntó Nuna mirando a Beth y a George.

—Creía que nos pondrían en las que ocupamos cuando estuvimos aquí —respondió Beth y miró a su hermanastra con calidez—. Pero me alegro de estar cerca de Katie.

—Creo que tía Elizabeth os ha puesto cerca para vigilarlos —dijo Alasdair mirando a su primo con sorna.

—¿Vigilarlos? —preguntó Beth, ceñuda—. ¿A quiénes?

—A Daniel y a Katie.

—¿Por qué habríamos de vigilarlos?

Lo que había empezado siendo una broma de Alasdair se le estaba volviendo en contra. Miró a la joven sin saber cómo responder y sintiendo los ojos de todos fijos en él.

—Ya sabes…

—No tengo ni idea. —Negó Beth—. ¿Qué tengo que vigilar? Debería saberlo para saber qué hacer.

—Pueees… —Alasdair miró a Cai, que le hizo un gesto con la cabeza para que respondiera, y luego a Craig, que enarcó una ceja expectante—. Ya sabes… lo que hacen las parejas.

—¿Qué hacen?

Nuna no pudo contenerse más y se echó a reír a carcajadas, y su madre movió la cabeza con evidente reclamo.

—No deberíais bromear sobre estas cosas, y menos en la cena —dijo.

En el comedor olía a estofado, a pan caliente y a vino. Katie sentía el corazón henchido a pesar de lo dolorida que estaba. Por suerte, el doctor dijo que no había nada roto y que, con reposo y buena comida, estaría bien en pocos días.

—¿Comemos el postre en el…? —Olivia se interrumpió al escucharse el repiqueteo de cascos de caballos en el exterior.

Robert se puso de pie y fue a mirar por la ventana, cuando se giró a mirar a los demás, todos los hombres se levantaron también y comprobaron lo que pasaba con sus propios ojos.

—Ya han llegado —dijo Caillen—. Tú espera aquí, Daniel. No salgas hasta que yo te lo diga. Craig, ven conmigo.

Padre e hijo salieron del comedor para recibir a los esperados visitantes. Cuando Caillen abrió la puerta, una ráfaga de aire helado inundó el pasillo, trayendo el olor a barro y a sudor de caballo. Los cinco jinetes se detuvieron frente a la entrada del castillo. Al frente, un hombre con chaqueta oscura, faja de cuero y sombrero de ala ancha. Desmontó y cogió una carpeta protegida con encerado de manos de uno de sus alguaciles. Dos de esos hombres desmontaron para acompañarlo hasta la casa. Craig vio que todos iban armados con porras de fresno y sables cortos, pero el que le había dado el documento llevaba además una pistola de percusión en el cinto. Todos portaban un brazalete de lana roja sujeto en la manga para identificarse como hombres del *sheriff*.

—¿Qué les trae a nuestra casa, caballeros? —preguntó Caillen haciéndose a un lado para dejarlos entrar.

—Por orden de Su Majestad la Reina, vengo a arrestar a Daniel McEntrie, acusado de secuestro de menores, resistencia a la

autoridad y amenazas de muerte contra Su Señoría, el juez Hugh Ramsey.

El sargento le entregó a Caillen la orden para que la revisara, y él asintió una vez acabó de leerla.

—¿Tienen que llevárselo esta noche? —preguntó Elizabeth llegando hasta ellos seguida por los demás.

—Son nuestras órdenes, señora. ¿Quién es Daniel McEntrie? —preguntó el hombre mirándolos a todos con curiosidad.

—Yo —dijo Daniel dando un paso.

Katie se abrazó a él, temblando.

—No, no, no, no —repitió en voz queda.

Él le cogió la cara entre las manos y le dio un ligero beso en los labios. Después se libró de su agarre y la empujó con suavidad hacia Nuna. Cogió la mano de su madre con cariño y la besó en la frente, susurrándole algo para tranquilizarla. Miró a su padre unos segundos y finalmente se dirigió hasta el sargento y extendió las manos para que lo esposaran.

—¿Es necesario? —preguntó Caillen mirando al sargento con una evidente advertencia.

El hombre dudó un momento y finalmente le hizo un gesto a su alguacil para que no le pusiera las correas.

—¿Los tres hijos del juez, quiénes son?

Beth dio un paso adelante con George de la mano.

—El mayor está en su casa. Yo solo me traje a dos —dijo Daniel con dureza.

El alguacil miró el papel que llevaba con las instrucciones.

—Catriona, Beth y George. Me falta una mujer.

Nuna apretó su abrazo a Katie.

—Catriona Kerr, no Ramsey —dijo Dougal antes de que su hijo hiciera nada al respecto, y se colocó frente al sargento, interponiéndose entre él y Katie. Su imponente físico hizo que el hombre tuviese que levantar la cabeza para poder mirarlo a los ojos, y el leve crujido de cuero de su chaqueta al cruzarse de brazos sonó como una advertencia—. Es la hijastra del juez y ya ha cumplido diecinueve años, por lo que puede vivir donde quiera. Es nuestra invitada y aquí se va a quedar. Si alguien pretende lo contrario, estaré encantado de dejarle clara la situación.

El sargento frunció el ceño, tragó saliva y desvió la mirada antes de optar por no discutir. Si las cosas no eran como decían, regresaría con más hombres y menos miramientos.

—Yo tengo dieciséis años —dijo Beth dando otro paso para llamar su atención—. Y quiero quedarme aquí. No quiero regresar con mi padre.

Caillen miró a los alguaciles enarcando una ceja.

—Con dieciséis años puede decidir por sí misma, siempre que esté amparada. Y aquí lo está —afirmó rotundo.

—¿Cuántos años tienes, muchacho? —preguntó el sargento dirigiéndose a George.

Miró a su hermana con temor.

—Dieciséis. Como yo. Somos gemelos.

—¿Gemelos? —dijo uno de los alguaciles—. ¿Los gemelos no son iguales?

—Si mentís solo lo estaréis retrasando y mañana volveremos a por vosotros. Solo nos hacéis perder el tiempo.

Los dos hermanos se miraron compungidos.

—Tengo quince años —dijo George.

—Entonces tú te vienes con nosotros.

—Si él se va, yo me voy —dijo Beth conteniendo las lágrimas.

Una exclamación de rabia se oyó detrás de ella.

—¿No pueden dejarlos aquí esta noche? —dijo Cai con aspereza —. Por la mañana yo mismo llevaré a George de vuelta.

—Estoy seguro de que con que me detengan a mí, el juez tendrá más que suficiente —añadió Daniel, que hacía grandes esfuerzos

para no perder la paciencia.

Un trueno retumbó como respuesta y el sargento miró hacia la puerta para ver cómo la lluvia empezaba a caer sobre sus hombres con fuerza.

—Está bien, pueden quedarse esta noche. Pero mañana lo quiero a él de regreso. Y si vosotras me habéis mentido… —Señaló a las dos hermanas—. Vendré a buscaros yo mismo.

Katie se zafó del agarre de Nuna e intentó llegar hasta Daniel, pero el sargento la sujetó con firmeza, impidiéndoselo. Aquello desató la furia de Daniel, que se revolvió contra los alguaciles y logró derribar a uno, pero no sirvió de nada, porque el otro lo golpeó con la porra, y el que aguardaba en la puerta se apresuró a ayudar a inmovilizarlo.

CAPÍTULO 45



—Presentaré una denuncia formal contra Hugh Ramsey ante el Consejo Judicial —dijo Caillen.

Las mujeres se habían retirado a dormir sobre las tres de la madrugada y los hombres se habían trasladado a la biblioteca, que era una estancia lo bastante amplia para albergarlos a todos y donde Caillen podía revisar libros de leyes buscando paralelismos para encontrar vías de escape. Benjamin roncaba levemente, tirado en el sofá, y George se había dormido en una butaca, pero los demás se habían pasado la noche tratando de encontrar una solución.

—Ya está amaneciendo —musitó John para sí.

—¿Con qué pruebas? —Craig miraba a su padre, escéptico.

—La denuncia será por maltrato —siguió el otro—. Tenemos la declaración de los testigos.

—Padre…

—Si consiguiésemos que algún criado testificase también…

—Ni siquiera sabemos si George o Arthur corroborarían la declaración de su hermana, ¿y quieres que testifiquen los criados?

Caillen apoyó los puños sobre los libros que había estado revisando durante horas, mientras los demás hablaban de romper piernas o de lanzar al mar al juez. Levantó la mirada de la mesa y centró sus ojos en Alasdair. Su sobrino llevaba mucho rato sin decir nada y eso no era habitual en él. Si algo lo caracterizaba era su ingenio, en eso se parecía a su padre, y le estaba dando vueltas a algo. Rodeó el escritorio y se plantó delante de él.

—Desembucha.

Todos se giraron a mirarlo y Kenneth recorrió los dos pasos que lo separaban de su hijo.

—¿Qué pasa?

—Llevo un buen rato dándole vueltas a una idea y no puedo sacármela de la cabeza —dijo Alasdair mirando hacia la butaca en la que George dormía.

Se puso de pie y fue hasta el muchacho. Lo zarandeó sin miramientos y el otro se incorporó sobresaltado.

—¿Qué pasa?

Alasdair se agachó delante de él.

—Tu hermano trabaja en el bufete de abogados que lleva los asuntos de vuestro padre, ¿verdad?

George asintió y Alasdair se incorporó mirando a Caillen.

—¿Crees posible que Arthur no sepa de los tejemanejes de su padre?

Caillen entornó los ojos, dubitativo.

—Arthur no está de su parte —dijo George arrugando los labios.

—No he dicho eso —negó Alasdair—. Solo digo que él debe de estar enterado. Y quizá es el único que sabe dónde guarda su padre los documentos que usa para extorsionar a la gente. Pensadlo, Arthur será su único heredero y va a ser juez.

—Pero no quería serlo —insistió George poniéndose de pie—. Odia lo que hace mi padre. El modo en que trató a Katie. Lo que le hacía. ¡Él fue el que lo paró!

—Y era un crío cuando lo hizo —insistió Alasdair, enfrentándose al muchacho sin la menor compasión—. ¿Por qué tu padre le hizo caso?

—¿Insinúas que Arthur lo sabía todo y usó su conocimiento para detener el maltrato hacia Katie? —preguntó Dougal con una dura expresión.

—Pensadlo —pidió Alasdair—. A él le interesa que su padre no pierda su poder, pero al mismo tiempo quiere a sus hermanos y ha intentado protegerlos.

—Es muy retorcido, ¿no crees? —dijo Cai, asqueado.

—La vida le dio unas cartas y ha jugado con ellas —opinó Kenneth—. En el fondo usó la información para hacer la vida de Katie un poco más liviana.

—No habría permitido que nuestro padre obligara a Beth a casarse con el señor Armstrong —musitó George—. Ni que me amenazara a mí.

—Quizá no pudo hacer nada —dijo Alasdair—. Quizá lo intentó y le salió mal. Lo único que sé es que él es el único que puede saberlo todo y que tiene lógica que lo sepa.

—¿Viste algo raro en la casa del juez? —le preguntó Caillen.

Alasdair lo pensó un momento y negó con la cabeza.

—Solo lo de la ventana, pero es algo bastante habitual.

—¿El qué?

—Una de las ventanas de la fachada era falsa, la habían tapiado por dentro. George me dijo que había sido para ahorrarse el impuesto por ventana.

Caillen se volvió hacia George.

—¿Cuántas ventanas hay en tu casa?

El muchacho las contó mentalmente, repasando toda la fachada.

—Veintidós, sin contar la ciega.

—¿Estás seguro? —insistió Caillen.

—¿Qué pasa? —preguntó Dougal.

Caillen dejó escapar el aire en un bufido.

—La tasa del impuesto por ventana se regula por tarifas en tres tramos. Los tramos son de hasta diez ventanas, de diez a veinte y más de veinte. Si el juez quería ahorrarse unos chelines, habría tapiado al menos cuatro ventanas para estar por debajo del último tramo.

—Una sola no le evitaba nada —dijo Kenneth entornando los ojos —. ¿Dónde estaba esa ventana?

—Pues… —George se frotó la nuca—. En el despacho de mi padre.

—¡Una habitación oculta! —exclamó Lachlan.

Kenneth y Caillen habían llegado a la misma conclusión y asintieron a la vez.

—Daniel no vio ninguna puerta en el despacho, aparte de la de la entrada —dijo Alasdair—. Se lo pregunté. Tampoco había armarios con llave, solo el escritorio y estanterías con libros.

Kenneth y Caillen volvieron a asentir.

—Necesito un dibujo —dijo Caillen haciéndole un gesto a George para que lo siguiera a la mesa.

Apartó los libros y colocó un papel en blanco.

—¿Puedes hacer un plano interior de la casa? —dijo dándole un lápiz—. Dibuja sobre todo la zona…

El sonido de los cascos de un caballo atrajo su atención. Dougal se acercó a la ventana.

—Es Arthur —dijo, ceñudo.

George soltó el lápiz y corrió fuera de allí. Los demás lo siguieron. Los dos hermanos se abrazaron en cuanto Arthur desmontó y Katie bajó corriendo las escaleras para ir hasta ellos, seguida de Beth. Los McEntrie presenciaron la escena sin intervenir.

—¿Cómo estáis? —preguntó el muchacho mirándolos uno a uno.

—Bien, estamos bien. Han detenido a Daniel —respondió Katie.

Su hermano contrajo el gesto al ver su ojo mucho más amoratado que el día anterior.

—¿Dónde está padre? —preguntó Beth.

—En casa. He venido a buscaros para que regreséis conmigo.

—¿Regresar? —Su hermana pequeña negó con la cabeza—. No podemos regresar.

Arthur volvió a mirar a Katie.

—Podrás casarte con Daniel —dijo muy serio—. Ya pueden ir a buscarlo. No habrá denuncia.

Un grito en la escalera hizo que Katie mirara a Elizabeth, que se acercaba a paso rápido. Extendió el brazo para alcanzarla y la madre de Daniel se agarró a ella sin dejar de mirar a Arthur.

—¿Qué ha pasado?

El muchacho sacó algo de dentro de su chaqueta y caminó hasta Dougal para tendérselo.

—Esto es suyo —dijo.

El McEntrie cogió el cuaderno de bitácora sin mostrar expresión alguna.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Sé dónde guarda mi padre estas cosas. Lo descubrí cuando tenía diez años, siempre me gustaron los planos y los edificios. Hay un cuarto secreto junto a su despacho.

—¿Lo sabías? —Katie se acercó a él y lo agarró del brazo para que se volviese a mirarla—. Os pregunté a los tres si conocíais su escondite y me dijisteis que no.

Su hermano suspiró bajando la mirada avergonzado.

—Tuve miedo. Esos documentos de padre son lo único que nos mantiene en pie. Temí que si te decía la verdad quisieras desvelarlos y acabaras con todo. Debía encontrar otro lugar para esos documentos antes de contártelo.

—¡Arthur! ¿Qué estás diciendo? —Katie no daba crédito—. ¿Todo este tiempo has sabido lo que hacía vuestro padre? ¿Estabas de acuerdo?

—Así es como funciona el mundo, hermana. Gracias a que descubrí su secreto, conseguí que dejara de pegarte.

Beth se acercó entonces a él y lo miró dolida.

—¿Y yo? ¿Ibas a dejar que me casara con el juez Armstrong sin hacer nada?

Las mejillas de Arthur se colorearon, pero no desvió la mirada.

—Eso es distinto. Podías negarte.

—¿Negarme? ¿Y qué pasa con George?

El pequeño de los Ramsey se acercó también y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Habrías dejado que me enrolara en un barco como marino.

Su hermano lo miró con tristeza.

—Eres débil, George, eso te habría ayudado a… superarlo.

Beth se cubrió la boca para ahogar un sollozo y George apretó los labios para obligarse a callar.

—Sé que no lo entendéis, pero el mundo es un lugar horrible —dijo Arthur limpiándose sus propias lágrimas—. Solo hay dos tipos de personas, los fuertes y los débiles. Y ya sabéis quién manda sobre quién. —Señaló a los hombres que tenía detrás—. Ellos son fuertes. Destruirían a padre sin apenas esfuerzo. Y si padre cae, caemos nosotros. No tenemos a nadie más, ni familia ni amigos. Nadie nos quiere.

—¡Por su culpa! —gritó Beth—. ¡Porque es malvado! ¿Y tú le has ayudado?

—Querías ser arquitecto, ni siquiera te gusta lo de ser abogado —le recordó Katie—. ¿Qué te ha pasado?

—Eso fue solo un sueño infantil. ¿Qué crees que hay en esos documentos, Katie? Esas personas aparentemente respetables han hecho cosas horribles. No les importa más que su bienestar. He aprendido que si no te proteges, serás víctima de personas sin escrúpulos. Padre solo equilibró la balanza.

—¿Todos eran personas horribles? —se burló Katie—. ¿No había ningún inocente al que extorsionar?

—Sí, lo había, pero padre no usó nunca esa información. La tenía por si era necesaria. —Señaló a Dougal—. Hace tres años que tiene el cuaderno, pero no hizo nada con él. Sabe que los McEntrie son gente honorable, solo lo ha usado cuando ha sido necesario.

Fue como si lo viesen por primera vez. Su rostro, su cuerpo era el mismo de siempre y, sin embargo, él era otra persona.

Caillen se acercó a ellos y enfrentó a Arthur con semblante serio.

—¿Cómo has conseguido que acepte tus términos?

El muchacho suspiró y se limpió sus propias lágrimas.

—Le demostré lo bien que he aprendido sus enseñanzas.

—¿Le has chantajeado?

—Le avisé de que si no dejaba que Katie fuese feliz y seguía torturándola, lo entregaría a las autoridades. Tengo documentos suyos que lo llevarían a la horca.

El silencio que siguió fue tan denso como la niebla de los valles. Beth y George se miraron con incredulidad, como si de pronto no reconocieran al muchacho que tenían delante. ¿Cuándo se había vuelto tan retorcido? Arthur los miró de nuevo y su expresión era firme.

—Podéis volver a casa. A ti, Beth, no te obligará a casarte con nadie y tú, George, estudiarás en Edimburgo como querías. Podéis

seguir con vuestra vida. —Miró a Katie—. Tú con tu nueva familia, hermana.

—No me llames hermana —sollozó ella.

—No tenía otra manera de protegerte —dijo sorbiendo las lágrimas—. Puedes odiarme, pero no tenía otra forma.

Dougal se acercó y lo agarró por la nuca para sacudirlo, en un gesto que pretendía transmitir la firmeza de quien sabe que un mal paso puede arrebatarte el futuro.

—Si sigues por ese camino, te corromperá. No importan tus motivos, si utilizas a las personas para tu propio beneficio, si amenazas y generas odio a tu alrededor, estarás solo cuando más lo necesites. Deshazte de todo eso, muchacho, antes de que sea tarde.

Arthur se apartó sin brusquedad y dio un paso atrás.

—Usted fue pirata durante años. ¿Por qué lo hizo?

Dougal respiró hondo y dejó escapar el aire de golpe en un bufido.

—Por venganza.

—Y a pesar de lo que hizo, consiguió que alguien lo amase y formar una familia. ¿Por qué no voy a poder conseguir yo lo mismo? No pienso usar esos documentos como lo hace mi padre. Serán solo un salvoconducto, una protección.

—Eso crees, pero cuando tú tengas el mando el demonio estará todo el tiempo tentándote.

—¿Y qué debería hacer? ¿Denunciar a mi padre? ¿Dejar que lo cuelguen? ¿Qué sería de nosotros? Lo perderíamos todo. Y sus enemigos… Todos aquellos que fueron sus víctimas, se vengarían en nosotros.

Dougal comprendió que tenía razón y no fue capaz de contradecirlo.

—Pueden creerme o no —dijo Arthur mirándolos a todos—. Jamás usaré esos documentos si no es para proteger a los míos. No buscaré beneficio económico o profesional, seré un juez justo y me basaré solo en la ley. Pero no permitiré que los actos de mi padre destruyan mi vida y la de mis hermanos.

Katie se limpió las lágrimas y miró a Beth y a George con una clara pregunta en los ojos.

—No tenéis por qué iros con él —dijo—. Los McEntrie os abrieron su casa y podéis quedaros hasta que tengáis edad suficiente para…

—No —la cortó Beth con una sonrisa triste—. No seremos una carga para nadie. Volveremos a casa con Arthur. Alguien tiene que vigilarlo.

Su hermano bajó la cabeza, y a su rostro asomó una sombra de alivio, como si aquella vigilancia fuese, en secreto, el ancla que había

temido perder. Beth cogió a George por los hombros y miró a la familia McEntrie con agradecimiento.

—Volveremos para la boda.

A Katie se le escapó una risa nerviosa.

—No sé de qué me río —dijo limpiándose los ojos.

—También vendremos a visitarte. —La mirada de Beth se desplazó hacia Cai sin disimulo.

El McEntrie sonrió satisfecho y Alasdair le dio un codazo, con mirada burlona.

—¿Podemos llevarnos a Clyde? —preguntó George mirando a Alasdair—. Traeré el dinero cuando vengamos a la boda.

—Aceptadlo como un regalo —dijo Elizabeth, ya más tranquila. Se acercó a Arthur y lo cogió de las manos—. Entiendo lo que has hecho y no te culpo. Gracias por ayudar a mi hijo.

Él asintió, pero estaba tan avergonzado que no fue capaz de decir una palabra.

Los tres hermanos salieron de la casa. Cuando Arthur trató de acercarse a George este se zafó de él con brusquedad.

—Esa grieta no se cerrará fácilmente —susurró Katie.

Daniel llegó a casa a media mañana. Katie no se había movido de la ventana desde que Craig se había marchado a buscarlo llevándose

con él a Rionnag. En cuanto escuchó los cascos en la distancia echó a correr y no paró hasta que él detuvo su caballo y desmontó con el animal en marcha para abrazarla. Craig soltó una carcajada al ver trastabillar a su primo, que a punto estuvo de irse al suelo con ella.

—Tranquilos, tomaos vuestro tiempo —dijo cogiendo las riendas del purasangre y se alejó al trote dejándolos solos.

—Amor mío —sollozó ella—. Amor mío.

Daniel tenía su rostro entre las manos y la miraba con una enorme sonrisa de felicidad.

—Tenemos que celebrar una boda —susurró—. No pienso pasar otra noche sin ti.

Katie le respondió con un beso salado y sin poder contener la risa.

CAPÍTULO 46



La capilla de *Slioscreige* había visto numerosas bodas, pero quizá ninguna celebrada con tanto anhelo. Daniel había tenido que ceder y esperar varios días, Katie no quería casarse con el labio partido y el ojo morado, así que no tuvo más remedio que doblegarse. El reverendo Angus MacLeod, que había casado a Nessa y a Constance, era el encargado de oficiar la ceremonia. Los McEntrie eran muchos y ocupaban varios bancos de la capilla. Detrás se sentaban los Fraser, con Murchadh mirando al techo, impaciente. Owen intentaba que su hermana se estuviera quieta a su lado. Isla y Connor compartían banco con Beth y George, que no habían querido sentarse delante, junto a los McEntrie.

—Qué guapo está Josh —dijo su cuñada mirando al herrero.

—No sé quién está más nervioso, mi hermano o Daniel.

—Josh está incómodo con el traje y Daniel está impaciente, son cosas distintas —aclaró su esposa.

—Pues eso. —Connor se encogió de hombros.

—¿Quieres parar? —dijo Daniel mirando a su amigo.

—Este pantalón es demasiado ajustado y me tira. ¿Por qué no puedo llevar yo también el *kilt*?

—Porque no se vería quién es el novio.

—¿En serio? —Señaló la fila de hombres McEntrie, todos portando el azul y verde de su clan.

—¿Ellos están aquí arriba? —Lo fulminó con la mirada y el otro masculló algo ininteligible.

Augusta se giró para saludar a sus padres y sus hermanos, los únicos invitados que no eran familia directa de los novios. Caillen le cogió una mano y la colocó sobre su muslo.

—¿Qué haces? —susurró ella apartándola rápidamente y asegurándose de que nadie se había percatado del gesto.

Su marido sonrió sin decir nada.

—Me he acordado de nuestra boda —susurró inclinándose hacia su oído—. Y de lo que vino después.

Constance se echó hacia delante para sortear a su madre y lo miró enarcando una ceja.

—Papá, tienes que dejar de hacer esto. Ya tienes una edad —advirtió.

Su padre la miró con fingida severidad.

—Estoy seguro de que dentro de veinte años agradecerás que a tu marido también se le olvide su edad.

—¡Caillen! —exclamó Augusta en tono muy bajo y con las mejillas sonrojadas.

Afuera, la nieve caía en silencio, acumulándose sobre las estrechas ventanas y el alféizar de piedra, mientras el viento se colaba por las rendijas de la puerta principal. El aroma a pino fresco, dispuesto en ramilletes a lo largo de los bancos, se mezclaba con el del humo tenue que escapaba de la estufa de hierro situada en un rincón. Los candelabros de pie proporcionaban una suave iluminación y Heather amenizaba la espera tocando el piano.

Daniel se estiró de nuevo la chaqueta oscura y dejó escapar el aire entre los labios. Estaba tan nervioso que no se acordaba ni de lo que pensaba decir. Alasdair y Craig se acercaron y Josh los señaló mirando a Daniel.

—¿Qué pasa? —preguntó Alasdair.

—No me ha dejado ponerme el *kilt* —se quejó Josh.

—¿Por qué no le has dejado?

Daniel se rió burlón.

—Serás cabrón —dijo Josh demasiado alto y el reverendo lo miró con severidad—. Disculpe, padre. Si habrá carbón, quería decir.

El reverendo Angus MacLeod le había dado muchas collejas cuando era un crío y estaba convencido de que no tendría problema en darle otra delante de toda aquella gente. Era un hombre alto y enjuto, que no destacaba precisamente por ser paciente. Su voz grave impuso de nuevo silencio entre los asistentes y todo el mundo obedeció… tres segundos.

El murmullo creció de nuevo cuando las puertas de la capilla se abrieron y Alasdair y Craig volvieron a sus asientos. Un aire frío recorrió el pasillo, y Daniel sintió que el corazón le golpeaba en el pecho cuando Katie apareció del brazo de Arthur. Llevaba el cabello recogido, coronado por una tiara de perlas que resaltaba contra el negro intenso de su pelo. El chal de lana fina, bordado con mimo por Elizabeth, con el mismo motivo que tenía el de su madre, le cubría los hombros. El vestido de seda blanca que Nuna le había regalado acentuaba la delicadeza de su figura. La hermana de Daniel iba tras ellos y actuaría como su dama de honor y testigo.

Arthur la dejó en el altar y se dio la vuelta para irse, pero ella lo retuvo un momento y lo besó en la mejilla, haciendo que se sonrojara. Después él corrió a sentarse al lado de George, que seguía sin dirigirle la palabra. A pesar de la larga conversación que habían mantenido los cuatro hermanos y que les había llevado a la total reconciliación con Arthur, George no volvería a verlo nunca como antes.

Mientras el reverendo hablaba, dando consejos y advertencias vestidas de sermón, Nuna miró a Josh y le hizo un gesto de aprobación. El herrero enarcó una ceja y se agarró las solapas de la chaqueta fingiendo seguridad, pero, al volver a su posición, una ligera sonrisa curvó sus labios sin que Nuna se percatase.

—A ver cuándo te veo a ti ahí arriba —musitó Hannah al oído de su hijo.

Murchadh la miró con una sonrisa y le guiñó un ojo, a lo que su madre respondió del mismo modo.

—Quita esa cara —susurró Arthur mirando a Beth.

—Yo debería estar ahí con ella. Soy su hermana.

—No puedes ser testigo, no eres lo bastante mayor.

—Pero debería estar ahí.

George la miró sonriendo.

—Tú eres su hermana. No necesitas más títulos.

Beth frunció el ceño y de repente su cara se transformó con una sonrisa.

—Tienes razón. Hermana es mucho más que dama de honor.

Volvió a prestar atención al reverendo, pero sus ojos se tropezaron con los de Cai, cuya cálida expresión hizo que se le calentaran las mejillas. John le dio un codazo a su hermano mayor,

que se colocó de frente y carraspeó para disimular. Alasdair se inclinó hacia Craig.

—Si no te espabilas, mi hermano te va a tomar la delantera.

Craig miró a Cai y siguió su mirada cuando volvió a girarse hacia Beth. Enarcó una ceja.

—Por mí, como si quieren hacer una boda doble.

Cuando la celebración acabó y regresaron al castillo, las mesas ya estaban dispuestas para el banquete. Había carnes asadas, pan de avena, quesos locales y jarras de cerveza oscura y whisky. Optaron por algo informal y que cada uno se sentara donde quisiera y comiera cuando le apeteciese. En el gran salón varias gaitas, violines, tambores y flautas comenzaron a sonar y los novios, para no romper la tradición, hicieron un baile típico y muy divertido mientras los invitados daban palmas a su alrededor y los vitoreaban. Katie nunca en su vida se había reído tanto y, cuando acabó la danza y la música se volvió más calmada y apta para un baile de salón, se apartó de la pista tratando de recuperar el aliento.

—¿Estás bien? —preguntó Bonnie, viendo sus dificultades para respirar.

—Nunca había estado tan bien —dijo con voz entrecortada.

Bonnie esperó a que su respiración se normalizase. La esposa de Ewan McEntrie la cogió del brazo y caminó con ella hacia un rincón

del salón alejado de los gaiteros, que en ese momento le estaban poniendo demasiado entusiasmo a su labor.

—Quería hablar contigo antes de la boda, pero no ha habido forma de encontrarte a solas. Cada vez que lo intentaba, aparecía Daniel, Nuna o tu hermana.

Katie la miró con preocupación.

—¿Ocurre algo?

—No —dijo mirándola a los ojos un momento—. Quería tocar un tema delicado. Si no te encuentras a gusto hablando de ello, solo tienes que decírmelo.

El rostro de Katie se ensombreció.

—Mi padre nos pegaba a todos, pero sobre todo a mi madre —siguió Bonnie—. Crecí estando siempre en alerta, tratando de detectar el peligro en cuanto escuchaba su voz. Yo me refugié en los libros. —Miró hacia la sala, al lugar en el que Ewan bailaba con su hija Rose—. Y en los McEntrie. Ellos fueron mi lugar seguro y me enseñaron lo que es el amor sincero y puro.

Katie asintió y sus ojos se pasearon por toda la sala. Dougal hablaba con su padre. Caillen y Kenneth bailaban con sus esposas. Brodie escuchaba a su hija Daphne, que parecía molesta por algo.

—Si alguna vez necesitas a alguien para hablar de todo esto —añadió Bonnie mirándola con cariño—, no dudes que yo sabré

entenderte muy bien.

—Lo haré —dijo ella.

Bonnie sonrió.

—Si Daniel te deja algún momento libre los próximos días, podemos ir a dar un paseo juntas.

Nuna llegó hasta ellas y señaló la pista de baile.

—Creo que esos dos serán los siguientes —dijo señalando a Cai y a Beth.

—Os dejo con vuestras pesquisas románticas —dijo Bonnie y se alejó de ellas.

Katie miró a su amiga y luego a su hermana.

—Beth cree que es el más guapo de todos los McEntrie.

—Pues claramente se equivoca —dijo Nuna negando con la cabeza—. El más guapo es Alasdair.

Las dos fijaron su vista en el hijo de Kenneth, que se reía con Craig de algo que había dicho Constance.

—Se parecen mucho, ¿verdad? Su padre y él —aclaró Katie.

—Es el que más se le parece. ¿Has visto a Sophia? —Nuna miraba a su prima Nessa, que bailaba con su hermana Alison—. ¿No te parece que es la niña más preciosa del mundo?

—Lo es. Se parece a su madre.

—Pues yo diría que se parece más a su padre. Nathaniel es muy guapo, ¿verdad?

Katie sonrió, aunque no estaba de acuerdo.

—No se lo digas a nadie —añadió Nuna—, pero Constance me ha dicho que está embarazada.

—¡Oh! Qué alegría.

Su amiga la miró con ojos entrecerrados.

—Vosotros ya podéis espabilaros, tengo muchas ganas de tener un sobrinito.

—¡Nuna!

—¿Qué? Ya eres una mujer casada, puedes hablar de estas cosas.

—Pero tú no.

—Bueno, yo sé bastante.

—¿Que sabes…? —Katie se echó a reír a carcajadas.

—¿Qué? He pillado a mis tíos unas cuantas veces. Y soy muy curiosa.

La otra la miraba interrogadora y Nuna se giró para que nadie pudiera leerle los labios, y añadió bajito:

—Hay libros muy educativos en la biblioteca. Si quieres, te los enseño.

—¿Qué? ¡No! —siguió riéndose.

—¿No? ¿Tú sabes lo que hay que hacer? Puede ser muy violento si no lo sabes.

Katie se puso tan colorada que sus ojos brillaron como dos teas, mientras Nuna trataba de interpretar su lenguaje no verbal.

—Espera… ¿Tú? —Miró a su alrededor buscando a su hermano.

—¿Dónde está Daniel? Va a tener que responder a unas cuantas preguntas.

—Ha salido del salón con Arthur, después de nuestro baile.

Nuna volvió a poner toda su atención en ella.

—¿Me lo vas a contar?

—¿El qué? No sé de qué…

—Katie, ¿recuerdas aquello de que somos amigas, y que las amigas se lo cuentan todo?

—Nuna… —se quejó ella—. Es tu hermano.

—Eso da igual.

—Me muero de la vergüenza.

—¿Cuándo? —preguntó bajando tanto el tono que la otra la adivinó más que escucharla.

—Antes de irme. Cabía la posibilidad de que tuviese que casarme con un anciano y no quería que ese hombre fuese… el primero.

Nuna abrió la boca tanto, que Katie tuvo que cerrársela.

—¿Cómo? ¿Dónde?

Su amiga se mordió el labio sin saber cómo decirlo, pero al mismo tiempo una risita tonta se le escapó de la garganta.

—En la zona de servicio.

—¿En la zona de…? —Apertura de boca—. ¿En el sofá de…?

—Lo de disimular no es lo tuyo, ¿verdad? Se van a dar cuenta.

Nuna miró a su alrededor, nadie estaba pendiente de ellas.

—¿Y…?

—Ni se te ocurra preguntarme nada.

—Pero…

—Nuna, es tu hermano. No voy a contarte nada, lo siento.

—Pero…

—Si insistes, me voy.

La otra arrugó los labios apretándolos, pero se dio por vencida.

—Vamos a por algo de comer —dijo molesta.

—¿No prefieres bailar? —preguntó Katie, dejándose arrastrar.

—Tengo hambre y ya sabes que me pongo de malhumor si tengo hambre.

Daniel le entregó una copa de vino medio llena y se sirvió un whisky.

—Si tu hermana se entera de que te he dado vino, me matará —dijo sentándose en la otra butaca colocada delante de la chimenea —. No he tenido ocasión de darte las gracias por lo que hiciste.

—No hacía falta. Habría hecho cualquier cosa por ver feliz a Katie.

—¿De verdad has sacado las cosas de esa habitación secreta?

—Solo algunas. Con eso tengo a mi padre en mis manos y también lo protejo de… vosotros.

—¿De verdad solo tienes diecisiete?

—En una semana cumpliré dieciocho.

—Lo sé.

—Tengo una pregunta, quizá tú sepas la respuesta —dijo Daniel.

—Quieres saber quién le habló a mi padre de *Bluejacket* y de lo que hacía tu padre con él.

Daniel asintió y bebió un trago sin apartar la vista de él.

—Solo sé su nombre. Fergus MacTavish.

Daniel empalideció al escuchar el nombre. Jamás le habían hablado de eso, estaba seguro. Pero hubo un tiempo en que Fergus frecuentaba *Slioscreige*. Debió escuchar detrás de alguna puerta.

—¿De qué conoce tu padre a Fergus? —preguntó entornando los ojos.

—No lo conoce. El *modus operandi* de mi padre es siempre el mismo. Envía a sus perros a cazar. Hablan con la gente de la zona de la persona a la que investigan. Unas veces se hacen pasar por ovejeros, otras son comerciantes. Incluso titiriteros. A la gente le encanta hablar con desconocidos.

—Sobre todo a los que son mezquinos y guardan rencor —dijo y bebió otro trago.

Permanecieron unos segundos en silencio.

—Imagino que no sabes cómo tu padre consiguió el cuaderno —preguntó Daniel.

—No. No sé nada más.

—Una vez que sabes lo que tienes que buscar, supongo que es más fácil encontrarlo. Por lo que veo tu padre se mueve con soltura entre delincuentes y debió dar con la persona que lo robó.

—Mi padre es un monstruo —dijo Arthur pensativo, con la mirada fija en el líquido de su copa—. Cuando entré en su cuarto aquella noche, quise matarlo. Fue como si mi visión se cubriera de una luz roja. Todo era rojo. Katie estaba en el suelo encogida sin emitir sonido alguno y él le daba patadas sin parar. Si no hubiese oído los gritos de él insultándola, no sé qué habría pasado con ella. —Miró a Daniel como si despertara de una pesadilla—. No debería contarte esto. Voy a conseguir que lo mates.

—No —dijo él negando con la cabeza—. No pondré en peligro la felicidad de mi esposa haciendo que me envíen a la cárcel.

Los dos se miraron con complicidad.

—Creo que tu padre se hará viejo y vivirá una larga y confortable vida —siguió Daniel—. Si algo he aprendido con Katie es que no siempre hay justicia. Lo que ella tuvo que vivir tras la muerte de vuestra madre nunca será vengado, porque aquella niña ya no está y nadie puede consolarla ni resarcirla. —Sonrió emocionado—. Pero yo me encargaré de que la mujer que es hoy sea tan feliz, que consiga borrar aquellos recuerdos de su mente. Y quizá, llegado el momento, alguien con pruebas suficientes para mandarlo a la cárcel se decida, al fin, a usarlas contra él.

—Brindo por eso. —Arthur levantó su copa con los ojos llenos de lágrimas.

—*Slàinte*!

EPÍLOGO 1

Slioscreige, primavera de 1839.

—… al pequeño Stuart se le da muy bien montar. Tienes que venir a verlo. El domingo próximo haremos una exhibición y estaría bien que tú participaras. —Dejó los pendientes en el joyero y cogió el cepillo de su madre para cepillarse el pelo—. Los niños se ponen muy contentos cuando los visita un McEntrie.

Daniel se quitó la camisa y la dejó sobre la silla. Caminó descalzo hasta su esposa y cogió el cepillo de su mano al tiempo que le indicaba que se sentara. Katie obedeció sin protestar y sonrió. Le encantaba que cuidase de ella.

—Iré. Ya me había comprometido con tía Lavinia —dijo cepillándole el pelo y enroscándolo en su mano después.

—Me encanta ser la encargada de enseñarlos a montar. Es tan edificante ver lo mucho que les gustan los potrillos.

Dos veces por semana, Katie llevaba a los niños del orfanato hasta *Slioscreige* y pasaban el día con los potros. No solo aprendían a montar, también a cepillarlos y cuidarlos. Algunos, como Stuart, tenían un don natural. Otros habían tenido que superar sus miedos ante animales tan grandes.

Daniel apartó el pelo y la besó en la nuca. Después le bajó el camisón por los hombros y dejó sus pechos visibles a través del espejo que tenía delante. Mientras con una mano le cepillaba el pelo, con la otra cubría uno de esos turgentes senos.

—Mmmm. Están más… grandes. —Su erección creció de manera fulgurante y dejó el cepillo para prestarle atención con las dos manos.

La hizo levantarse. Katie dejó que el camisón se deslizase hasta el suelo y él se libró de los pantalones. Ella pasó a su lado para dirigirse a la cama, pero su esposo tenía otros planes. Se sentó en la silla en la que ella estaba frente al espejo y la colocó entre sus piernas para que se mirase mientras la tocaba.

—Eres tan hermosa —susurró con su trasero pegado al pecho y una mano acariciándola entre las piernas.

—Daniel… —gimió ella.

—Sssssh.

Siguió acariciándola despacio mientras depositaba besos en su espalda y mordía con delicadeza. Cuando la sintió preparada, la colocó sobre su erección y la hizo bajar despacio mientras una mano en su espalda la empujaba suavemente sobre el tocador. Katie tenía un primer plano de su cara y sus pechos, y verse así le descubrió una parte de sí misma que desconocía. Su mirada hambrienta. Se

mordió el labio dejando escapar un gemido. Daniel agarró uno de sus pechos y lo apretó en su mano.

—¡Dios! Están más grandes, amor.

—¡Sí! —gimió ella montándolo lentamente.

Daniel le pellizcó el pezón y ella aceleró sus movimientos. La otra mano acariciaba su espalda y bajaba hasta su trasero para luego volver a subir hasta su nuca. Ella le cogió la mano y la llevó hasta el lugar en el que se unían sus cuerpos. Daniel sonrió, consciente de lo que le pedía, pero en lugar de complacerla llevó los dedos hasta su boca.

—Chúpalos —ordenó.

Ella lo hizo, y cuando los tuvo como él quería volvió a bajar y la acarició en su zona más sensible. Katie gimió y sus movimientos se volvieron más rápidos. Daniel sentía cómo se envaraba dentro de ella y comenzó a enumerar caballos en su mente: Ceòlraich, Adharc, Ruadh, Stòr, Bàrr, Caorann…

—Daniel… —jadeó ella—. Daniel…

Él apretó los ojos intentando no escuchar su desesperación, no sentir cómo llegaban sus contracciones. Quería que tuviera su placer completo antes de descargar en ella.

—Ya… ya… ya… —Miró su rostro en el espejo en el momento en el que el orgasmo la hizo contraerse y explotar al mismo tiempo—.

¡Estoy embarazada!

Daniel la levantó saliendo de ella y Katie se quejó disgustada.

—¡No! ¿Por qué?

—¿Qué has dicho? —Se puso de pie mirándola con expresión aterrada y luego posó la vista en el lugar donde había estado sentado solo hacía un instante—. ¿Por qué no me has avisado? ¿Estás…?

Ella asintió, extrañamente conmovida al ver su turbación.

—Pero yo… —Daniel señaló la silla—. ¿Te he hecho daño? ¡Oh, Dios! Soy un bruto.

Katie le rodeó el cuello con los brazos y rompió a llorar.

—Lo sabía, sabía que había algo… —La levantó del suelo y la llevó hasta la cama—. Quédate aquí tumbada, amor. Iré a buscar a mi madre. Ella sabrá qué hacer.

—Daniel —sollozó. Lo cogió del brazo y tiró de él para que se tumbara con ella—. Te amo, eres el hombre más dulce y más bueno del mundo. Te amo tanto que creo que me va a explotar el corazón. Pero como vayas a buscar a tu madre, te mato.

La miraba sin saber qué hacer.

—Túmbate a mi lado —pidió ella.

Él obedeció, en esos momentos necesitaba una guía. Ella lo abrazó y apoyó la cabeza en su pecho para escuchar los latidos desenfrenados de su corazón. Sonrió.

—Te he asustado —dijo—. No ha sido buena idea decírtelo en ese momento. Quería que fuese especial, que no pudieses responder cuando te preguntasen: «¿Cuándo te lo dijo?» Yo me reiría de ti el resto de nuestra vida.

Daniel soltó una carcajada y la apretó contra su cuerpo.

—Pues vas a poder reírte a gusto, porque me has dado el susto del siglo.

Ella levantó la cabeza y lo miró con ternura.

—Vamos a tener un hijo.

—O una hija —añadió él acariciándole el rostro.

—Te amo con toda mi alma, Daniel McEntrie.

Se incorporó y lo montó a horcajadas. Él iba a protestar, pero ella no se lo permitió. Le tapó la boca con la mano y se concentró en hacer que entrase en ella muy despacio.

—Vas a ser un padre maravilloso —dijo sin dejar de moverse—. Tus hijos te amarán casi tanto como yo.

Daniel volvió con su larga lista de caballos: Iarmailt, Laoch, Neònach…

—Pero ni sueñes… —Katie aceleró los movimientos sintiendo la ola que se retiraba para coger fuerza—, que vas a desatenderme a mí.

Cogió la mano de él y la llevó de nuevo a su centro para que la acariciara, mientras ella se agarraba los pechos y los masajeaba, haciendo que olvidara por completo el nombre de todos los caballos, incluido el suyo. La agarró por las caderas y se hundió profundamente cuando su cuerpo se estremecía, y no paró hasta que él sucumbió también y se vio arrastrado por aquella furiosa e imparable corriente de placer.

Estaban tumbados y satisfechos. Ella se apoyaba en su pecho, con todo el cuerpo en contacto con el suyo, y Daniel le acariciaba las nalgas con dulzura. La primera vez que la vio desnuda ella lloró muchísimo. Era su primera noche juntos como marido y mujer. Ella lloró y él la consoló. En eso consistió su noche de bodas. Pero, tras esos primeros meses de matrimonio, Daniel había conseguido que ella dejase de sentirse defectuosa. Había acariciado sus cicatrices, las había besado una a una, le había hecho sentir cosas que no sabía que eran posibles. Su cuerpo era un templo para él. Y ahora iba a darle un hijo.

—No quiero que me trates como si fuese a romperme. Las mujeres McEntrie somos fuertes —sonrió emocionada.

—Pienso cuidarte tanto que me vas a odiar —dijo él riendo—. Por lo pronto, se acabó montar. Y cuando digo que se acabó, me refiero a todas sus formas. Ya sea caballo o marido.

Katie entornó los ojos y trató de mostrar inquina, pero solo consiguió una mueca graciosa.

—Abandonarás las clases de equitación y cualquier otra tarea pesada. Dormirás, comerás y dejarás que yo te cuide y te venere.

—¿Quieres encerrarme bajo llave?

—Mmmm. —Se llevó la mano a la barbilla como si lo estuviese sopesando.

Ella apoyó la mejilla en su pecho y se quedó un rato en silencio.

—Seré una buena madre —musitó mirando hacia la ventana—. Enseñaré a mis hijos el significado del amor y de la confianza. Sabrán que pueden contar conmigo, pase lo que pase. Seré una madre alegre y feliz. Y nunca, nunca, nunca permitiré que nadie los golpee.

Daniel la estrechó contra su cuerpo y rodó con ella hasta aprisionarla entre sus brazos.

—Amén.

Y selló esa promesa con un beso.

EPÍLOGO 2

Londres, junio de 1839

Andrew colocó a Noah en su sillita alta para que alcanzara la mesa. Miró a sus abuelos y se sintió afortunado porque Noah aún pudiera disfrutar de ellos. Su abuelo ya había pasado los ochenta años, pero estaba en mejor forma que hombres mucho más jóvenes que él.

—Este muchachito se parece cada día más a su bisabuelo —dijo Frederick, haciéndole una carantoña.

—Papá, no puede ser que creas que todos tus nietos y biznietos se parecen a ti —respondió Katherine, dejando la tarta sobre la mesa.

Pasó el dedo por la nata y Noah se lo chupó en cuanto lo tuvo a su alcance. Katherine se rió a carcajadas y le dio una ristra de besos.

—Más *tat-ta* —dijo el niño, señalando el pastel.

Su abuela le sirvió un trozo en un plato y le puso una cuchara en la mano. Mientras vigilaba que el niño comiera tranquilo, miró a su hijo con preocupación.

—¿Por qué no os venís a casa?

—Solo serán un par de meses, mamá.

—Hijo, ¿por qué no te casas? —intervino Meredith—. Eso solucionaría todos vuestros problemas. Noah necesita una madre. La señorita Colbert es una buena mujer, pero no se ríe ni aunque le ofrezcas una paga extra. Ya han pasado dos años de la muerte de Claire. ¿No crees que es el momento?

Andrew se sentó junto a ella. Meredith le tomó la mano mirándolo con cariño.

—Abuela, no voy a volver a casarme. No sería justo para ninguna mujer. Yo sigo amando a mi esposa y la amaré mientras viva.

—Solo estuviste un año casado —insistió Meredith—. No puedes reducir toda una vida a un año.

—Mamá, no insistas —pidió Katherine.

—Está bien, ya me callo. ¿Está rica la tarta, Noah? —preguntó sentándose a su lado—. ¡Hoy es tu cumpleaños! ¿Cuántos cumples? ¡Dos! ¡Dos años ya! ¡Cuánto tiempo!

El niño aplaudía feliz, mientras Meredith miraba a su padre con elocuencia.

—¿No quieres venirte a casa? —dijo Alexander acercándose a su hijo—. Tu madre estará más tranquila y, como has dicho, dos meses pasan rápido.

—Buscaré a alguien para que la sustituya. Pago bien, seguro que encuentro a alguien que quiera cuidar de Noah. Es un buen niño, y

solo tiene dos años.

—¿Qué día se marcha la señorita Colbert?

—Dentro de una semana.

—Una semana es poco tiempo para encontrar una niñera —opinó Meredith.

La señorita Colbert entró en el salón y miró a los allí presentes con su expresión seria habitual.

—Estoy segura de que, de haber podido, mi padre me habría dado más tiempo. Pero la muerte no pregunta, y se lo llevó mientras dormía. Mi madre está ahora mismo a cargo de una vecina, y si no me he marchado ya es porque entiendo la complicación que esto supone para su nieto, querida baronesa.

—No te pongas estupenda conmigo, Bridget, que nos conocemos.

—¿No sabrás de alguien que pueda sustituirte, Bridget? —preguntó Katherine con simpatía.

—Lo cierto es que no. Le he dado muchas vueltas. Todas las niñeras que conozco tienen trabajo, duquesa de Greenwood.

—Pensaré en algo —dijo Katherine, mirando a su nieto—. Y si no encontramos a nadie, yo misma vendré a ocuparme de Noah.

—Mamá, no digas tonterías. Estamos en temporada social y eres la duquesa de Greenwood. No tienes tiempo para ocuparte de tu

nieto. Encontraré a alguien, descuida.

Meredith negó con la cabeza y la señorita Colbert cogió a Noah en brazos.

—Es hora de su cena, no deberían haberle dado tarta.

La niñera se lo llevó y Katherine entornó los ojos mirando a su hijo. Quizá su madre tenía razón, lo más sencillo sería que se casara. Sin decir nada, se levantó y salió del salón. Andrew miró a su padre, interrogante, pero Alexander se encogió de hombros. Cuando Katherine regresó, llevaba papel y lápiz en la mano.

—Si hay algo que se me da bien, es hacer listas —dijo sentándose.

Todos los presentes se acercaron a mirar, y su hijo frunció el ceño al ver lo que había escrito en la cabecera.

—¿Lista de candidatas? —preguntó en voz alta—. ¿Candidatas para qué?

—¿Para qué va a ser, hijo? Pues para casarte.

Nota de la autora



¡Hola!

Acabo de terminar de revisar la novela por… ya he perdido la cuenta de las vueltas que le he dado.

Dice el maestro King que las novelas no se terminan, se dejan. Doy fe de que, en esto también, tiene razón. Seguiría añadiendo escenas hasta que me sangraran los dedos. ¡Que alguien me quite el teclado de las manos!

Vale, a ver: tengo café, la música suena. Estoy escuchando Free, de K-Pop Demon Hunters. Cada una tiene sus obsesiones, y yo esa banda sonora me la he escuchado hasta dormida. Literal.

¿Te he dicho ya lo mucho que me alegra hablar contigo? Es que eres la única con la que puedo hablar de mis novelas sin que me diga que la aburro. La única que ama a mis personajes y sus

historias tanto como yo. Espero que no hayas sufrido mucho con esta pobre muchacha. La vida no fue muy dulce con ella, pero a cambio se ha llevado el premio gordo. Porque no me negarás que Daniel es digno hijo de sus padres. El muchacho ha demostrado que su fortaleza y resistencia no tienen límites. A ver quién es el guapo que, después de saber todo lo que le ha hecho a la mujer que ama, no le hace una visita a su padre y lo deja comiendo sopitas para el resto de su vida.

Katie, por su parte, ya tiene quien la despierte cuando sus demonios intenten dañarla. Seguro que ya no llora dormida. Me da a mí que su vida va a ser muy distinta a partir de ahora. Rodeada de caballos con los que hablar y de McEntries a los que evitar. ¿Le deseamos suerte?

La novela está sembrada de miguitas de pan. Espero que no se te escapen, porque te harán falta para las siguientes. Y ahora toca volver a Londres, para la temporada social.

Esto no ha hecho más que empezar. Inglaterra, Escocia, secretos, caballos, tormentas y besos que arden como el hierro forjado. Yo no pienso bajarme de este carruaje hasta dejar a todos bien situados.

Si te ha gustado, me encantará saberlo. Y si no, también.

Estoy en redes y contesto todos vuestros mensajes, aunque cada vez me resulta más difícil porque la familia crece sin parar.

Puedes seguirme en:

Instagram: https://www.instagram.com/janawestwood_oficial/

TikTok: https://www.tiktok.com/@janawestwood

Threads: https://www.threads.com/@janawestwood_oficial

Amazon: https://www.amazon.es/Jana-Westwood/e/B01NCPV4ZB

Web: https://janawestwood.com/

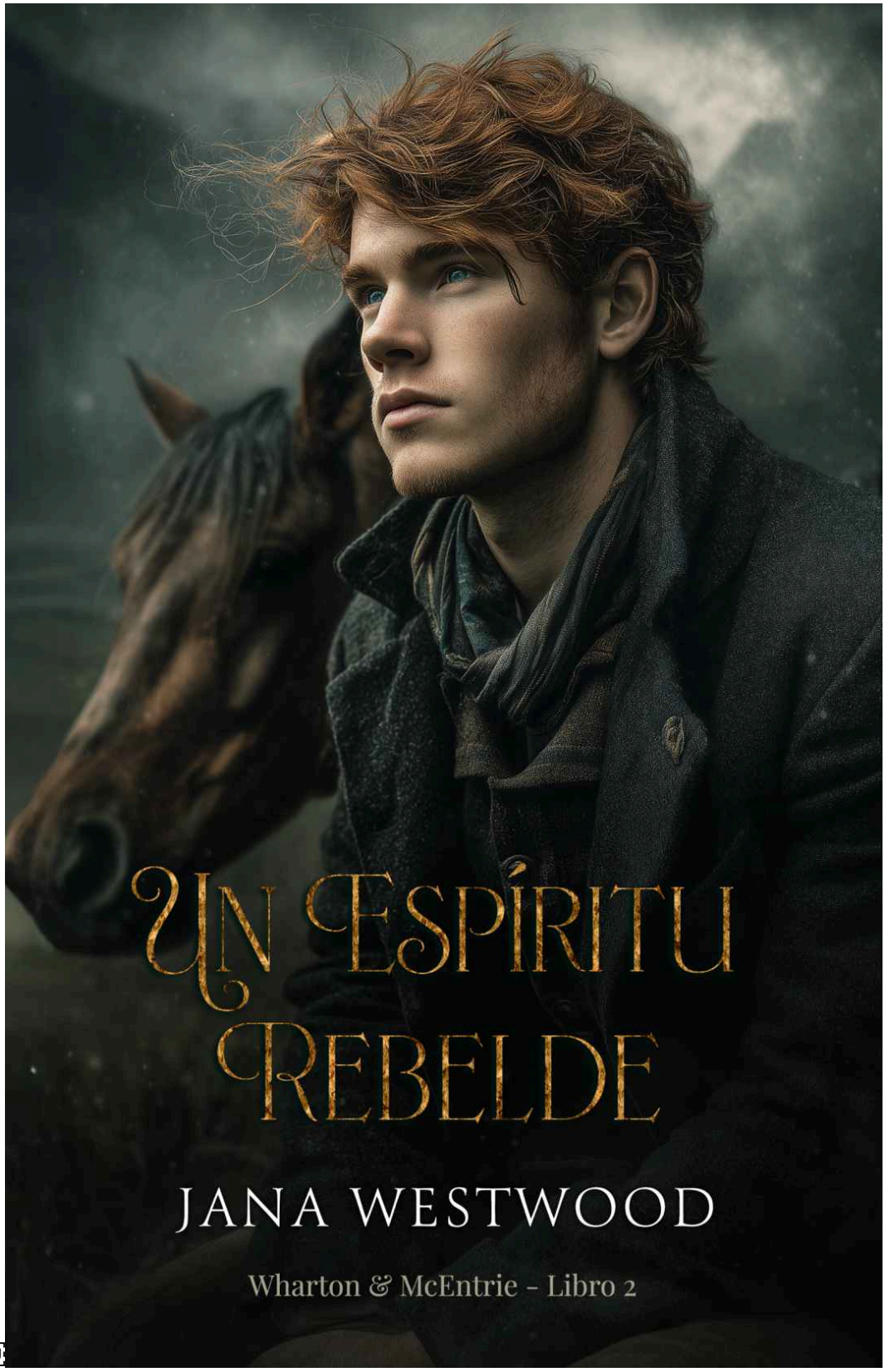
Recuerda que tienes todos mis audiolibros disponibles en Audible, Nextory, Storytel, Kobo y demás plataformas digitales.

Gracias por elegirme. Gracias por acompañarme. Gracias por sentir y sostener estas historias conmigo.

Nos leemos pronto.

¡Os quiero!

Jana.


Un Espíritu Rebelde
JANA WESTWOOD
Wharton & McEntrie - Libro 2